

ALMANAQUE HISTÓRICO ARGENTINO

**CRISIS,
MODERNIZACIÓN
Y AUTORITARISMO**

1930-1943

GUILLERMO MÁXIMO CAO
(COORD.)

**CELESTE CASTIGLIONE
JUAN FERNÁNDEZ
CECILIA GASCÓ
FERNANDO MASTANDREA
EDUARDO PELOROSSO
SILVINA PESSOLANO
ALBERTO ROSSI
J. M. TUPILOJON FERNÁNDEZ**



BÄRENHAUS

ALMANAQUE HISTÓRICO ARGENTINO

**CRISIS,
MODERNIZACIÓN
Y AUTORITARISMO**

1930-1943

GUILLERMO MÁXIMO CAO
(COORD.)

**CELESTE CASTIGLIONE
JUAN FERNÁNDEZ
CECILIA GASCÓ
FERNANDO MASTANDREA
EDUARDO PELOROSSO
SILVINA PESSOLANO
ALBERTO ROSSI
J. M. TUPILOJON FERNÁNDEZ**



BÄRENHAUS

ALMANAQUE
HISTÓRICO
ARGENTINO

1930-1943

CRISIS,
MODERNIZACIÓN
Y AUTORITARISMO

GUILLERMO MÁXIMO CAO
(COORD.)

CELESTE CASTIGLIONE
JUAN FERNÁNDEZ
CECILIA GASCÓ
FERNANDO MASTANDREA
EDUARDO PELOROSSO
SILVINA PESSOLANO
ALBERTO ROSSI
J. M. TUPILOJON FERNÁNDEZ

BÄRENHAUS

■

Almanaque histórico argentino 1930-1943 : crisis, modernización y autoritarismo / Guillermo Máximo Cao ... [et al.] ; coordinación general de Guillermo Máximo Cao. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bärenhaus, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4109-42-2

1. Historia Argentina. I. Cao, Guillermo Máximo, coord.

CDD 982

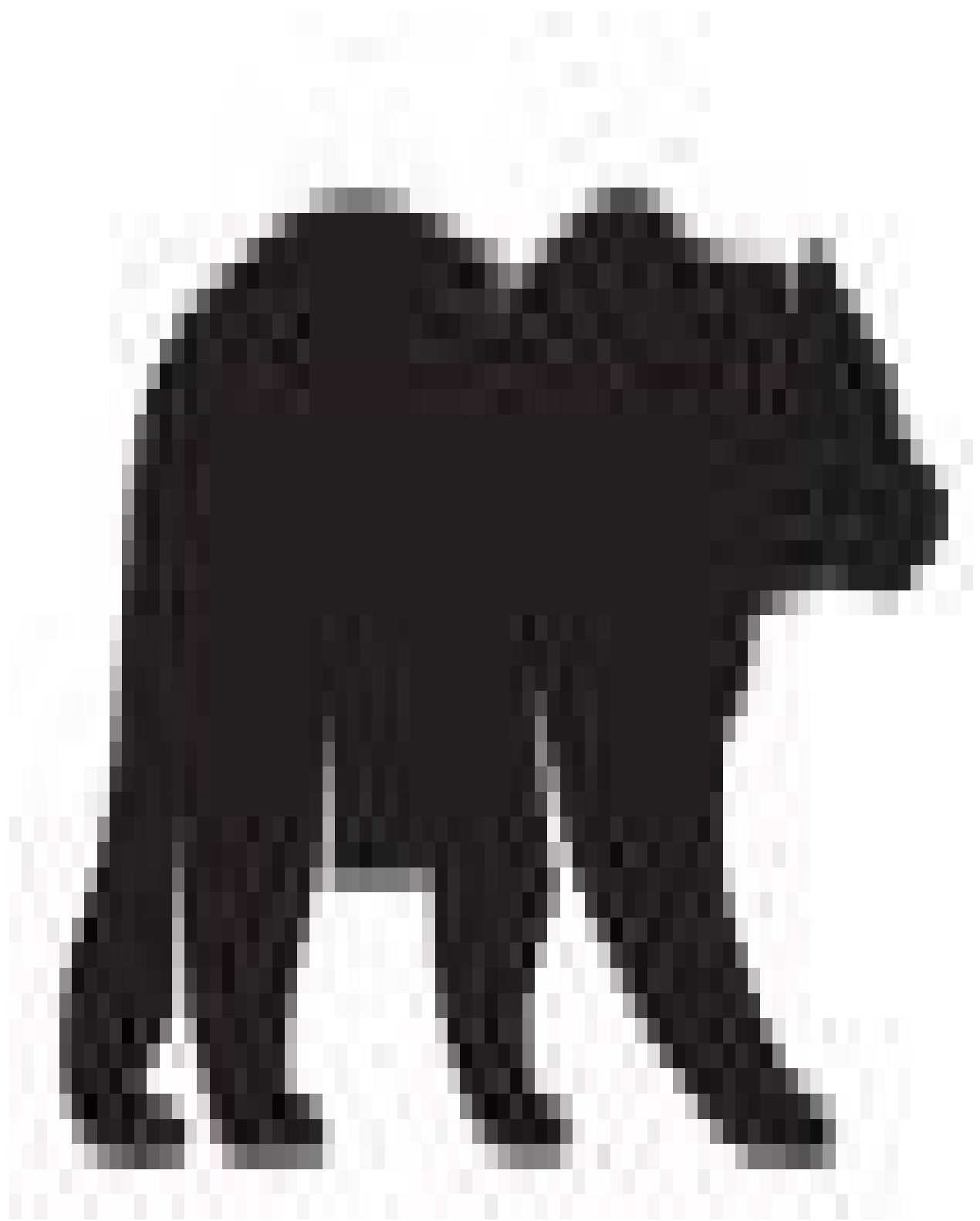
■

© 2019, Guillermo Máximo Cao (coord.)

Corrección de textos: Mónica Costa

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus
S.R.L.

Todos los derechos reservados



© 2019, Editorial Bärenhaus S.R.L.

Publicado bajo el sello Bärenhaus

Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.

www.editorialbarenhaus.com

ISBN 978-987-4109-42-2

1º edición: mayo de 2019

1º edición digital: agosto de 2019

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sobre este libro

¿Por qué un Almanaque Histórico Argentino? Porque creemos que la historia, como ciencia, reconstruye y analiza el pasado, interpretando las fuentes desde el presente. Y los presentes son todos distintos. Éste de finales de la segunda década del siglo XXI que nos toca transitar, donde las extremas derechas crecen en todo el mundo y las crisis económicas globales son cada vez más seguidas, profundizando la desigualdad social, nos invita a mirar el pasado para encontrar similitudes y diferencias; para hallar continuidades y rupturas.

La crisis iniciada en 1929 afectó al mundo en todos sus aspectos. La debilidad del sistema político liberal propició el primer golpe de Estado de nuestra historia. Fue una crisis que llegó para quedarse; y la única receta para imponerse y mantenerse en el gobierno fue la reinstalación del fraude electoral, la censura y la represión. En suma, el autoritarismo. Pero también llegó la modernización, a través del desarrollo de un nuevo modelo industrial que tuvo un fuerte impacto en las cuestiones sociales.

Este Almanaque —denominación que pretende rescatar esas antiguas publicaciones que trataban distintos aspectos sobre un mismo tema (Almanaque mundial, Almanaque de la industria, etc.)— puede leerse por capítulos y no necesariamente de principio a fin. Cada uno de ellos aborda un aspecto del período de la historia argentina comprendido entre el 6 de septiembre 1930 y el 4 de junio 1943.

Sobre Guillermo Máximo Cao

Guillermo Máximo Cao nació en 1958. Profesor de historia egresado de IES N°1 “Alicia Moreau de Justo”, es coordinador de “100 historias”. Fue profesor de los colegios y curso de ingreso de la UBA, Carlos Pellegrini y Nacional de Buenos Aires.

Además de innumerables libros de textos escolares, es autor de Almanaque del Bicentenario de la Declaración de la Independencia Argentina 1816-2016 (2016, Bärenhaus) y San Martín y el cruce de los Andes. Almanaque de la hazaña (2017, Bärenhaus), este último declarado de Interés Cultural y Social por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Es colaborador en diferentes medios de comunicación: TV, diarios y revistas. Recibió mención en el premio “Coca Cola en las Artes y las Ciencias 1989/90”. Expuso en Jornadas de Ciencias Sociales UBA, de Escuelas Medias Universitarias; profesorados Joaquín V. González, Alicia Moreau de Justo, Alfredo Palacios; en el Museo Histórico Nacional y en la Biblioteca “Esteban Echeverría” de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Índice

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Guillermo Máximo Cao](#)

[Autores del presente volumen](#)

[100 historias: Presentación](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I. Los gobiernos del período 1930-1943](#)

[Capítulo II. La Economía de la restauración conservadora](#)

[Capítulo III. La Industrialización Argentina 1930-1943](#)

[Capítulo IV. El Movimiento obrero en la Década Infame: entre la represión política y las transformaciones económicas y sociales](#)

[Capítulo V. Descentrada y Salvadora](#)

[Capítulo VI. María Rosa Oliver, otra “descentrada”](#)

[Capítulo VII. Las asociaciones étnicas de socorros mutuos después de la migración histórica](#)

[Capítulo VIII. “Hombres en soledad”. El golpe de Estado de 1930 en la literatura de Manuel Gálvez](#)

[Capítulo IX. Almanaque 1930-1943](#)

[Anexo. Mundial y Dictadura: Italia 1934](#)

[Otros integrantes de 100 historias](#)

AUTORES DEL PRESENTE VOLUMEN

CELESTE CASTIGLIONE

Licenciada en Ciencia Política y Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires), Doctora en Ciencias Sociales (UBA), con una tesis sobre las representaciones sociales de las migraciones en Argentina. Investigadora Adjunta del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) con sede en la Universidad Nacional de José C. Paz con el proyecto sobre “El cuerpo del migrante muerto y el rol del Estado a lo largo de la historia”.

Es directora de dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José C. Paz: “Nacimiento y muerte del migrante en el Municipio de José C. Paz” y “Migraciones y multilingüismo. Un estudio de casos en el ámbito educativo del partido de José C. Paz”, ambos en el período 2017-2019. Ha participado de congresos, grupos de investigación y publicaciones nacionales e internacionales.

Se desempeña como profesora de la Facultad de Derecho de la UBA en la cátedra de “Teoría del Estado” como ayudante concursada, de Posgrado en la UNPAZ e investigadora del Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la UBA y de la Universidad Nacional de La Plata. También es profesora de Historia en el Curso de Ingreso a la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini (UBA).

Fue compiladora junto con Cristina Barile del libro *Morir no es poco - Estudios sobre la muerte y los cementerios* (Ediciones Continente, 2018).

JUAN FERNÁNDEZ

Profesor de Historia en la cátedra de “Historia Social Contemporánea”, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; así como en la cátedra de “Problemas de Historia Argentina”, en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, del partido de Florencio Varela. Titular de la materia “Historia Contemporánea mundial I y II”, en el Profesorado de Historia “Instituto Alfredo L. Palacios”, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Profesor a cargo de la cátedra “Historia de la Ciencia y de la Técnica” dictada en la Universidad de Morón (Carrera de Ingeniería). Profesor de Historia en el Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media (Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini) dependiente de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

MARÍA CECILIA GASCÓ

Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social (UBA) y Profesora en Historia (IES N° 1 “Alicia Moreau de Justo”). Maestría en Historia (UNTREF), en proceso de escritura de tesis. Docente de Historia en Curso de Ingreso a la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini (UBA). Docente Ad Honórem de la materia “Sujetos, identidades y proyectos políticos en la historia reciente: las transformaciones del peronismo (1955-1976)”, Facultad de Ciencias Sociales (UBA) Cátedra Friedemann.

Expositora, presentadora o comentarista en mesas y jornadas de Historia y Ciencias Sociales sobre temas vinculados a Historia Intelectual, Historia de los Intelectuales e Historia de las Ideas e Historia cultural.

Redactora de contenidos de libro de texto de Historia del Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media de la UBA y de cuadernillos y materiales de cátedra. Artículos publicados y colaboradora en capítulos de libros. Participación en grupos de estudio e investigación de colectivos docentes.

FERNANDO ANTONIO MASTANDREA

Profesor en Historia. Egresado del Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González”. Especialista en Ciencias Sociales y su enseñanza, postítulo otorgado por el INFD. Ha desempeñado y desempeña distintas tareas en tres niveles educativos: primario, secundario y terciario. Ejerce en la actualidad en el ISP “Dr. Joaquín V. González” y en la Escuela De Comercio N° 7 “Manuel Belgrano”.

Ha publicado artículos en libros y revista, tanto sobre temas históricos como educativos. Participa desde el año 2012 en el equipo del curso de ingreso a las escuelas medias de la UBA en la sede del colegio Carlos Pellegrini.

EDUARDO PABLO PELOROSSO

Profesor de Historia en Nivel Medio y Superior, Instituto del Profesorado del CONSUDEC “Septimio Walsh”. Actualmente ejerciendo los cargos de docente y Coordinador del Departamento de Sociales en escuelas de gestión pública, privada y CIEEM Carlos Pellegrini / Nacional Buenos Aires Asignaturas: Historia, Formación Ética y Ciudadana, Geografía, Sociología.

SILVINA PESSOLANO

Profesora de Historia graduada en el profesorado “Joaquín V. González”. Autora de los “Libros de actividades para el docente” del Almanaque de Bicentenario de la declaración de la Independencia Argentina (1816-2016) y del San Martín y el Cruce de los Andes. Almanaque de la hazaña, de editorial Bärenhaus. Profesora del Colegio Nacional de Buenos Aires (UBA), del Curso de Ingreso de las Escuelas de Educación Media de la Universidad de Buenos Aires, Centro Educativo San Francisco Javier, Instituto La Candelaria y ex profesora del CONSUDEC.

ALBERTO ROSSI

Es Profesor de Historia, recibido en el Instituto Obra Cardenal Ferrari. Docente de Escuela Media, Instituto Terciario, y Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media de la Universidad de Buenos Aires. Coautor del Libro de historia del Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media (CIEEM) de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

JUAN MARTÍN TUPILOJON FERNÁNDEZ

Es Profesor egresado del Instituto superior de formación docente N° 1 de la ciudad de Avellaneda. Profesor de Historia en el curso de ingreso a las escuelas de educación media de la UBA. Docente del Colegio Nacional de Buenos Aires. Profesor de Historia en el colegio secundario Nuevo Sol de Caballito.

100 HISTORIAS: PRESENTACIÓN

Somos un grupo de profesores de Historia, convocados para dictar clases en el curso de ingreso a los colegios de la UBA: Carlos Pellegrini y Nacional de Buenos Aires. En dicho curso, además de desempeñarnos como docentes, participamos en la elaboración de los libros que utilizan los estudiantes.

El conjunto de profesores de Historia, sede Pellegrini, fue adoptando a lo largo de los años, características que, aunque fuimos formados en distintas instituciones, con diferentes trayectorias y especializaciones, logramos conformar un equipo de trabajo eficiente, solidario y de una capacidad profesional digna de ser aprovechada para crear y construir otro tipo de acciones. De allí surgió la idea de crear 100 historias, un equipo de trabajo que tiene el objetivo de investigar, estudiar, interpretar, debatir, la historia para difundirla como una herramienta de análisis y transformación del presente.

Nos fijamos como tarea inicial construir una historia argentina desde sus orígenes hasta la actualidad, plasmada en este Almanaque Histórico Argentino, cuyo nombre es para rescatar antiguas publicaciones que abordaban una temática, en este caso la historia argentina, desde diversos aspectos. Por eso, además de un capítulo de la historia de cada período, existen trabajos específicos sobre economía, género, migraciones, cultura, ideologías, finalizando con una completa cronología de los hechos destacados y apuntes biográficos de sus protagonistas.

El objetivo de este Almanaque es proponer una historia que sirva para abrir un debate sobre nuestro pasado en función del presente. No es cuestión de utilizar la memoria colectiva solamente para no olvidar. La misión es que a partir de ella se pueda transformar, crear, construir, un futuro mejor.

100 historias está integrado por un grupo de docentes trabajadores intelectuales, que los une su pasión por la educación y la historia, las que son consideradas como herramientas fundamentales de transformación del presente y construcción del futuro: Marcela Alonso, Walter Ballesteros, Guillermo Cao, Celeste Castiglione, Juan Fernández, Cecilia Gascó, Andrés Gurbanov, Fernando Mastandrea, Carlos Oroz, Eduardo Pelorosso, Andrea Pereyra,

*Silvina Pessolano, Alberto Rossi, Ana Trenti y Juan Martín Tupilojon
Fernández.*

INTRODUCCIÓN

Los acontecimientos del pasado sucedieron de una forma y son inalterables en el tiempo. Pero consideramos a la historia como una ciencia que reconstruye y analiza el pasado de la humanidad, interpretando las fuentes desde el presente. Y los presentes son todos distintos. Por eso una historia escrita hace 50 años de un mismo período, puede tener un análisis diferente de lo que se escribe en 2019. En este caso la llamada “década infame” 1930-1943.

Por eso consideramos que es necesario renovar el análisis del pasado, más allá de los cambios que se producen en la manera “de contar”, no solo la historia, sino absolutamente todo. Por eso, esta nueva historia argentina con el nombre de Almanaque. Y por eso también, el período elegido para este primer libro de la colección.

Sin dudas la crisis iniciada en 1929 afectó al mundo en todos sus aspectos, económicos, políticos, sociales, culturales. Argentina no fue la excepción. La crisis del sistema político liberal democrático propició el golpe de Estado que da inicio al período y a una sucesión de interrupciones o restricciones del orden constitucional de todo el siglo XX. El triunfo de la revolución socialista en Rusia y el crecimiento y llegada al poder de los regímenes fascistas van a alentar al movimiento obrero a organizarse con gran influencia del Partido Comunista y a los grupos nacionalistas a seguir avanzando, incluso tomando el poder a través de sectores del Ejército, como sucedió el 6 de septiembre de 1930.

En lo económico el proceso de industrialización por un lado y la intervención del Estado en la economía, no para beneficiar a las mayorías, ni para paliar los problemas sociales como la desocupación o las pésimas condiciones de vida de los obreros industriales o los peones rurales, sino para beneficiar a las minorías propietarias, sobre todo agroexportadoras, definirán la época.

Por eso este Almanaque Histórico Argentino, analizando la década del 30, desde este presente. En el final de la segunda década del siglo XXI, donde las extremas derechas crecen en todo el mundo y las crisis económicas globales son cada vez más seguidas, profundizando la desigualdad social, con aumento de la desocupación, la pobreza y la marginación, encontramos algunos datos que

caracterizaron los años treinta.

El presente volumen comienza con las presidencias del período, iniciadas con el golpe de Estado que intenta instalar un régimen fascista y ante el pronto fracaso, se retornará al fraude electoral recurrente en los gobiernos conservadores. Este primer golpe de Estado definirá el accionar, por supuesto involuntario de todos los gobiernos de facto del siglo XX. Derrocan a los gobiernos constitucionales denunciando el desorden imperante, el desgobierno, la inoperancia, la corrupción. Instalando gobiernos que su ingobernabilidad los hace cambiar de presidentes y rumbos en cuestión de meses o si no lo hacen las divisiones internas son más profundas que la de los partidos que derrocan. Sin contar que todos terminan siendo más corruptos, inoperantes y caóticos que los gobiernos que depusieron. Sin embargo, los medios de comunicación siempre sirvieron para que durante la mayor parte del siglo XX ciertos sectores de la sociedad volvieran a “golpear la puerta de los cuarteles” pidiendo que las Fuerzas Armadas “normalicen” el país.

Este primer capítulo histórico político, se completa con el segundo y el tercero que profundizan el análisis en la economía del período y en especial en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Varios interrogantes se intentan resolver en dichos capítulos apoyados con una importante bibliografía. Examinando el papel del Estado, donde queda demostrado que el intervencionismo es tan importante o más que en los gobiernos posteriores denominados “populistas”, solamente que en este período no es considerado gasto público cuando es para beneficiar a los grupos minoritarios agroexportadores.

El proceso de industrialización minuciosamente estudiado en el capítulo III se complementa con el crecimiento y organización del movimiento obrero desarrollado en el capítulo IV. Es fundamental entender la composición y accionar del sindicalismo previo al peronismo.

Los capítulos V y VI se refieren a las mujeres. ¡Y qué mujeres! Principalmente “descentradas”, casi un elogio para nuestros días y un adjetivo descalificativo para aquellos otros. Feministas, anarquistas, rebeldes, luchadoras, solidarias. Ejemplares.

El capítulo VII tiene que ver con otro fenómeno del presente y futuro gran problema a resolver a nivel mundial, también en nuestro país: las migraciones.

En este capítulo se analiza el funcionamiento del asociacionismo y también su relación con los conflictos europeos.

El octavo capítulo tiene que ver con la literatura y las ideologías. En este caso el nacionalismo en una obra y su autor. “Hombres en soledad” de Gálvez. Un análisis de cómo el arte refleja la visión de una época desde la mirada subjetiva de su creador.

El último capítulo, el Almanaque, es una cronología que intenta, en primer lugar, describir los datos biográficos de los ministros de cada gobierno. Considerando que conociendo de dónde vienen y a qué intereses responden se puede complementar con el accionar de cada gobierno, más allá de sus manifestaciones públicas, para determinar en un análisis si sus actos son errores o políticas premeditadas para beneficiar a determinado sector. No se puede considerar un error político los términos desventajosos del Pacto Roca Runciman cuando los ministros van a ser los principales beneficiados con ese tratado por formar parte de la Sociedad Rural o estar vinculado directamente con el sector. Este capítulo cuenta, además, con una gran cantidad de hechos que sirven para reconstruir la vida cotidiana: los protagonistas de la época, las principales noticias que conmovieron y como cierre de cada año una síntesis del panorama internacional. Esta cronología si bien es selectiva y muchos acontecimientos importantes pueden no figurar, intenta reconstruir la época desde la cotidianidad.

Por último nos queda advertir al lector que este Almanaque, denominación que pretende rescatar antiguas publicaciones que trataban distintos aspectos sobre un mismo tema (Almanaque del comercio, Almanaque Mundial, Almanaque de la industria), puede leerse por capítulos y no necesariamente de principio a fin. Justamente conociendo el interés particular de los lectores de historia (nosotros lo somos) este almanaque tiene una temática que es Argentina entre el 6 de septiembre 1930 y el 4 de junio 1943 y cada capítulo aborda un aspecto del período independientemente de los otros. Si bien el libro tiene una continuidad y desde la coordinación se cuidó que no se reiteraran los temas, la libertad para que los autores desarrollen sus trabajos puede en algún aspecto parecer reiterativa, cosa que puede aparecer, por ejemplo, en la bibliografía. Pero si hay algo que entendemos los integrantes de 100 historias es que si la objetividad en historia es imposible, eso se soluciona con la honestidad de publicar de dónde se sacó la información para llegar a las conclusiones que llegamos. Por eso preferimos abundar en bibliografía. Solo nos resta esperar que disfruten esta obra como nosotros en escribirla.

Guillermo Cao, Coordinador de 100 historias, Buenos Aires, mayo de 2019

CAPÍTULO I

LOS GOBIERNOS DEL PERÍODO 1930-1943

Alberto Rossi, Juan Fernández

y Fernando Mastandrea

El Gobierno Provisional de José Félix Uriburu: la primera dictadura argentina del siglo XX

“Usted sabe que un hombre como yo, en mi situación, podría haber sido todo lo que hubiera querido. Yo he tenido hasta ahora la fuerza, y también el abnegado desinterés y la simpatía de la gente honrada del país. He sacrificado todo personalmente y a nada he aspirado, en cambio. Todos saben, aun los que han combatido la revolución y hasta los que me han calumniado, que no podía haberse devuelto sensatamente con más rapidez la normalidad. De tal manera que tengo plena conciencia de haber cumplido con la patria; lo contrario habría significado el desgarramiento más grande de mi vida. Esto lo saben y lo comprenden también mis compañeros de las Fuerzas Armadas, los que de no haber estado convencidos de mi absoluto desinterés no me habrían acompañado en la forma magnífica y también desinteresada en que lo han hecho. Ya ve usted que yo personalmente no aspiro ni siquiera al juicio de mis contemporáneos, aunque no existiera, como lógicamente tiene que suceder, todo este fuego de pasión que tardará en extinguirse.”

José Félix Uriburu (1932)¹

Las palabras del dictador Uriburu, recogidas un día antes de la entrega del poder a Agustín Pedro Justo, suenan a las de un hombre resignado, que no pudo imponer sus objetivos al resto de la sociedad, ya que ha dilapidado sus apoyos y su capital político y que cuando se percata de ello apuesta sus últimas fichas y

pierde. Lo hace en manos de Justo que le ha vaciado el espacio político, que por fuerza y audacia Uriburu entendía que le pertenecía.

Justo lo obliga a firmar el decreto para llamar a elecciones y se presenta como candidato, sumando adhesiones que le permitirán formar un partido político, una coalición de huestes conservadoras, donde el más fuerte apoyo lo representa él mismo como líder indiscutido del Ejército Argentino. Ese mismo Ejército que el 6 de septiembre de 1930 marchó decididamente a poner punto final al tercer gobierno radical consecutivo, al que responsabilizaban de no encontrar una respuesta a la crisis económica que un año antes y desde EE.UU., se esparce por el mundo como un castigo bíblico sobre los países que integran el capitalismo liberal.

¿Qué lugar le reservará a Uriburu la Historia Argentina? Muy probablemente el olvido como político, aunque sentó el precedente de las características comunes que dieron lugar a la zaga de los golpes de Estado del siglo XX. A partir de éste, cada uno de los que lo precedió en su intento de imponer políticas económicas que favorecieran sólo a un pequeño grupo o sector de la sociedad, incrementó y profundizó las prácticas de la violencia institucional que aplicaba, llegando en 1976, en el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, a hacer desaparecer 30.000 personas con el objeto de lograr sus cometidos.

Enumeramos algunas de las características comunes a todos los golpes de Estado que se aplicarían posteriormente:

Los dictadores serán reconocidos como presidentes, tomando como precedente lo determinado en la Acordada realizada por la Corte Suprema de Justicia para legitimar el poder de Uriburu.

Persecución y cárcel a opositores, categoría amplia e imprecisa al momento de diferenciar apoyos de adversarios.

Limitar el derecho a la libre expresión.

Prohibir y/o limitar el accionar de los partidos políticos.

Intervenir las universidades, y posteriormente en otros golpes de Estado todos aquellos entes autónomos que existieran como centrales obreras, sindicatos y

obras sociales.

Derogar la Constitución Nacional y las Constituciones Provinciales.

Intervenir gobernaciones provinciales y/o municipios que les fueran hostiles.

Limitar las garantías que aseguran los derechos individuales.

Gobernar en estado de sitio.

Pero cada dictadura poseerá características particulares, producto de las coyunturas nacionales e internacionales que motivan los levantamientos militares. En el caso que nos ocupa, estará dada por las consecuencias que produjo a la economía y al mercado internacional el quiebre de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929.

La gestación del golpe de Estado

Sectores nacionalistas y conservadores coincidían en que Yrigoyen no era la persona adecuada para superar la crisis económica externa, que parecía no tener fin, y provocaba la caída de las exportaciones, lo que comprometía los ingresos fiscales, la balanza comercial y la de capitales.

Al mismo tiempo en que los intereses latifundistas y los sectores comerciales y financieros entraban en crisis, comenzaba el deterioro de la imagen de Yrigoyen, donde los medios que respondían a los intereses del capital concentrado nacional y a los intereses externos radicados en el país, cumplieron un papel importante en el direccionamiento de la opinión pública en este sentido.

Los problemas presupuestarios provocaron atrasos en el pago de los sueldos a empleados del Estado, policías y militares, produjeron una caída en el consumo que afectó económicamente a comerciantes, pequeños talleres y aquellos asalariados vinculados a estos últimos, restándole apoyos al gobierno radical.

Dentro de las filas de la propia UCR, los antipersonalistas que seguían a Alvear se sumaron a las críticas al presidente, restándole apoyos.

Este clima fue propicio para realizar el golpe de Estado, y los sectores que históricamente se enfrentaron al yrigoyenismo (Liga Republicana, Liga Patriótica), comenzaron a buscar un líder para realizar un levantamiento militar.

Uriburu, quien se había desempeñado como Inspector General del Ejército en el Gobierno de Alvear, cargo con el que se designaba a la máxima autoridad del arma, poseía estrechos vínculos personales con la mayoría de la oficialidad, y también con la elite política tradicional, por lo que parecía el indicado para este cometido.

El 6 de septiembre, en una acción exclusivamente militar, Uriburu avanzó con unos cientos de cadetes del Colegio Militar, desde la guarnición militar de Campo de Mayo a la Casa de Gobierno. La poca resistencia del gobierno a este avance allanó el camino a su éxito. Yrigoyen, que se encontraba con licencia médica viajó a la Ciudad de La Plata en busca de apoyos que no encontró. Renunció, y poco después fue detenido y enviado a la isla Martín García hasta el fin de la dictadura.

Con la llegada de Uriburu a la Casa de Gobierno, el vicepresidente Enrique Martínez renunció.

Ante el éxito obtenido, Uriburu encabezó un Gobierno Provisional.²

Pocos días después, el 10 de septiembre, a solicitud del mismo Uriburu, la Corte Suprema de Justicia convalidó el golpe de Estado legitimando el cargo de presidente en la figura del dictador.

Uriburu en el poder

El gabinete del Gobierno Provisional estaba constituido principalmente por un grupo de Gentleman civiles con experiencia en cargos de gobierno realizadas antes de 1916, durante los gobiernos conservadores.

El principal problema a solucionar era encontrar una solución al debacle económico argentino producido por la baja en la demanda de productos argentinos desde el exterior.

Uriburu comienza aplicando políticas económicas ortodoxas, tendientes a reducir el gasto público, y a medida que el éxito se torna esquivo, profundiza algunas variables como un estricto control de cambios, aranceles aduaneros, etcétera, alejándose de los principios liberales de la economía de las décadas anteriores.³

A finales de septiembre Justo rechaza el cargo de vicepresidente que le ofrece Uriburu y acepta, por poco tiempo, el de Inspector General de Ejército.

Justo, que se había ganado el título de segundo jefe de la revolución, se aleja de las vinculaciones con un poder que va estrechándose y busca integrarse a grupos políticos más amplios, radicales antipersonalistas, dirigentes conservadores, socialistas independientes, mientras afianza su espacio en el sector castrense como líder.

A diferencia de las propuestas reformistas del grupo uriburista, los oficiales del círculo de Justo son hostiles a cualquier reforma autoritaria de las instituciones y a la exclusión de los políticos dispuestos a unirse al proceso revolucionario. Justo, el más hábil dirigente de la derecha argentina de entonces, plantea un tipo de cerrazón de grupo más acorde con la configuración que potencia la cooptación de nuevos integrantes. En las negociaciones con Uriburu, el teniente coronel José María Sarobe, hombre de confianza de Justo y de origen radical, es quien lo representa. También influyen en la decisión las conocidas simpatías radicales de Justo y el hecho de que, si bien es parte de la “otredad”, él sí se encuentra dentro de los canales institucionales del Estado, a través del ejército. En este sentido, Justo tiene una base más sólida para su organización y una fórmula política que permite incorporar actores políticos más heterogéneos y que es, a la vez, más concreta que la planteada por su predecesor. El primero intenta salvaguardar en cierta medida a la Constitución como un elemento más de la fórmula política. Uriburu, por su parte, plantea construir su fórmula política sin emplear este instrumento. Justo intenta utilizar al ejército como base para la construcción de una democracia diferente a la que lleva adelante Yrigoyen desde 1928. José F. Uriburu, al igual que Pedro Pablo Ramírez luego,

proponen eliminar la Ley Sáenz Peña y el sistema parlamentario. Si la clase política sostiene un relato que la vincula al origen mismo de las instituciones políticas más destacadas de nuestro país, la eliminación de un sistema parlamentario sería como atacarse a sí mismos. Estos individuos son conscientes de su ineficacia para competir con el radicalismo en un marco de elecciones libres y de la Ley Sáenz Peña. Las propuestas uriburistas van más lejos de lo que los miembros de la clase política están dispuestos a aceptar, al menos públicamente. Por esta razón, el grupo más cercano a Uriburu puede ser considerado como el más extremista entre los que forman parte de la revolución del 6 de septiembre de 1930, y es el que logra quitarse su otredad política transfiriendo al radicalismo esas connotaciones, alejándolo de los canales institucionales democráticos.⁴

La falta de apoyos políticos, la distancia que ponen los sectores profesionalistas del Ejército que nuclea Justo, hacen que el gobierno recurra a la confianza y lealtad de sus propios familiares para ocupar cargos del Estado. Esta situación va aislando progresivamente al Gobierno Provisional sesgando y estrechando su capacidad y mirada política.

José E. Uriburu posiciona al nepotismo, que sorprende a adversarios y a revolucionarios. Su gobierno incluye a numerosas personas de su propia familia, rasgo que suele atribuirse a su origen patricio, de una provincia mediterránea, que no había sido afectada por la modernización de igual manera que las del área litoraleña y pampeana. Uriburu era producto de una aristocracia de servicios en un marco colonial que bregaba por la inserción en el gobierno. El interventor de Córdoba, Carlos Ibarguren, por ejemplo, incorpora a sus dos hijos como secretarios personales. Al no haber fidelizaciones entre las acciones de sus miembros, se buscan acciones recíprocas en espacios no políticos, pero esta situación hace aumentar aún más la cerrazón del grupo en el poder, alejándolo no sólo del resto de la sociedad, sino también del resto de la clase política. Esta endogamia impide la cooptación de nuevos miembros, debilitando aún más la endeble fórmula política del gobierno uriburista. Hacia el interior del ejército pueden vislumbrarse a su vez importantes divisiones: los oficiales nacionalistas parecen ser mayoría sólo en la intimidad del poder, mientras que fuera de este existen oficiales radicales. Estas divisiones pueden calificarse no

sólo como radicales / anti radicales, sino también como parte del conflicto entre liberales y nacionalistas. El gabinete de colaboradores cercanos a Uriburu se conforma con individuos pertenecientes a unas pocas familias. Debe ser interpretado como una necesidad de un grupo que sólo puede marcar sus fronteras mediante un fuerte control sobre sus miembros. Con la pérdida de flexibilidad de la organización interna de la clase política comienzan los cuestionamientos de su posición de privilegio. La fórmula política no consigue actuar con mayor efectividad en su rol de árbitro de los diferentes intereses en pugna dentro de la minoría gobernante.⁵

Uriburu gobernó durante 17 meses bajo el imperio del estado de sitio (la suspensión de las garantías individuales), y la ley marcial, que le permitió perseguir y despedir a afiliados y simpatizantes radicales de la administración y de las universidades, y fusilar a anarquistas a quienes encontró culpables de acciones ligadas al sabotaje.

El gobierno provisional de Uriburu parecería promover una revancha social para quienes estuvieron excluidos de la administración estatal durante la gestión de Yrigoyen, pero en sus prácticas va más allá de la desyrigoyenización del Estado. Su gobierno de facto plantea una dictadura cuando instaura la ley marcial y restablece la pena de muerte que había sido abolida por el Congreso en 1921. También se crea una Sección Especial contra el Comunismo, bajo la responsabilidad del coronel Carlos H. Rodríguez. Será dirigida por Leopoldo Lugones (hijo) y combatirá por igual a comunistas, socialistas, opositores civiles y militares. Una de sus primeras y más famosas víctimas es el anarquista Severino Di Giovanni, que fue fusilado, con apenas 29 años de edad, el 10 de febrero de 1931 por ser considerado culpable de falsificar dinero, actuar contra el orden público, robar a mano armada y haber atentado contra la embajada de los Estados Unidos un quinquenio antes [...] La policía sofoca huelgas mientras los sindicatos amarillos y los infiltrados limitan la libertad de acción de las organizaciones obreras a la par que cae en desuso la legislación laboral impuesta por Yrigoyen. Estas medidas intentan encauzar un movimiento obrero con el cual los miembros de la clase política no pueden establecer acciones recíprocas. A diferencia de lo que ocurrirá con el peronismo, la minoría gobernante que acompaña a Uriburu no cuenta en su fórmula política con el

*apoyo de los trabajadores.*⁶

Radicalismo

Después del golpe, el radicalismo se sumió en una profunda división de aguas. Por un lado Yrigoyen sería confinado en la isla Martín García. Sus seguidores debieron superar la profunda crisis que implicó la salida por la fuerza del poder, y organizarse en las condiciones más adversas desde la derrota del intento revolucionario de 1905. Por otro lado, Marcelo Torcuato de Alvear desde París saluda al Gobierno Provisional, pero una vez que se encontró en Buenos Aires, ante el pedido de Yrigoyen desde Martín García, de que sus seguidores se agruparan alrededor de Alvear, toma una prudente distancia con el gobierno de facto, y se convierte en el nuevo líder de la UCR.

El 31 de diciembre de 1930 intentan sin éxito un alzamiento en la provincia de Córdoba, que implica a un número significativo de suboficiales del ejército, bomberos y policías. Una denuncia los hace fracasar y son detenidos los dirigentes radicales Amadeo Sabattini, Donato Latella Frías y Humberto Cabral, más un centenar y medio de participantes.

La vigencia del radicalismo fue demostrada en las elecciones a gobernador de la provincia de Buenos Aires, que hizo que el gobierno comenzara a pensar en la implementación de medidas para impedir el crecimiento de éstos.

La oportunidad llegó de la mano de un intento revolucionario radical encabezado por el teniente coronel Gregorio Pomar, de simpatías yrigoyenistas, quien subleva a un destacamento militar en Corrientes, reducido rápidamente por las autoridades nacionales.

Por este motivo Uriburu detiene a un número significativo de dirigentes radicales, y en septiembre establece la prohibición de que el radicalismo se presente en las elecciones nacionales de noviembre.

Uriburu y Justo

Uriburu creía necesario establecer una reforma electoral que reemplazara a la Ley Sáenz Peña, con el fin de encontrar un sistema de representación que alejara a la nación de la “tiranía” de las mayorías populares, como los yrigoyenistas. Estas ideas, defendidas por el nacionalismo uriburista, se entroncaban con las que había aplicado el fascismo italiano. Para ponerlas en práctica era necesario realizar una reforma constitucional.

Para Uriburu el propósito de la revolución era establecer un mejor sistema de representación y evitar así la tiranía de una “minoría mística” como los caciques yrigoyenistas, de manera que representantes auténticos, de intereses sociales reales puedan actuar dentro del Estado [...] e impedir que el profesionalismo electoral monopolice el gobierno y se imponga entre el gobierno y las fuerzas vivas. Inspirándose en la teoría corporativista de la época, Uriburu, por tanto, sugirió que en el Congreso estuvieran representados los gremios y no los partidos. Él y sus seguidores calificaban esta idea de nacionalismo, ya que, según afirmaban, unificaría y armonizaría las partes constituyentes de la nación. Así pues, los uriburistas hicieron campaña a favor de la reforma constitucional y se concentraron en cambiar el Artículo 37 de la Constitución de 1853: la composición y las funciones de la Cámara de Diputados. Uriburu parecía dispuesto a convocar elecciones y retirarse una vez hubiera llevado a cabo esta reforma. Al menos durante un tiempo albergó la esperanza de transmitir la presidencia no a un fascista sino a Lisandro de la Torre, veterano liberal-conservador que había sido uno de sus camaradas durante la revolución de 1890 y era su amigo desde entonces. Uriburu no logró poner en práctica la reforma constitucional ni preparar su propia sucesión. Sus partidarios eran principalmente abogados y académicos conservadores. Sin embargo, la mayoría del ejército y las fuerzas vivas, los grandes estancieros y comerciantes que dominaban la economía y constituían la principal base civil para la revolución, apoyaban la segunda facción del gobierno provisional. Acaudillada por el general Agustín Pedro Justo, esta facción pretendía crear un partido conservador popular del tipo que Sáenz Peña había concebido en 1912 y que impediría que los yrigoyenistas recobrasen el poder. Sus miembros querían una política económica conservadora que protegiese la economía basada en la exportación y defendiera los vínculos con Gran Bretaña y la Europa occidental. Así pues, la etiqueta que mejor cuadra a la facción es la de liberal-

conservadora, y la facción difería de los nacionalistas capitaneados por Uriburu en que se oponía la reforma constitucional y a la representación corporativa, que, al igual que los otros adversarios de Uriburu, veía como potencialmente fascista. En esencia la disputa entre liberales y nacionalistas tenía que ver con la estructura del Estado. Los primeros se oponían al tipo de Estado mediador situado por encima de la sociedad que proponían los teóricos corporativistas. Querían el gobierno de una clase, el gobierno controlado por ellos mismos.⁷

La pugna entre estas dos facciones se tensó aún más cuando el ministro del interior, Sánchez Sorondo llamó a elecciones el 5 de abril de 1931, para cubrir el cargo de gobernador en la provincia de Buenos Aires.

La intención era demostrarle a Justo que el Gobierno Provisional no carecía de apoyo popular, y que crecía la admiración de la sociedad hacia éste.

Las elecciones que fueron ganadas por los radicales, y anuladas por el gobierno, demostraron el fracaso de Uriburu en su política de alejar a la UCR de la preferencia de los electores.

La facción de Justo lo obligó a firmar un decreto que establecía elecciones nacionales en noviembre de 1931, que a su vez tomó el control del Gobierno Provisional.

El camino hacia el poder de la coalición armada por Justo estaba allanado. Sólo faltaba ajustar contra quiénes y cómo competirían, y así retornar a las prácticas electorales más espurias.

La presidencia de Agustín Pedro Justo

(1932-1938)

Modernización y contrastes

“No puede sorprender, por tanto, que los efectos de la Gran Depresión sobre la política y sobre la opinión pública fueran grandes e inmediatos. Desafortunado el gobierno que estaba en el poder durante el cataclismo, ya fuera de derechas, como el del presidente estadounidense Herbert Hoover (1928-1932), o de izquierdas, como los gobiernos laboristas de Gran Bretaña y Australia. El cambio no fue siempre tan inmediato como en América Latina, donde doce países conocieron un cambio de gobierno o de régimen en 1930-1931, diez de ellos a través de un golpe militar. Sin embargo, a mediados de los años treinta eran pocos los Estados donde la política no se hubiera modificado sustancialmente con respecto al período anterior a la Gran Depresión.”

Eric Hobsbawm, Historia del siglo XX. ⁸

Luego de hacer que el dictador Uriburu se pierda en su propio laberinto, Justo lo llevó de la mano a una salida que, por distintos motivos, ambos buscaban ansiosamente.

Uriburu necesitaba encontrar el camino que lo llevara a salir de la “revolución” lo más indemne posible, porque había puesto en juego su prestigio personal representando los intereses del sector oligárquico, y éstos lo habían abandonado a su suerte.

Justo, el de entrada a una gobernabilidad que restableciera nuevamente los principios republicanos, porque al descalabro económico se le sumaba el descalabro político de un gobierno que carecía de representación, cuyo rumbo errático no ayudaría en el restablecimiento de las relaciones de intercambio previas al crack de 1929.

Pensaba que la restauración de un gobierno similar a los que existieron previos a la vigencia de la Ley Sáenz Peña, poseían una matriz que ya habían demostrado el sostenimiento de una conducta, que en términos políticos y legales, garantizaba y aseguraba lo pactado con países compradores e inversores de la Argentina. El modelo a instaurar, necesariamente, debería restringir y cerrar las puertas de acceso político a los sectores populares y a sus dirigentes, tal como lo

hicieron los gobiernos hasta 1916.

Justo, a poco tiempo de andar el Gobierno Provisional, comenzó presurosamente a conversar con todos los sectores políticos, cuyo denominador común era el anti yrigoyenismo que profesaban, con el objeto de convertirse en el líder de una coalición que sirviera a sus fines, si se lograban elecciones nacionales. Sumaba a ella un valor no poco importante en ese momento, que es que había logrado convertirse en el mayor referente del ejército.

Estas alianzas le permitieron fundar un partido político que lo propondría a la cabeza de la fórmula presidencial, cuyo sugestivo nombre, Concordancia, se presentaba en sociedad con la intención de mostrar un cambio de época, ya que desde el mismo nombre del partido político se aludía a las intenciones conciliatorias y superadoras en los intereses políticos y personales enfrentados hasta esa fecha.

Así, Justo comenzó a diseñar una candidatura cuyo camino sería lo suficientemente sinuoso como para no eludir un importante intento por encabezar la fórmula del radicalismo. El paso no era descabellado ya que, detenido y proscrito Yrigoyen, el partido quedaba en manos de Alvear, de quien Justo había sido ministro. Sin embargo, sus intentos fracasaron: por una parte, Alvear desconfiaba de las maniobras de su ex colaborador; por otra, y esto era crucial, las negociaciones para armar una candidatura radical, que contenían imposiciones de Uriburu y guiños de Yrigoyen, iban por carriles que no lo incluían. Justo buscó entonces la división del partido que desde el golpe parecía volver a unirse, como había sucedido en la provincia de Buenos Aires en ocasión de los comicios de abril. En esta empresa tuvo un suceso relativo ya que consiguió el respaldo de varios grupos antipersonalistas, que fueron los primeros en proclamar su candidatura, y hasta logró la adhesión de algunos dirigentes personalistas como el santafesino Ricardo Caballero. Pero sus maniobras sólo culminaron en un éxito total una vez que, utilizando todo su poder dentro del gobierno, hubo logrado el veto de la candidatura de Alvear, lo que llevó a la UCR a decidir la abstención. Con esta medida, tomada por el Comité Nacional a pocos días de los comicios presidenciales de noviembre de 1931, el radicalismo recuperaba uno de los componentes más sentidos de su religión cívica, pero dejaba el campo allanado para la victoria electoral de Justo. La Alianza Civil, formada por socialistas y demócratas progresistas que

proclamaron la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, no estaba en condiciones de disputar seriamente la presidencia. Mientras tanto, Justo se aseguró el apoyo de los partidos conservadores provinciales que se habían reunido en el Partido Demócrata Nacional, y también el del Socialista Independiente. De este modo, se transformó en un candidato polifacético: continuador o crítico de la revolución, radical, masón o católico, conservador, nacionalista o liberal, general o ingeniero, todo a medida de la ocasión. Una novedad anticipaba nuevos tiempos: su candidatura obtuvo el apoyo explícito de la cúpula de la Iglesia Católica, alarmada por el público anticlericalismo de los dos componentes de la fórmula de la Alianza. Por el momento, también contó con el apoyo del nacionalismo, cuya crispada voz se dejaba oír desde el periódico La Fronda. Con la ausencia de candidatos de la UCR, Justo ganó los comicios presidenciales de noviembre de 1931 con comodidad.⁹

El vicepresidente de la fórmula debía ser un conservador de “paladar negro” que pusiera de manifiesto y despejara cualquier duda acerca de los intereses políticos, económicos que se pondrían en valor al momento de gobernar.

Con estas intenciones se eligió a Julio Argentino Roca (hijo), abogado, que había abrazado la causa política hacía décadas, y que se había desempeñado desde funcionario hasta legislador. Su nombre poseía una fuerte carga simbólica para los integrantes de la coalición, ya que su padre, Julio Argentino Roca, fue general del ejército y el primer presidente representante de los intereses oligárquicos exportadores a partir de 1880.

La fórmula presidencial quedaba constituida por un candidato de origen militar, institución que gozaba de prestigio en esos años, y el representante político de los intereses conservadores. No quedaban dudas acerca de la defensa de los intereses a los que responderían una vez en el gobierno.

Pese a que no existía una oposición que pudiera disputarle el triunfo, como en los mejores tiempos de los gobiernos conservadores volvieron a aplicarse las mismas prácticas fraudulentas para asegurar el resultado de la elección.

La etapa abierta por Pedro A. Justo y Julio A. Roca, y que con distintos matices se mantendría hasta casi 1943, estarían dadas por:

Características autoritarias similares a las inauguradas por Uriburu; desatendería la cuestión social signada por la desocupación y la falta de políticas oficiales tendientes a mejorar la situación de los sectores populares.

Se apoyaría en el fraude electoral para mantenerse en el poder, y en el uso de la violencia institucional en caso de ser necesario.

Subsidiaría a grandes sectores oligárquicos con el objeto de asegurar su rentabilidad.

Se desarrollaría una corrupción que, para algunos políticos y la opinión pública en general, se tornaba escandalosa.

Intervendría profundamente en la economía, de acuerdo a la tendencia mundial, con el objeto de revertir las consecuencias de la crisis del mercado internacional.

Los años de Justo

—¿No fue determinante el impacto de la crisis internacional del 30?

—Sí.

—En su libro [N. del A.: La Argentina y la tormenta del mundo: ideas e ideologías entre 1930 y 1945] sin embargo, no aparece con fuerza.

—Es determinante en la medida en que es vivida por un país que no tiene un gobierno aceptado como legítimo por todos. Eso es lo que hace que la política económica seguida en esa década, que no es tan original como sugiere Raúl Prebisch ni tan anómala como sugieren sus enemigos, sea considerada una política criminal. Lo cual es absurdo, evidentemente.

—¿Criminal por los negociados o intrínsecamente criminal?

—Intrínsecamente. Es una política al servicio de un sector muy chico de la sociedad y sacrifica a todos los demás. Empiezan criticándola cuando las cosas van mal y deben seguir criticándola cuando las cosas van mejor. Por eso la

crítica se hace cada vez más moral.”

Martín Granovsky y Tulio Halperín Donghi (2003)¹⁰

Durante 1932 la crisis económica parecía no tener fin. El gobierno no lograba encontrar un piso en la caída económica que permitiera estabilizarla. Además, Inglaterra anunciaba que se retiraba como comprador de los productos argentinos (paulatinamente), a partir de un acuerdo con sus propias colonias nucleadas en el Commonwealth. El gobierno envió una delegación encabezada por el vicepresidente a Reino Unido y logró un pacto comercial con ese país, conocido como Pacto Roca-Runciman, que aunque lisa y llanamente la Argentina reconocía y aceptaba un tratado que vulneraba los intereses soberanos en el mantenimiento de la compra por parte de Inglaterra, de una cuota constante de carne vacuna enfriada por tres años consecutivos, fue anunciado y celebrado por el gobierno como un gran éxito.¹¹

La oposición demandó explicaciones, que oficialmente nunca llegaron, y ante la corrupción que realizaban los frigoríficos ingleses beneficiados por el pacto.

Una denuncia del senador santafesino demócrata-progresista, Lisandro de la Torre, apoyada por documentos, demostraba que tres frigoríficos ingleses y uno norteamericano realizaban una contabilidad paralela para ocultar sus verdaderos beneficios económicos. Acusaba al gobierno de convivencia por no ejercer los controles correspondientes, y de cómplices al sector ganadero exportador.

El tema adquirió tal repercusión, que los ministros de Hacienda y Agricultura se tuvieron que presentar a una interpelación en el Senado de la Nación.

Las denuncias de las ventajas obtenidas por el ministro de Agricultura Luis Duhau, un rico invernador, cuestionaron al gobierno de Justo dando más resonancia al debate. En buena medida, como advierte Tulio Halperín Donghi, estas derivaciones opacaron el tema del debate: el comercio de las carnes y el vínculo anglo-argentino. El debate culminó en un hecho dramático y luctuoso. En la sesión del 23 de julio, el senador demócrata progresista Enzo Bordabehere

fue asesinado por un ex policía y militante conservador, que aparentemente se proponía silenciar a De la Torre.¹²

El disparo recibido por Bordabehere, y destinado a De la Torre, aparte de demostrar que no existían garantías de ningún tipo para nadie y en ningún espacio, era tomado como un mensaje destinado a silenciar a toda la oposición.

Para poner distancia con la gravedad de la denuncia y el escándalo que significaba el asesinato del futuro senador, el gobierno decidió prescindir de los servicios de sus ministros de Hacienda, Federico Pinedo, y de Agricultura, Luis Duhau.

Este suceso demostraba la convivencia política con los hechos de corrupción de la época, donde muchos de estos actos se realizaban a espaldas de la ciudadanía, básicamente al momento de la aprobación parlamentaria.

Destacaremos sólo dos de los grandes negociados que tomaron estado público, con el fin de ilustrar esta situación:

La Compañía Argentina de Electricidad, que abastecía a la Capital Federal con su servicio cuya concesión vencía en 1936, sobornó a muchos concejales del Consejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, con la finalidad de aprobar su continuidad en el servicio.

La compra de tierras en la localidad de El Palomar con el objeto de ampliar las instalaciones del Colegio Militar. Un intermediario vendió al Estado Nacional las tierras a \$1,10 el m², cuando habían sido compradas a \$0,65 el m². El orden realizado en la escrituración simultánea demostraba la corrupción. Primero firmó la posesión el Estado, pagando el predio, y, en segundo lugar, el intermediario, que con el dinero obtenido pagaba a las auténticas dueñas del predio. El orden de la operación, donde el Estado pagaba a un tercero que no era dueño del predio, y simultáneamente éste escrituraba a su favor para dar legalidad al hecho, demostraba el grado de impunidad con que se realizaban los actos corruptos.

La oposición política

El radicalismo se convirtió en la primera fuerza opositora, y Marcelo Torcuato de Alvear en su líder indiscutido. Pero el radicalismo practicó la abstención a los comicios hasta 1935, lo que supuso un serio debate por esta posición dentro de sus filas, haciendo que muchos afiliados, sobre todo los yrigoyenistas, formaran otras agrupaciones.

Es el caso de FORJA fundada por los jóvenes Arturo Jauretche, Homero Manzi, Oscar y Guillermo Meana, Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, Atilio García Mellid, Jorge Del Río, Darío Alessandro y Raúl Scalabrini Ortiz, que realizaron investigaciones y denuncias sobre el neocolonialismo que Inglaterra ejercía sobre la Argentina, con el beneplácito de las clases dirigentes oficialistas.

Muchos de estos integrantes se habían levantado en armas contra el gobierno de Justo, a finales de 1933, sin tener éxito en su empresa.

Otra fuerza importante que mantuvo su oposición al régimen fueron los demócratas progresistas nucleados y liderados por Lisandro de la Torre, que fustigaron al gobierno con sus denuncias públicas, tal como vimos en el tratamiento sobre la corrupción en la exportación de las carnes.

A lo largo de la década de 1930, los trabajadores nucleados en sindicatos, también se convierten en un polo opositor al gobierno, organizando paros y huelgas para hacer oír sus reclamos. La importancia de este sector, y el de las organizaciones que componían merecen un capítulo aparte en esta misma edición.

Conclusiones

Las contradicciones de las políticas, económicas y sociales son tan contrastantes y profundas, que se debieron tratar por separado en esta edición.

Por un lado los gobernantes se declaraban liberales, pero intervenían la

economía para superar la crisis y direccionarla a sus fines.

Defendían una parte del sector agroexportador primario como el único camino de desarrollo económico, pero sus medidas alentaban indirectamente la industrialización del país.

Priorizaban las históricas relaciones con Gran Bretaña, pero necesitaban encontrar acuerdos con EE.UU. que les permitieran abastecer al país de las necesarias manufacturas modernas que éste producía.

Modernizaban la infraestructura del país desde una lógica urbana, bajo la importación de modelos como el aplicado por la Dirección Nacional de Vialidad que construyó rutas y servicios para el tránsito automotor, basado en el modelo norteamericano.

Mantuvieron los objetivos económicos por encima de los políticos, acallando por la fuerza todos los posibles debates.

Los cambios introducidos en esta época, se profundizarán a partir de 1943, cuando otros actores políticos arriben al gobierno, y planteen un proyecto industrialista basado en la sanción de nuevos derechos sociales y laborales que permitirán la distribución de la riqueza.

La presidencia de Roberto Marcelo Ortiz

La Coalición Conservadora comienza a crujir

“Para los comicios presidenciales de 1937, Justo eligió como candidato de la Concordancia a Roberto M. Ortiz, quien pertenecía a la UCR antipersonalista, mientras que, como candidato a vicepresidente por imposición de los conservadores, fue nominado el ex ministro del Interior de Justo, Ramón S. Castillo. Por otra parte, los mandos del Ejército aún mantenían su lealtad al Presidente. Con este apoyo y con la designación de un político como Ortiz, carente de base propias, Justo procuraba garantizar su reelección en 1943.”

A fines de 1937 el presidente Justo cumplía los seis años que duraban su mandato y se encontraba en la necesidad de hallar una fórmula presidencial que le permitiera mantener el protagonismo dentro de las decisiones de la coalición gobernante, y que sus integrantes no tuvieran predicamento dentro del Ejército.

Con el objeto de seguir siendo el único referente del sector castrense, se reservaba para sí, mantener intacto el poder político que esta posición le otorgaba, tal como lo había demostrado cuando en muy poco tiempo atrás había logrado vaciar el poder de Uriburu, quitándole el apoyo de los camaradas de armas que lo habían acompañado y respaldado en el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930; obligándolo a deponer sus aspiraciones corporativistas y a tener que convocar elecciones nacionales en poco más de un año de asumir el gobierno.

La elección de un candidato que no era militar ni pertenecía al sector terrateniente, limitaba seriamente el poder que podía acumular en los seis años de gobierno. Para el cargo de vicepresidente se eligió a Ramón S. Castillo, que representaba los intereses de los latifundistas, aunque no contaba con apoyos propios, aunque sí compartía las posiciones políticas de la oligarquía.

Ortiz era abogado, ligado a las empresas británicas de transporte, había pertenecido al radicalismo antipersonalista. Castillo también abogado, integraba el Partido Demócrata Nacional de orientación conservadora. Ambos habían sido funcionarios en el gobierno de Alvear y en el de Justo. Desde la perspectiva de Justo, ambos tenían recorridos similares en las últimas décadas que confluían en un mismo punto de llegada, aunque los puntos de partida fueran transitados desde diferentes rutas que poseían sinuosidades particulares.

Ortiz y las FF.AA.

Ortiz se mostró capaz de articular buenas relaciones con las FF.AA. desde un primer momento, las que consideraba sumamente necesarias para ejercer el poder, con el objeto de lograr la suficiente autonomía que le permitiese tomar decisiones inesperadas para sus aliados políticos. Contar con el apoyo del ejército se había transformado en una necesidad decisiva al momento de aplicar medidas innovadoras. Pese a los esfuerzos tendientes a profesionalizarlo, que realizó Justo tratando de limitar su politización, dentro de la Institución convivían cada vez más una diversidad de posturas ideológicas y de lealtades personales que determinaban los grados de apoyo entre estos grupos y las acciones del gobierno. Las distintas posiciones que convivían en el ámbito castrense se radicalizarían con el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Según Potash:

[...] como era el primer civil que ocupaba la presidencia desde Yrigoyen, el presidente Ortiz debía demostrar su preocupación por las necesidades de las Fuerzas Armadas, con el fin de crear confianza en su liderazgo. Además, debía hallar y designar en los puestos fundamentales a oficiales que simpatizaran con su programa y que tuviesen el deseo y la capacidad de defender a su gobierno contra quienes intentasen frustrar sus propósitos o aun pretendiesen derrocarlo. Frente a un Ejército dominado en los escalones superiores por los hombres que Justo había designado, y saturado de nacionalismo pro alemán y antibritánico en los niveles medios, el presidente Ortiz debía actuar con suma cautela. [...] Su principal colaborador en este proceso fue el ministro de Guerra, general de brigada Carlos Márquez, oficial de artillería, porteño e hijo de un comerciante, que había desempeñado cargos en Europa los dos últimos años del gobierno de Justo. No se han revelado los motivos de su designación para la cartera de Guerra, pero sería interesante saber si el propio Justo no reclamó su designación, en la creencia de que Márquez —cuyos dos últimos ascensos habían sido obra de Justo— sería un aliado en el gabinete de su sucesor. En todo caso, el presidente Ortiz halló en el general Márquez un colaborador dispuesto a hacer lo necesario para elevar el prestigio de su superior a los ojos del cuerpo de oficiales. Consciente de la importancia de los contactos personales y de la sensibilidad de los militares ante la indiferencia presidencial, durante el primer año de ejercicio del cargo, como señaló un observador diplomático extranjero, Ortiz “se esforzó (...) a pesar de su escasa salud por asistir a las maniobras militares en Entre Ríos, una región de la cual por lo

menos puede afirmarse que es inhospitalaria; participó en todas las ceremonias militares de cierta importancia, entregó personalmente los diplomas a los jóvenes tenientes que se graduaron en el Colegio Militar, etc.”.¹⁴

Entre los esfuerzos del presidente en lograr un mayor control sobre las FF.AA., al mostrarse receptivo e interesado en las preocupaciones castrenses, afianzaba su relación con éstos. Ortiz amplió el presupuesto destinado a éstas, llegando a otorgar partidas suplementarias para hacer frente a los gastos crecientes que demandaban la ampliación y equipamiento de las unidades del Ejército y de la Fuerza Aérea.

Al momento que el ejército nazi tomaba París, Ortiz se reuniría con Márquez para analizar los sucesos y elaborar un plan de defensa nacional que dispondría de nuevos aportes por \$1000 millones destinados a la compra de armamentos y a la creación de la Dirección General de Fabricaciones Militares. Se comienzan a plasmar en el Ejército las aspiraciones nacionalistas de lograr producir en el país parte de los insumos para las FF.AA. Lejos de mantenerlos fuera de la arena política, esto alentó a los militares nacionalistas a difundir sus posiciones en círculos políticos, acerca del valor estratégico que significaba que el Estado se hiciera cargo de los resortes de la economía argentina, cuyo control y decisiones se encontraban en manos del sector privado extranjero. Una muestra de ello la dará el presidente Castillo creando una flota mercante nacional, e incorporando en sus discursos una posición manifiesta acerca de la necesidad de lograr un desarrollo económico nacional.¹⁵

Los tiempos políticos

Los tiempos del segundo gobierno de la Concordancia estaban marcados por preocupaciones que ya no estaban sólo ligadas a la necesidad de superar la crisis económica que se había abatido a partir de 1929, sino por las voces políticas que representaban a distintos sectores que se expresaban en una forma más contundente que en un lustro anterior.

A diferencia de los años anteriores, y con motivo de la aparición de conflictos

bélicos en Europa, primero la Guerra Civil Española e inmediatamente después el inicio de la Segunda Guerra Mundial, comienza un período signado por el posicionamiento político en defensa de los distintos sectores externos en pugna, provocando rupturas, enfrentamientos, y un delicado equilibrio en el mantenimiento de apoyos, tanto en el frente nacional como en el internacional.

Dentro de la coalición gobernante existían signos preocupantes de cierta autarquía de los gobernadores de las provincias, donde las acciones y las decisiones tomadas respondían más a intereses personales, que a los objetivos que representaba y buscaba la Concordancia. Ortiz era una muestra de las preocupaciones de la coalición oficialista. Justo lo eligió como candidato porque “Ortiz fue seguramente percibido por el presidente saliente, como el candidato más apto para mantener el equilibrio concordancista, en una alianza que cada vez viraba más hacia el costado conservador”.¹⁶

Es nuevamente Félix Luna quien nos asegura que, en momento en que, concluida la transmisión de los símbolos de mando, el presidente saliente y su sucesor quedaron un instante a solas, aquel rogó a éste que tuviera en cuenta que, “con el fraude no se puede seguir indefinidamente”.¹⁷

La seguridad e impunidad política que otorgaba la máquina electoral fraudulenta en manos de los gobernantes, que se venía ejerciendo desde el principio de la década, podía poner en peligro los logros ya alcanzados y aquellos por alcanzar en materia económica, debido al bajo nivel de legitimidad política al que se había llegado.

Elegido presidente a fines de 1937, con ayuda del fraude electoral, Roberto M. Ortiz inició uno de los momentos más dramáticos de la historia argentina. Candidato de la Concordancia en representación del radicalismo antipersonalista, Ortiz llevaba como compañero de fórmula a Ramón S. Castillo, conservador perteneciente a una tradicional familia catamarqueña. Al igual que Sáenz Peña, advirtió que existía una crisis de legitimidad del poder y que las bases económicas del sistema podían estar en peligro si no se modificaban “desde arriba” sus estructuras políticas. Para ello se comprometió a abandonar

las prácticas electorales fraudulentas, a permitir que la oposición radical tuviera la posibilidad de acceder al gobierno y a democratizar, en forma general, la vida política. El nuevo gobierno asumió sus funciones en momentos en que la situación internacional se tornaba crítica. La Guerra Civil Española entraba en su último año de desarrollo y sus alternativas tenían honda repercusión en la Argentina, donde la colectividad de ese origen era muy numerosa. Asimismo, se multiplicaban los síntomas que anunciaban la inminencia de una guerra mundial. Aquejado por una grave enfermedad (una severa diabetes), el mandato efectivo de Ortiz duró dos años y medio. Durante éste, tras el propósito de sanear las prácticas electorales, dispuso la intervención federal a la provincia de Catamarca, lo que provocó resquemores entre los miembros de la coalición gobernante (conservadores y antipersonalistas). También intervino la provincia de Buenos Aires, luego de los comicios fraudulentos de febrero de 1940, convocado por el gobernador Fresco. Su breve período despertó ilusiones en las fuerzas políticas de oposición por el carácter más “democrático” de su actuación, comparada con la de anteriores administraciones conservadoras.¹⁸

Ortiz puso de manifiesto la necesidad de comenzar a evaluar volver a la legitimidad política que otorgaba la Ley Sáenz Peña, pero ello evidenció las insalvables diferencias que esta posición provocaba dentro de la alianza gobernante, y más cercanamente con su vicepresidente Ramón Castillo.

Pero, como se demostraría en 1940, algunos hombres del establishment conservador que representaron y representaban intereses variados que incluían a beneficiarios del sector primario exportador, al empresariado nacional e internacional, y al sector financiero, como lo eran Federico Pinedo y Raúl Presbich, se encontraban más cerca del pensamiento de Ortiz que el de sus aliados políticos.

Esto también significaba que existía un nuevo posicionamiento dentro de las elites productivas del país, que se encontraban considerando buscar una alianza con EE.UU., país al que percibían como la potencia mundial del momento.

En 1940, con Ortiz en licencia por enfermedad, su vicepresidente en ejercicio convocó un nuevo gabinete. La caída en las exportaciones que produjo el acumulamiento de dos cosechas, puso en alerta al gobierno para encontrar la

salida a lo que se anunciaba como una nueva crisis económica. El Ministerio de Hacienda fue ocupado por Federico Pinedo, que en tiempos del gobierno de Justo y desde el mismo ministerio había implementado y ejecutado medidas tendientes a revertir los efectos de la crisis económica que atravesaba el país. Su clara posición en defensa de los intereses oligárquicos, y por ende los del Reino Unido, estuvieron presentes en las políticas económicas y financieras aplicadas, que abiertamente subsidiaban a los primeros y favorecían a los segundos, en detrimento de los padecimientos que por ello sufría buena parte de la sociedad que se encontraba desocupada.

Pinedo elaboró un plan económico donde por primera vez se reconocía, se integraba y se contemplaban a todos los intereses productivos del país (alimentos, materias primas, servicios, finanzas y bienes manufacturados por el sector industrial), que además incluía medidas hacia el sector trabajador (planes de vivienda).

En paralelo, Raúl Prebisch, gerente general del Banco Central, gestionaba un préstamo en EE.UU., llegando a entrevistarse con el propio presidente Roosevelt.¹⁹

Los funcionarios y ex funcionarios integrantes del gobierno de Justo comenzaban a cambiar los destinos de sus viajes al exterior con el objeto de mantener vigentes y aceitados sus contactos con los centros financieros y productivos, alejándose de los lujosos cruceros que los acercaban al norte de Europa, para comenzar a transitar las rutas marítimas y/o aéreas que los llevaban al norte del continente americano.

El reconocimiento al nuevo liderazgo del orden económico mundial producía distintas reacciones y posicionamientos extremos entre las elites productivas. Esta dualidad se reflejaba entre los empresarios industriales que se alineaban con EE.UU., por la necesidad de equipos e insumos para sus industrias, y los sectores más tradicionales de la oligarquía que pensaban que ello ponía en riesgo la relación con Inglaterra, su viejo socio comercial.

Por un lado, las conflictivas relaciones con los Estados Unidos, consecuencia del problema creado por las barreras proteccionistas existentes en el mercado estadounidense [...]. Por otro, la necesidad de conservar los viejos vínculos con

Gran Bretaña, que poseía cuantiosos intereses en la Argentina y constituía su mercado más importante y que, como veremos, tendría una posición benevolente respecto a la neutralidad argentina. En un mundo en el que la posición relativa de las grandes potencias estaba cambiando rápidamente, la oligarquía tradicional, puntal del régimen conservador, prefirió mantener la inserción internacional del país como en el pasado. No obstante, existieron en su seno sectores minoritarios que fueron impulsando sin éxito una relación más estrecha con los Estados Unidos y una modificación del rumbo de la política exterior. Esta, más que la distinción entre pro aliados y neutralistas, era la verdadera divisoria de aguas que iba fracturando a la clase dirigente de la época. Como le manifestó Federico Pinedo al encargado de negocios norteamericano cuando se desempeñaba como ministro de Economía en 1940: “[...] mientras que antes los británicos constituían el principal centro de atención de la Argentina, el nuevo gobierno está convencido de que los mejores intereses [del país] residen en la cooperación estrecha con los Estados Unidos en todas las cuestiones”.²⁰

Inglaterra no vio con buenos ojos este nuevo posicionamiento, ya que sus intereses quedaban en segundo plano frente a EE.UU.

El plan que debía ser convalidado por el Congreso fue aprobado tibiamente por el Senado. Pero encontraba dificultades para sortear con éxito la Cámara de Diputados, donde la mayoría estaba en manos de la Unión Cívica Radical.

A sabiendas de que la aceptación del plan económico dependía el éxito de la gestión de Presbich en Norteamérica, y que sin ese apoyo crediticio era imposible aplicarlo, Pinedo inició gestiones de acercamiento con la oposición con el objeto de iniciar conversaciones tendientes a lograr un acuerdo que permitiera el levantamiento del fraude electoral.

En la biografía del ministro, Roberto Azaretto sostiene que al preguntarles a dirigentes opositores sobre este sobre este tema, éstos expresaban:

[...] que no se necesitaba una conciliación, que bastaba con el restablecimiento del sufragio libre, pero cuando se le preguntaba qué harían después, ese opositor decía: “Ponerlos presos a ustedes y a todos los que gobernaron desde el 30”, estimulando así a los que pretendían perpetuar el fraude como un

*mecanismo defensivo.*²¹

Para destrabar esta situación, y buscando el apoyo radical en el parlamento, Pinedo gestionó una reunión con Marcelo T. de Alvear, el líder radical, que le fue aceptada. Viajó en avión, secretamente, para entrevistarse en la residencia que aquel poseía en Mar del Plata. Las negociaciones no prosperaron, y los radicales más los conservadores ligados al comercio Inglés, votaron en contra del plan económico.

Castillo negó estar en conocimiento de estas negociaciones, y Pinedo renunció a su cargo. El préstamo solicitado por Prebisch fue acordado, pero nunca se efectivizó.

La Diplomacia Argentina en tiempos de la Segunda Guerra Mundial

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Argentina mantuvo su histórica posición de neutralidad frente al conflicto.

En diciembre de 1939 se llevó a cabo la Primera Conferencia de Cancilleres, realizada en Panamá, donde todas las naciones americanas declararon su neutralidad.

A partir de este momento, Argentina y EE.UU. comienzan a discrepar sobre la política exterior que se debe aplicar frente a los acontecimientos europeos.

Pero luego del ataque japonés a Pearl Harbour, el Departamento de Estado endureció su posición y exigió la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje, y la posterior declaración de Guerra a éstos.

La administración Ortiz se apresura en declarar la neutralidad el 4 de setiembre de 1939, tres días después del comienzo de las acciones en Europa.²²

Argentina, desde un principio, tuvo bien clara la magnitud del conflicto que había estallado en Europa, y pensaba que podía extenderse a otras zonas del

planeta, cuando a pocos kilómetros de la Casa de Gobierno se desató, con la violencia propia de los enfrentamientos bélicos modernos, la Batalla del Río de la Plata, y el hundimiento del Admiral Graff Spee. La declaración de guerra sorprendió a este crucero de bolsillo en medio del Océano Atlántico, y al ser perseguido y atacado por un buque inglés y un buque neozelandés, buscó refugio, para reparar sus averías, en Uruguay. Al negársele permanecer en la rada de ese país más de tres días, salió a enfrentar a sus perseguidores y fue hundido por su capitán, para que no caiga en manos enemigas, el 17 de diciembre de 1939.

Argentina mantuvo su neutralidad, y se enfrentó seriamente con EE.UU. al mantener esta posición.

La neutralidad sostenida respondía a distintos intereses, por un lado Inglaterra la apoyaba porque consideraba que la Argentina si se unía a la guerra se convertiría en un aliado de escaso valor táctico militar, mientras que si mantenía su neutralidad podía seguir abasteciéndola con alimentos y materias primas tan necesarias en ese momento. Además, pensaban que de esta forma mantendrían seguras sus cuantiosas inversiones radicadas en este país.

Favorecía, también, el aumento de las exportaciones y el beneficio que ello acarrearía a los sectores productores agro-ganaderos, cuando se esperaba que la escalada bélica provocara una interrupción del comercio.

Por último, las inversiones alemanas realizadas en nuestro país a través de la radicación de sus empresas, una vez iniciada la guerra cortaron los vínculos con sus casas matrices, debiendo invertir y capitalizar sus utilidades. Las afinidades entre las elites argentinas, y las de Alemania, hacían desconfiar a Washington sobre las verdaderas intenciones del sostenimiento de la neutralidad, sospechando que serias simpatías nazis se escondían detrás de ésta.

Lo cierto es que Argentina recibió sanciones económicas y comerciales por parte de EE.UU., que comprometieron seriamente su desarrollo industrial y el abastecimiento de combustibles y armas, por negarse a cambiar su posición neutral.

La Tercera Reunión Consultiva de Cancilleres de las Repúblicas Americanas, realizada principios de 1942, en Río de Janeiro, fue el escenario de una áspera

negociación entre los gobiernos de Buenos Aires y Washington, y el comienzo de los conflictos más agudos entre los dos países. La reunión se había concretado a instancias de los EE.UU. con el objetivo de asegurar la solidaridad continental ante la agresión recibida en Pearl Harbour y concertar definitivamente un sistema económico, militar y político panamericano bajo su conducción. El delegado norteamericano, Sumner Welles, tenía instrucciones de obtener una ruptura colectiva de relaciones de todos los países del continente con los países del Eje: Alemania, Italia y Japón. Sin embargo, el canciller argentino, Enrique Ruiz Guiñazú, logró que la resolución final sólo “recomendara” sin hacer obligatoria una ruptura de relaciones tal como era el deseo de los norteamericanos [...]. El Departamento de Estado consideró que la política exterior argentina, entonces conducida por el gobierno conservador de Castillo, era pro nazi, y denunció a la Argentina ante las demás naciones latinoamericanas como un país que ponía en peligro la paz hemisférica. Por su parte, el Departamento del Tesoro propuso congelar los fondos argentinos en dólares existentes en los EE.UU., el Board of Economic Warfare prohibió la venta de ciertos productos norteamericanos hacia Argentina [...]. La posición del gobierno británico fue, por el contrario, mucho más moderada. Y aunque a diciembre de 1942 se vio obligado, por la presión norteamericana, a hacer público un documento en el que criticaba la política de neutralidad, no aplicó sanción alguna y trató en lo posible de mantener buenas relaciones con el gobierno conservador, procurando proteger las inversiones inglesas y activar las exportaciones hacia Gran Bretaña, en momentos en que éstas se necesitaban más que nunca para el esfuerzo bélico. Los ingleses no podían dejar de advertir las ventajas que les proporcionaba la política de neutralidad tanto a corto como a largo plazo. En primer caso, se evitaban represalias alemanas en el transporte marítimo, facilitando el comercio durante la guerra, y se preservaban las cuantiosas inversiones radicadas en el país frente a posibles actitudes nacionalistas. En el segundo, se impedía la entrada argentina en el sistema interamericano, preservado así el mercado argentino de posguerra de la competencia norteamericana. Por otra parte, los ingleses evaluaban el perjuicio económico que les causaría interrumpir el flujo de abastecimiento de productos argentinos hacia las islas durante la guerra, pues éstos representaban, entre otras cosas, el 40% del consumo británico de carnes, como se lo sellaba, en una correspondencia secreta, el primer ministro Churchill al presidente Roosevelt, sus productos, además, no se abonaban en lo inmediato, porque los pagos quedaban bloqueados en el Banco de Inglaterra con garantía oro, dada la precaria situación económica del Reino Unido. La diplomacia de Londres tenía, también, una percepción diferente de la realidad Argentina. Nunca compartió

*los puntos de vista del Departamento de Estado con respecto a los intereses o motivos ideológicos que podían estar detrás de la neutralidad argentina. No pensaban que los gobiernos argentinos fueran pro nazi u hostiles a los aliados.*²³

Como acabamos de leer, en el seno de los aliados, coexistían dos posiciones contrapuestas acerca de la neutralidad argentina. La diferencia estaba en que los norteamericanos aplicaron la Doctrina Monroe hemisférica de acuerdo a los dichos del embajador Cordell Hull, buscando el alineamiento por unanimidad de todas las naciones del continente en el apoyo a sus objetivos. Esa no era la única diferencia, también simplificaron las distintas posiciones frente a sus requerimientos utilizando las mismas categorías que poseían los bandos en guerra. Aliados o pro Eje era la etiqueta que endilgaba el Departamento de Estado al enumerar los apoyos y las disidencias.

Rapoport y Spiguel nos entregan otra interpretación acerca de las intenciones de neutralidad argentina:

En realidad, la Argentina no sólo se oponía por lo general a las propuestas norteamericanas, sino que no ratificaba los acuerdos a que se había llegado en las diversas conferencias, lo cual era aún peor para Hull, llevándolo incluso a proponer en Lima una declaración y un tratado, como se había hecho en anteriores oportunidades, para evitar el problema de la ratificación. [...]. La propuesta argentina respondía a la intención de brindar una mayor ayuda a los países europeos aliados, y en especial a los ingleses, en momentos en que el curso de la guerra era favorable a los nazis. Fue una actitud pro aliada del gobierno, pero no necesariamente pro norteamericana, pues Estados Unidos no estaba interesado en ese momento en impulsar tal tipo de acción. Dejando de lado ese episodio, la política de neutralidad adoptada por los gobiernos conservadores argentinos —y sostenida frente a fuertes presiones— debe explicarse entonces por una cantidad de factores: tradición histórica, vinculación económica y cultural con Europa; un proceso de industrialización que posibilitaba mayores márgenes de autonomía económica; tendencias políticas predominantemente pro británicas y en menor medida vinculadas a

*otras potencias europeas, como las del Eje, o a sectores nacionalistas; alejamiento del escenario bélico. Sin embargo, dos razones principales, por lo menos hasta junio de 1943, permiten comprender la conducta de las clases dirigentes locales.*²⁴

Como ya dijimos, existía una diferencia entre la postura inglesa (quizá motivada por los beneficios que ella le reportaba), y la norteamericana, respecto a las posiciones que adoptaba la Argentina.

Conclusiones

El segundo gobierno de la Concordancia debió sortear más obstáculos políticos de origen interno y externo que económicos y sociales, si lo comparamos con el primero.

Como ya desarrollamos, una sinfonía coral de opiniones políticas que abarcaban desde la oposición con representación parlamentaria, a sectores propios que integraban la coalición oficialista, grupos civiles de derecha que viraron a posiciones nazis, grupos de nacionalistas provenientes del yrigoyenismo, y las diversas posiciones presentes dentro del seno de las FF.AA., entre otros. Incluso se manifestaban y hacían oír sus reclamos los sindicatos, cuyos afiliados aumentaban como producto de una mayor ocupación laboral, demanda que seguía en alza en sintonía con el constante desarrollo industrial.

También un nuevo conflicto internacional exigió a Argentina nuevos y viejos posicionamientos internacionales, manteniendo un delicado equilibrio que era producto de la defensa de los intereses y necesidades británicas y la búsqueda de acercamientos con la potencia del norte del continente.

Los cambios operados en la Argentina y en el mundo exigían nuevas miradas, nuevos análisis además de un equilibrio y una cintura política que permitiera modernizar a la alianza oficialista y al país. Ortiz demostró poseer una visión amplia, que le permitía reconocer la existencia de problemas larvados en las estructuras que sustentaban su propio poder, y las exigencias de alineamientos y

alianzas externas, que ponían en riesgo la sustentabilidad de la economía argentina.

El tema central de la nueva administración era poner límites al fraude electoral de los aliados conservadores, porque sus prácticas, opiniones, acciones y corrupción ponían en jaque la legitimidad del poder, poniendo en riesgo las inversiones económicas desarrolladas en Argentina. Esta posición terminó haciéndose carne en los representantes locales del mundo del comercio, de la producción y de los servicios financieros.

Cuando el presidente debió abandonar el cargo, por el agravamiento de su salud, todo lo construido hasta el momento parecía desmoronarse.

Aunque Castillo acompañó todas las decisiones, una vez que quedó a cargo de la primera magistratura, viró del liberalismo de Ortiz a un nacionalismo conservador que anteponía los intereses de clase sobre los del país. Esta posición se evidenció en un retorno del sostenimiento de las prácticas fraudulentas, como lo demostró al presentar en sociedad a quien sería su sucesor en la presidencia, el empresario azucarero Ramón Patrón Costas, conservador y aliadófilo que pensaba que Argentina debía prepararse para acompañar a las potencias en la guerra.

Las muertes de los principales actores políticos del momento, Alvear (23/3/1942), de Ortiz, (15/7/1943), y de Justo, (11/1/43), marcaron el fin de una época.

Castillo, lejos de heredar u ocupar estos espacios vacantes, demostró una estrecha visión, en la búsqueda de soluciones a las necesidades políticas internas y externas que requería el país.

En 1943 un golpe de Estado realizado por coroneles del Ejército, lo eyectó sin pena ni gloria del poder.

Bibliografía

AA.VV., Historia de la Economía Argentina del Siglo XX, Editorial La Página,

Buenos Aires, 2007.

Azaretto, R., Federico Pinedo, político y economista, Emecé, Buenos Aires, 1998.

Belini, C., y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012.

Blacha, L. E., La clase política argentina, 1930-1943: la oposición ausente y la pérdida de poder, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 2015.

Cattaruzza, Alejandro, Historia de la Argentina 1916-1955, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.

De Privitellio, L., “La política bajo el signo de la crisis”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Gerchunoff, P. y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto - Un siglo de políticas económicas argentinas, Ariel, Buenos Aires, 2003.

Granovsky, M., “Radiografía de un país plebeyo - Reportaje a Tulio Halperín Donghi”, en Página/12, Buenos Aires, 9 de noviembre de 2003.

Halperín Donghi, T., La República Imposible (1930-1945), Ariel, Buenos Aires, 2004.

Halperín Donghi, T., La Argentina y la tormenta del mundo - Ideas e ideologías entre 1930 y 1945, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2003.

Hobsbawm, E., Historia del siglo XX, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

Lobato, M. Z. y Suriano, J., Atlas Histórico, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

López, I., La república del fraude y su crisis - Política y poder en los tiempos de Roberto M. Ortiz y Ramón S. Castillo: Argentina 1938-1943, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2018.

Losada, Leandro (comp.), Política y vida pública - Argentina (1930-1943), Imago Mundi, Buenos Aires, 2017.

Lynch, J., Cortés Conde, R. y Gallo, E. (et al.), Historia de la Argentina, Crítica, Barcelona, 2002.

Potash, R., El ejército y la política en la Argentina (1928-1945) - De Yrigoyen a Perón, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.

Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Emecé, Buenos Aires, 2017.

Rapoport, M. y Spiguel, C., Relaciones tumultuosas - Estados Unidos y el primer peronismo, Emecé, Buenos Aires, 2009.

Rapoport, M., Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas 1940-1945, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1981.

Rock, D., El radicalismo argentino 1890-1930, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2010.

Saítta, S. y Romero, L. A., (comps.), Grandes entrevistas de la historia Argentina, Punto de Lectura, Buenos Aires, 2002.

Terán, O., Historia de la ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980, Siglo XXI editores, Argentina, 2012.

[1 Saítta, Sylvia y Romero, Luis Alberto \(comps.\), Grandes entrevistas de la historia Argentina, Punto de Lectura, Buenos Aires, 2002, p. 176.](#)

[2 Lynch, J., Cortés Conde, R. y Gallo, E. \(et al.\), Historia de la Argentina, Crítica, Barcelona, 2002, p. 171.](#)

[3 Vid infra el capítulo II, “La economía de la Restauración Conservadora”.](#)

[4 Blacha, L. E., La clase política argentina, 1930-1943: la oposición ausente y la pérdida de poder, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 2015, p. 83.](#)

[5 Ibid., p. 90.](#)

[6 Ibid., p. 84.](#)

7 Lynch, J., Cortés Conde, R., Gallo, E. (et al.), op. cit., pp. 172 y 173.

8 Hobsbawm, E., Historia del siglo XX, Ed. Crítica, Barcelona, 1995, p. 111.

9 De Privitellio, L., “La política bajo el signo de la crisis”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 112.

10 Granovsky, M., “Radiografía de un país plebeyo - Reportaje a Tulio Halperín Donghi”, en Página/12, Buenos Aires, 9 de noviembre de 2003.

11 Vid infra capítulo II: “La economía durante la Restauración Conservadora” y el capítulo III: “La Industrialización Argentina 1930-1943”.

12 Belini, C., y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012, p. 82.

13 Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Emecé, Buenos Aires, 2017, p. 201.

14 Potash, R., El Ejército y la política en la Argentina (1928-1945) - De Yrigoyen a Perón, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, pp. 158 a 161.

15 Vid infra el capítulo II: “La economía de la Restauración Conservadora”.

16 López, I., La república del fraude y su crisis - Política y poder en los tiempos de Roberto M. Ortiz y Ramón S. Castillo: Argentina 1938-1943, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2018, p. 35.

17 Halperín Donghi, T., La República Imposible (1930-1945), Ariel, Buenos Aires, 2004, p. 237.

18 Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), op. cit., pp. 246 y 247.

19 Vid infra el capítulo II: “La economía de la Restauración Conservadora”.

20 Rapoport, M. y Spiguel, C., Relaciones tumultuosas - Estados Unidos y el primer peronismo, Emecé, Buenos Aires, 2009, pp. 24 y 25.

21 Azaretto, R., Federico Pinedo, político y economista, Emecé, Buenos Aires, 1998, p. 158.

22 Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), op. cit., p. 252.

23 Ibid., pp. 253 y 254.

24 Rapoport, M. y Spiguel, C., op. cit., p. 24.

CAPÍTULO II

LA ECONOMÍA DE LA RESTAURACIÓN CONSERVADORA

Alberto Rossi

La debacle económica desatada a partir de la quiebra de la Bolsa de Valores de Wall Street en 1929, sumió a los países industriales y su periferia en una crisis espiralada, donde las medidas económicas liberales de corte clásico (disminución de inversiones, baja de salarios, despidos, desocupación creciente, menor demanda de bienes y servicios, baja de la producción industrial y desequilibrios en el comercio exterior) no lograron detener sus consecuencias, ni contener su expansión que pasó de E.E.UU. a Europa, y de allí al resto del mundo.

Los países centrales se volvieron proteccionistas, devaluaron sus monedas, reclamaron el pago de saldos comerciales a favor, así como las remesas de las utilidades que generaban sus compañías radicadas en el extranjero, y los servicios financieros de los préstamos e inversiones radicadas en el exterior. El comercio internacional se cerró al bilateralismo, pactado en forma de acuerdos, tratando de nivelar sus balanzas, con el fin de evitar la salida de divisas. Elevaron los precios de los bienes industrializados demandando menos productos primarios de los países periféricos. Era necesario producir un mayor volumen de materias primas y alimentos para obtener la misma cantidad de productos industrializados que en la década anterior. Los términos de intercambio habían variado.

En la República Argentina la caída de las exportaciones en 1930 produjo un serio desequilibrio en las cuentas fiscales, fuga de capitales, quiebras y desocupación. El gobierno radical debió suspender la Convertibilidad de la moneda nacional porque de otro modo se habrían vaciado de metálico las arcas del Estado Nacional. La medida irritó aún más a los sectores concentrados de la Economía Agroexportadora, quienes sostenían que Yrigoyen era incapaz de resolver la situación económica nacional, y que buena parte de la culpa también la tenían sus colaboradores, por no estar capacitados para gobernar, y menos para enfrentar el escenario internacional.

Los conservadores que habían perdido el poder en 1916 en manos de la Unión Cívica Radical, aprovecharon la coyuntura para dar un Golpe a cargo del Ejército, con el objeto de tomar el control del Estado, hacerse cargo del presupuesto y tratar de restablecer la demanda del comercio exterior.

A partir del 6 de septiembre de 1930 se instauró el autodenominado Gobierno Provisional, encabezado por el general José Félix Uriburu.

Pese a que la dictadura se declaraba antiliberal, escogió un gabinete de asesores y ministros librecambistas provenientes de la Sociedad Rural; la banca y/o representantes de compañías extranjeras para tomar medidas propias de la ortodoxia económica con el objeto de bajar y contener el gasto, buscando equilibrar las cuentas públicas.

La caída de las exportaciones redujo las importaciones, poniendo en jaque al Estado argentino que dependía, exclusivamente, de los ingresos fiscales que la aduana cobraba a las importaciones, por lo tanto despidió a empleados públicos, redujo los sueldos y frenó la obra pública.

Para aumentar los recursos de los que disponía el Estado se buscó elevar las alícuotas de los gravámenes que ya se cobraban, por ejemplo, en un 10% de incremento en las importaciones, y el aumento en los tributos vigentes como timbrados, sucesiones y sellados. También se crearon otros impuestos como el de Réditos (ganancias) y a los combustibles.

Para evitar una mayor depredación del peso argentino el gobierno mantuvo cerrada La Caja de Conversión, autorizando solamente la salida de oro del país para el pago de la deuda externa.

Según Claudio Belini y Juan Carlos Korol:

El gobierno mantuvo cerrada la Caja de Conversión, pero se autorizó la exportación de oro para pagar los intereses de la deuda, como forma de mantener la confianza en el peso. El resultado fue una declinación vertical de la garantía en oro de la moneda y una acelerada depreciación. Alarmados por este proceso, en 1931, se implantó el control de cambios y se creó una Comisión de Control de Cambios. El Enfoque ortodoxo de la política económica también estaba presente en la decisión de continuar los pagos de los

intereses de la deuda externa, la mayor parte de la cual se hallaba en manos de Gran Bretaña. Las autoridades consideraron que esta medida era esencial para mantener el prestigio del país y el acceso al mercado internacional de capitales. Sin embargo, requería grandes sacrificios, algo injustificados en el marco de una moratoria generalizada. En efecto, la caída del valor de las exportaciones imponía un importante recorte de las importaciones para disponer divisas con las cuales pagar la deuda. El control de cambios sirvió efectuar dicho recorte y posibilitar otros pagos. Aun así, la Argentina no recibió nuevos préstamos durante la década de 1930.¹

La decisión de no suspender el pago de los servicios financieros, cuando otros países latinoamericanos planteaban una moratoria, disminuyó las reservas de oro del país, en un contexto comercial que se mostraba dificultoso en lograr su reposición.² Como consecuencia directa el peso argentino, al mermar el nivel de su respaldo metálico, sufría una importante devaluación.

El panorama terminó de agravarse cuando EE.UU. y Francia, poseedores de las tres quintas partes del oro mundial, decidieron incrementar sus stocks a partir de no reinvertir sus excedentes comerciales en los países deudores. Esto provocó el abandono del Patrón Oro por parte de Inglaterra, con el objeto de poner fin a la fuga de éste en su país.³

El Patrón oro era la base monetaria de casi la totalidad de los países centrales y periféricos. Permitía un sistema de respaldo al circulante monetario interno, y también el cálculo del valor de cada moneda con respecto a otra. Además era la divisa con que se saldaban las operaciones del comercio exterior.

Aldo Ferrer sostiene: “Cuando regía el Patrón Oro, el papel moneda era convertible en oro y viceversa, la cantidad circulante estaba vinculada al oro y otras divisas convertibles, y la entrada y salida de oro era libre y dependía del saldo con las transacciones en el exterior”.⁴

La crisis del sector interno de los países especializados en la exportación de productos primarios, provocó considerables déficits en sus balances de pagos, que fueron saldados, en primera instancia, recurriendo a las reservas de oro y divisas que disponían. La utilización del oro para balancear las cuentas internacionales era necesariamente un recurso de duración limitada.⁵

Para 1933, EE.UU. también abandonaría el patrón oro, acelerando la crisis del intercambio mundial, que cerraría definitivamente la etapa liberal del comercio exterior abierto. Como consecuencia directa del drástico cambio de reglas del mercado internacional, se constituyeron nuevas zonas de intercambio de acuerdo a la moneda y criterio del país hegemónico de cada una de estas conformaciones, problematizando aún más la situación económica y financiera de la República Argentina. A la caída de sus exportaciones se sumaba el abandono del Patrón Oro, favoreciendo la política de los nuevos bloques comerciales que disponían de sus propios sistemas de divisas.

El Comercio exterior avanzaba a nuevas formas de intercambio basadas en relaciones bilaterales, signadas por pautas específicas en cada caso. Ahora había necesidad de contar con distintos medios de pago, y ello limitaba a los países exportadores primarios, ya que sólo muy pocos poseían productos que eran demandados en forma unísona por un conjunto de naciones.

Ante esta situación, el mundo capitalista se dividió en tres grupos de zonas monetarias, cada uno de los cuales prosiguió una política distinta. El dólar agrupó a los Estados Unidos y a los países con tendencia a la inflación; el bloque del oro estaba encabezado por Francia y tendía a la deflación; mientras que el bloque de la libra esterlina era encabezado por Gran Bretaña. En 1936 se logró cierta mejora en la situación cuando los países que aún mantenían en el Patrón Oro lo abandonaron y Francia firmó con los Estados Unidos y el Reino Unido un acuerdo tripartito para regular en común sus circulaciones monetarias. [...] De esta manera se llegó a la desaparición definitiva del Patrón Oro, aunque las medidas proteccionistas continuaron y cada Estado siguió su propio camino para mejorar su situación: el capitalismo liberal daba paso a un capitalismo marcadamente nacionalista y proteccionista. Como resultado de ello el comercio internacional se redujo en un tercio, aproximadamente, en el quinquenio posterior a 1929.⁶

La situación se complicaba, aún más, dado que Argentina vendía su mayor producción a Inglaterra y necesitaba de los bienes manufacturados en los Estados Unidos, y éste protegía toda su producción interna.

Esta triangulación comercial había comenzado con la irrupción del país del norte como la economía industrial más poderosa después de la Primera Guerra Mundial.

La capacidad de producción de bienes novedosos y de alta tecnología fabricados en escalas de producción sin antecedentes, hasta ese momento, cuya demanda se encontraba en expansión, puso en jaque a Inglaterra y a su sistema financiero comercial basado en la compra de materias primas y alimentos y la venta de bienes de capital.

Además, Estados Unidos era un importante productor de materias primas y protegía su producción agro-ganadera.⁷

A partir de la crisis de 1929 los países como Argentina cuya economía primaria exportadora carecía de productos que interesaran al país del norte, comenzaron a encontrar dificultades en la importación de las manufacturas y bienes de capital desde esa nación.

Las medidas económicas ortodoxas y heterodoxas tomadas por el Gobierno de Uriburu no alcanzaban, ya que, para paliar la creciente crisis desatada por el fin del Capitalismo Liberal, la obtención de divisas se tornaba dramática. No sólo bajaban los volúmenes de exportaciones, sino que además seguían cayendo sus precios internacionales, y aumentando el de los productos manufacturados.

En octubre de 1931 se creó una Comisión de Control de Cambios que ponía trabas a la exportación de capitales y remesas de las empresas extranjeras radicadas en el país. Además, el Estado fijaba el valor de la divisas, y determinaba el uso de éstas, y asignaba prioridades a la importación de productos, de acuerdo a sus necesidades y posibilidades. La realidad demostraba que esta profunda regulación de la balanza de capitales respondía a la carencia de recursos.

De este modo, las empresas extranjeras comenzaron a acumular ganancias que no podían repatriar a sus casas matrices. Una muestra son las empresas inglesas de ferrocarriles, que tenían impedida la repatriación de los capitales acumulados en Argentina, a partir del control de salida de divisas que se aplicaba. Esto se constituirá en uno de los temas centrales a resolver por el gobierno de Su Majestad.

En el siguiente cuadro se refleja la situación de la balanza comercial de la

Argentina. Tomando 1928 como base 100 (el año previo a la crisis), se puede observar el deterioro de las exportaciones, y la baja de las importaciones, condicionadas por la falta de divisas y las restricciones a la importación.

■

Año	Exportaciones (*)	Importaciones (*)	Términos del intercambio (*)
1928	1029	806	100,0
1929	918	819	91,9
1930	516	613	87,3
1931	426	339	64,7
1932	335	215	66,4

■

(*) Expresado en millones de dólares

Fuente: Gerchunoff, P., y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto -

Un siglo de políticas económicas argentinas, Ariel, Buenos Aires, 2003, p. 114.

Para Uriburu la situación económica no podía ser modificada, sino se reformaba el tipo de Estado y su representación política. Su proyecto era recrear un Estado corporativo, como el que había en Italia cuyo Estado era fascista, y necesitaba una reforma constitucional para llevarlo a cabo. Contaba con el apoyo de distintas organizaciones nacionalistas, Liga patriótica, Legión Cívica Argentina, y otros simpatizantes del golpe de Estado que estaban convencidos de que un gobierno autoritario alejaría al país de la demagogia radical.

Pero los conservadores querían poner fin a la política corporativista de Uriburu, y Justo se transformó en el referente de la oposición al gobierno de facto, retaceándole el apoyo de las FF.AA.

La alianza de conservadores, radicales antipersonalistas, socialistas independientes, encontraron que el ministro de Guerra, el general Justo, podía ser el líder de un proyecto político destinado a sustituir a Uriburu, quien fue neutralizado en sus aspiraciones y apoyos, debiendo convocar a elecciones en noviembre de 1931, imponiéndose por medio del fraude, la fórmula de la Concordancia que postuló como candidatos a Presidente y Vice a Agustín Pedro Justo y Julio Argentino Roca (h.), quienes asumirían en 1932.

La oligarquía volvía al poder conforme a las prácticas políticas donde más cómoda se sentía en la defensa de sus intereses, restaurando la participación política restringida. Pero a diferencia del período previo a la Ley Sáenz Peña, ésta había mutado a nuevas posturas económicas.

Un balance sobre las medidas económicas implementadas en este corto período, revela que la escasa resistencia a los controles que aplicó el gobierno de facto se debe a que el sector ligado a la producción y explotación vacuna, librecambista desde mayo de 1810, se había transformado en proteccionista y apoyaba la regulación de la economía, dejando abierta la posibilidad de una intervención

estatal más profunda al gobierno entrante.

El gobierno de Agustín Pedro Justo (1932-1938)

En 1932 comienza a gobernar la Concordancia. El presidente Justo y su gabinete exploran la solidez y los límites de la alianza política que lo llevó al poder y tratan de ganarse la confianza de la opinión pública para legitimar las acciones de gobierno, mientras busca medidas a adoptar para resolver el déficit fiscal.

Durante el primer año de este gobierno, el ministro de Hacienda Alberto Hueyo continuará con las medidas de restricción del gasto público iniciadas en el Gobierno Provisional, a la espera de que concluya el ciclo contractivo del comercio exterior. Pero, paradójicamente, durante su gestión comienza una política de inversión pública con la creación de Vialidad Nacional y las obras de modernización edilicia llevadas a cabo por el Ministerio de Obras Públicas, que analizaremos más adelante.

Las noticias sobre el mercado externo llegarían de la mano de su antiguo socio comercial, Gran Bretaña, y estaban lejos de ser las esperadas.

El 21 julio de 1932 se lleva a cabo en Canadá “La Conferencia Económica del Imperio Británico”, mayormente conocida como “Conferencia de Ottawa”, integrada por la Metrópoli y sus Colonias reunidas en el Commonwealth (Comunidad Británica de Naciones).

En las conferencias, que durarían un mes calendario, las Colonias debatieron y estuvieron de acuerdo en el abandono del Patrón Oro; solicitaron una mayor participación del comercio con las islas a partir de una baja arancelaria para sus productos agrícolas, que permitiría incrementar la oferta de dinero en el área y aumentar los volúmenes comerciales.

También hubo acuerdo en la flotación de la libra esterlina con respecto al valor del oro.

Las consecuencias inmediatas de estas decisiones fueron restringir la importación de los productos de aquellos países no integrantes del acuerdo.

Argentina se transformó en el principal perjudicado de estas medidas, ya que el gobierno británico le informaría en diciembre de ese año que ya no poseía los privilegios del libre acceso al mercado inglés, y que gradualmente disminuiría los niveles de compra. Esta nueva postura comprometía seriamente las “exportaciones de carne vacuna congelada y envasada y cereales, que competían con la producción de Australia y Nueva Zelanda. El único rubro en que los países no podían competir con la Argentina lo constituían las carnes enfriadas, que por razones de tiempo y de distancia no podían llegar adecuadamente desde aquellos países al mercado británico”.⁸

El temor que estas medidas despertaron en la coalición gobernante, hizo que el presidente decidiera enviar una misión a Londres encabezada por su vicepresidente el doctor Julio Argentino Roca (h.), con el objeto de reunirse con el jefe del Board Trade, Walter Runciman. Roca recibió instrucciones muy precisas en el hecho de que debía lograr un acuerdo comercial de partes, que permitiera a la Argentina mantener sus exportaciones.

Un antecedente directo de este cometido puede rastrearse en la misión D’Abernon de 1929; como respuesta al avance del comercio norteamericano a nivel mundial, Inglaterra proponía estrechar los vínculos por medio de un tratado comercial.

Gerchunoff y Llach describen el intento: “El éxito, aquella vez, había sido esquivo: el acuerdo entre Lord D’Abernon y el gobierno de Yrigoyen, que comprometía a los países a un intercambio adicional por 100 millones de pesos, fue rechazado por el Congreso. Pero se había sentado un precedente para lo que sería uno de los acuerdos internacionales más polémicos de la historia argentina: el Pacto Roca-Runciman”.⁹

El acuerdo logrado entre ambas partes en 1933, fue conocido en nuestro país como el Pacto Roca-Runciman, y si bien los británicos se comprometían a comprar 390.000 toneladas (aproximadamente), de carne enfriada, las obligaciones a las que se comprometía la Argentina demostraban la asimetría en el logro alcanzado.

Mario Rapoport sostiene:

Sin embargo, la firma del polémico Pacto Roca-Runciman, el de mayo de 1933,

no ofreció demasiadas ventajas para la Argentina, mientras satisfacía la mayor parte de los pedidos del lado británico. [...] En forma resumida, el Pacto aseguraba una cuota de carne enfriada en el mercado inglés (en un monto un 10% menor que la cantidad importada hasta junio de 1932, la más baja de los últimos años), e Inglaterra concedía una participación a los frigoríficos de origen nacional para la exportación de carne argentina mediante una cuota del 15% que tardó varios años en poder hacerse efectiva. A cambio, Gran Bretaña lograba diversas medidas que favorecían a los intereses británicos. Así, por ejemplo, se garantizaba, a través del mecanismo del control de cambios, la cantidad de divisas necesarias para hacer frente a las remesas corrientes al Reino Unido en un volumen igual a las ventas de productos argentinos hacia aquel país (lo que constituía evidente privilegio respecto de otras naciones); se asumía el compromiso de tratar de una manera “benevolente” —o sea, en forma preferencial— las inversiones inglesas; y se aceptaba no incrementar los aranceles sobre algunas importaciones británicas, como el carbón, e incluso deducir los aranceles para otros productos de ese origen. La famosa frase de Julio A. Roca, celebrando la firma del pacto, en el sentido de que la Argentina era “por su interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Reino Unido”, parecía hacerse realidad.¹⁰

Para demostrar que las obligaciones argentinas no entraban en una nebulosa que podía prestarse a distintas interpretaciones, ya que las pretensiones inglesas eran muy concretas con respecto a las ventajas que debía otorgarse a un viejo socio comercial, la claridad de sus cláusulas no dejaba dudas sobre las concesiones que se debían otorgar.

PACTO ROCA-RUNCIMAN

Artículo 1°

1. El gobierno del Reino Unido, reconociendo plenamente la importancia de la industria de la carne vacuna enfriada (chilled beef) en la vida económica de la República Argentina, no impondrá ninguna restricción a las importaciones en el Reino Unido de carne vacuna enfriada procedente de la Argentina, en cualquier

trimestre del año, que reduzca las importaciones a una cantidad inferior a la importada en el trimestre correspondiente al año terminado el 30 de junio de 1932, a menos y tan solo cuando a juicio del gobierno del Reino Unido, después de haber consultado al gobierno argentino [...] ello fuera necesario para asegurar un nivel remunerativo de precios en el mercado del Reino Unido; [...]

2. Si debido a circunstancias imprevistas el gobierno del Reino Unido considera necesario que las importaciones de carne vacuna enfriada de la República Argentina en el Reino Unido sean reducidas [...] consultará con el gobierno argentino [...] con objeto de convenir la reducción en las importaciones de carne vacuna enfriada y congelada de todos los países productores [...]

Artículo 2º

1. Siempre que en la República Argentina funcione un sistema de control de cambios, las condiciones bajo las cuales se efectuará [...] la disponibilidad de divisas extranjeras serán tales que, para satisfacer la demanda de remesas corrientes de la Argentina al Reino Unido, se destine la suma total del cambio en libras esterlinas proveniente de la venta de productos argentinos en el Reino Unido, después de deducir una suma razonable para el pago del servicio de la deuda externa pública [...]

Protocolo adicional

1. Que el gobierno argentino, valorando los beneficios de la colaboración del capital británico [...] se propone dispensar a tales empresas [...] un tratamiento benévolo que tienda a asegurar el mayor desarrollo económico del país y la debida y legítima protección de los intereses ligados a tales empresas.

[...]

6. Que es intención del gobierno argentino:

a. mantener libre de derechos el carbón y todas las otras mercaderías que actualmente se importan en Argentina libres de derechos.

b. [...] volver en general a las tasas y aforos [...] en vigencia en 1930 hasta donde lo permitan las necesidades fiscales y el interés de las industrias nacionales.

Fuente: AA.VV., Historia de la Economía Argentina del Siglo XX, op. cit., p. 189.

Además, se sientan las bases para adjudicarle el Monopolio del Transporte Público de Buenos Aires a cargo de la Corporación de Transportes, administrada por Gran Bretaña. El acuerdo fue aprobado por el Congreso.

¿Podía la Argentina haber negociado con Reino Unido otras condiciones más ventajosas que las que obtuvo?

Repasamos el orden de los hechos para responder esta pregunta.

Concluida la Conferencia de Ottawa, la Sociedad Rural presionó al Gobierno a enviar una misión a Inglaterra con el objeto de que se encontrara un acuerdo que no golpeará de muerte a la mayoría de los hacendados argentinos.

El gobierno, siempre atento a las peticiones de la coalición política que le permitía gobernar, se mostró receptivo en la defensa de los intereses ganaderos.

Aceptar las leoninas cláusulas del tratado le permitía demostrar que se encontraba capacitado para sostener a los beneficiarios del modelo exportador, parte primordial de la alianza gobernante, pero también asegurar una fuente de divisas en forma constante, generando certidumbres en los tres años que durara el pacto.

El problema en la evaluación del Pacto Roca-Runciman consiste en saber, de todos modos, si realmente el comercio de carnes era fundamental para la Argentina o sólo lo era para un sector económico particular y en establecer si no podía negociarse de otra manera, considerando, por ejemplo, que el envío de las remesas por intereses y dividendos, que preocupaba mucho a los ingleses, se

hallaba prácticamente bloqueado por el control de cambios y que el monto anual de esas remesas, que se calculaba en cerca de 15 millones de libras esterlinas, era casi idéntico al de las exportaciones de carne enfriada al Reino Unido, lo que podía haber constituido un elemento de negociación importante. [...] Además, Inglaterra dependía en gran medida de las exportaciones argentinas, y en particular de la carne enfriada, debido a las distancias, ya que los barcos frigoríficos no garantizaban que los productos de otros países competidores llegaran en buenas condiciones al mercado británico. En esa cuestión, el Pacto de Ottawa era más un fantasma que una amenaza real para la Argentina. Sin embargo, si el Pacto Roca-Runciman evitaba una brusca contracción de las exportaciones de carnes, no aseguraba la posición de los ganaderos. El carácter oligopólico de los frigoríficos y la falta de control estatal en el negocio les permitía a aquéllos ejercer plenamente su poder de compra, clasificando la calidad de las reses y manejando los precios de manera arbitraria. Los ganaderos volvieron, entonces, a reclamar la intervención del Estado en su defensa, aunque la división entre criadores e invernadores se hizo manifiesta en las discusiones sobre el alcance de la intervención. Los primeros pretendían una organización de productores con participación directa en la industrialización y comercialización de las carnes, mientras que los segundos sólo exigían un marco regulatorio, pero rechazaban la idea de que el Estado se inmiscuyera directamente en la gestión de las empresas.¹¹

El Tratado Roca-Runciman estableció, también, las bases para empréstitos que permitieron desbloquear los fondos que las empresas extranjeras habían acumulado entre 1931 y 1933 al no poder remitir sus ganancias, o incluso pagar por insumos, ante la falta de divisas. El gobierno, a través de la aplicación de estas medidas, logró mejorar las cuentas públicas y consiguió que parte de la deuda externa fuera repatriada y pasara a estar denominada en pesos.¹²

Luego del convenio con Gran Bretaña la Argentina concretará otros con Italia, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, España, Francia, Uruguay, Brasil y Chile. Estos acuerdos bilaterales aseguraban un flujo de comercio equilibrado entre los productos argentinos y las manufacturas y/o equipos que demanda el mercado interno.

El Gobierno entendió que el Pacto con Inglaterra era un primer logro económico, y que morigeraría los padecimientos de años del sector de hacendados.

En 1933 un nuevo equipo de ministros ocupará las carteras de Hacienda y Agricultura en concordancia con el acuerdo alcanzado. El abogado Federico Pinedo se hará cargo de la primera y el ex presidente de la Sociedad Rural Argentina, el ingeniero agrónomo Luis Duhau de la segunda. El economista Raúl Prebisch, parte importante del think tank de ese equipo, que poseía experiencia en funciones públicas, en principio integró el gabinete de Pinedo, y posteriormente se convirtió en Gerente General del Banco Central de la República Argentina —BCRA— desde su creación hasta su renuncia en 1943, con motivo del golpe de Estado.

El objetivo a lograr era frenar la crisis con políticas que se enfocaran hacia el largo plazo y que serían dadas a conocer a finales de noviembre con el nombre de “Plan de Acción Económica Nacional”.

Se trataba de un conjunto de medidas que incidían en la producción, el comercio y las finanzas y que profundizaban la regulación estatal de la economía que incluía, entre otras:

Una nueva política tributaria que ampliaría la base de los contribuyentes en el país.

Una reforma cambiaria que permitiría un mayor control de las divisas y del Comercio Exterior.

La creación del Banco Central, con amplias atribuciones en el diseño de política monetaria y fiscalización financiera de las Entidades Bancarias existentes.

La creación de las Juntas Nacionales de Carnes y de Granos con la finalidad de sostener los precios agrícolas internos, impidiendo que las fluctuaciones del mercado internacional agravaran la crisis ya existente.

La Política tributaria

La necesidad de contar con ingresos que compensaran la caída de la recaudación fiscal aduanera, había sido ya una preocupación en los primeros tiempos de Uriburu. El gobierno de Justo mantuvo los cambios introducidos en el anterior período, y avanzó en 1933 hacia una nueva Reforma Tributaria que ampliara la base de los contribuyentes.

Contar con impuestos provenientes del comercio y de la industria proponía una fuente constante de ingresos, aun cuando la actividad comercial del mercado interno decreciera.

El Ministerio de Hacienda puso en práctica un nuevo impuesto, a los réditos, que a finales de la década de 1930 permitió que el Estado no dependiera exclusivamente de los ingresos provenientes del comercio exterior. El aumento del gasto del Estado derivado de una mayor presencia en actividades como la construcción de obras públicas y la puesta en marcha de nuevos organismos nacionales, como la Dirección de Vialidad Nacional (en parte financiada con el impuesto a los combustibles), necesitaban contar con mayores partidas del erario nacional.

[...] la política apuntó a captar mayores recursos de las actividades internas. El impuesto a los réditos fue, quizá, la medida más conocida, ya que constituía una novedad, más política que económica, al gravar las ganancias de los ciudadanos y de las empresas. [...] Sin embargo, no todos estaban de acuerdo. “El momento de dividir (el ingreso en la sociedad) llega sólo cuando los bienes han sido acumulados; únicamente allí la gente pobre puede beneficiarse en el máximo grado de los esfuerzos de los más afortunados y los más eficientes era el argumento utilizado por la Unión Industrial Argentina y la Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción para oponerse a las reformas tributarias que en 1932 y 1935 buscaban gravar los ingresos directos. El nuevo impuesto fue redactado, en base a estudios efectuados en el Ministerio de Hacienda por Raúl Prebisch [...]. Paralelamente a la creación del impuesto a los réditos, se creó, para su efectivización, la Dirección General del Impuesto a los Réditos. Tardíamente, en relación con el resto del mundo, se sancionaba un impuesto a la renta en la Argentina. El resultado de la reforma tributaria fue un gran incremento de la recaudación, que mejoró paulatinamente la situación

fiscal.¹³

Con esta medida, que además contaba con un ente recaudador propio, el gobierno amplió su acceso a la información de las transacciones internas, cuyos datos permitirían la planificación presupuestaria en los próximos años.

El Control de Cambios

La nueva implementación consistió en el desdoblamiento del mercado de cambios en oficial y libre, los que poseían distintas cotizaciones. Las cotizaciones se diferenciaban según el origen de las divisas. En ambos existía un precio vendedor y otro comprador. El Estado estaba autorizado para operar en ambos mercados, por lo tanto podía comprar divisas en el mercado oficial a un precio más bajo que el libre y venderlas en este último obteniendo una diferencia, que según Pinedo, serviría para estimular el agro por medio de la Junta Nacional de Granos.

A la aplicación de esta medida le antecedió una devaluación del peso, que favorecía, principalmente, al sector agroexportador.

Pinedo, dispuso una nueva devaluación de la moneda y una reforma del control de cambios. Se crearon dos mercados, uno oficial y otro libre. En el primero, con una cotización más baja, se liquidarían las divisas obtenidas por las exportaciones tradicionales y se realizarían las importaciones de manufacturas cuyo origen fuera de los países con los que la Argentina había firmado convenios bilaterales. En cambio, en el mercado libre, la cotización de la libra o el dólar sería más alta, y por ese mercado debían realizarse las importaciones de manufacturas que por su origen se querían desestimular, básicamente desde los Estados Unidos, y venderían sus divisas los empresarios que exportaran productos no tradicionales. El gobierno podría adquirir divisas en el mercado oficial y venderlas en el mercado libre. La diferencia obtenida por estas operaciones conformaría el margen de cambios, un ingreso que el gobierno se

proponía emplear para financiar las operaciones de la Junta Nacional de Granos, que fijaría un precio “sostén” para los agricultores. La política cambiaria se orientó a reforzar los vínculos comerciales con los países que eran tradicionales clientes de la Argentina, principalmente Gran Bretaña, pero también con otras naciones de Europa y América Latina con las que el país firmó tratados de comercio bilateral. [...] Al mismo tiempo, las reformas cambiarias buscaban desestimular las operaciones con los países con que la Argentina tenía déficit comercial y no lograba firmar convenios bilaterales, como los Estados Unidos. Las políticas comerciales y cambiarias tenían como eje ordenador alcanzar el equilibrio del sector externo, asegurar el pago de los intereses de la deuda y mantener abierto los mercados para el chilled beef, principal producción de las fracciones más poderosas de la clase terrateniente.¹⁴

El control de cambios reforzaba las medidas proteccionistas adoptadas en la década del 30, y generaba un estricto control de comercio exterior.

El Estado decidía a quién autorizaba a comprar las divisas, analizando el destino y la finalidad con que se utilizarían, proponiendo el valor de la tasa que se le asignaría a la transacción, en acuerdo a los convenios bilaterales firmados con distintos países. Este control permitía el mantenimiento de disponibilidad, con el objeto de que el Estado pudiera realizar y orientar transacciones de acuerdo a sus necesidades.

Los permisos previos, un rasgo importante de ambas etapas del control de cambios, daban al gobierno la posibilidad de actuar sobre el volumen total de las importaciones, impidiendo que se incrementaran más allá de lo conveniente. Según Prebisch [...] Damos con liberalidad a unos y a otros con muchas restricciones, o no damos. Dos casos extremos: Inglaterra, España y EE.UU. Desde 1935, la asignación de cambio para importaciones procedentes de países que no habían concertado convenios de cambio con la Argentina, tenía una sobretasa del 20%. La aplicación de este impuesto apuntaba a favorecer las importaciones desde países con los cuales la Argentina había firmado acuerdos de compensación, en particular el Reino Unido, y neutralizar los efectos de la apreciación del peso que estimulaban las importaciones desde los EE.UU.¹⁵

La Fundación del Banco Central de la República Argentina

La creación de este organismo había sido debatida en 1917 durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen, pero el Congreso negó la aprobación.¹⁶ En la década de 1920, alentado por la prédica de los países centrales como EE.UU. e Inglaterra, entre otros, muchos países comenzaron a diseñar sus propios Bancos Centrales.

Pero en los años de 1930, y a raíz de la pérdida de la convertibilidad de la moneda local circulante, en el marco de una economía cada día más regulada por el Estado, urgía la necesidad de contar con controles que fiscalizaran la calidad y cantidad de éste, con el objeto de impedir riesgos financieros derivados de una mala praxis monetaria. Por estos motivos el gobierno de Justo encaró la fundación de un Banco Central.

En 1933, el gobierno de Justo contrató los servicios de un especialista inglés, Otto Niemeyer, recomendado por el Banco de Inglaterra. Finalmente, los proyectos oficiales fueron redactados por el grupo de economistas ligados a Pinedo. En 1935, el Parlamento aprobó un conjunto de leyes que disponía una amplia reforma bancaria y ordenaba crear el Banco Central de la República Argentina. Esta institución tendría como objetivos la preservación del valor de la moneda nacional, regulando el crédito y el circulante de acuerdo con la demanda generada por el desenvolvimiento normal de los negocios. Además, centralizaría las reservas de oro y divisas, y moderaría sus fluctuaciones y efectos sobre la moneda, el crédito y la actividad económica. Otras funciones clave serían el contralor de la actividad de los bancos públicos y privados, y oficiar como agente financiero del gobierno en relación con la deuda externa e interna. La creación del banco produjo controversias debido a sus importantes atribuciones y al hecho de que era una institución mixta, donde el gobierno tenía una influencia limitada: sólo tres representantes de un directorio compuesto por catorce miembros. Los bancos privados contarían con la mitad del directorio, lo que fue visto con suspicacia por parte de algunos círculos políticos. La institución, cuya gerencia general desempeñó Raúl Prebisch entre

1935 y 1943, cumplió un papel destacado en la regulación de la macroeconomía, el crédito y el funcionamiento de los bancos.¹⁷

Prebisch participó en la confección del proyecto de la creación de la máxima entidad bancaria, e incluyó atribuciones que Niemeyer no consideraba, permitiendo una intervención más profunda en el sistema financiero.

Su proyecto incluía:

El saneamiento de las carteras de los bancos.

El Banco Central se asignaba el poder de inspección a las entidades financieras.

Permitía ejecutar políticas monetarias, como la absorción de fondos excedentes en los bancos, impidiendo una expansión del crédito.

Asignaba el manejo del control de cambios, con el objeto de un mejor manejo de la economía frente a fluctuaciones externas no deseadas.

El Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias sería la entidad creada con el objeto de sanear el Banco de la Nación Argentina (y bancos privados), absorbiendo los créditos incobrables y haciéndose cargo de aquellos bienes que no podían ser liquidados.¹⁸

Las controversias sobre el accionar de esta institución no estaban dadas por sus objetivos, que mejoraban el funcionamiento del sistema financiero y que aseguraban las operaciones de empresas y depositantes. Las suspicacias estaban centradas en los volúmenes del salvataje que se realizó a cuatro bancos y que el erario público cargara con operaciones dudosas.¹⁹

Las Junta Nacionales de Carnes y de Granos

Ninguno de los organismos diseñados en la década reflejaba más abiertamente el sostenimiento económico a los beneficiarios de las exportaciones primarias originadas en la pampa húmeda, como las Juntas Nacionales de Carnes y de Granos.

Estas Juntas tenían por función que el Estado pudiera intervenir económicamente en la compra de granos y carne asegurando a los productores un precio “sostén”, o mínimo. Se trataba de un subsidio a los latifundistas que los alejaba de la incertidumbre que provocaban las fluctuaciones del mercado al momento de vender sus producciones a las empresas exportadoras.

Esta transferencia de recursos financieros del Estado a los privados tenía por objeto asegurar una rentabilidad que evitara quebrantos entre los productores. Sus atribuciones también abarcaban el regular la cantidad y la calidad de los productos, siendo el propio Estado quien vendía para la exportación.

Si estas operaciones devenían en pérdidas, se cubrían con fondos provenientes del fondo de cambios del Banco de la Nación Argentina.

Al igual que el Banco Central, estos organismos poseían directorios mixtos donde convivían representantes del Poder Ejecutivo, de la Sociedad Rural y del sector privado: Molineros en el caso de los granos y accionistas. Frigoríficos en el de las carnes.

El propio ministro Luis Duhau ilustra sobre el desempeño y la función de la Junta Nacional de Granos en la protección de la producción agrícola:

En lo concerniente a las compras del grano, la Junta ha debido tener constantemente en cuenta el volumen del mercado mundial a fin de determinar el grado de intensidad de sus ventas. Precisamente, la función de la Junta ha sido, como lo indica su nombre de Reguladora, la de adquirir todo el grano que se ofrece, y la de venderlo ordenadamente. Así, por citar dos ejemplos extremos, hasta el 31 de diciembre (1933) la Junta había comprado 563.644 toneladas de trigo y tan sólo había vendido 28.171. En la última semana transcurrida, sucedió todo lo contrario: la Junta compró 187.746 toneladas y vendió más del doble, a saber, 422.420 toneladas, sin que el mercado se resintiese. Después de

haber vendido 1.214.943 toneladas, la Junta se quedaba con 1.873.659 toneladas de existencia, pues había comprado hasta la fecha 3.088.602 toneladas. Esto nos da una idea de la magnitud de la oferta que en los primeros tiempos de su creación tuvo que ir absorbiendo la Junta y vendiendo gradualmente a los exportadores a fin de evitar el abarrotamiento del mercado internacional, cuya capacidad de absorción es actualmente muy limitada, como se sabe; y a esto hay que añadir la hipersensibilidad de los compradores que adquieren lo estrictamente indispensable para sus negocios sin constituir los stocks que solían hacer antes, por el riesgo de nuevas bajas de precios. De no haber sido contenida esa oferta por la Junta Reguladora, el grano se hubiera precipitado en el mercado internacional. Cuando el bajo precio de los artículos rurales resulta del juego de fuerzas económicas más poderosas que la voluntad de los hombres, los gobernantes deben hacerse cargo de la dura realidad, para no esterilizar su esfuerzo en una lucha imposible con elementos invencibles [...]. Esto no quiere decir, por supuesto, que convenga en todo caso disminuir el valor del peso para que la carne, los cueros o los granos, vendidos en moneda universal, se traduzcan en mayor número de pesos. En los últimos 120 años el trigo no ha valido nunca tan poco como ahora. Hoy nuestro trigo vale 2,85 pesos [...]. Y en este momento la Junta Reguladora de Granos ofrece comprar el trigo a pesos 5,75.²⁰

La Junta Nacional de Carnes cumplía el mismo fin, pero era más complejo. Los ganaderos necesitaron de un frigorífico que interviniera en las compras, con el objeto de elevar el precio de venta.

En 1933, el Pacto Roca-Runciman recibió el apoyo de las entidades ganaderas, a pesar de que sus cláusulas beneficiaban principalmente a los invernadores y consolidaban el dominio de los frigoríficos. Sin embargo, los conflictos entre ambos sectores se acentuaron con la aplicación de la ley de carnes. La junta quedó bajo el dominio de los invernadores, quienes no mostraron mayor interés en la ejecución de las disposiciones de la ley, como la tipificación de las compras y la adquisición de un frigorífico que, en manos de la Corporación de Productores de la Carne (CAP, entidad creada por la ley, pero sin autonomía financiera), operara como empresa testigo, ofreciendo datos sobre los costos y los márgenes de ganancias de las empresas extranjeras. A pesar de ello, los

*criadores lograron la intervención de la CAP en el Mercado de Liniers y los precios internos mejoraron.*²¹

Estas medidas tendientes a controlar la producción, la oferta y la demanda, el flujo de exportaciones, el precio y el abastecimiento del mercado interno, se extendieron a otros productos. En 1933, dependiendo del Ministerio de Agricultura comenzaron a funcionar la Junta Nacional de Vinos, la Junta Nacional del Algodón, la Junta Nacional de la Industria Lechera y la Comisión Regional de la Producción y Comercialización de la Yerba Mate. La mayoría de estos dispositivos favorecieron a los grandes productores exportadores.²²

La Industrialización sustitutiva de importaciones

Como consecuencia de las medidas proteccionistas aplicadas por el Estado, como la elevación de los aranceles de importación y el Control de Cambios que frenaba las compras de manufacturas en el exterior, en esta década se fue ampliando la base industrial liviana en la Argentina cuya producción de bienes no estaba totalmente ligada al modelo primario exportador. Muchos países, con el objeto de saltar las restricciones a sus exportaciones, terminaron ampliando su capacidad fabril o instalándose para producir directamente en el país aquellos productos que abastecían el mercado interno. Este proceso se tornó significativo en la década de 1930, permitiendo el ahorro de divisas al Estado. Las características y consecuencias de este proceso de industrialización serán tan profundas, que requerirán un desarrollo aparte.²³

La Obra Pública

Durante el Gobierno de la Concordancia comienza un período de fuerte inversión en la obra pública, que prácticamente había sido parada en el gobierno provisional de Uriburu.

A las crecientes necesidades de una modernización edilicia estatal, que abarcaría la construcción de nuevas sedes oficiales y ministeriales, se sumaría el impulso al desarrollo de la infraestructura vial en concordancia con el auge de los automotores.

En 1932 se crea el ente autárquico Vialidad Nacional, con la finalidad de construir y mantener caminos pavimentados entre ciudades, centros productivos, puertos y estaciones de ferrocarril. A las necesidades de un creciente parque automotor, se sumaron las peticiones de distintos agentes como asociaciones civiles e importadores de vehículos que ponderaban la flexibilidad en la elección del trayecto que éstos permitían (comparada con la rigidez de los trayectos del Ferrocarril).²⁴

En 1932, el general Justo —general pero también ingeniero civil—, ubicó al frente de la DNV a Justiniano Allende Posse, una persona de su confianza más estricta, empresario del cemento, figura pública de actuación política, pero muy respetado como técnico en su especialidad (ingeniería civil, caminos).²⁵

Por debajo de este cargo técnico y político, se constituyó una burocracia de distintos departamentos técnicos, integrados por profesionales planificadores y ejecutores de las obras. En la búsqueda de un modelo a proyectar, se enviaron funcionarios a EE.UU. a interiorizarse sobre la experiencia vial del país con un mayor número de vehículos en circulación.²⁶

En consonancia con esta política nacional, algunas provincias y municipalidades se dedicaron a realizar obras públicas que modernizaron el paisaje urbano de muchas ciudades.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires sumó a las nacionales que se realizaban en su territorio las propias, como monumentos, la ampliación de nuevas arterias que permitieran un tránsito más fluido, y nuevas sedes municipales.

La inversión privada también tomó auge, construyéndose nuevas salas de teatro, cine, locales comerciales, edificios de propiedad horizontal y de casa habitación, que cambiaron definitivamente la fisonomía de la urbe.

La provincia de Buenos Aires encargó al arquitecto Alejandro Bustillo la construcción de un complejo que abarcaba un casino, un hotel provincial y una nueva rambla en la ciudad balnearia, en la búsqueda de modernizar la ciudad de Mar del Plata e incorporar la visita de nuevos viajeros, a partir de la construcción de la Ruta Nacional N° 2 que unía la Ciudad de Buenos Aires con el centro balneario.

Además se encargó al arquitecto Francisco Salamone la construcción de los palacios municipales de Carhué, Guaminí, Pellegrini, Rauch, Tornquist, Puán, Alberti, Laprida, Adolfo Gonzales Chaves, Vedia y Coronel Pringles.

La obra pública se extendió a otras provincias realizando obras de infraestructura con el fin de alentar el turismo, en paisajes naturales como las Cataratas del Iguazú, San Carlos de Bariloche, Parque Nacional Nahuel Huapi, Refugio Cerro Catedral, entre otras.

Los años que transcurren desde la llegada de Justo al poder (1932), hasta el final de su mandato (1938), son recordados como un período de modernización urbano y territorial liderado por el Estado Nacional, lugar donde es posible registrar las contradicciones económicas y culturales, que contrastaba con la férrea defensa de los intereses oligárquicos. Como sostienen Anahí Ballent y Adrián Gorelik:

[...] una paradoja notable, por ejemplo, definitoria en los contrastes territoriales del período, es que la elite que se había instalado en el poder para restaurar los buenos viejos tiempos de la sociedad oligárquica y el orden agroexportador sería la encargada de impulsar una notable modernización urbana e industrial. Esta paradoja bien puede considerarse una clave de lectura para interpretar las contradicciones y los límites del proceso de industrialización por sustitución de importaciones, del intervencionismo estatal, de las políticas de alianza con Inglaterra. Y la dimensión territorial tiene la peculiaridad de poner al rojo vivo este carácter paradójico: el mismo gobierno que buscó beneficiar los intereses ingleses fue el que terminó construyendo la red troncal vial que habría de destruir toda viabilidad económica del principal de esos intereses, el ferrocarril. Asimismo, ciertas acciones del gobierno obstaculizaron el desarrollo petrolero estatal, pero al mismo tiempo se lo impulsó como política de Estado, con el efecto señalado de industrialización del

*país y modernización del Interior. En el curso de esa tarea, a su vez, se conformó una ideología nacionalista que tuvo en su centro la imagen tan difundida de relación inequívoca entre YPF, territorio interior, soberanía e interés nacional.*²⁷

En otro extremo de estas contradicciones de la época, la Obra Pública aparece como agente dinamizador de la economía doméstica. Las partidas presupuestarias aplicadas pondrán en movimiento el desarrollo de la producción nacional de cemento y acero para las construcciones, y alentarán la fabricación de manufacturas para la construcción desde herramientas hasta insumos propios de la terminación y acabado de las obras.

Pero otro efecto directo de esta política se registrará en el aumento del empleo de trabajadores de la construcción y afines. No pareciera lógico que un gobierno que representaba y subsidiaba los intereses económicos de tan solo una parte de la sociedad, pudiera preocuparse en los altos índices de desocupación que generó la crisis (que se elevaron con la aplicación de su política económica y financiera) y tratara de paliarlos a partir del aumento del déficit fiscal.

Visto así, hay investigadoras que hablan de keynesianismo en la planificación de medidas como la obra vial y pública del período.²⁸ Aun cuando en 1932:

*El aumento del gasto implicaba un serio problema para el gobierno, debido a que la recaudación fiscal se estructuraba en función de los ingresos aduaneros, sensiblemente afectados por el descenso del comercio exterior a causa de la crisis. No debe olvidarse que, por esos años, las teorías keynesianas todavía no se habían impuesto (el libro más conocido de Keynes se publicó recién en 1936) y se consideraba que la actitud más sana de un gobierno para enfrentar consistía en mantener un presupuesto equilibrado, tomando al déficit como un grave error de política económica.*²⁹

Después de 1935

En 1936 se renueva el convenio con Inglaterra, ahora conocido como Pacto Malbrán – Eden. En él se mantienen, básicamente, los compromisos otorgados anteriormente en materia de aranceles y privilegios empresariales, por la exportación de carnes enfriadas, pero en un nuevo contexto coyuntural inglés que no favorecía a las exportaciones argentinas. Nuevamente se dispondría recursos del Estado para sostener los intereses de una parte de la coalición gobernante, cargando en las espaldas de la población el auxilio a la elite de hacendados de la pampa húmeda.

El Pacto Roca-Runciman tenía una duración de tres años. Al culminar su período de vigencia en 1936, ambos gobiernos iniciaron una nueva ronda de negociaciones. La coyuntura presentaba ahora características diferentes de las existentes en 1933. El gobierno británico se encontraba bajo una fuerte presión de los propios ganaderos ingleses, que demandaban simultáneamente protección frente a la competencia extranjera y apoyo financiero oficial. Por ello, el nuevo tratado —conocido como “Malbrán-Eden”— las carnes argentinas fueron gravadas con un arancel del 20% sobre el precio de venta, que se utilizaría para subvencionar a los ganaderos británicos. [...] El nuevo tratado ponía de manifiesto con más claridad que el anterior la debilidad del gobierno argentino en las negociaciones y la creciente dificultad para sostener los pilares de la estructura productiva de la Argentina. [...] Para compensar las pérdidas que el nuevo tributo británico podía acarrear a los ganaderos y a los frigoríficos, el gobierno implementó un subsidio y un tipo de cambio diferencial para las divisas liquidadas por los frigoríficos. De esa manera, el precio final de venta del chilled beef argentino en el mercado londinense no sufriría alteraciones a pesar del impuesto y las exportaciones no se verían alteradas. Así, el erario público, nutrido por los contribuyentes argentinos, se hacía cargo del subsidio a los ganaderos británicos.³⁰

Para 1936/37 la economía argentina demostró que su recuperación dependía en mayor medida de la coyuntura del sector externo, que de las políticas intervencionistas aplicadas. Una sequía en Canadá y EE.UU. que comenzó en 1934, elevaron los precios internacionales de los cereales, y aunque Argentina exportó los mismos volúmenes que en los años anteriores, esta situación mejoró la economía doméstica a partir de contar con un mayor flujo de divisas.

[...] la consecuencia fortuita de un accidente climático: por tres años, a partir de 1934, una sequía de proporciones bíblicas se instaló en las cuencas cerealeras de los Estados Unidos y Canadá, y gracias a ello en la Argentina no sólo la rehabilitación de la agricultura de exportación no demandó las vastas sumas que se habían creído necesarias para que los subsidios del Estado aseguraran la continuidad de la producción, sino que por añaduría la reactivación de la economía hizo que el saneamiento del sistema bancario resultase también mucho menos oneroso de lo que habían temido los creadores del Instituto Movilizador.³¹

En 1937 el comercio bilateral con Alemania comenzó a tener un ciclo ascendente, ya que los germanos se convierten en los compradores del 50% la de producción de carne congelada, y de una magnitud importante de cereales. La necesidad de los alemanes de satisfacer sus necesidades internas se veía trabada por su escasez de divisas para hacerlo. Por lo tanto envían una misión comercial a Latinoamérica que comienza en Argentina, donde poseían inversiones industriales importantes (pero que frente a las inversiones norteamericanas e inglesas se encontraban en un segundo plano), y que para su producción necesitaban insumos específicos provenientes de sus casas matrices.³²

El convenio comercial y de pagos firmado en 1934 entre ambos países, que proponía un tipo de cambio favorable a ambas naciones, generó un superávit comercial que permitió triplicar las importaciones desde Alemania, llegando a sustituir algunos proveedores ingleses en la compra de material ferroviario.³³

En 1940 Argentina nuevamente fue afectada por los acontecimientos externos, en este caso la Segunda Guerra Mundial, pronosticando un ciclo recesivo a las exportaciones argentinas. Ahora le tocaba enfrentarla al gobierno sucesor de Justo que se había impuesto fraudulentamente en 1937.

El vicepresidente en ejercicio de la presidencia, Ramón Castillo, que había asumido estas funciones a partir de la licencia por enfermedad del titular del Poder Ejecutivo Roberto Marcelo Ortiz, convocó nuevamente a Federico Pinedo a cargo del Ministerio de Hacienda con el objeto de realizar un plan económico que enfrentara la crisis. Éste había renunciado al ministerio en 1935, luego del

escándalo en sesión del Senado de la Nación en que se trataban los privilegios que el Estado otorgaba a los frigoríficos ingleses, debate en el que fue asesinado el senador demócrata progresista electo por la provincia de Santa Fe, Enzo Bordabehere.

Conocido como el Plan Pinedo de 1940, se presentó al Congreso un conjunto de medidas, que en sí mismas, demostraban el cambio de época, ya que desde el Estado se buscaba estimular la industria por medio de créditos a largo plazo, fomentar un plan de viviendas vendidas por medio de préstamos para atemperar el déficit habitacional del momento y generar empleo, así como la protección financiera de las cosechas que no se pudieran vender, y un convenio de comercio bilateral que integraba a Argentina con Brasil. El convenio no fue aprobado por el Senado, y el ministro renunció a su cartera.

Si bien el volumen exportado bajaría constantemente hasta 1943, Argentina se beneficiaría por una importante alza en los precios internacionales, sumado a la baja forzada de las importaciones que impuso el conflicto bélico, y que arrojarían un superávit comercial significativo.³⁴

Nuevamente un golpe de Estado, el 4 de junio de 1943, realizado en una coyuntura internacional delicada, como el que dio origen a este período, cerraría el ciclo de los conservadores en el poder abierto en 1930.

Hasta aquí hemos realizado un recorrido de los cambios económicos introducidos por la Restauración Conservadora entre los años 1930 y 1943.

Las implicancias políticas y sociales de las políticas aplicadas serán analizadas en otros apartados.

A modo de conclusión

Si el golpe de Estado de 1930 entronizó en el poder a los defensores del libre cambio, a partir de 1931 y con el recrudecimiento de la crisis externa, el control de cambios que frenó la fuga de capitales y los porcentajes de aumento en las imposiciones aduaneras, operaron, más como las primeras medidas proteccionistas del mercado interno que como reguladoras la inestabilidad

económica. Podemos decir que la ortodoxia en materia económica se encaminaba rápidamente a una heterodoxia, cuando no se arribó al éxito deseado con sólo contraer y rebajar los gastos del Estado.

El gobierno de Justo sostuvo y amplió aquellas medidas tomadas por el Gobierno Provisional, profundizando el rol intervencionista del Estado en la Economía con el objeto de sostener y subsidiar a los productores agrarios y hacendados vacunos que integraban la coalición que le permitió llegar al poder, no dando lugar a equívocos acerca de sus intenciones.

Se puede apreciar este sesgo en la firma del Tratado Roca-Runciman y su posterior renovación en el Pacto Malbran-Eden, donde el compromiso de la Argentina en el sostenimiento de la exportación de carnes enfriadas, se verifica en la aceptación de cláusulas que la comprometen desde lo económico hasta lo simbólico. “El mismo Julio Roca (h.) no se ruborizaba al reconocer que ‘la Argentina, por su interdependencia recíproca es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio británico’.”³⁵

Pero sin lugar a duda la creación de las Juntas Reguladoras demostró claramente que las reformas económicas estaban destinadas a subsidiar a los más concentrados productores primarios exportadores, cargando sobre los hombros del resto de la población el yugo económico de estas decisiones, que se traducían en los amplios índices de pobreza y desocupación.

Del conjunto de medidas tomadas por el Gobierno, la que se enfocaba a realizar a más largo plazo cambios estructurales fue la creación del Banco Central.

Prebisch profundizó aun las atribuciones aconsejadas en la creación de la entidad, con el objeto de lograr una intervención más profunda en el sistema financiero y cambiario, acorde a las necesidades concretas que requiriera la planificación estatal.

Los signos visibles de una recuperación ansiada no fueron fruto de las acciones emprendidas en la materia. El alza de los precios internacionales produjo una inmediata sensación de alivio, y estimuló el rumbo emprendido.

La recuperación de la actividad económica comenzó hacia 1933, debido en especial a la mejora de la demanda externa, antes que a políticas oficiales. [...]

La caída de la oferta mundial de cereales impulsó una recuperación de los precios que, hacia 1937, superaron los niveles previos a la crisis. [...] En tanto, las políticas públicas desempeñaron un papel secundario en esta temprana recuperación. La política económica oficial combinó medidas que implicaban continuidad con otras que introducían innovaciones.³⁶

Otro factor importante, que no tuvo apoyo político fundado en políticas para su aliento y que desde el discurso oficial no se le asignaba mucha importancia, fue el impulso que tuvo la industrialización sustitutiva de importaciones durante el período. El crecimiento de las empresas fundadas en el período anterior, la mayor inversión de capitales privados argentinos en la producción de bienes, sumada a la inversión directa de empresas extranjeras que se radicaron en el país, o ampliaron su capacidad fabril con el objeto de sortear las barreras arancelarias, se convirtieron en un factor decisivo al momento de ahorrar divisas en las compras de manufacturas de origen extranjero. El gobierno, como dijimos, no alentó expresamente este proceso, pero su expansión le significó un alivio económico y atemperó el impacto social que produjo la crisis del modelo agroexportador y la aplicación de sus propias políticas, al incrementarse los puestos de trabajo.

La obra pública y la Dirección de Vialidad Nacional también jugaron un papel importante en la creación de empleo (mayormente temporario), dado que su accionar incursionaba por destinos provinciales alejados de las ciudades-puerto, ámbitos de la radicación de las industrias.

En este período nos encontramos con características que pueden ser tomadas como producto de una planificación minuciosa o una consecuencia no deseada.

El crecimiento industrial, que como dijimos no aparece prohijado por el Estado, solucionó una parte del desempleo, pero fortaleció al movimiento obrero que se organizó en nuevos y viejos sindicatos que enfrentaron al gobierno y a las patronales en la búsqueda de reivindicaciones laborales. También se conformó una nueva “elite de industriales”, que comenzaron a buscar interlocutores en los gobiernos para que los apoyaran en sus pedidos sectoriales, que no serían bien vistos por los sectores tradicionales de la economía argentina.

El acercamiento al keynesianismo llega a estos parajes de la mano de los mismos

economistas ortodoxos que signaron la década anterior. El Plan de Reactivación Económica, más conocido como el “Plan Pinedo de 1940”, es una muestra de este cambio de mentalidad. Éste integra medidas de fomento a la industria, a las que también clasifica en dos grandes divisiones, las que se abastecen con materias primas e insumos internos, y las supuestas “artificiales”, cuya producción requiere de la importación de bienes o materias primas del exterior, demandando divisas al Estado para su funcionamiento; de expansión del mercado laboral; de incremento del consumo interno, y de la protección al agro. También propone la búsqueda de acuerdos comerciales con países latinoamericanos, como la propuesta de integración con Brasil.

Prebisch viajó a Washington en 1940 para iniciar conversaciones con funcionarios gubernamentales, con el objeto de buscar una solución al déficit comercial con ese país. En un segundo viaje, en 1941, se gestionó un préstamo de 100 millones de dólares, que no prosperó.³⁷

Resulta paradójico que la elite gobernante que defendió a ultranza su alianza con Inglaterra, en un sostenimiento mutuo de intereses, se abra a encontrar acuerdos con el país del norte, abrazando las esperanzas de lograr un préstamo del Eximbank, entidad creada por Roosevelt en el marco del New Deal.

Es significativo el corrimiento del Gobierno argentino conservador a un reconocimiento, implícito, del liderazgo de EE.UU. en la región y en el mundo. Los funcionarios que habían dirigido la economía y las finanzas de la última década se encontraban dispuestos a dar un giro en el sistema de alianzas que habían sostenido en los años pasados. Aunque este acercamiento pueda ser visto como postura coyuntural hasta el término del conflicto, Inglaterra que se encontraba inmersa en la guerra, es percibida como una potencia declinante.

Una última muestra del pragmatismo de la clase gobernante se puede apreciar en la creación de la Flota Mercante Argentina, en 1941, línea de bandera fundada por Ramón Castillo. Estas actividades, antes relegadas a empresas extranjeras, la mayoría con sede en Londres, ahora se mostraban necesarias para poder transportar alimentos y materias primas, principalmente a Inglaterra. La neutralidad argentina, censurada por EE.UU., permitía atravesar el Atlántico con pocas zozobras en medio del conflicto naval y mantener las exportaciones, que no se detuvieron durante toda la guerra.

La demanda de una infraestructura nacional que permitiera el crecimiento y el

desarrollo de nuevas actividades económicas, pregonado por los nacionalistas argentinos, que también incluía a oficiales industrialistas del Ejército, parecían comenzar a calar y a concretarse, aunque quienes las tomaban lo hicieran en su propio provecho.

La posición nacionalista, la posibilidad de acompañar a los aliados en la guerra, según lo declarado por el candidato Ramón Patrón Costas, abandonando la postura histórica de neutralidad argentina, y la necesidad de impulsar un profundo crecimiento industrial, serán algunos de los motivos que pergeñarán el golpe de Estado de 1943.

Bibliografía

AA.VV., Historia de la Economía Argentina del Siglo XX, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007.

Ballent, A., “Burocracia, técnica y política: los ingenieros del Ministerio de Obras Públicas y los golpes de Estado (1930-1943)”, IESCT - CHI, UNQ / CONICET (Disponible en: www.unq.edu.ar/advf/documentos/518d1bc22eeba.doc)

Ballent, A. y Gorelik, A., “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Belini, C. y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012.

Caravaca, J., “La argentina keynesiana. Estado, política y expertos económicos en la década de 1930”, en Plotkin, M. B. y Zimmermann, E. (comps.), Los saberes del Estado, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

Ferrer, A., La economía argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1986.

Gerchunoff, P., y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto - Un siglo de políticas económicas argentinas, Ariel, Buenos Aires, 2003.

Gruschetsky, V., “Saberes sin Fronteras. La vialidad norteamericana como modelo de la Dirección Nacional de Vialidad. 1920-1940”, en Plotkin, M. B. y Zimmermann, E. (comps.), Los saberes del Estado, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

Halperín Donghi, T., La república imposible (1930-1945), Ariel, Buenos Aires, 2004.

Korol, J. C., “La Economía”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Lobato, M. Z., y Suriano, J., Atlas Histórico, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Emecé, Buenos Aires, 2017.

Schvazrer, J., La industria que supimos conseguir - Una historia político social de la argentina, Planeta, Buenos Aires, 1996.

[1 Belini, C. y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012, p. 71.](#)

[2 Korol, J. C., “La Economía”, en Cattaruzza, A. \(comp.\), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 29.](#)

[3 Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina \(1880-2003\), Emecé, Buenos Aires, 2017, p. 192.](#)

[4 Ferrer, A., La economía argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1986, pp. 137 y 138.](#)

[5 Ibid., p. 157.](#)

[6 Rapoport, op. cit., pp. 192 y 193.](#)

7 AA.VV., Historia de la Economía Argentina del Siglo XX, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007, pp. 115 y 116.

8 Korol, J. C., op. cit., pp. 22 y 23.

9 Gerchunoff, P., y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto - Un siglo de políticas económicas argentinas, Ariel, Buenos Aires, 2003, p. 126.

10 Rapoport, M, op. cit., p. 211.

11 Rapoport, M., op. cit., p. 212. Los productores ganaderos argentinos estaban divididos en criadores e invernadores. Los criadores vendían el ternero destetado a los invernadores que poseían campos sembrados con alfalfa y otros forrajes, donde se producía el engorde del ganado. Estos últimos eran los beneficiados en la exportación de carnes enfriadas y congeladas.

12 Korol, J. C., op. cit., p. 34.

13 Rapoport, M., op. cit., p. 227.

14 Belini, C., y Korol, J. C., op. cit., p. 175.

15 Rapoport, M., op. cit., p. 221.

16 Belini, C., y Korol, J. C., op. cit., p. 73.

17 Ibid., p. 74.

18 Ibid., p. 75.

19 Ibid., p. 74.

20 Ibid., pp. 79-80.

21 Ibid., p. 90

22 Lobato, M. Z., y Suriano, J., Atlas Histórico, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 363.

23 Vid infra el capítulo III: “La Industrialización Argentina 1930-1943”.

24 Gruschetsky, V., “Saberes sin Fronteras. La vialidad norteamericana como modelo de la Dirección Nacional de Vialidad. 1920-1940”, en Plotkin, M. B. y Zimmermann, E. (comps.), Los saberes del Estado, Edhasa, Buenos Aires, 2012, p. 186.

25 Ballent, A., “Burocracia, técnica y política: los ingenieros del Ministerio de Obras Públicas y los golpes de Estado (1930-1943)”, IESCT - CHI, UNQ / CONICET, p. 5, (Disponible en: www.unq.edu.ar/advf/documentos/518d1bc22eeba.doc)

26 Ballent, A., op. cit., p. 7. Gruschetsky, V., op. cit., p. 187.

27 Ballent, A. y Gorelik, A., “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis”, en Cattaruzza, A., (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, pp. 147 y 148.

28 Caravaca, J., “La argentina keynesiana. Estado, política y expertos económicos en la década de 1930”, en Plotkin, M. y Zimmermann, E., op. cit.

29 Rapoport, M., op. cit., pp. 226 y 227.

30 Ibid., p. 221.

31 Halperín Donghi, T., La república imposible (1930-1945), Ariel, Buenos Aires, 2004, p. 151.

32 Schvazrer, J., La industria que supimos conseguir - Una historia político social de la Argentina, Planeta, Buenos Aires, 1996, p. 161.

33 Rapoport, M., op. cit., pp. 216-217.

34 Belini, C., y Korol, J. C., op. cit., p. 83.

35 Gerchunoff, P., y Llach, L., op. cit., p. 127.

36 Belini, C., y Korol, J. C., op. cit., pp. 69 y 70.

37 Rapoport, M., op. cit., p. 231.

CAPÍTULO III

LA INDUSTRIALIZACIÓN ARGENTINA 1930-1943

Alberto Rossi

“A partir de 1930 [...] la Argentina agroexportadora se transformó en un país en el que, efectivamente, la industria se convirtió en el principal motor de la economía.”

Juan Carlos Korol, “La Economía”,
en Nueva Historia Argentina, Tomo VII.

Una serie de medidas económicas, implementadas en los primeros años de la década de 1930 con el fin de morigerar los efectos que la crisis del sector externo produjo a la República Argentina, resultaron propicias para alentar un nuevo ciclo de actividades productivas. A partir de 1934/1935 se produce una importante expansión y apertura de industrias, cuyos capitales reconocen origen nacional y extranjero.

La radicación de empresas extranjeras aporta inversiones directas que mejoran la Balanza Comercial. Lideran el ranking las de origen norteamericano, y le siguen con menor participación las alemanas, francesas, italianas y belgas.

La importancia que ocupa este sector en la economía interna se traduce en que su participación, cada vez más creciente, produce el recupero de ésta. Según Gerchunoff y Llach, “en 1939, el sector industrial argentino era un 35% mayor que en 1930; representaba un 22,5% de la producción total y había alcanzado en importancia a las actividades agropecuarias”.¹

En la misma línea:

En la primera mitad de la década del treinta tienen lugar los conocidos descalabros económicos mundiales, acompañados de la desintegración de los conceptos de economía liberal en las relaciones económicas internacionales, y nuevos elementos de proteccionismo y control de las importaciones en la mayor parte de los países del mundo. En la Argentina, la economía agropecuaria se estanca o retrocede y la industria avanza en parte, si bien en forma desordenada y en pequeña o mediana escala. La incidencia del sector industrial en el PBI llega a un 20% en 1934 —igualando o superando aproximadamente en esos años al producto agrícola—, para mantenerse en esa proporción hasta 1942. En valor absoluto, a mediados de los años treinta es doble de lo que fue a comienzos de los años veinte y crece otro 20% en la preguerra inmediata.²

Desde 1939, año del comienzo de la Segunda Guerra, los países industrializados necesitaban que sus principales empresas se orientaran a la producción de pertrechos de guerra, disminuyendo la exportación de bienes de consumo. Esta escasez de oferta produjo el aumento de las manufacturas, obligando a los países latinoamericanos a canalizar sus compras en aquellos que comenzaban a industrializarse.

Entre 1939 y 1945, las exportaciones totales crecieron un 55% en tanto que las industriales ascendieron un 625%. Sólo entre 1939 y 1943, momento en que las exportaciones de manufacturas alcanzaron su pico más alto durante la guerra, el crecimiento fue del 762%. En 1939, las ventas de productos industriales al extranjero apenas representaban un 2,9% del valor total del comercio de exportación [...]. Para 1943 alcanzaron un máximo del 19%, porcentaje que recién se superaría en la década de 1970.³

El sector primario exportador seguirá siendo decisivo en la obtención de divisas, pero estas citas evidencian la importancia que adquiere la industria liviana y semipesada a finales de década como agente dinamizador de la economía doméstica, en la composición del PBI.

El escaso interés que demostraran los gobiernos conservadores al crecimiento del sector productivo urbano, y la carencia de políticas públicas que incidan en su desarrollo (que no impide el crecimiento del parque industrial), nos lleva a preguntar si fueron conscientes del salto que tuvo la industria nacional y las consecuencias que ello implicaba. Todo indicaría que había consenso para tal fin, pero con un nivel de discreción gubernativa que lleva a pensar que evitaban abiertamente que el tema los enfrentara con la coalición política que les permitía gobernar.

También nos preguntamos si minimizaron las consecuencias políticas en el surgimiento de una nueva elite industrial (que tratará de incidir en las decisiones gubernamentales con políticas que favorezcan a su sector) y de los trabajadores (que se integrarán a viejos y nuevos sindicatos en el reclamo de derechos y reivindicaciones, enfrentado tanto al gobierno como a las patronales).

En otras palabras, tal como sostiene Silvia Lázaro:

[...] sin duda las dos caras de la década del '30 son: regresión política y modernización económica, carencia de inventiva para hacer frente a los efectos inesperados de la ampliación de la participación política, y respuesta creativa a la situación de emergencia que atravesaba el esquema económico agroexportador tradicional. Esta modernización económica que crecía sin proclamar demasiado sus avances, porque era más fruto de las circunstancias y no de un proyecto buscado, coexistía con ese orden político que declaraba, sin pudor, su rechazo a la participación popular y recurría al fraude. Dinamismo y plasticidad, por un lado, regresión y rigidez, por el otro, eran aristas que se combinaban para delinear el doble perfil con que la Restauración Conservadora dirigía el país.⁴

Trataremos de indagar si existió una política oficial que direccionara y planificara el crecimiento industrial. En este caso también cobran importancia las decisiones que tomaron los países de origen de las inversiones, que influyeron en el crecimiento y/o desarrollo de la industria nacional, demostrando su grado de dependencia de los países centrales.

Por último nos preguntaremos qué papel cumplieron los militares en la

visibilización de la industria como un factor permanente, estratégico y no meramente coyuntural.

La Industrialización Argentina a partir de la década de 1930

La Industria argentina aceleró su crecimiento a partir de mediados de 1920. Este impulso fue sostenido hasta 1930, con la radicación de empresas extranjeras, provenientes de EE.UU., y en menor grado de Europa.

A diferencia del tipo de industrias desarrolladas antes de la Primera Guerra Mundial, la mayoría ligada a la producción primaria agroexportadora (Frigoríficos/Conservas/Molinos Harineros, Bebidas, Curtiembres, etc.), las inversiones de la década de 1920 se radicaron para producir y liderar un incipiente mercado interno en expansión, abarcando desde el armado de automóviles y camiones (Ford / General Motors), industrias químicas y/o farmacéuticas (William Chemical / Parke Davis). Refrescos (Coca Cola / Crush); materiales eléctricos (General Electric), de iluminación (Osram), por citar algunos ejemplos.

Las inversiones directas provenientes del sector externo que se radican en este territorio para mantener un mercado que se les ha cerrado en la década de 1930, dinamizan, modernizan y producen manufacturas necesarias y novedosas, como neumáticos; fibras textiles sintéticas; artículos mecánicos y electrónicos, insumos eléctricos.

En forma paralela, a finales de la década se comienzan a producir materiales para la construcción: cemento, hierro, pinturas y el desarrollo de derivados del petróleo.

Este impulso se ve interrumpido con el Crack de la Bolsa de Wall Street de 1929, que cambiará los términos de la economía liberal que imperaba desde el siglo XIX.

Argentina, Inglaterra y los EE.UU.

El principal problema del comercio exterior argentino era que desde la década del 20 le vendía a Inglaterra, pero con las divisas compraba productos norteamericanos. Esto se debía a que las necesidades del mercado interno ya no podían ser satisfechas totalmente con productos ingleses. En un mercado mundial abierto, la triangulación comercial no se convertía en un obstáculo.

La industria norteamericana, que irrumpió en los mercados internacionales a partir del término de la Primera Guerra Mundial, por su volumen de producción, la calidad y lo novedoso de algunas de sus manufacturas, representaban la modernidad industrial.

A partir de la década 1920 comienza el auge automotriz, y en esta materia los EE.UU. aventajaba seriamente a Inglaterra. Sus fábricas producían vehículos en grandes escalas, y la demanda mundial era cada vez mayor. Juntamente con el automóvil se desarrolla y expande el negocio petrolero en todos los continentes; los Estados ampliaron las redes de caminos; comenzaron a desarrollarse servicios de mantenimiento automotor y el abastecimiento de naftas y lubricantes, talleres mecánicos y de servicios de todo tipo.

El camión compite con el ferrocarril. Llega a lugares que la rigidez del trayecto ferroviario no permite, y puede transportar volúmenes pequeños y medianos entre áreas de producción y estaciones de FF.CC. y/o puertos. El parque automotor de Argentina se encuentra en expansión. Se calcula que era de 400.000 vehículos (aprox.) para 1930, resultando atractivo para los importadores de vehículos y los fabricantes de repuestos y autopartes, y supuso un desafío mantenerlo y ampliarlo.⁵ A las restricciones que impuso al país la crisis del sector externo, se sumaba la necesidad que el Estado desarrollara la infraestructura necesaria para el nuevo auge del transporte automotor.

Fábricas norteamericanas de neumáticos como Goodyear y Firestone se radican en Argentina en 1930 para sacar provecho a ese mercado interno y no restringir sus ventas por la aplicación de barreras arancelarias. También podemos dimensionar el valor estratégico-económico que plantea el sector automotor para las actividades productivas, cuando en 1932 el gobierno de Justo crea la Dirección de Vialidad Nacional con el objeto de crear y pavimentar rutas entre centros productivos, elevadores de granos; puertos; terminales de ferrocarril y urbes. YPF tendrá un lugar destacado en el desarrollo e instalación de estaciones

de servicio automotor necesarias en los nuevos caminos.

La Industrialización Argentina en los años treinta. Entre la crisis económica y la Segunda Guerra Mundial

Luego del Pacto Roca-Runciman, el abastecimiento de bienes industrializados quedó mayoritariamente en manos de los ingleses. La baja de aranceles aduaneros para los productos de producción inglesa operó como un seguro para las industrias exportadoras de ese origen, garantizándoles un mercado casi cautivo.

El tratado proporcionaba muy pocas divisas de uso libre como para poder cubrir todas las necesidades del mercado interno que tuvieran otro origen, impidiendo que el comercio con Argentina derivara en compras en EE.UU. Esta medida estaba apoyada por los sectores de la elite de productores vacunos de la pampa húmeda que estaban comprendidos en la cuota que se exportaba a Inglaterra, y que además, eran subsidiados por el Estado Argentino. Su lema era “comprar sólo a quien nos compra”, un reconocimiento de explícito apoyo al Estado Inglés, viejo socio de las elites agroexportadoras argentinas.

Pero también Gran Bretaña hablaba ese mismo idioma al defender su posición frente a las importaciones de origen argentino.

John Maynard Keynes lo expone con claridad al decir:

Queremos carne y pagaríamos 110 libras por ella; la Argentina desea un auto que cuesta 110 libras en el Reino Unido y 100 en Estados Unidos; Estados Unidos no quiere la carne, tiene un arancel contra ella y no pagaría más de 50 libras, como máximo; la Argentina tiene la carne y aceptaría contenta 100 libras por ella antes que no venderla, pero no está dispuesta a aceptar menos de 100; nosotros, que no tenemos dólares, sólo podemos pagar la carne si vendemos el automóvil. Bajo un sistema de libre comercio, el intercambio no se realiza, ya que si pagamos por la carne con dinero, sea a 100 o 110, la Argentina gastaría ese dinero comprando el auto en Estados Unidos, y nosotros

quedamos insolventes. Algún sistema por el cual nuestra compra de carne dependa de que la Argentina compre nuestro auto es el único camino por el que puede realizarse el intercambio. De otra manera, los productores argentinos de carne y nuestros productores de automóviles quedan ambos sin trabajo.⁶

Concluye alejándose de las teorías económicas tradicionales del libre comercio sosteniendo:

[...] esta posibilidad está excluida [...] por algunos supuestos implícitos en su teoría clásica e inexistentes en la realidad: que, si uno compra la carne argentina con dinero y los argentinos compran el auto norteamericano con dinero, se sigue necesariamente que Estados Unidos comprará de nosotros alguna exportación por valor de 100 libras. En otras palabras, su filosofía fundamental ha supuesto la inexistencia del problema mismo que queremos resolver.⁷

La escasez de divisas, y el férreo control de cambios destinado a evitar desequilibrios en la balanza comercial, operaron como un auténtico sistema proteccionista. Al decidir el Estado a quién venderlas y con qué fin, se desarrollan en la ciudad de Buenos Aires y en la provincia de Buenos Aires, la apertura de talleres y empresas que comienzan a elaborar productos destinados al consumo del mercado interno. Estos talleres, que en principio utilizan poca tecnología, textiles en su mayoría, compiten con productos procedentes de Gran Bretaña. Además utilizan materias primas que se consiguen en el propio territorio, como algodón, lana y lino.

Se le suma el impulso que cobran empresas preexistentes de origen nacional, como SIAM, que producen desde las décadas de 1910 y 1920, que expanden sus negocios incorporando nuevos productos, muchos bajo licencia estadounidense, compitiendo con productos del mismo origen.

Este proceso de industrias sustitutivas de importaciones se fue ampliando a lo largo de la segunda mitad de los años treinta.

Adolfo Dorfman sintetiza algunas características que suponen un nuevo horizonte en el desarrollo industrial para este país en la década de 1930:

Disminución de los ingresos del sector externo, limitando drásticamente la capacidad de importar.

Regulación gubernativa de las importaciones, [...] y el aumento de derechos aduaneros en 1931.

Desvalorización del peso argentino en 1933.

Existencia de mercados internos consumidores ya establecidos y relativamente amplios.

Disponibilidad de mano de obra abundante, económica y suficientemente competente, para ser empleadas en las principales industrias livianas, que fueron las que más prosperaron.

Relativa abundancia de materias primas agroindustriales y presencia de industrias auxiliares más desarrolladas que anteriormente.

Disponibilidad de capacidad ociosa en muchas ramas fabriles de los principales países industriales en crisis, en condiciones de exportar sus equipos, capitales y técnicos hacia mercados, que, además, erigían barreras a la entrada de mercaderías extranjeras mediante altos derechos aduaneros, y asediados por la limitación de divisas.⁸

Podemos agregar a estas características que el Estado no interfirió en la relación empresarios y trabajadores/as, dejando librado el mercado laboral a las leyes existentes previas a su gobierno, y se encargó de no reconocer a los sindicatos como interlocutores válidos del sector trabajador ignorando sus exigencias, llegando a reprimir reclamos, paros y huelgas, en consonancia a las características que asumieran cada una de estas protestas.

Los intereses oligárquicos y la Industria

Como ya se señaló, a diferencia de los años anteriores a la década de 1930, la burguesía industrial de esta década no estaba totalmente vinculada a la producción agroganadera.

Los grandes productores vacunos pampeanos, vinculados a los capitales e intereses ingleses, no veían con buenos ojos alterar el equilibrio llevado a cabo durante décadas, y por lo tanto no estaban de acuerdo con la diversificación económica que incluía a nuevos grupos económicos industriales, nacionales y extranjeros, aduciendo que la crisis del modelo agroexportador era coyuntural, y no debíamos competir con la producción de quienes nos compraban.

Los sectores más recalcitrantes formaban parte de la Sociedad Rural [...] Ellos se oponían a las industrias que pudieran afectar sus exportaciones, pues se debía “comprar a quien nos compra”, y se plantaron contra la mecanización. En 1931, la entidad creó una Comisión de Fomento de la Tracción a Sangre que defendía el uso del caballo en el agro para promover el trabajo y la “seguridad nacional”, además de la industria del cuero, que hace los arneses y otras piezas menores. La Sociedad Rural se oponía al tractor, que consideraba costoso y demandante de divisas (en su compra y su operación), frente al caballo que se sostiene a sí mismo. Todavía en 1949 un directivo insistía en esa idea y citando a un “conocido militar” creía “más fácil que llegue pasto al estómago de un caballo que nafta al tanque de un camión”. El caballo no necesita mecánico, agregaba, y se ofrece como “un motor barato, sencillo, sufrido y rendidor, que, sobre todas las cosas, es de fabricación nacional”.⁹

La Alianza Conservadora que gobernaba la Argentina desde 1932 estaba directamente vinculada con este sector de la oligarquía, a sabiendas que conformaban el sector exportador con más chances de obtener divisas por la venta de carne enfriada o congelada en el exterior.

Pero dentro de la oligarquía coexistía un sector con una mentalidad que, con ciertas restricciones, aceptaba la necesidad de introducir cambios en la matriz

productiva argentina, aun a sabiendas de la importancia que adquiriría la industrialización como proceso de acumulación interna.

Es conocido el discurso que el ministro de Agricultura Luis Dahuau pronunció en abril de 1934 en la Cámara de Comercio argentino-británica, en el que analizó el futuro de las relaciones comerciales entre ambas naciones. El ex presidente de la Sociedad Rural calificó como el principio más equitativo

[...] al establecido en el acuerdo de Londres, mediante el cual, a mayores compras británicas, mayor sería el cambio disponible para los importadores de manufacturas. Pero advirtió también que, “si se aplican nuevos cortes a la importación de nuestro chilled beef, no sólo se nos corta a nosotros sino también a los propios exportadores de manufacturas inglesas [...]. Y es claro que si por las razones antedichas este país se viera en el trance muy lamentable de cortar también sus importaciones británicas, por falta de divisas, es fácil prever lo que sucederá de prolongarse por cierto tiempo una situación así; que antes de quedarnos sin los artículos que veníamos importando y pagando con nuestras exportaciones, optaremos por fabricarlos aquí, como ya lo hemos hecho y lo estamos haciendo con muchas otras mercaderías. Bien o mal, tendremos que hacerlo. Nosotros produciremos más manufacturas. Y allí se producirá más carne. Empero, no se trata de un simple cambio de papeles, por cuanto la situación es radicalmente distinta. La carne no se produce mejor ni a más bajo costo, con el hecho de forzar la producción hacia arriba, por la naturaleza misma de la actividad. En tanto que según sucede de ordinario en la industria, cuanto más se fabrica, tanto mejor se lo hace, tanto más grandes son las posibilidades de alcanzar mayor eficiencia. Es más, a nadie se le oculta que una vez que comienzan a moverse las ruedas de la industria, y andan bien, ya no se paran, como no sea por las contingencias económicas a que están todos sujetos. Es imposible volver atrás en el proceso de industrialización, y si los hechos nos fuerzan a reducir nuestra exportación de carnes y a quedarnos con la sola esperanza de un futuro acrecentamiento de la producción por aumento del consumo local, nuestro encauzamiento hacia ciertas líneas de la industria manufacturera será definitivo”. El discurso generó repercusiones en Londres, y el ministro se sintió obligado a aclarar sus propuestas. El 2 de mayo afirmó: “Sigo creyendo que es de indiscutible conveniencia para la Argentina mantener con el Reino Unido un intercambio cada vez más activo. Desgraciadamente, esta vez la solución no depende de nosotros”.¹⁰

En principio, parecería que la Alianza Conservadora que custodiaba los intereses del sector primario exportador tenía que realizar un equilibrio muy fino para amalgamar posiciones que, en lo discursivo, se encontraban enfrentadas.

Nurmis y Potantiero demostrarán que no existen contradicciones entre los intereses pro-industrial y la elite más poderosa de terratenientes, quien apoya las decisiones gubernamentales, y que posee una posición hegemónica dentro de la alianza de las clases propietarias donde coexistían, también, grupos industriales.

Es que la caída del mercado internacional de los productos que exportaba Argentina, demostró la debilidad del modelo económico Agroexportador. Estos sectores entendieron que necesitaban la regulación del Estado para subsistir, y la Alianza Gobernante comprendió que para poder llevar a cabo una nueva y heterogénea articulación de intereses “requería ciertas formas limitadas de industrialización y ellas fueron promovidas a través de una coherente política oficial que hizo crecer enormemente las esferas de la actividad del Estado en la estructura social”.¹¹

El Estado aparecerá como actor necesario ampliando su campo de acción en distintas formas de intervención, con el objeto de atenuar los efectos negativos de la crisis internacional. Una de las formas de intervención tenía por objeto llenar el vacío de los bienes de consumo antes importados, básicamente en los rubros textiles y alimentación. Las medidas económicas y financieras tomadas por el Estado (control de cambios, aranceles de importación) estimularon el alza de la producción de estos rubros, aprovechando la capacidad ociosa que a ese momento poseían esas fábricas.

Alentar esta expansión de la producción, aparentemente, no entra en contradicción con los intereses ganaderos, ya que aseguraban la existencia de una oferta constante de estos productos en el mercado interno.

Parecería, entonces, que el proyecto industrial del elenco de gobierno sólo se limitaría a cubrir el faltante, y no a una diversificación de la producción del mercado interno, supliendo una mayor necesidad de importaciones.

A lo largo de los años treinta no existieron estímulos específicos para promocionar la Industrialización del país, pero el Estado no perdió de vista este crecimiento que evitaba la salida de divisas y mejoraba el balance comercial, evitando un déficit pronunciado, el cual era uno de los objetivos económicos del gobierno.

Murmis y Portantiero se preguntan:

La consideración de estos hechos que a primera vista relacionan a una elite conservadora, vinculada con intereses ganaderos, con el progreso de la industrialización operado en décadas en la sociedad argentina, abre un interrogante acerca de si el crecimiento industrial fue conscientemente impulsado por la elite conservadora o si se desarrolló a pesar de ella, como consecuencia no deseada de medidas que buscaban otro fin.¹²

El interés por parte del Gobierno de conocer el grado de desarrollo del sector manufacturero queda demostrado cuando el presidente Justo solicita un censo industrial en 1935. Esto denota la expectativa que despierta este proceso, aunque el gobierno públicamente no lo expresaba.

Una muestra de ello es el discurso como el que en 1933 pronunció el ministro Duhau:

Somos demasiado pequeños en el conjunto del mundo para torcer las corrientes de la política económica mundial, mientras las grandes potencias se empeñan en poner nuevas trabas al intercambio [...]. La Argentina podía obtener [en el pasado] buena parte de las manufacturas que requería ya sea produciéndolas directamente o ya obteniéndolas en canje con sus productos agrarios. Lo más económico, lo más provechoso para el país, resultaba con frecuencia el último procedimiento, el procedimiento del intercambio... A la industria nacional le tocará, pues [en el futuro] resarcir a la economía argentina de las pérdidas incalculables que provienen de la brusca contracción de su comercio exterior. Debe tenerse en cuenta que la oportunidad de ese discurso fue una exposición industrial. El presidente Justo, que habló a continuación, enfatizó que la

agricultura era indudablemente la principal fuente de riqueza del país, y que el gobierno había renunciado a la idea de que podía ser autosuficiente. En 1940 el proceso industrial no se encontraba consolidado, pero había crecido en niveles inéditos hasta el momento. La aparición de la industria manufacturera y de la gran empresa había cambiado el paisaje de los Barrios Periféricos de la Capital Federal y amplias localidades del Gran Buenos Aires.¹³

Para 1940 la economía argentina muestra signos preocupantes que pueden anticipar una nueva recesión proveniente del sector externo, que se manifiesta en una baja en los volúmenes de exportación, y la dificultad en el abastecimiento de combustibles, insumos y equipos para la industria como producto de la Segunda Guerra Mundial. Federico Pinedo es llamado nuevamente al Ministerio de Hacienda. Como respuesta elabora un plan económico que sostiene la matriz y el sesgo económico agroexportador, pero modernizando el discurso y las posiciones mantenidas en los años treinta, incluyendo desde el poder por primera vez en la planificación de políticas económicas, medidas proclives al fomento y desarrollo del sector industrial, pero clasificando y limitando qué tipo de industrias deberían subsistir una vez terminado el conflicto bélico.

Los sectores sociales ligados a la industria

La baja de los volúmenes exportables expulsó la mano de obra del área rural que, en su búsqueda de empleo, mayoritariamente se dirigieron a las zonas urbanas portuarias.

En las ciudades también se incrementaron los índices de desocupación a partir de la implementación de las medidas económicas ortodoxas que se aplicaron durante la Dictadura de Uriburu (1930).

Muchos empleados públicos perdieron el trabajo, sumado a que pequeños comerciantes e industriales debieron soportar las nuevas cargas impositivas y la baja de la actividad económica, que afectó las posibilidades laborales de las clases medias urbanas.

El déficit habitacional de las ciudades, sumado a la precariedad de los recursos que poseían los migrantes, fomentó el desarrollo de conglomerados precarios, donde se levantaron refugios, o viviendas, construidas tan sólo con cartón, madera y/o chapa. Estos barrios fueron conocidos como “Villas Miseria”. Sus habitantes los diferenciaron bautizándolos con distintos nombres, como, por ejemplo, “Villa Desocupación”, en Retiro, o “Villa Esperanza” en Puerto Nuevo.

El Estado tuvo una política ambigua sobre sus habitantes, que combinó la indiferencia y la política de pequeñas contribuciones para sobrellevar la falta de alimentación, con la creación de dispositivos encargados de búsqueda de soluciones a la falta de empleo que nunca se desarrollaron o se pusieron en funcionamiento.

Entre 1934/1935 la industria comenzó a crear nuevos puestos de trabajo, y los migrantes internos se constituyeron, paulatinamente, en la mayor parte de la mano de obra en la fabricación de bienes para el mercado interno.

El objetivo de la dictadura uriburista de restablecer el orden social y sobrellevar el impacto de la crisis fue capitalizado por el empresariado. Una ola de despidos, reducción de salarios y desconocimiento de las leyes sociales se abatió sobre los trabajadores. La desocupación, en particular, afectó tanto a los del sector público como a los del privado. Un censo nacional en 1932 comprobó la existencia de 333.997 desocupados, la mayoría de los cuales pertenecía a actividades primarias. Por otra parte, casi el 45% correspondía a desocupados que carecían de trabajo remunerado con anterioridad al 1° de enero de 1932. Una temprana manifestación de la crisis fue perceptible en la Capital Federal. En la zona de Puerto Nuevo, a lo largo de las vías del Ferrocarril del Pacífico y sobre una extensión de varias cuadras, vivían alrededor de un millar de personas. Muchas lo hacían a la intemperie y otra en chozas construidas con materiales precarios. Se trataba de la denominada “Villa Desocupación” que permaneció hasta 1932, año en que fue eliminada por la Municipalidad.¹⁴

En el período 1935-1945 la migración interna neta contribuyó a más de la mitad del crecimiento demográfico total del Área Metropolitana de Buenos Aires. Este movimiento migratorio superó el aporte del crecimiento vegetativo y el de las

migraciones extranjeras. La mayoría de los migrantes era de las zonas cerealeras, donde a las consecuencias de la crisis se sumaba a los ya tradicionales problemas relacionados con la tenencia de la tierra y las condiciones de los arrendamientos. Ese fue el caso, por ejemplo, de la provincia de La Pampa, que registró la emigración del 37 por ciento de sus pobladores nativos. La industrialización sustitutiva empleó a los migrantes internos expulsados por el agro, abriendo un proceso global de transformación en la estructura de clases, que dio lugar a la existencia de un nuevo proletariado industrial. Aquellos provenientes del campo llenaron especialmente las ocupaciones manuales no especializadas y las tareas más sencillas. [...] Las medidas tomadas para atenuar la desocupación y sus efectos constituyeron paliativos hasta que a mediados de la década se inició la recuperación, apoyada en la industrialización sustitutiva de importaciones. Hasta ese momento, se efectuaron repartos de víveres, se instalaron ollas populares y se creó un organismo estatal, la Junta Nacional para Combatir la Desocupación, que planificó obras que nunca se llevaron a cabo, costeó el viaje y la comida durante el traslado de braceros para las cosechas de maíz y algodón, y asistió a desocupados en un albergue oficial ubicado en Puerto Nuevo, zona de la “Villa Desocupación”.¹⁵

La apertura continua de establecimientos industriales, más allá de su tamaño, permitió el aumento de trabajadores urbanos, poniendo un freno a la desocupación. Paralelamente al crecimiento de la mano de obra empleada, aumentaban la actividad gremial incrementando la afiliación y la organización de las distintas ramas productivas a las que pertenecían los trabajadores, creando nuevos sindicatos allí donde no los había. Estas nuevas agrupaciones pusieron en evidencia el estrecho vínculo que unió al sindicalismo con los partidos políticos opositores, como el accionar del Partido Comunista que se mostró solvente al momento de organizar trabajadores. Hasta 1943 las relaciones laborales estaban regidas por las condiciones unilaterales que la empresa imponía al personal empleado. La falta de regulación estatal del mercado laboral dejaba un espacio libre que rápidamente fue ocupado políticamente por el accionar sindical. El gobierno de Justo mantuvo una relación pendular frente a los conflictos gremiales, reprimió aquellos alejados de los centros urbanos, y se cuidó mucho en hacerlo en las ciudades, con la intención de dar una imagen tolerante frente a los conflictos sociales.

DESARROLLO Y SALARIOS

- 14.484.000 eran los habitantes de la Argentina en 1939, casi el doble de los registrados en el Censo Nacional de 1914.
- 50% de los migrantes internos fueron aportados por Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos.
- 597.000 trabajadores estaban ocupados en actividades industriales en 1935. En 1939 ascendían a 769.964.
- 43,2% de los afiliados a la CGT pertenecían a la Unión Ferroviaria fundada en 1912, el sindicato más importante.
- \$130 era el presupuesto de una familia tipo, según el Departamento Nacional del Trabajo, en 1933. \$119 era el salario promedio en 1933.

AA.VV. Historia Económica Argentina del Siglo XX, op. cit., p. 223.

■

Año	Número de asalariados (en miles)
1940	796,7
1941	850,8
1942	934,2
1943	1025,5
1944	1102,2
1945	1185,6

■

Gerchunoff, P. y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto, op. cit.

No obstante, a pesar del aumento del número de obreros sindicalizados durante el período, el nivel siguió siendo bajo, ya que la CGT enrolaba una minoría de trabajadores. En 1935 los obreros industriales eran 534.000 en total, y los agrícolas 800.000, mientras que los sindicalizados eran apenas 280.000.¹⁶

En 1936 [...] contaban ya con 360.000 afiliados, cinco años más tarde el número ascendió hasta superar los 440.000. Si bien el crecimiento había sido importante, lo cierto es que apenas acompañaba los cambios que se estaban produciendo tras el aumento del empleo industrial. A pesar de ello, el movimiento obrero argentino seguía siendo el más importante de América Latina.¹⁷

Durante los años treinta el movimiento obrero cambió con rapidez. El escenario en el cual actuaban las organizaciones de trabajadores se modificó profundamente, y el sistema político tomó nuevas formas, alterando los límites de lo posible. La intensificación de las tensiones ideológicas a escala mundial, a raíz de la difusión del fascismo, tuvo un impacto muy fuerte en la Argentina, al igual que la pérdida de confianza en el modelo liberal. La estructura económica también cambió: la depresión mundial golpeó duro y provocó penurias colectivas e individuales. Una de las respuestas a la crisis fue la intensificación de la industrialización por sustitución de importaciones, que en ciertos sectores, aunque no en otros, se caracterizó por la aparición de fábricas grandes y con sólido capital. Todo esto tuvo un efecto importante sobre las organizaciones obreras. Los sindicatos “apolíticos” de base artesana quedaron desplazados, y fueron sustituidos por organizaciones que tenían lazos al menos nominales con los partidos, que tendían a ser más grandes y que trataban de representar a grupos mayores de trabajadores, incluyendo a los no especializados. Como en otras partes del mundo, los problemas para organizar a los obreros semicalificados y no calificados de las fábricas llevaron a los sindicatos a buscar ayuda en el sistema político, de manera cada vez más intensa. Con la ventaja que otorga la visión retrospectiva, la existencia de esta tendencia no debería sorprender; sin embargo, ella ha sido frecuentemente oscurecida por lo

que ocurrió luego de 1943.¹⁸

La inversión directa externa

Las medidas económicas tomadas por el gobierno de Uriburu y profundizadas por el de Justo, que produjeron el cierre del mercado interno a los productos importados, se transformaron en incentivos para que la inversión empresarial externa saltara las barreras para producir en el país.

Las empresas de origen norteamericano, seguidas por las alemanas, se transformaron en las más dinámicas, no sólo por el tipo de sus manufacturas, consideradas modernas por los rubros en los que operaban (electrónica, química, repuestos y autopartes, etc.), sino porque detectaron que las mismas condiciones económicas adversas que frenaron sus exportaciones, se convertían en propicias para instalarse en el país y mantener o elevar sus ventas en el mercado interno. Además, las empresas extranjeras detectaron que no existía regulación ni restricción alguna sobre las inversiones extranjeras directas; que el impuesto a la renta en nuestro país introducido en 1934, representaba un tercio del valor de los que tenían que pagar en sus países de origen y que la legislación Argentina otorgaba mismo tratamiento a firmas de origen nacional y extranjeras. Estos parámetros determinaron que las radicaciones en Sudamérica eran seguras y distantes de los enfrentamientos políticos que darían origen a la Segunda Guerra Mundial.¹⁹

Otros factores coyunturales que se transformaron en determinantes a la hora de decidir la radicación de las empresas en el exterior fueron la crisis del mercado internacional cerrado a un comercio abierto; la obtención y la variedad de divisas que cada país industrial imponía a sus compradores; la crisis económica de los países industriales a partir de los sucesos de 1929, que sumía a sus industrias al quiebre o una baja significativa de sus producciones; pero que se incrementaba al exportar y abastecer de insumos específicos y exclusivos desde sus casas matrices a las filiales periféricas.

Los norteamericanos se transformaron en quienes realizaron mayores inversiones productivas en el país. Estas manufacturas modernas y necesarias, ahorraban al país divisas destinadas a la importación de estos productos, pero la falta de un comercio equilibrado con el país del norte (no compraba carnes ni granos en defensa de sus productores agrarios), representaba un serio problema, ya que sus empresas requerían divisas para comprar en el exterior (EE.UU.), los insumos necesarios para mantener sus producciones locales. Esto se convirtió en moneda corriente durante los años de 1930, ya que de las operaciones cambiarias, que debían autorizarse, dependía el normal funcionamiento de las plantas fabriles. Al comenzar la Segunda Guerra el volumen de importaciones de insumos entró en punto muerto, y comenzó un periodo de búsqueda de proveedores internos para sustituir el faltante. Realizaron tareas técnicas de asesoramiento y especialización a sus proveedoras en la búsqueda de lograr los mismos estándares que los provenientes de sus casas matrices.

Esas empresas, sobre todo varias de origen norteamericano y alemán, que fueron las más activas del período, descubrieron que instalar una planta local era la única manera de sostener sus negocios en este mercado, dadas las dificultades para vender por otras vías. La llamada sustitución de importaciones que se vivió desde entonces resultó el reverso de la activa sustitución de exportaciones encarada por esas empresas para seguir vendiendo. Esos inversores tendieron, en general, a instalar plantas de armado final que exigían un flujo continuo de partes y piezas del exterior; de ese modo, obligaban al gobierno a concederles permisos de importación (o divisas) para que dichas plantas pudieran funcionar. Mantener la actividad interna y crear o sostener fuentes de trabajo eran los argumentos para extraer a la oficina de control de cambios las divisas necesarias. Las plantas originales eran simples, apenas de montaje, y muy dependientes de las importaciones de partes e insumos críticos. El prolongado cierre de la economía y las consecuencias de la Segunda Guerra llevaron a muchas de esas empresas a ampliar sus operaciones y a buscar proveedores locales como condición mínima de su propia actividad. Sus tareas productivas se expandieron y se hicieron más sofisticadas y completas, aunque manteniendo siempre la dependencia de las decisiones de sus casas matrices, poco interesadas en esa evolución.²⁰

Las relaciones con los Estados Unidos se tensaron aún más, cuando este país entró en guerra luego del ataque de Japón realizado a Pearl Harbour, Hawái, el 7 de diciembre de 1941. Ahora el mantenimiento de la neutralidad Argentina era inaceptable, aunque era aceptado y sostenido por Gran Bretaña, ya que le permitía abastecerse de alimentos y materias primas desde el Río de la Plata. El conflicto con el país del norte puso a la Argentina al borde de detener su producción fabril por falta de insumos y equipamientos necesarios para el funcionamiento, llegando a resquebrajarse el equilibrio militar regional, cuando los Estados Unidos apoyaron a Brasil en su desarrollo siderúrgico y abastecimiento armamentístico. Esta situación se volvió más grave luego del golpe de Estado de 1943.

La historia de los enfrentamientos argentinos con los Estados Unidos en el curso de la década del cuarenta comienza a emerger de las sombras gracias a la vasta literatura de los últimos años; presiones de Washington por incorporar al país a la guerra con el Eje, conflictos de intereses en temas de comercio e inversiones, los problemas cruzados con Gran Bretaña y ciertas posiciones antinorteamericanas en Argentina [...], generaron un choque cuya intensidad fue en aumento a lo largo del período. El boicot norteamericano a la Argentina se inició en febrero de 1942 [...]. Washington prohibió diversos envíos estratégicos (y no tan estratégicos) cuya falta tuvo honda repercusión en la economía nacional. La meticulosa y continua lista de prohibiciones incluía equipos para extraer petróleo (lo que afectó a YPF y a la producción local), varios artículos de acero, armas (hasta febrero de 1947), locomotoras y otros; para peor, se restringió el envío de combustibles durante largos períodos. Preocupado por el posible surgimiento de una potencia no confiable, para ellos, en el Sur del continente, Washington llegó a considerar “esencial no permitir la expansión de la industria pesada argentina”. Esas restricciones llevaron a la desesperación a los militares argentinos, sobre todo cuando vieron el apoyo de los Estados Unidos a Brasil, que gracias a dicha ayuda comenzó a levantar su primera usina siderúrgica. El presunto desequilibrio militar que se producía en la región (donde la Argentina había mantenido cierta supremacía) llevó a los militares a negociar sin éxito la compra de armas en Alemania aun después de la derrota de sus tropas en Stalingrado. [...] El costo que los Estados Unidos hicieron pagar a la Argentina por ese conflicto resulta difícil de precisar a pesar de su magnitud. El país se vio obligado a producir en las peores condiciones de contexto, falta de energía, de insumos básicos y de equipos modernos que el

proveedor casi único en ese momento se negaba a entregar. Los Estados Unidos eran la única potencia industrial activa de todo el planeta hacia el fin de la Segunda Guerra, y la única que disponía de la capacidad para proveer ciertos bienes sofisticados, posición que mantuvo hasta bien entrada la década del cincuenta. Muchas carencias locales se resolvieron con el esfuerzo y la inventiva de ingenieros y técnicos, pero dieron paso a una trama fabril de emergencia cuya capacidad de desarrollo dependía, luego de la guerra, de la reposición de equipos que no llegaron en la cantidad suficiente debido a ese continuo enfrentamiento [...]. El conflicto llegó a ser tan duro que un periodista de los Estados Unidos pidió a fines de 1943 que “el próximo mensaje a la Argentina sea enviado por la Fuerza Aérea”.²¹

Las empresas alemanas

La diferencia entre las empresas alemanas y las de EE.UU. era el equilibrio en la balanza comercial con su país, que estaba sostenida por un acuerdo bilateral que se compensaba con productos de exportación argentinos, pero una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial las empresas de origen alemán quedaron aisladas por el conflicto bélico desatado en Europa.

El nivel de inversiones financieras y productivas que los germanos poseían, la vinculación con grupos económicos locales como Tornquist y Bunge y Born, y el abastecimiento de carnes desde este país hasta el estallido de la guerra, las pusieron en el ojo de la tormenta cuando la administración del gobierno de Roosevelt presionaba para hacer virar la neutralidad Argentina hacia la fractura de relaciones con los Países del Eje. Esta presión se elevaba al solicitar que Argentina tomara el control de las empresas y los capitales invertidos en su territorio.

El estallido de la guerra significó un duro traspié para las empresas alemanas en la Argentina. La interrupción del comercio bilateral las aisló del Viejo Continente y las medidas de boicot anglo-norteamericanas las confinaron al mercado interno. El aislamiento interrumpió la remisión de utilidades, lo que permitió, empero, una mayor capitalización. La presión de los países aliados

impulsó al gobierno argentino a ejercer un control creciente de sus actividades hasta que, con la declaración de la guerra, fueron expropiadas y nacionalizadas.²²

Al expropiarse pasaron a la órbita y control del Estado Argentino, de acuerdo con lo establecido en la Conferencia de Chapultepec, celebrada en 1945 en la Ciudad de México, en la que, entre otros puntos, EE.UU. establecía la confiscación de las empresas que fueran de origen alemán o japonés.

Las Industrias Militares

A mediados de la década de 1930 las FF.AA. comenzaron a diseñar una política tendiente a que el Estado apoyara la creación de una industria que se dedicara a la fabricación de armamento e insumos bélicos, permitiendo disminuir la necesidad de compra a los centros industriales mundiales.

Conseguido el apoyo del Gobierno, a finales de la década, el ritmo que cobraron las realizaciones pone de manifiesto la urgencia en la obtención de logros, y el avance de una posición nacionalista que quiere iniciar un camino de la industrialización orientada por el Estado como proyecto estratégico del país, tomando distancia de los países centrales.

Esta posición nacionalista escalará y se hará carne en los discursos oficiales, posiciones sindicales, y en la toma de decisiones frente a las sanciones impuestas en el marco del enfrentamiento que mantiene EE.UU. con Argentina con respecto a su política de neutralidad durante la Segunda Guerra.

A fines de los años treinta, la situación mundial hacía presagiar nuevos conflictos, dado el avance de las tendencias totalitaristas y expansionistas de Italia y Alemania en Europa, y de Japón en el Extremo Oriente. Por lo tanto, las Fuerzas Armadas argentinas diseñaron una estrategia para la defensa de la soberanía nacional. Ésta fue concebida mediante el impulso a la industria

utilizando los recursos naturales del país, y también a través de la construcción de infraestructura de comunicaciones terrestres. La propuesta consistía en conseguir que en los talleres militares se fabricara la mayoría de los insumos y en altos niveles de escala para disminuir la dependencia de materiales bélicos importados. [...] En 1941 los talleres de arsenales y las fábricas militares pasaron a depender de un nuevo organismo estatal, la Dirección General de Fabricaciones Militares, sumándose las siguientes plantas: Armas Portátiles “Domingo Matheu” (inaugurada el 3 de octubre de 1942); Tolueno Sintético (31 de diciembre de 1942); Munición de Artillería Río Tercero (21 de mayo de 1943); Munición de Artillería “Borghi”, luego “Fray Luis Beltrán” (8 de octubre de 1943); Vainas y Conductores Eléctricos E.C.A. (15 de julio de 1944); Munición de Armas Portátiles “San Francisco” (diciembre de 1944); Materiales Pirotécnicos (30 de abril de 1945) y Altos Hornos Zapla, habilitados el 23 de enero de 1943 en la provincia de Jujuy. Por otro lado, con el aporte de grupos empresarios, el general Savio organizó las siguientes sociedades mixtas: Industrias Químicas Nacionales (11 de agosto de 1943); Elaboración del cromo y sus derivados (19 de junio de 1944); Atanor, Compañía Nacional para la Industria Química (30 de junio de 1944); Aceros Especiales (13 de junio de 1944) y Siderurgia Argentina. Los años de la Segunda Guerra permitieron el crecimiento de un importante aparato productivo controlado por el Estado Nacional. La rápida expansión de Fabricaciones Militares, la nacionalización de las empresas alemanas y su concentración en el grupo DINIE, la expansión de las actividades energéticas del petróleo y la electricidad, junto a la creación de la Flota Mercante, generaron un sector industrial estatal de considerables dimensiones.²³

En las declaraciones del presidente Castillo se advierte lo que era uno de los argumentos más fuertes a favor de la industrialización. [...] “esas industrias son la base de la liberación económica y de la autonomía nacional. Los países exclusivamente ganaderos y agrícolas están destinados a la servidumbre”, sostenía Castillo. “Liberación económica”, “autonomía nacional”: las consignas nacionalistas estaban en el corazón del pensamiento proindustrial. Las Fuerzas Armadas, ahora el gran actor político, rápidamente hicieron suyo ese discurso. Para algunos militares, la coincidencia industrial-nacionalista se limitaba a la fabricación local de material bélico, sobre todo en vista del fracaso de las negociaciones internacionales de armamentos. La creación de la Dirección de Fabricaciones Militares en 1941 fue una evidencia inequívoca del

cariz que había tomado el pensamiento del Ejército, la más poderosa y respetada de las Fuerzas Armadas. Entre sus objetivos figuraban los de completar fábricas militares en construcción, iniciar otras nuevas y fomentar la producción de materias primas necesarias para esas actividades. Pero la simpatía militar por la industria bélica no tardó mucho en extenderse también a la producción de manufacturas civiles. Bastaba ampliar el sentido de la frase “defensa nacional” para incluir a todas o casi todas las industrias en el proyecto militar, ya que la diversificación productiva del país era una manera efectiva de reducir su vulnerabilidad exterior.²⁴

Conclusiones

No se pueden tildar de industrialistas a los conservadores que administraron el poder político y económico en la década de 1930. Las medidas económicas implementadas y los acuerdos comerciales logrados no dejan dudas acerca de que las intenciones del Gobierno eran volcar sus esfuerzos en mitigar los efectos de la crisis externa, a los grandes hacendados vacunos y a los latifundistas cerealeros de la región pampeana, afectados por el cambio de las reglas del comercio internacional. El Pacto Roca-Runciman, la implementación de las Juntas Reguladoras de Granos y de Carnes son ejemplos claros de las prioridades del Estado Nacional en ejecutar políticas que subsidien y favorezcan a sus socios oligárquicos.

No existe una sola política explícita por parte del Estado, similar a las descriptas, que estimule el desarrollo industrial.

En ningún discurso oficial entre 1930 y 1940 encontraremos explícitamente argumentos sobre la defensa de la industria sustitutiva de importaciones, pero aun así, el crecimiento y desarrollo de nuevas plantas industriales se multiplica.

Podemos inferir que las razones de esta actitud se encuentran en el escaso interés que demuestra la coalición gobernante en alterar la matriz económica del país, y que esta posición deriva en sostener, como lo hacían los productores agropecuarios, que la crisis económica internacional era coyuntural, que se volverá a la anterior División Internacional del Trabajo.

La falta de críticas y/o de políticas que frenaran o controlaran el desarrollo industrial, demuestra que no existe temor por ello, que se lo ve como una situación inevitable, casi necesaria, para lograr que una parte del abastecimiento del mercado interno contribuya al ahorro de divisas.

El gobierno y sus socios entendían que podían controlar el crecimiento de las plantas fabriles, y por el momento dejaban hacer, a sabiendas, que el arancelamiento a las importaciones, la devaluación del peso argentino y el control de cambios operaban como medidas proteccionistas que alentaron este proceso productivo, y que sólo bastaba con remover alguna de éstas para poner fin al parque industrial, si éste se transformara en un obstáculo y pusiera en riesgo las exportaciones de carnes y granos.

El Censo Industrial de 1935 realizado por el Estado Nacional, demuestra que el gobierno presta atención al cambio operado en la industria, y el interés sobre las transformaciones operadas por ésta en esa década, pero que por cuestiones estratégicas no integran el discurso oficial sobre los logros del gobierno de Justo.

A finales de la década la profundidad y el crecimiento de la industria, reflejados en su creciente participación en el PBI, y en el contexto de una nueva coyuntura internacional que cambiaba nuevamente las reglas del comercio internacional, la Segunda Guerra Mundial, hicieron visibilizar a la producción industrial en la planificación económica del Estado.

Una de las posibles lecturas del cambio operado puede entenderse en la necesidad de los grupos empresarios nacionales y extranjeros que estaban orientados en un mayor acercamiento con EE.UU., para la obtención de insumos, energía y equipamientos que permitan el desarrollo de la industria semipesada y pesada.

Congruentemente, las estadísticas muestran una clara disminución de las importaciones provenientes de los Estados Unidos. La presencia de capital extranjero, que según algunas estimaciones superaba el 50% del capital invertido en la industria, implicaba la existencia de un nuevo actor que el gobierno debía tomar en cuenta en el diseño e implementación de sus políticas y en especial en el acceso a las divisas que permitieran la provisión de insumos. El producto del crecimiento industrial al finalizar la guerra tendría como

destino principal el mercado interno. La importancia de ese mercado también creció para los productos agropecuarios, en la medida que aumentaba la población urbana y por lo tanto disminuían las exportaciones agropecuarias, cuya producción había comenzado un proceso de estancamiento que se reflejaba en su participación en el PBI. La Argentina se cerraba sobre sí misma.²⁵

La elite industrial percibía a Inglaterra como la potencia declinante, además de que se encontraba sumida en la guerra y por lo tanto ofrecía un futuro sombrío en las relaciones bilaterales existentes, y se proponía un acercamiento a las posiciones de EE.UU., en la búsqueda de acuerdos comerciales y líneas de financiamiento.

Este nuevo posicionamiento demuestra el cambio de época que se operaba en la composición de los sectores dominantes locales, ya que había productores agropecuarios que invirtieron en la industria, e industriales que volcaron sus beneficios en la compra de tierras productivas con el objeto de diversificar su capital. Aunque la defensa de los intereses de cada sector proponía objetivos y alianzas internacionales distintas, convergían en el intento de amortiguar la posibilidad de enfrentar una crisis económica, proveniente del sector externo, como había sucedido en una década atrás.

Esto no quiere decir que las diferencias entre los grandes propietarios rurales y los industriales fuesen tan abismales como podrían parecerlo. De hecho, muchos de esos propietarios rurales tenían intereses en la industria, y numerosos industriales habían reinvertido parte de sus ganancias en el campo. Ya para esa época los intereses agrarios, industriales y financieros estaban fuertemente imbricados.²⁶

La primera voz de la alianza gobernante que reconozca la profundidad de los cambios económicos, financieros y sociales que ocurrieron en la década pasada, provendrá del ministro de Hacienda de Justo, Federico Pinedo, autor de las medidas de apoyo y subsidios por parte del Estado a los grandes latifundistas.

En 1940 nuevamente fue convocado a ocupar el Ministerio de Hacienda por el

presidente Ramón Castillo, con la finalidad de realizar un plan económico que permitiera enfrentar la baja de exportaciones y la posibilidad de crisis económica y financiera producto de la escalada bélica mundial.

Con el título de Plan de Reactivación Económica, Pinedo presentó los lineamientos propuestos, que incluían medidas de corto, mediano y largo plazo.

Reconocía a la industria como factor de desarrollo económico proponiendo créditos a largo plazo, 15 años, para la compra y amortización de equipos con el objeto de desarrollar nuevas producciones.

Proponía el desarrollo y estímulo industrial basado en aquellas empresas que sólo utilizaran insumos provenientes de recursos naturales propios, dejando entrever que no competiríamos con las desarrolladas por los países centrales, con el objeto de establecer la clásica relación de exportación de los productos argentinos y la compra de aquellos manufacturados que no estuvieran cubiertos por la producción argentina.

Otro reconocimiento novedoso que incluía este plan estaba dado por la inclusión de medidas orientadas hacia los sectores populares. Esta medida keynesiana alentaba la inversión en obras públicas, la construcción de viviendas con el objeto de disminuir el déficit habitacional urbano, y mejorar las condiciones de hábitat de los trabajadores.

Pero además reconocía los nuevos alineamientos internacionales en la necesidad de lograr maquinarias que permitieran una modernización productiva y el apoyo financiero necesario para sustentar el plan económico.

En diciembre de 1940 el ministro de Finanzas, Federico Pinedo, presentó al Congreso un Plan de Reactivación Económica que, si bien no tuvo consecuencias ulteriores porque no fue aprobado, marcó de todos modos una etapa importante en la política económica argentina. El principal objetivo del plan era estimular las actividades industriales —y en especial aquellas que utilizaban materias primas nacionales— mediante una política bastante ambiciosa de créditos a largo plazo y medidas destinadas a proteger de la competencia extranjera a la industria nacional. Completaba el proyecto la compra por parte del Estado del excedente de la producción agraria y la formulación de un amplio programa de edificación de viviendas populares. Por

sus características de intervencionismo estatal en la economía y de estímulo a las industrias, se lo comparó con el “New Deal” de Roosevelt. Pinedo señalaba que no se debía caer en el “error de promover aquellas producciones que tienden a disminuir las importaciones de los países que siguen comprando nuestros productos en la medida suficiente para permitirnos pagar esas importaciones”, y agregaba: “...hay que importar mientras se pueda seguir importando”. Lo cual equivaldría a decir que la antigua consigna de la élite tradicional “Comprar a quien nos compra” seguía al parecer en vigencia, favoreciendo indiscutiblemente a Gran Bretaña, principal comprador de los productos argentinos. Este último aspecto del plan hizo afirmar a algunos autores que, aunque se tratase del primer plan nacional formal de industrialización, se mostraba favorable a los intereses británicos y desfavorables a los norteamericanos. Tal conclusión nos parece un poco apresurada. Aun cuando se limitaban las importaciones provenientes de la Unión, se procuraba también activar el intercambio promoviendo las exportaciones en esa dirección y creando un fondo de cambio, con las divisas así obtenidas, para favorecer las importaciones afectadas. Además, se esperaba financiar una parte de éstas con préstamos norteamericanos mediante un empréstito del Export-Import Bank (ya acordado) y otros posibles que estaban en curso de tramitación. Finalmente, se intentaba atraer al capital de ese origen no imponiendo ninguna restricción —pese a la escasez de divisas— a las transferencias financieras de Estados Unidos, como Pinedo lo remarcaba especialmente [...]. El plan era, en realidad, la última expresión del acuerdo existente en el seno de los intereses que comenzaban a formarse a partir de la década de 1940. El proyecto fue aprobado sin reservas por los industriales y rechazado abiertamente por una fracción marginal de los hacendados, mientras que el sector hegemónico de estos últimos, los invernadores, se mostraba reticente y lo consideraba demasiado avanzado.²⁷

El desarrollo industrial, su valor estratégico, sus consecuencias políticas, sociales y económicas ya no era objetado por los mismos actores que evitaron ponerla en relevancia en la década anterior. Esto suponía un cambio en la relación de las fuerzas que componía la colisión gobernante, donde nuevas voces comenzaban a tener peso político.

No sólo Pinedo exponía explícitamente la importancia de la industria en la economía argentina, sino que otro actor importante del establishment económico

que profundizó la intervención en la economía hacía un diagnóstico de la situación de los últimos 15 años, donde asignaba un rol central a la industrialización, en la superación de la crisis pasada:

Como argumentó Raúl Prebisch en 1942, el estancamiento del volumen de las exportaciones tradicionales, y el deterioro de los términos de intercambio que sufría la economía argentina desde 1927, la habían forzado a crecer orientada al mercado interno e impulsada por la industrialización.²⁸

Muchos años después, el mismo Raúl Prebisch sostenía que las medidas tomadas para controlar el comercio exterior tenían como objetivo un apoyo a la industria que no podía proclamarse, dado el clima poco propicio de la época. Pero esas medidas también favorecieron a las empresas ya instaladas, como lo harían posteriormente las tomadas en defensa del mercado interno.²⁹

La industrialización y una mayor fuerza de trabajo contratada estimularon la formación de nuevos sindicatos que organizaron al movimiento obrero por rama profesional, tanto locales como a nivel nacional. Su cohesión dentro de las centrales obreras, y el aporte político de los partidos que los formaban (comunistas y socialistas), representaron para los gobiernos conservadores un nuevo frente que, a diferencia de décadas anteriores, adquiría dimensiones inusitadas en la cantidad de trabajadores que los integraban. No sólo los reclamos derivados por la condiciones de trabajo obligaron a intervenir drásticamente al gobierno frente a las medidas de fuerza del sector trabajador, sino que las situaciones internacionales (ascenso del nazismo, Guerra Civil Española, Segunda Guerra), politizaban a los sindicatos y por ende a sus afiliados, en posiciones políticas que cuestionaban al gobierno; a la alianza conservadora, y predisponían a una mayor participación política.

Esta situación se transformó en todo un desafío para los gobiernos conservadores, cuya costumbre no era sentarse a reconocer y negociar con los trabajadores. Mucho menos escuchar y discutir políticas públicas y compromisos internacionales con estos nuevos actores políticos, a los cuales no reconocían integrados y representados por los partidos políticos tradicionales.

Lo mismo pasaba con los industriales, que en el período que estudiamos estaban representados casi exclusivamente por la Unión Industrial Argentina —UIA—. Sus voces comenzaban a levantarse en contra de la formulación de políticas y posiciones oficiales que perjudicaban sus intereses. Frente a la neutralidad que la Argentina mantenía durante la Segunda Guerra, EE.UU. presionaba para que declarara la guerra al Eje. Los industriales levantaron su voz en desacuerdo con la política del Gobierno. Ahora, una elite que no pertenecía a la Sociedad Rural Argentina consideraba que tenía peso suficiente, político y económico, para cuestionar abiertamente las posiciones del gobierno.

Al regresar de un viaje por aquella nación, a principios de 1943, Torcuato Di Tella, secretario de la Unión Industrial Argentina y uno de los empresarios más representativos de la época, declaraba que no creía que el Departamento de Estado Norteamericano tuviera un criterio político perjudicial para los intereses argentinos. Y luego de elogiar a la industria nacional, afirmaba:

“Desgraciadamente, no hay medios para mejorar nuestro equipo industrial y, entretanto, los países vecinos nos están sacando una ventaja enorme” [...]

“Nosotros necesitamos gran cantidad de materiales norteamericanos y por ello debemos limar asperezas”. El precio de todo esto era obvio: tomar “un riesgo —decía Di Tella— en la defensa del continente”, es decir, entrar a formar parte del bloque de naciones aliadas. Reconciliarse con Estados Unidos, y por lo tanto romper relaciones diplomáticas con el Eje —o aun mejor, declarar la guerra como primer paso de esa reconciliación— constituía, pues una necesidad para un sector influyente de los industriales argentinos.³⁰

La sanción impuesta por los EE.UU. golpeaba a dos sectores que cobraban gran influencia en la política interna, los industriales y las FF.AA., ya que no confiaba en las intenciones, especialmente de los segundos. Un desarrollo industrial autónomo y autárquico en manos de sectores nacionalistas que desafiaban la política hemisférica entrañaría un potencial riesgo, según el embajador norteamericano Cordell Hull.

La industrialización produjo cambios importantes en la estructura política, económica y social argentina resquebrajando un régimen monolítico impuesto por el golpe de Estado de 1930 que combinó autoritarismo, represión y

corrupción.

La creciente importancia de la producción industrial; la profunda intervención política en la economía; el aumento de la mano de obra, su sindicalización y reclamos, el fraude electoral que parecía perpetuarse beneficiando la dependencia de Inglaterra; el conflicto con EE.UU. a comienzos de la década de 1940 por la neutralidad y sus sanciones; el posible ingreso a la Segunda Guerra propuesto por el candidato a suceder a Castillo; la ampliación de una industria que abasteciera las necesidades estratégicas de las FF.AA.; tensaron las posiciones entre el Gobierno y el Ejército.

Hacia 1943, un grupo de oficiales del Ejército realizaría un golpe de Estado que produciría rupturas políticas y continuidades económicas con el ciclo anterior; pero en el marco de una modernización que integraría a sectores postergados, con políticas de desarrollo basadas en una mayor intervención y planificación económica, y una legislación moderna en materia social.

Bibliografía

AA.VV., Historia de la economía argentina del Siglo XX, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007.

Belini, C., Historia de la industria en la Argentina. De la independencia hasta la crisis del 2001, Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

Belini, C. y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el Siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012.

Dorfman, A., Cincuenta años de industrialización argentina (1930-1980), Ediciones Solar, Buenos Aires, 1983.

Gerchunoff, P. y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto, Ariel, Buenos Aires, 2003.

Gruschetsky, V., “Saberes sin fronteras. La vialidad norteamericana como modelo de la Dirección Nacional de Vialidad. 1920-1940”, en Plotkin, M. B. y

Zimmemann, E. (comps.), Los saberes del Estado, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

Horowitz, J., “El movimiento obrero”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Korol, J. C., “La Economía”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Lanciotti, N., y Lluch, A. (eds.), Las empresas extranjeras en Argentina desde el siglo XIX al siglo XXI, Imago Mundi, Buenos Aires, 2018.

Lazzaro, S., “Crisis, intervención del Estado, agro e industrialización. Condicionantes internacionales e internos: Argentina, 1930-1943”, en Balsa, J. y Lazzaro, S., (coords.), Agro y política - Tomo I: El modelo agrario en cuestión 1930-1943, Ediciones CICCUS, Buenos Aires, 2012.

Murmis, M. y Portantiero, J. C., Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2004.

Rapoport, M., Gran Bretaña, los Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Emecé, Buenos Aires, 2017.

Schvarzer, J., La industria que supimos conseguir - Una historia político social de la Argentina, Planeta, Buenos Aires, 1996.

[1 Gerchunoff, P., y Llach, L., El ciclo de la ilusión y el desencanto, Ariel, Buenos Aires, 2003, p. 142.](#)

[2 Dorfman, A., Cincuenta años de industrialización argentina \(1930-1980\), Ediciones Solar, Buenos Aires, 1983, p. 44.](#)

[3 Belini, C., Historia de la industria en la Argentina. De la independencia hasta la crisis del 2001, Sudamericana, Buenos Aires, 2017, p. 204.](#)

4 Lazzaro, S., “Crisis, intervención del Estado, agro e industrialización. Condicionantes internacionales e internos: Argentina, 1930-1943”, en Balsa, J. y Lazzaro, S., (coords.), Agro y política - Tomo I: El modelo agrario en cuestión 1930-1943, Ediciones CICCUS, Buenos Aires, 2012.

5 Gruschetsky, V., “Saberes sin fronteras. La vialidad norteamericana como modelo de la Dirección Nacional de Vialidad. 1920-1940”; en Plotkin, M. B. y Zimmemann, E. (comps.), Los saberes del Estado, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

6 Citado en Gerchunoff, P. y Llach, L., op. cit., pp. 127 y 128.

7 Ibid.

8 Dorfman, A., op. cit., p. 45.

9 Schvarzer, J., La industria que supimos conseguir - Una historia político social de la Argentina, Planeta, Buenos Aires, 1996, p. 187.

10 “La defensa de la economía nacional”, en Anales de la Unión Industrial Argentina, Año XLVIII, n° 785, mayo de 1934, pp. 17-21. Citado en Belini, C., y Korol, J. C., Historia económica de la Argentina en el Siglo XX, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012, p. 80.

11 Murmis, M. y Portantiero, J. C., Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2004, p. 62.

12 Ibid., p. 61.

13 Gerchunoff, P. y Llach, L., op. cit., p. 147.

14 Rapoport, M., Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Emecé, Buenos Aires, 2017, p. 241.

15 AA.VV., Historia de la economía argentina del Siglo XX, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007, pp. 213-214.

16 AA.VV., Historia de la economía argentina del Siglo XX, op. cit., p. 218.

17 Belini, C. y Korol, J. C., op. cit., p. 105.

18 Horowitz, J., “El movimiento obrero”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, pp. 241-242.

19 Lanciotti, N., y Lluch, A. (eds.), Las empresas extranjeras en Argentina desde el siglo XIX al siglo XXI, Imago Mundi, Buenos Aires, 2018, pp. 24-26.

20 Schvarzer, J., op. cit., p. 169.

21 Ibid., pp. 192-193.

22 Rapoport, M., op. cit., p. 216.

23 AA.VV., Historia de la economía argentina del Siglo XX, op. cit., p. 238.

24 Gerchunoff, P. y Llach L., op. cit., p. 164.

25 Korol, J. C., “La Economía”, en Cattaruzza, A. (comp.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII, op. cit., p. 42.

26 Rapoport, M., Gran Bretaña, los Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, p. 42.

27 Ibid., pp. 77-79.

28 Belini, C., y Korol, J. C., op. cit., p. 107.

29 Korol, J. C., “La Economía”, op. cit., p. 44.

30 Rapoport, M., Gran Bretaña, los Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945, op. cit., pp. 77-79.

CAPÍTULO IV

EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA DÉCADA INFAME: ENTRE LA REPRESIÓN POLÍTICA Y LAS TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES

Juan Fernández

El golpe de Estado de 1930, encabezado por el general Uriburu, no sólo terminó con el gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, sino que también inició una nueva etapa en el movimiento obrero argentino.

Unos días después del golpe de Estado se fundó la Confederación General del Trabajo (CGT) que surge de la unión de dos agrupaciones obreras: la Unión Sindical Argentina (USA), fundada en 1922, y la Confederación Obrera Argentina (COA), fundada en 1926. La USA, sindicalista no tenía una tendencia política partidaria y no consideraba necesario tenerla, su estrategia se basaba en la lucha sindical, en el caso necesario de recurrir a la huelga y luego, la negociación con los patrones. Lo que sí reclamaba la USA, era que el Estado tenga una mayor participación en los conflictos sindicales y que actuara imparcialmente, es decir que no favoreciera siempre a los empresarios. Con respecto a la COA, de tendencia socialista, es importante señalar que había una casi total independencia entre el Partido Socialista y los sindicalistas de la COA, esta independencia se debía a una cuestión doctrinaria o de principios del Partido Socialista que sostenía que el sindicato tenía que ser independiente al partido, es más, prácticamente sacando alguna excepción, los sindicalistas socialistas no ocupaban cargos en el partido.

Con respecto a la corriente socialista del movimiento obrero, su concepción ideológica, como la del mismo partido, quería reformar el sistema político desde adentro, sin cuestionar las bases del poder oligárquico. Su estrategia estaba basada en lograr poder en el parlamento, tratando de obtener la mayor cantidad de legisladores y de esta manera ir creando una legislación social. Sin embargo, los trabajadores no confiaban, y con razón, en que las leyes laborales que se sancionaban en el parlamento finalmente los favorecieran, ya que, como era costumbre, los patrones o no las cumplirían, o tergiversaban su aplicación. Los

socialistas se presentaban a las elecciones, incluso cuando éstas estaban viciadas de fraude, como ocurrió con las elecciones presidenciales de 1931, en el fondo rechazaban los modos de hacer política, que despectivamente denominaban “política criolla”, englobando en este calificativo tanto a los conservadores como a los radicales. En lo económico, era partidaria del liberalismo, no pensando en industrializar al país. Su matriz ideológica provenía de la experiencia socialista europea, principalmente de las ideas de la socialdemocracia alemana. El socialismo nunca amenazó realmente el sistema de poder oligárquico, no sólo por su escaso caudal electoral, que se circunscribía a la ciudad de Buenos Aires y algunas importantes ciudades del Interior, siempre muy atrás del radicalismo, sino también porque nunca pregonaron la revolución, sino la reforma paulatina dentro del sistema. Por dicha razón es que el régimen oligárquico siempre los toleró. Parece oportuno citar a Guillermo Gutiérrez: “Como decía Jack London: en la mente burguesa ´sólo las cosas peligrosas son detestables. Lo que no es peligroso es siempre respetable´”.¹

En este asunto, parece oportuno citar un largo párrafo del historiador Rodolfo Puiggrós, muy esclarecedor sobre este punto:

*[...] prescindían de la existencia del país real (de las particularidades de su historia, su economía, su idiosincrasia, su cultura) o la reemplazaban por un platónico esquema que no les correspondía. Los activistas extranjeros y los intelectuales nativos que los acompañaban en la tarea de crear las organizaciones políticas y sindicales, tenían un concepto típicamente evolucionista de la organización proletaria. Trataban de reproducir aquí las formas de lucha que los obreros habían utilizado en Europa y desconocían una historia de casi un siglo de enfrentamiento a las clases dominantes y las ambiciones imperialistas. Para ellos la historia recién comenzaba, y todo lo demás era el anecdotario de la política criolla donde sólo participaban los vagos de comité y los caudillos lugareños.*²

Estas dos agrupaciones eran las más importantes del movimiento obrero. En cuanto a las otras tendencias, el anarquismo estuvo representado por la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), cuya ideología los hacía rechazar de plano al Estado y a los partidos políticos. Su táctica era la huelga

general y la acción directa, en la que muchas veces incurrieron por medio de atentados. Si bien el anarquismo dominó el panorama sindical en la primera década del siglo, los cambios políticos, como la Ley Sáenz Peña, las transformaciones económicas y principalmente la feroz represión de la que fueron víctimas, los llevó a una decadencia, siendo desplazados por la corriente sindicalista, aunque algunos sindicatos, principalmente de oficio, seguían con esta ideología. Mientras el comunismo crecerá fuertemente, en algunos sindicatos, a lo largo de la década del 30 y principios de la del 40 y protagonizaron algunas de las huelgas más importantes y combativas. Para el año 1930, el sindicalismo irá perdiendo poder, a manos de los socialistas, si bien algunos enfoques del sindicalismo siguieron vigentes y en especial la idea de no mezclar la política partidaria con la lucha sindical, tema que en cierta medida, coincidía con el socialismo, que separaba la política sindical de la del partido.

La creación de la CGT tiene sus antecedentes en las reuniones de representantes de la USA, de orientación sindicalista y la COA, de orientación socialista, en 1928. El proyecto de unidad establecía la independencia de los sindicatos de todos “los partidos políticos y las agrupaciones ideológicas”.

En lo relativo al comunismo, en un principio se opone a la CGT, con el argumento que ésta es reformista y que la lucha sindical tenía que tener un carácter “clasista”, no estando de acuerdo con este término, ni los socialistas, ni los sindicalistas. Por lo tanto el Partido Comunista fundó en 1929 el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC). Su objetivo era vincular a los que consideraba sindicatos “revolucionarios”. Como dice Hiroshi Matsushita: “El CUSC fue creado con el objetivo explícito de oponerse a la nueva central que estaba en vías de formación por los dirigentes de la COA y de la USA”.³

Los comunistas tuvieron un papel importante en el movimiento obrero argentino, llegando a dominar durante la década del 30 a sindicatos importantes como el de la construcción, textiles, de la carne, metalúrgicos, madereros y otros gremios menores. Pero a pesar de lo dicho nunca pudieron igualar en afiliados y en fuerza política a los sindicalistas y socialistas. Otro factor que dificultó una mayor fuerza de los comunistas en el movimiento obrero, fue su cambiante estrategia política, al compás de las decisiones del Comintern, es decir la Internacional Comunista de Moscú. Estos cambios de política se podrán ver claramente durante la década del 30 y la primera mitad de la década del 40. Mientras que en la década del 30 los sindicatos comunistas fueron los impulsores y protagonistas de grandes huelgas y trataron de hacer alianzas tácticas con los

otros sectores sindicales, siguiendo las directivas de Moscú de formar frentes populares para enfrentar al fascismo. A partir de la nueva política internacional del Partido Comunista en la firma del pacto de no agresión con la Alemania nazi, en agosto de 1939, el PC, abandona la política de alianza táctica de los frentes populares. Dicha política cambiará radicalmente cuando la Alemania nazi invada la Unión Soviética en junio de 1941, y ésta entre en el bando aliado, junto a Gran Bretaña y los Estados Unidos, lo que hará que los comunistas argentinos se opongan a las huelgas, para no entorpecer el esfuerzo de guerra de los Aliados en su lucha contra el nazismo.

La fundación de la CGT, en septiembre de 1930, estuvo atravesada por la grave crisis política, social y económica que vivía el país en esos momentos. En lo político la oposición al gobierno radical de Hipólito Yrigoyen era cada vez más virulenta y distintas fuerzas políticas estaban conspirando para derrocarlo: los conservadores, representantes de la elite económica y social que habían gobernado hasta 1916, no lo habían aceptado nunca; otra oposición importante y más violenta era la de los nacionalistas de ultraderecha que fundaron la llamada Legión Cívica, organización paramilitar con claros signos fascistas, que enfrentaban violentamente en las calles al gobierno radical. Del lado opositor a Yrigoyen, también estaban los socialistas, los demócratas-progresistas y otros grupos políticos menores. A la oposición política se unían también los empresarios, siempre se opusieron a Yrigoyen por la forma en que encaraba la relación con los sectores obreros y populares. La prensa, encabezada por los tres grandes diarios: La Prensa, La Nación y a nivel más popular el diario Crítica, los tres eran enemigos encarnizados de Yrigoyen. A esta gama de oposición también se unían los estudiantes universitarios nucleados en la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA).

Pero dos sectores opositores jugaron un papel decisivo en el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen: la elite económica, representada por la Sociedad Rural Argentina y el Ejército, cuyos líderes eran los generales José Feliz Uriburu que dio el golpe y el general Agustín P. Justo, líder de una fracción muy importante del Ejército, ambos conspiraron para derrocar a Yrigoyen.

En lo relativo a la elite económica, los ganaderos, que obtenían sus enormes ganancias de la exportación de carne vacuna, a Inglaterra principalmente. La crisis económica de la Bolsa que estalló en Nueva York en octubre de 1929, rápidamente se expandió por todo el mundo capitalista y la Argentina no fue una excepción, afectando gravemente a la economía argentina. Se redujeron

drásticamente las exportaciones de carne hacia Inglaterra, por lo tanto disminuyó fuertemente la entrada de divisas del exterior, a su vez se paralizaron las inversiones extranjeras; todos estos factores ocasionaron una grave caída en las ganancias de la clase terrateniente, que había tenido el poder político hasta 1916, vale decir que el poder económico nunca lo perdió. Ante la crisis, la elite económica fuertemente perjudicada decidió que había llegado la hora de retornar al poder y ya que no lo podía hacer por los votos, lo haría por medio de un golpe de Estado con la complicidad de los militares y amplios sectores civiles.

La llamada crisis del treinta ocasionó una grave crisis social, con caída de salarios, despidos y una fuerte desocupación. La crisis golpeó fuertemente en las zonas rurales, provocando el inicio de las llamadas migraciones internas, es decir gran cantidad de población, huyendo del hambre, se trasladó de las zonas rurales a las grandes ciudades, principalmente la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Como Buenos Aires no estaba preparada para recibirlos, comenzaron las primeras construcciones precarias, llamadas villas miseria, como la que se levantó en la zona de Retiro en los primeros años de la década del 30. Sobre el efecto posterior que tuvieron las migraciones internas en lo económico, social y sindical, se tratará más adelante. El año 1930 y los sucesivos fueron años de fuerte crisis económica y social, donde los sectores populares padecieron una atroz miseria. Al respecto, Ismael Viñas escribía:

*Los años duros del treinta: la clase media lloraba sus ilusiones frustradas; no se había realizado ni el sueño radical ni el sueño liberal... no era capaz de conquistar realmente el poder. [...] Años duros: en Puerto Nuevo se apretaban los ranchos de lata y carbones, y la gente iba a verlos como quien hace una visita a un planeta extraño. Se cantaban “Yira yira” y “¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?”.*⁴

La situación de la clase trabajadora del país era terrible, de las pocas leyes obreras que había, la mayoría de los empresarios no las cumplían y en el Interior del país, en el trabajo rural, la situación era realmente catastrófica: los trabajadores del azúcar, los de los quebrachales, los peones que se encargaban de las tareas de la agricultura, todos eran cruelmente explotados y su organización sindical muy débil, en el caso de existir. A excepción de algunas actividades

relacionadas al modelo agroexportador, ferroviario, marítimo o de servicios, como ser empleados de comercio, bancarios o empleados públicos, el resto estaba completamente huérfano de los derechos más elementales.

Ante esta situación de extrema crisis económica y social, más la política fuertemente represiva que llevara a cabo el gobierno del golpista Uriburu, el movimiento obrero se une y crea la CGT en septiembre de 1930, unos días después del golpe militar.

La dictadura de Uriburu y la creación de la CGT

La caída de Yrigoyen y la crisis económica aceleraron la unidad sindical. La CGT nació de la fusión de la COA que tenía 12 dirigentes y de la USA que aportaba 11. La primera reunión fue el 27 de septiembre de 1930. Su primer secretario general fue Luis Cerrutti, de la Unión Ferroviaria. Si bien la flamante CGT estaba constituida por los integrantes de la COA socialista y de la USA sindicalistas, en los primeros tiempos tuvo claramente una orientación sindicalista. Esta situación se nota claramente en el predominio en la Junta Ejecutiva de la Unión Ferroviaria, perteneciente a la USA y en otros miembros de la misma central sindical. Otra característica de la naciente CGT, fue la poca representación de gremios industriales, cuestión que es lógica para la época, ya que los gremios más importantes pertenecían al sector de transporte y servicios. Todavía no había comenzado la política económica de sustitución de importaciones que le dará impulso a los sindicatos industriales. Otra particularidad era la presencia de no pocos obreros extranjeros. Por último, en el inicio de la CGT, no estaban ni los anarquistas ni los comunistas, éstos se incorporarían más adelante, situación que causó no pocos enfrentamientos internos, como veremos.

Con respecto al Golpe militar, la CGT se manejó con extrema prudencia. El movimiento obrero en general, no estaba ni a favor ni en contra del golpe, y lo vio como un acontecimiento por lo menos al principio, que no lo tocaba directamente. En dicha actitud hay que tener en cuenta que los sindicatos que la integraban habían pertenecido a la USA, que era apolítica en lo partidario, y la COA, de tendencia socialista, se puede recordar que el Partido Socialista apoyó

el derrocamiento de Yrigoyen. También hay que mencionar en esta cuestión, que si bien había algunos sindicatos radicales, la mayoría no lo era y que las relaciones entre el movimiento obrero y los radicales históricamente tuvieron grandes altibajos, baste recordar las grandes huelgas y conflictos de la Semana Trágica, los de la Patagonia, La Forestal; y más recientemente la intervención del Ejército, por orden de Yrigoyen en un conflicto laboral en la provincia de Santa Fe, en 1929. Si bien es verdad que el movimiento obrero no enfrentó el golpe, tampoco colaboró con éste, ya que por principio tenían la idea de no intervenir en lo político, este proceder influyó también en muchos gremios que trataron de protegerse de la represión de la dictadura de Uriburu; como dice Liliana Garulli: “La CGT asumió una actitud defensiva frente al gobierno, quizás como el precio que tenían que pagar para sobrevivir”.⁵

La política represiva de Uriburu hacia el movimiento obrero fue muy marcada desde su inicio, declarando el estado de sitio y la Ley marcial, que le permitía fusilar, sin juicio previo. Si bien afectó a todo el movimiento obrero, los que sufrieron una fuerte y feroz represión fueron en primer término los anarquistas y luego los comunistas, ambos sectores reprimidos durante toda la década infame.

En relación con los anarquistas, nucleados en la Federación Obrera Regional Argentina, la FORA, en los primeros días del golpe, se fusiló a un anarquista, un tiempo después, serían fusilados tres anarquistas: De Giovanni, Scarfo y Penina. También se clausuró el diario anarquista La Protesta.

Además, Uriburu puso nuevamente en vigor la Ley de Residencia,⁶ por la cual permitía la deportación de cualquier extranjero que, a entender del gobierno dictatorial, amenazara la paz social; por medio de esta ley se deportaron a más de 150 obreros extranjeros por actividades sindicales o sociales. Estos hechos provocaron una fuerte protesta de la CGT.⁷

También encarceló a cientos de obreros, muchos de ellos, enviándolos a la cárcel de Ushuaia, como se puede apreciar en la letra de un tango de la época.⁸

Esta fuerte represión, más la acción violenta de los anarquistas por medio de atentados, lo que a su vez aumentaba la represión, les hizo perder la ya baja influencia que tenían en el movimiento obrero, además los atentados que llevaban a cabo en forma individual los activistas anarquistas, los alejaba de la masa de los trabajadores.

En relación con los otros sectores del movimiento obrero, sindicalistas y socialistas, la represión fue mucho menor, si bien las reuniones sindicales se dificultaban y más adelante cuando surjan las huelgas, el gobierno conservador del general Justo tendrá una política fuertemente represiva. También hay que tener en cuenta la revancha contra los obreros por parte de los industriales. En muchas huelgas eran los empresarios que contrataban matones armados para reprimir a los huelguistas o proteger a los llamados rompehuelgas. Cuando la represión particular de los patrones no alcanzaba, intervenía la policía.

El problema principal que veía la CGT, ante la crisis económica, en primer lugar era la desocupación y la baja de salarios, producto de la crisis económica. Al respecto, el gobierno de Uriburu, con su política de “austeridad” ante la crisis económica, despidió empleados públicos y le bajó el sueldo a los restantes. En segundo lugar, no se cumplía la legislación obrera. En cuanto a la desocupación, afectó fuertemente a los trabajadores. La crisis económica, que se expresó en la baja del comercio de exportación e importación, la caída abrupta de los ingresos fiscales, la fuerte disminución del comercio, acarreó una oleada de desocupación. Dicha situación se agravó sobremanera en las grandes ciudades, principalmente Buenos Aires, con la llegada de miles de personas del Interior del país, que huían de la terrible crisis que atravesaban las regiones rurales. Este proceso se conoce como las migraciones internas. Según cifras del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), la cantidad de desocupados en todo el país hacia 1932 era de 334.000 y en la ciudad de Buenos Aires de 87.000.

La CGT sugería la realización de obras públicas para disminuirla, cuestión que como veremos se realizará en parte en los años posteriores, en el gobierno del general Justo. En cuanto al cumplimiento de la legislación obrera y la resolución de los conflictos, la CGT quería la activa e imparcial participación del Estado, es decir la participación del DNT, que por esos años, se ocupaba muy poco de los conflictos obreros y de hacer cumplir las leyes laborales. Basta señalar que como director, Uriburu colocó a un teniente coronel, miembro de la Legión Cívica Argentina, grupo paramilitar terriblemente reaccionario. Por lo tanto, el accionar del DNT era claramente pro-patronal y antiobrero, esto lo demuestra el pedido de la CGT para lograr la libertad de más de 1.000 obreros detenidos por causas gremiales. El DNT era un organismo que se ocupaba de las estadísticas, establecimientos, cantidad de obreros, cifras de la desocupación, más que de resolver los problemas que vivía la clase obrera. Dicha acción del DNT se modificará muy poco hasta la llegada de Perón en 1943, si bien en algunos conflictos muy resonantes y duraderos, el Estado tendrá una cierta intervención

ya entrada la década del 30, como veremos. Alberto Ciria decía sobre la actitud de la CGT, durante el período 1930-1945:

*Interviene en los conflictos obreros-patronales de un modo indirecto. Envía resoluciones ambiguas y pedidos al ministro del Interior o al gobierno, así, en general apoyando a los sindicatos adheridos con problemas, siempre y cuando no implique tomar una posición clara sobre problemas económicos o políticos [...]. Se escuda en la “prescindencia” y el carácter apolítico de la Central Obrera.*⁹

Matsushita cita un documento de la CGT donde se establece el programa mínimo, que entre otros puntos reclama: 1. Reconocimiento de los sindicatos con facultades para vigilar la aplicación de la legislación obrera. 2. Ocho horas de trabajo para adultos en trabajo diurno y seis en trabajo nocturno y en las industrias insalubres, cinco días de trabajo semanales y vacaciones anuales con goce de sueldo. 3. Las oficinas de colocación establecidas por las municipalidades. 4. Estabilidad y escalafón para los trabajadores del Estado y demás entidades de carácter público.¹⁰

Si bien es lógico que la CGT realizara estas demandas, éstas son de muy difícil aceptación por parte de la dictadura de Uriburu, por su carácter reaccionario, amén de la crisis económica y de la revancha de los empresarios hacia los obreros ya mencionadas.

En relación con la participación del Estado en los problemas sociales, ésta es muy débil, claramente por una decisión política al respecto. El Estado prácticamente no interviene en los conflictos sociales, de ahí se desprende la actitud del DNT. El Estado sólo interviene para reprimir las huelgas, y si bien a lo largo de la década del 30 aumentó su participación, ésta siempre resultó casi totalmente insuficiente para resolver los problemas y conflictos de la clase obrera.

El movimiento obrero, si bien actuó con cautela con la dictadura del general Uriburu, por las razones ya expuestas, al finalizar el mandato del dictador, la CGT señaló que “sus actos de prepotencia no fueron superados por los más despóticos gobiernos que ha producido el país”.¹¹

El proceso de industrialización y su impacto en el movimiento obrero

Al fracasar Uriburu en su proyecto político tuvo que llamar a elecciones a fines de 1931. Dichas elecciones fueron completamente fraudulentas. Los candidatos del oficialismo, nucleados en la alianza política denominada la Concordancia, la encabezaban el general Agustín P. Justo, como candidato a presidente y como vicepresidente el doctor Julio A Roca hijo. Por el lado opositor encontramos la alianza Demócrata Progresista-Socialista, encabezadas por el doctor Lisandro de la Torre y el socialista Nicolás Repetto. Las elecciones se llevaron a cabo en un clima de total fraude, resultando por lo tanto electos los candidatos oficiales Justo-Roca. El radicalismo que fue proscripto para poder participar en las elecciones, optó por la llamada abstención revolucionaria.

Ante la crisis económica profunda que vivía el país, el gobierno del general Justo y su ministro de Hacienda, Federico Pinedo, encararon un profundo cambio en la política económica, comenzando con la intervención del Estado en la economía, relacionada dicha intervención con la política denominada de sustitución de importaciones, debido a la falta de divisas para importar productos del exterior. Es decir, la nueva política económica implicaba fabricar en el país lo que antes se importaba, pero en lo relativo a las industrias livianas. Esta política implicó un fuerte proceso de industrialización, el que, sumado a las migraciones internas, transformaron profundamente la sociedad argentina y por añadidura al movimiento obrero argentino. De esta manera, la industrialización por sustitución de importaciones aumentó en gran medida el número de trabajadores industriales, en las ramas de industria liviana; y, a su vez, el proceso de radicación en el país de industrias extranjeras, europeas y principalmente norteamericanas, dio impulso a la industrialización y aumentó en forma sostenida el número de obreros industriales durante toda la década.

La sustitución de importaciones se dio básicamente en la industria liviana, como ser alimentación, productos químicos, metalúrgica, textiles y otros rubros. Es decir, que el grueso de los trabajadores que se incorporaron a las nuevas industrias no pertenecían a los sectores tradicionales de servicios como transportes, frigoríficos y otras industrias más artesanales. Estos nuevos obreros industriales comenzaron a organizarse, casi al mismo tiempo que se daba dicho

proceso de industrialización, aunque se incorporaron al movimiento obrero ya existente.

Este proceso de industrialización se dio en paralelo con las llamadas migraciones internas, es decir la llegada a Buenos Aires y otras ciudades importantes del país, de enormes cantidades de población rural, que huía de la crisis, que había afectado mortalmente a las zonas rurales. Es conveniente citar a Alberto Belloni, donde habla de los trabajadores del Interior del país, que por la crisis se ven obligados a dejar su tierra y arribar a Buenos Aires:

La otra ala del movimiento obrero del país está dada por el caudal de los jóvenes nativos, descendientes de los criollos y gauchos de las montoneras, que bajaban a la ciudad puerto. Son ellos los que se ven obligados a levantar la denominada villa miseria por la carencia de vivienda. Sus brazos fuertes, se tornaron hábiles al contacto de las máquinas y herramientas mecánicas [...] traen el resorte poderoso que al ser puesto en libertad configura el verdadero rostro de nuestro pueblo, amordazado desde hacía ochenta años. La fuerza de estos hombres provenía de las mismas entrañas de la tierra y del pueblo argentino, y ello los capacita a marcar un nuevo rumbo nacional.¹²

Esta masa de población, a principios de los años treinta —en plena crisis— no encontró ocupación y fueron a formar los primeros asentamientos precarios, llamados villa miseria. Al ponerse en marcha el proceso de industrialización, fueron consiguiendo trabajo paulatinamente, hasta conformar en los primeros años de la década del 40, una masa compacta de nuevos trabajadores industriales y que tendrán un papel más que relevante en la base social del naciente peronismo. Con relación a la actitud del Partido Socialista ante el nuevo escenario económico, éste no llegó a captar los alcances del proceso de industrialización. Su idea liberal en lo económico, coincidía con el gobierno conservador, en el sentido que la política de sustitución de importaciones, era algo pasajero y dejaría de existir cuando pasara la crisis. Por lo tanto, al no ver los alcances duraderos y definitivos de la nueva etapa industrial, le costará mucho captar a los “nuevos obreros” que se incorporarían aceleradamente en dicho proceso industrial. Como gran parte de estos obreros provenían del Interior, por la ideología socialista se los menospreciaba como verdaderos

trabajadores, al creer que carecían de conciencia de clase, cosa que no era cierta. Todos estos motivos irán debilitando al Partido Socialista, dejando un vacío de representación que será, luego, aprovechado por el peronismo, quien, a partir de comprender la situación económica y social, profundizará el proceso de industrialización y creará un vínculo fuerte y duradero con los nuevos trabajadores industriales.

Este impacto entre “viejos y nuevos obreros” (y sus respectivas “conciencias de clase”) tuvo su correlato en el plano de las ciencias sociales. En los años '60, Gino Germani afirmaba que estos nuevos trabajadores industriales venidos del Interior del país no contaban con experiencia política y sindical previa, y, por lo tanto, fueron fácilmente captados por el entonces coronel Perón, entre 1943-1945. Germani los diferenciaba de los “viejos obreros” de las zonas urbanas, quienes sí tenían una larga tradición de lucha, y quienes, según él, fueron más reacios al vínculo con el peronismo.¹³ Esta hipótesis fue luego replicada por varios estudios; tal vez el más conocido sea el de Murmis y Portantiero, quienes, al contrario de Germani, afirmaban que tanto los obreros llegados del Interior como los obreros “viejos” fueron víctimas del mismo proceso de explotación y de exclusión política de la Década Infame. Y que esta experiencia compartida por ambos grupos le allanó el camino a Perón para ganarse el apoyo de la gran mayoría de los trabajadores.¹⁴ Estas hipótesis son importantes a la hora de intentar explicar la nueva conformación social y laboral del movimiento obrero en los años treinta.

La realidad demuestra el aumento de los trabajadores y establecimientos industriales, al ritmo del proceso de industrialización liviana que se produjo a partir de 1931, con la nueva política económica y que se extendió durante toda la década y continuó hasta la llegada del peronismo, que consolidó fuertemente dicho proceso de industrialización cuando llegó al poder.

En relación con el aumento de establecimientos industriales y por ende el aumento del número de obreros, podemos recurrir a una estadística que abarca el período estudiado: Mientras que en 1935 el número de establecimientos industriales era de 37.362, con un total de obreros de 696.303; en 1941 los establecimientos son 57.940; y el número de obreros aumentó a 733.968.

Un dato que revela claramente la importancia del proceso de industrialización, y como por ende la industria va siendo el eje de la economía; para 1938, la mano de obra ocupada en la industria es de 2.6000.000, mientras que la mano de obra

ocupada en las tareas agrícolas es de 1.050.000. En cuanto a la afiliación de los sindicatos, si bien en el período aumentó, dicho crecimiento no fue tan significativo: mientras que el total de trabajadores afiliados a alguna central obrera, era en 1936, de 369.969; en 1940, será de 472.828; un aumento claro, pero no rotundo.¹⁵

Si el proceso de industrialización estaba modificando fuertemente las relaciones de fuerza en el movimiento obrero, a este respecto hay que señalar la mayor influencia dentro de éste de los comunistas, principalmente a partir de 1935. Los comunistas comenzaron a dominar en los sindicatos de las nuevas industrias, como textiles, metalúrgicos y también otros sectores importantes de la actividad económica, como los frigoríficos, la industria de la construcción, la maderera y en algunas de estas actividades, los comunistas encabezaban importantes huelgas a mediados de la década del 30, como las huelgas de la construcción, metalúrgica, maderera y textil, de las cuales se tratará más adelante.

En relación con el salario real, vemos que en el período 1930-1943, su crecimiento siempre estuvo atrás del costo de vida. Por otra parte al principio de la década del 30, debido a la crisis, no sólo hubo una fuerte desocupación, sino también una marcada rebaja en los salarios. Al comenzar la recuperación a mediados de la década del 30, si bien el salario se recuperó un poco, siempre fue bajo, mientras que los niveles de explotación eran elevados, con malas o muy malas condiciones laborales. A su vez los trabajadores estaban muy desprotegidos en sus derechos por falta de legislación laboral, o por el no cumplimiento por parte de los empresarios de las leyes existentes.

Entonces el proceso de industrialización no significó una mejora en el nivel de vida de los obreros y la intervención del Estado en lo económico, no se dio de ninguna manera en lo social. Es decir, el Estado siguió estando ausente de los conflictos sociales, salvo en contadas excepciones.

Las huelgas durante la década del 30

Si bien a partir del golpe de Estado de 1930 el movimiento obrero adoptó una actitud defensiva, debido a la fuerte crisis económica, que ocasionó una elevada desocupación y además la política terriblemente represiva del general Uriburu,

represión que continuó, aunque más atenuada durante el gobierno del general Justo. A mediados de la década y en paralelo a la recuperación económica y al proceso de industrialización, del que hablamos más arriba, la desocupación comenzó a descender y los sindicatos, especialmente los dominados por los comunistas —la construcción, metalúrgicos, textiles y otros—, emprendieron una serie de huelgas por cuestiones salariales y condiciones de trabajo. Algunas de estas huelgas fueron muy importantes en la lucha del movimiento obrero argentino.

En las grandes huelgas, que se producen a mediados de los años treinta, los comunistas, tienen una participación relevante. En abril de 1935, la CGT, acepta la participación de los gremios comunistas en su seno, con la salvedad que no permitirá influencias “externas”. Vale decir que los comunistas tenían más afinidades “ideológicas” con los socialistas, que con los sindicalistas. Precisamente el ingreso de los comunistas a la CGT será una de las causas de la división de ésta en 1936, asunto que se tratará más adelante. Siguiendo con la actuación de los comunistas en la CGT, éstos bregaban por organizar a los gremios por industria, es decir por rama industrial, cosa que se impondrá en forma generalizada con la llegada del peronismo. Siguiendo dicha idea, los comunistas fundaron la Federación Obrera Nacional de la Construcción en noviembre de 1936, siendo esta federación el pilar de la fuerza comunista en el movimiento obrero.

Los obreros de la construcción se reunieron en una asamblea en octubre de 1935, donde reinaba un clima de mucha combatividad. El caso puntual fue la muerte de un obrero, por faltas de medidas de seguridad, dicha asamblea declaró la huelga para el 23 de octubre, el tipo de lucha fue de un paro activo con manifestaciones. 30.000 trabajadores de la construcción entraron en huelga, concentrándose en el Luna Park para realizar una nueva asamblea, a tres semanas de iniciada la huelga, todos los trabajadores de la construcción se adhirieron a ésta, reuniéndose en asambleas, que cada vez eran más combativas, donde predominaban los puños en alto. A medida que la huelga se desarrollaba y no perdía intensidad, involucraba a otros sectores del movimiento obrero. La huelga se prolongó por más de tres meses y tenía un Comité de Solidaridad que reunía a más de 60 sindicatos de la Capital y del Gran Buenos Aires, muchos estaban adheridos a la CGT, otros no. Luego de un acto masivo en Plaza Once, el Comité de Solidaridad resolvió declarar una huelga general para el 7 y 8 de enero de 1936. Fue la primera huelga de la década infame y aceleró la caída de la dirección de la CGT. Precisamente, la participación de la CGT, en esta larga

huelga, fue prácticamente nula, ya que adhirió a la huelga general, recién unas horas antes de declararse. En la huelga también participaron sectores populares y hubo prácticamente paralización del transporte, incluso algunos tranvías que funcionaban, fueron incendiados. Hubo enfrentamientos entre los obreros y la policía, los más graves en los barrios de Villa Urquiza y Nueva Pompeya. La respuesta del gobierno fue una feroz represión: los sindicatos fueron clausurados, así como también los comedores colectivos de los huelguistas, las asambleas y actos fueron prohibidos y centenares de militantes obreros fueron encarcelados y torturados. Aunque los dirigentes de la huelga fueron detenidos, los obreros continuaron la huelga, que se prolongó por 96 días. Finalmente y dada la gravedad de los acontecimientos, el propio presidente Justo terció en el conflicto y los obreros obtuvieron algunos de sus reclamos. Otra de las consecuencias importantes de la huelga fue la creación, en noviembre de 1936, de la Federación Obrera Nacional de la Construcción, que nucleó a todos los obreros de la construcción del país.

Hubo también en el mismo período otras huelgas importantes, como la que protagonizó la Unión Obrera Textil contra la empresa Ducilo de Berazategui y entre 1941 y 1942, que se desarrolló en un clima de tensión y represión. Los metalúrgicos protagonizaron una huelga que duró más de dos semanas, entre el mes de junio y julio de 1942. Los madereros también realizaron una importante huelga, por la misma época.

Hay varias características que se pueden señalar en estas importantes huelgas: la primera que la protagonizan, en gran medida, sindicatos que están dirigidos por comunistas; otra es que las huelgas se producen en sectores industriales; en cuanto a la participación de la CGT en dichas huelgas, es prácticamente nula en lo concreto y sólo le brinda apoyo formal, recordemos que en la CGT, ya dividida, predominaban los socialistas, que no eran demasiados partidarios de las huelgas y mucho menos de los acontecimientos violentos que tuvieron estas huelgas. En cuanto a la actitud del Estado, si bien apeló a la feroz represión, al ver que las huelgas podían escapárseles de las manos, a último momento y junto a la represión, intenta una mediación, como en el caso de los obreros de la construcción. Pero en líneas generales, todas las huelgas de la década del 30 están destinadas al fracaso por varias razones: la intransigencia de los empresarios; la actitud prescindente o represiva del Estado y también una actitud defensiva y conciliadora de la CGT, que le va quitando el apoyo a la masa de los trabajadores.

Las divisiones de la CGT

Para 1935, la cúpula de la CGT está conduciendo la misma desde hace años y se alejan cada vez más de las bases. Ante esta situación, muchos importantes gremios deponen al Comité Central Confederal de la CGT, en diciembre de 1935. Este hecho es tomado por dicho Comité como un “golpe de Estado”. Los gremios que participaron en la rebelión fueron: La Unión Ferroviaria, La Fraternidad, Confederación de Empleados de Comercio, Unión Tranviarios, Unión de Obreros Municipales y la Asociación de Trabajadores del Estado. En su manifiesto hablan que la CGT será neutral en materia política y sólo se ocupará de los verdaderos intereses de la clase trabajadora. Este sector se conocerá con el nombre de Independencia, por la calle en donde deliberaba, mientras el sector desplazado se instala en la sede de la Federación de Obreros y Empleados telefónicos, situada en la calle Catamarca de la Capital Federal y en 1937, reconstituirán por corto tiempo la Unión Sindical Argentina (USA).

Es de notar que en la CGT de la calle Independencia, es decir los que encabezaron la rebelión, predominan los gremios de orientación socialista y los comunistas que poco tiempo antes habían pedido su ingreso a la CGT. La cuestión del ingreso de los comunistas había generado una gran polémica, pues los dirigentes sindicalistas habían acusado a los socialistas de permitir el ingreso de los comunistas y transformar a la CGT en un órgano “dirigido por los comunistas”, cosa que en realidad no era de ninguna manera cierta, si bien los comunistas tuvieron una representación importante, acorde a los gremios que dominaban, siempre dieron minoría en el Comité Central Confederal.

Los integrantes que participaron de la rebelión realizan un Congreso Constituyente de la CGT, en los primeros días de 1936, y eligen las nuevas autoridades. La secretaría general recae en José Domenech de la Unión Ferroviaria, entre los integrantes de la Comisión Directiva figuran Ángel Borlenghi, que luego será el ministro del Interior de Perón en sus dos presidencias; Francisco Pérez Leirós, que se convertirá en un cerrado antiperonista más adelante. La actitud de esta “nueva” CGT, con respecto a los conflictos gremiales, principalmente las huelgas, no variará mucho de la actitud de la anterior conducción, por ejemplo, la importante huelga de la construcción

le dará apenas un apoyo formal, ya que la huelga fue realizada sólo por el gremio de la construcción, y la CGT da su apoyo sólo cuando la huelga está muy avanzada.

Para 1942, la CGT se encamina a una nueva división, que se planteará más claramente en 1943. El Comité Central Confederal tendrá una reunión en octubre de 1942, con el objetivo de expulsar a la Federación Gráfica Bonaerense por atraso en las cuotas; la razón principal es desplazar al secretario general José Domenech, que ante esta situación presenta la renuncia y a su vez retira a su gremio, la Unión Ferroviaria, de la CGT. Unos días después retoma la conducción de la CGT, como si no hubiera pasado nada. Pero el enfrentamiento ya estaba tomando su dinámica y seguiría avanzando. En días posteriores continuarán los enfrentamientos entre los comunistas y socialistas y particularmente entre estos últimos, por tener los dirigentes socialistas distintas ideas sobre la participación política o no del movimiento obrero. El grupo de Domenech acusaba a los comunistas de querer adueñarse de la CGT.

En diciembre de 1942 se reúne el segundo congreso de la CGT, entre los oradores, se encuentra Ángel Borlenghi, secretario general de los Empleados de Comercio, su discurso es una partición de aguas, en una cuestión fundamental, como es si la CGT se tiene que interesar o no en las cuestiones políticas. Es oportuno recordar el momento político que atraviesa el país en 1942, en lo interno fraude y corrupción, mientras que el régimen conservador ya está eligiendo a su candidato para las próximas elecciones presidenciales y que por supuesto será elegido por medio del fraude, como los anteriores. En la situación internacional, la Segunda Guerra Mundial está en su apogeo y cada vez divide más las posiciones en la sociedad argentina, aunque en este aspecto los dirigentes gremiales en su mayoría están a favor de los Aliados. En este contexto Ángel Borlenghi pronunció el siguiente discurso:

La CGT que como las centrales anteriores había considerado que jamás debería tomar participación en los problemas políticos del país, ahora ha entendido que la gravedad del momento, que el excepcional momento histórico que vivimos, los peligros que acechan a la Nación, hacen indispensable que todos sus hijos y los trabajadores en primer término pongan su esfuerzo para salvar al país de caer y todavía más en un régimen que lo priva de sus derechos y libertades. La CGT ha resuelto, escuchando el clamor incontenible de la masa trabajadora,

*apoyar el Movimiento de Unión Democrática Argentina.*¹⁶

La Unión Democrática Argentina (no confundir con la Unión Democrática que enfrentó a Perón en las elecciones de 1946) era un principio de acuerdo entre varios partidos que se oponían a la continuidad del régimen conservador por medio del fraude. Entre los partidos que la integraban estaban: la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, la Democracia Progresista y otras agrupaciones menores.

Claramente hay un cambio de postura de importantes en algunos importantes dirigentes de la CGT, en lo concerniente a la participación política, como se sabe, algunos como Borlenghi, apoyarán al peronismo cuando éste surja y otros apoyarán a la alianza antiperonista de la Unión Democrática en las elecciones de 1946. Mientras Domenech trataba de separar lo político de lo gremial y apoyaba la causa aliada sólo por motivos económicos, pues consideraba que los trabajadores eran perjudicados por el desabastecimiento debido a la guerra y que se agravaba por la actitud neutralista del presidente Castillo. El otro grupo con Borlenghi, consideraba que había que estar en contra del nazi-fascismo por razones ideológicas y además, era hora que la CGT tomara una clara posición política en contra del régimen conservador.

En dicho segundo congreso ordinario de la CGT, su secretario general, que cuenta con el apoyo de la Unión Ferroviaria, queda en minoría, frente al sector de Borlenghi, apoyado por los socialistas y comunistas. En junio de 1943, cuando se reúne nuevamente el Comité Central Confederal, se repite la misma situación. En esta oportunidad se presentan dos listas, la Número 1, encabezada por José Domenech, de la Unión Ferroviaria y la Número 2, encabezada por Francisco Pérez Leirós de los municipales. El resultado de la elección, casi parejo, ganando la CGT Número 1 por un voto. Dicha situación provoca una nueva división de la CGT: la CGT Número 1, integrada por los ferroviarios, tranviarios, cerveceros y la CGT Número 2, integrada por la Federación de Empleados de Comercio, la Federación Nacional Obrera de la Construcción, la Fraternidad, la Federación Obrera Gráfica, la Federación Nacional Metalúrgica, la Unión Obreros Municipales, la Federación de Trabajadores del Estado y el Sindicato Único de Obreros de la Madera.

Las discrepancias más importantes entre ambas CGT tienen claramente motivos

políticos: mientras la CGT Número 1 quiere alejarla de los partidos políticos y en todo caso bregar por la fundación de un partido político de los trabajadores, del tipo del partido laborista inglés, completamente independiente de los partidos políticos existentes. En materia internacional, estaba a favor de la más estricta neutralidad en la Segunda Guerra Mundial.

La CGT Número 2, constituida por sindicatos socialistas y comunistas, quería una mayor relación entre los sindicatos y los partidos y por supuesto no veía la necesidad de crear un nuevo partido, ya que éstos existían. Con relación a la Guerra Mundial, eran partidarios de que el país rompa relaciones con el Eje, integrado por Alemania y Japón.

Como vemos esta división del movimiento obrero argentino se produce en el mismo momento del golpe de Estado del 4 de junio de 1943, que desplaza al presidente Castillo e instaura un gobierno militar. Dicho golpe de Estado fue observado con expectativas, no tan sólo por las dos CGT, que trataron de acercarse al nuevo gobierno, sino también por los partidos políticos opositores al régimen oligárquico, pues pensaban que pondrían fin al fraude, como en realidad ocurrió. Poco tiempo después del golpe de Estado, la CGT Número 2, que era la más politizada, integrada por socialistas y comunistas fue disuelta por la fuerza y muchos de sus dirigentes perseguidos y llevados a prisión, principalmente los comunistas.

Lo que no estaba previsto es que de este gobierno militar surgiría la figura del coronel Juan Perón y que a partir de su nombramiento como Director del Departamento Nacional del Trabajo, en noviembre de 1943, al preocuparse por las necesidades de los trabajadores y entablar contactos con los dirigentes obreros, comenzará una nueva etapa historia, para el movimiento obrero y para el país.

Conclusiones

La CGT fue creada en un año muy particular, donde el país atravesaba una crisis política, económica y social. Ese año el primer golpe de Estado encabezado por el general José Félix Uriburu, inauguró una dictadura militar de tendencias claramente fascistas, que luego con el general Justo en adelante, viró hacia un

gobierno netamente conservador, aunque igualmente represivo para la clase obrera y los sectores populares. La CGT, acompañará este período de la historia del país, que conocemos como la Década Infame o la restauración conservadora, con una actitud no del todo lineal, que está en relación con las transformaciones económicas que vivió el país en esa etapa y también en relación con los conflictos internos dentro de la CGT.

En el momento de su fundación, hay que mencionar, que las corrientes ideológicas que dominaban al movimiento obrero argentino eran el sindicalismo y el socialismo, ya que el anarquismo se encontraba fuertemente debilitado desde 1910, producto de los cambios políticos que se dieron a partir del Centenario y también como consecuencia a la feroz represión de que fue objeto y que precisamente concluirá con el fusilamiento de tres anarquistas en los primeros años de la década.

Si bien la CGT tomó una actitud extremadamente prudente hacia el golpe de Estado, la misma se puede atribuir por un lado hacia la fuerte represión que tuvo que soportar el movimiento obrero en la dictadura del general Uriburu y también debido a la crisis económica que atravesó el país, que provocó una oleada de desocupación, tema que va ser uno de los reclamos más importantes de la CGT en la primera parte de la década.

Pero esta actitud prudente de la CGT no tiene sólo las explicaciones expuestas más arriba, sino también son fruto de las ideas políticas que tenían sus dirigentes. Por un lado los sindicatos socialistas, siguiendo la estrategia de su partido, aunque independientes de éste, le daban prioridad a la negociación y trataban de evitar las huelgas, cuando éstas se producían, trataban de encauzarlas hacia la moderación y el partido no les daba un apoyo político, sino más bien declamatorio en la prensa partidaria o en los discursos en el Congreso de la Nación.

Los sindicalistas, que querían mantenerse completamente afuera de las cuestiones políticas y ocuparse únicamente de las cuestiones laborales, también acompañaron las luchas obreras con bastante prudencia.

En cuanto al comunismo, su influencia en el movimiento obrero comenzará a crecer hacia mediados de la década y conducirá importantes gremios al final del período analizado. Fue el que actuó en forma más combativa y sus gremios llevaron adelante las grandes huelgas a partir de mediados de la década. El

déficit del comunismo fue su política cambiante, siguiendo las indicativas de la política soviética.

Como vimos, la CGT también atravesó divisiones internas, las más importantes las de 1936, cuando los sindicatos socialistas se opusieron a la conducción de la CGT, desplazando momentáneamente a los sindicalistas. La otra división importante fue la de 1943, cuando el enfrentamiento fue claramente político, con relación a qué actitud tomar ante la situación política interna y externa del país. Entre los sindicalistas que formaron la CGT Número 1, que tenía como objetivo fundar un partido obrero y la CGT Número 2, integrada por los socialistas y comunistas que deseaban tener relaciones mucho más estrechas con sus respectivos partidos y no veían la necesidad de fundar uno nuevo.

En el derrotero de la CGT, durante el período que estudiamos, tienen una importancia fundamental los cambios económicos y sociales que vivió el país. Desde la aguda crisis económica y social de la primera parte de la década, a un comienzo de recuperación económica, de la mano del nuevo proceso de industrialización por sustitución de importaciones y de la intervención del Estado en importantes variables económicas, ambas políticas implementadas para superar dicha crisis. Relacionado con este proceso se producen las migraciones internas, es decir la venida de millares y millares de habitantes del Interior del país, que huyendo de la terrible crisis económica y social de sus provincias, se trasladan a la Capital y a otras grandes ciudades. Al iniciarse el proceso de industrialización, serán los nuevos trabajadores industriales, es decir integrantes de esta nueva rama de la economía, los que van adquiriendo aceleradamente el liderazgo en la economía. Durante todo el período, estos trabajadores tendrán bajos salarios y pésimas condiciones de trabajo y comenzarán a ver en el coronel Perón, al inicio de la nueva etapa histórica a partir de 1943, al líder que los dignificará económica y socialmente.

Bibliografía

Baily, S. L., Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Belloni, A., Peronismo y socialismo nacional, Coyoacán, Buenos Aires, 1962.

Camarero, H., Tiempos rojos, Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

Ciria, A., Partidos y poder en la Argentina Moderna, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Corbiere, E., Socialistas y anarquistas, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1980.

Del Campo, H., De la FORA a la CGT, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990.

Echagüe, C., Las grandes huelgas, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Garulli, L., El Treinta - Una década en transición, Eudeba, Buenos Aires, 2004.

Germani, G., Política y sociedad en una época de transición, Paidós, Buenos Aires, 1962.

Golbert, L. y Rapoport, H., El movimiento obrero argentino en la década infame, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990.

González Velasco, C. (coord.), Problemas de Historia Argentina, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Florencio Varela, 2011.

Gutiérrez, G., La clase trabajadora nacional, Cuaderno N° 18 de Crisis, Buenos Aires, 1975.

Iscaro, R., Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1958.

Matsushita, H., Movimiento obrero argentino 1930-1945, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Meléndez, R. y Monteagudo, N., Historia del movimiento obrero, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Murmis, M. y Portantiero, J., Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

Puiggrós, R., El Yrigoyenismo, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.

Rapoport, M., Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

Real, J. J., Treinta años de historia argentina, Editorial Crisol, Buenos Aires, 1976.

1 Gutiérrez, G., La clase trabajadora nacional, Cuaderno de Crisis N° 18, Buenos Aires, 1975.

2 Puiggrós, R., El Yrigoyenismo, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.

3 Matsushita, H., Movimiento obrero argentino 1930-1945, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

4 Citado en Meléndez, R. y Monteagudo, N., Historia del movimiento obrero, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971. Ambos son tangos que se hicieron muy populares durante la década del 30 y cuyas letras expresan la profunda crisis económica y social de la época.

5 Garulli, L., El treinta - Una década en transición, Eudeba, Buenos Aires, 2004.

6 La Ley de Residencia fue aprobada por el Congreso en 1902. Autorizaba a al Poder Ejecutivo a expulsar del país a todo extranjero que, según el gobierno, perturbara el orden público. Esta ley de carácter represivo fue la respuesta que el Gobierno y los patrones de empresas dieron a las luchas obreras surgidas desde fines del siglo XIX en todo el país. Su inspirador fue el escritor Miguel Cané, autor de la “célebre” Juvenilia, memorias del autor, de su paso por el Colegio Nacional de Buenos Aires, y que leyeron generaciones de estudiantes secundarios. Detrás del romanticismo estudiantil del autor estaba el fiel y feroz representante de la clase dominante argentina.

7 Matsushita, H., op. cit.

8 Tango de Enrique Delfino y letra de Mario Battistella. Relata el drama de un trabajador desocupado que por robar un pedazo de pan es encarcelado y enviado al penal de Ushuaia. Este tango fue prohibido durante las largas dictaduras

militares y tiene poca difusión. Dicho tango fue grabado por Carlos Gardel en 1933.

9 Ciria, A., Partidos y poder en la Argentina Moderna, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

10 Matsushita, H., op. cit.

11 Ibid.

12 Belloni, A., Peronismo y socialismo nacional, Coyoacán, Buenos Aires, 1962.

13 Germani, G., Política y sociedad en una época de transición, Paidós, Buenos Aires, 1962.

14 Murmis, M. y Portantiero, J., Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

15 Meléndez, R. y Monteagudo, N., Historia del movimiento obrero, op. cit.

16 Citado en Meléndez, R. y Monteagudo, N., op. cit.

CAPÍTULO V

DESCENTRADA Y SALVADORA

Eduardo Pelorosso

Juan Martín Tupilojon Fernández

"Cuando era pequeña / en cosas creí / tan encantadoras... / jugando y soñando / pasaban mis horas / y yo me decía: / El mundo es así...[...]Más tarde viviendo / A mi lado vi / penas y dolores / mi madre me dijo / no todas son flores / en la vida hija / El mundo es así..."[...]

“El Mundo es así”, Salvadora Medina Onrubia.

En el contexto de la inestable presidencia de Luis Sáenz Peña, caracterizada por las numerosas crisis de gabinete, nace en la ciudad de La Plata Salvadora Medina Onrubia. Era marzo de 1894.

Su madre Teresa (refinada inmigrante arribada de Cádiz y otrora amazona de circo) debió tomar las riendas de su crianza por la temprana muerte de su marido Idelfonso. Desde muy pequeñas, Salvadora y su hermana Carmen estuvieron fuertemente influenciadas por la ideología ácrata. “Cuando eran chicas [Teresa] les recitaba los parlamentos encendidos de una pieza del español Galdós, años después supo que se trataba de Electra [...]Galdós era anarquista, también lo supo después”.¹

Tras recorrer las aulas del American College de la calle Charcas (propiedad que fue adquirida por la pionera en educación Sara Eccleston), junto a su madre y su hermana buscaron nuevos horizontes y se asentaron en Gualeguay (adonde tenían algunos parientes).

Las tres convivieron en tierras entrerrianas codeándose día a día con la miseria.

Teresa, con el urgente propósito de “parar la olla”, se empleó como maestra rural (sin poseer título docente) y todos los días recorría los casi 13 kilómetros que separaban la modesta casa que habitaban hasta la escuelita-granja en el diminuto pueblo de Enrique Carbó.

Para poder trabajar como maestra careciendo de título mucho tuvo que ver la influencia de Juan Alberto Lartigau (que paradójicamente fue el secretario privado de Ramón Falcón y murió junto a éste la mañana del 14 de noviembre de 1909 a manos del joven vengador ruso y emigrado de los pogroms Simón Radowitzky).

Salvadora nunca llegó a saber con certeza el motivo por el cual Lartigau había ayudado a su madre. Ésa fue una incómoda intriga que perduró durante toda su vida. Jamás la perdonó por haber aceptado recibir ayuda del ladero de “la mano de hierro de la oligarquía”. Las hipótesis eran varias: una que Lartigau era un pariente lejano, otra porque era entrerriano como gran parte de los Onrubia, y otra (quizá la más probable) porque había sido amante de su madre.

Sin embargo, la misma Salvadora se sinceró y con el paso del tiempo reconoció en su novela autobiográfica aún inédita “Los claveles rojos” que había conocido personalmente a Falcón. Al morir su padre, el militar se habría convertido en una suerte de protector de Teresa Onrubia: la habría ayudado a llegar a ser directora de la escuela de Carbó, llegando incluso a facilitarle dinero para pagar los sueldos a las maestras cuando se atrasaban las partidas del Ministerio.

Salvadora y Carmen también decidieron emplearse como maestras rurales para desasnar a aquellos chicos descalzos que llegaban montados a caballo y, sobre todo, para colaborar en la economía del hogar.

Paralelamente al ejercicio de la docencia dio riendas sueltas a su pasión por la escritura. El bautismo de fuego lo tendrá como colaboradora en el Diario de Gualaguay. Casi inmediatamente después participará en la recién nacida publicación semanal de cada viernes llamada Fray Mocho (desprendimiento de la antigua Caras y Caretas) y en la revista de sátira política llamada PBT fundada por el periodista y poeta español Eustaquio Pellicer. Luego colaborará con algunos escritos desde Entre Ríos en el periódico anarquista La Protesta (continuador de La Protesta Humana de 1897 y cuyo director era el poeta Alberto Ghiraldo).

Salvadora inició y mantuvo una relación amorosa clandestina con un prestigioso abogado entrerriano llamado Enrique Pérez Colman, de la que en 1911 nacería Carlos (alias Pitón). Pese a ello, decidirá no abortar pero tampoco casarse. Dato no menor es que toda esta escena tenía lugar en una Argentina oligárquica, netamente patriarcal y con una sólida impronta de valores cristianos. Una mixtura de componentes muy fuertes para una madre soltera de tan sólo 16 años.

Salvadora sintió que la vida en el Litoral le era demasiado hostil, por lo que decidió dejar atrás los chusmeríos de pueblo y tres años más tarde se reinstala en una pensión en Buenos Aires. No bien llega a la Capital lo primero que hace es acercarse a la redacción de La Protesta para conocer en persona a Sebastián Marotta (un dirigente del sindicalismo revolucionario de apenas 25 años), quien decidió contratarla como redactora rentada con un sueldo de \$150.

Marotta admiraba tanto a Salvadora —por su personalidad combativa y, también, por su pluma filosa y virulenta— que le asigna una misión protagónica: el 1º de febrero debía participar como oradora en un acto organizado por la FORA, el cual tenía un doble objetivo: exigir la liberación de los anarquistas presos (Antilli, Barrera, Godoy y también de Radowitzky, entre otros) y la derogación de las leyes represivas impuestas por los sucesivos gobiernos conservadores. Salvadora, algo nerviosa, asumió el desafío y superó cualquier expectativa, ya que por decisión propia trepó una altísima reja vistiendo pollera larga y abotonada, blusa blanca de mangas hasta el codo y pechera tableada, y un moño oscuro anudado que le cubría gran parte del pecho y unas botas de punta charolada. Sin tener un discurso premeditado, con su brazo derecho en alto y agitándolo hacia arriba y hacia abajo como quien porta un puñal, Salvadora cautivó con un discurso firme a la muchedumbre que se agolpó en las esquinas de México y Paseo Colón:

“Yo daré el ejemplo y levantaré los corazones en la lucha, para lo cual reclamo el derecho de ir con mis compañeros, delante de todos, empuñando la bandera roja, que es como el fuego de nuestros corazones”.²

Salvadora logró bajar de las alturas con la asistencia de Marotta; a lo lejos podía escucharse a un grupo de anarquistas italianos entonando un estribillo que

habían hecho célebre: “E morto Ramón Falcone. Massacratore! E viva Simón Radowitzky. Vindicatore!”.

Lo cierto es que ese primer día del mes de febrero significaría para Salvadora su carta de presentación.

La elegida y el poderoso

“Yo, Salvadora, soy mujer y deseo y fantaseo.”

“El Quinto”, Salvadora Medina Onrubia.

El periodista uruguayo, y recientemente radicado en Buenos Aires, Natalio Félix Botana (a quien años más tarde y luego de amasar una gran fortuna Pablo Neruda definiera como “un millonario de esos que sólo la Argentina o los Estados Unidos puede producir”) desde la dirección del sensacionalista diario *Crítica* mientras fuma un habano redacta y publica un artículo titulado “Las chicas periodistas - El caso de la Señorita Onrubia”, en el que chicaneaba a “las jóvenes inexpertas a quienes ciertas prédicas llevan por derroteros ideológicos que serían de una hermosa candorosa si no merecieran de la policía cierta enemistad fundada en razonables antecedentes. [...] Y la inclinación juvenil de la escritora Onrubia se adentra hoy en un hecho sorprendente: La Protesta, cuyas puertas ha traspuesto en su calidad de ácrata militante, seguramente conducida hasta aquella redacción, sin que se diera cuenta de la trascendencia lamentable del paso que da”.³

Ni lerda ni perezosa, Salvadora retruca: “cuando un periodista es leal a sus ideas no debe retacear su pluma para defenderlas”.⁴ Botana recoge el guante y la disculpa “por su inocente ingenuidad de incorporarse a un diario subversivo”.⁵ Y cierra Salvadora: “Vine a Buenos Aires porque quería vivir como una artista. Y eso significaba todo para mí: la libertad, la humanidad universal, todas las experiencias sexuales, todos los sueños provocados por las drogas. Y por supuesto, la revolución, el cambio, el fin del mundo de oprimidos y opresores, de pobres seres degradados como bestias, comprometidos a resistir hasta el final

por aquellas religiones que ofrecen un paraíso dudoso a cambio de dejarse explotar por los elegidos. Los elegidos en la Tierra son los que pagan el valor de una vida humana a cambio de sus chucherías y entretenimientos. Pero también resulté yo una elegida”.⁶

“Yo soy como la loba. Ando sola y me río del rebaño.”

“Las descentradas”, Salvadora Medina Onrubia.

Salvadora y Botana se habían visto por primera vez y única vez en persona en 1913 en la oficina que PBT tenía sobre la calle Salta. Ella había quedado fascinada con aquel muchacho de mechón de pelo en la frente y a él la había encandilado esa mujer de piel transparente y alborotado pelo rojizo, pero por sobre todo lo que más lo sedujo fue la personalidad arrolladora de Salvadora. Y Botana se enamorará perdida y definitivamente de Salvadora cuando lea sus inéditos poemas y su obra de teatro “Almafuerte”.

Luego de los ataques y chicanas, el encuentro (anhelado por ambos) se va a producir en la planta donde se imprimían conjuntamente Crítica y La Protesta. Muchas veces tomaban juntos el tranvía y empezaron a compartir salidas por el Parque Lezama, San Telmo y Barracas. Las citas fueron mucho más frecuentes e íntimas. Acto seguido Salvadora aceptó el pedido de Botana de inscribir a “Pitón” como hijo legítimo, a quien no sólo le daría el apellido sino su nombre, a partir de ese momento pasaría a llamarse Carlos Natalio Botana. Sin embargo, Salvadora era reacia a contraer nupcias con el hombre que amaba. “El casamiento, en cambio, no entraba en mis planes. Me sentía una anarquista de cuerpo entero, y quería ser mi propia dueña. El casamiento era para mí como escriturar un bien, y el bien, para Natalio, era yo.”⁷

Salvadora encontró en Botana, además, al empresario que le posibilitó estrenar en enero de 1914 su obra Almafuerte nada más ni nada menos que en el Teatro Apolo de la calle Corrientes. No se trató de una pieza teatral más sino que su

importancia radica en que se convirtió en la primera obra teatral de tinte anarquista escrita por una mujer.

Salvadora, Natalio Félix y el pequeño Carlos Natalio irán a convivir rápidamente al barrio de Florida y permanecerán allí durante cinco años. En octubre de 1915 nace Helvio Idelfonso (en honor a su padre), alias “Poroto”. En 1917 nacería Jaime, alias “Tito”. Salvadora, de grande, va a reconocer que la estancia en esa modesta pero cómoda y espaciosa casa de Florida fueron los tiempos más felices de su vida. Ver a sus hijos correteando por el inmenso parque de cuatro hectáreas le llenaba el alma. Sin embargo, con el paso del tiempo, Salvadora empezó a sentir internamente que estaba dejando de ser la Salvadora que supo ser aquel primer día de febrero cuando se subió a las rejas del bajo San Telmo y arengó al populacho. Estaba perdiendo su esencia y temía terminar claustra en un sometimiento al que nunca había querido entregarse.

Florida ya no le parecía un rinconcito de Gualetguay en Buenos Aires. Extrañaba las calles del centro y hacia allí se lanzó (dejando a Pitón y Poroto al cuidado de su ama de llaves Remedios). Empezó a concurrir con mayor frecuencia a la redacción de Crítica.

Un vínculo kármico:

“Quiero deciros que si soy anarquista no lo soy por acaso, ni porque al camino me haya empujado nadie. Lo soy, porque llevo la justicia y la verdad en la carne y en el alma, porque he nacido anarquista como senace genio, como se nace imbécil o como se nace rico.”

“Alma al aire”, Salvadora Medina Onrubia.⁸

Salvadora comenzó a fantasear e idear la fuga de Simón Radowitzky del presidio de Ushuaia, aunque para organizarlo seriamente tenía la difícil misión de convencer a Natalio. Salvadora no conocía personalmente a Radowitzky pero sentía que la unía a él un vínculo kármico. “Mi veneración por Radowitzky enraíza en el tiempo de las Pirámides de Egipto. En mi novela lo llamaré

Aglamoé”.⁹

Simón y Salvadora van a tener un interesante cruce epistolar recién a partir de 1936. En las cartas Radowitzky llamaba a Salvadora “Hermanita”.

Pero Natalio no accederá a los pedidos de Salvadora y solamente se limitó a enviar periodistas a la cárcel para que Simón relatará sus tormentos en el lugar más austral del mundo, convirtiéndose en una de las notas de Crítica que más llegó a conmocionar a la opinión pública.

Salvadora se las ingenió para, desde las sombras, planear y financiar la fuga de Simón. Dos hombres del riñón de Crítica participaron de intentos para liberar al “Santo de Ushuaia”.

Primero fue el turno de un antiguo tipógrafo y hombre de extrema confianza de Natalio y Salvadora llamado Apolinario Barrera, quien se infiltró con identidad apócrifa en el Servicio Penitenciario e hizo méritos suficientes como para que lo trasladasen al penal de Ushuaia. Objetivo que se cumplió en julio de 1918 al disfrazar al “preso de oro” con vestimenta de guardiacárcel. Pero rápidamente Radowitzky fue capturado. “Veintitrés días después de su búsqueda de la libertad entra nuevamente Radowitzky en el penal de Ushuaia. Lo entran de noche para no provocar disturbios entre los penados. [...] A los carceleros les han dado piedra libre esa noche con Radowitzky. Por culpa de su fuga han recibido un severo llamado de atención. [...] Pero la venganza de las autoridades será mucho más refinada. Durante más de dos años, hasta el 7 de enero de 1921, lo tendrán aislado en la celda, sin ver la luz del sol, y sólo a media ración”.¹⁰

Seis años más tarde fue el turno de Miguel Roscigna (herrero de obra, militante anarquista y allegado a Crítica) quien también repitió la estrategia y simulando ser guardiacárcel le pasó a Radowitzky un plan de fuga camuflado en una Biblia. Pero la fuga no llegó a consumarse ya que Roscigna fue descubierto (presuntamente delatado —en el marco de una asamblea obrera que se realizó en Buenos Aires— por socialistas y sindicalistas).

Esos fueron los dos intentos, en vano, de liberar al Preso 155, número con el que se rotuló a Simón Radowitzky.

La vuelta al ruedo

“A pesar de ser mujer, me permito el lujo de tener ideas, ¿sabe? Yo tengo ideas boxeadoras. Ideas que se dan directos y crosses y swings con la vida.”

“Las descentradas”, Salvadora Medina Onrubia.

Estando nuevamente embarazada, participará como oradora en un hecho crucial que reinstala a Salvadora en el lugar donde a ella le gusta, donde se siente la mujer independiente, combativa y con iniciativa que supo ser apenas un lustro antes. Va a tener un rol destacado, nuevamente como oradora, en “La Semana Trágica de 1919”.

Casi treinta años después, escribiría: “Yo decidí hablar en ese entierro y los compañeros me subieron sobre los ataúdes, que estaban amontonados. Había llevado conmigo a mi hijo Carlos Natalio, ‘Pitón’, porque quería que él se fuera enterando de lo que era la lucha social”.¹¹

Pocos meses después nace Georgina, alias “La China”; y allí Salvadora transigiendo con sus principios aceptará contraer matrimonio de modo legal. “Natalio, con el argumento de que una hija mujer estaba más necesitada de legitimidad que un varón, doblegó la resistencia de ella a pasar por el Registro Civil”.¹²

El Imperio Crítica

Al principio el diario Crítica no redituaba ganancia y sus redactores cobraban poco y mal. Además, careció de sede estable ya que “tras dejar las primeras oficinas de Sarmiento al 821, la redacción deambuló: estuvo en Sarmiento 533, Corrientes 526, Avenida de Mayo 1298, Cangallo 787”.¹³ Botana era un excelso jugador de cartas; y esa virtud la replicaba en el plano profesional ya que tenía por ardid firmar un contrato de alquiler, ocupar el lugar y no volver a pagar. Por

aquellos tiempos “la ley de alquileres sólo autorizaba el desalojo de una vivienda ocupada después del incumplimiento del pago de tres meses”.¹⁴ Luego, se limitaba a aguardar que llegase la notificación del desalojo y el inicio del litigio. De ese modo se las rebuscó para prolongar el efectivo pago del arrendamiento de cada uno de los edificios que el diario ocupó.

Sin embargo pasó de los 9.000 ejemplares diarios que vendía en los primeros años de vida a los 140.000 promediando la década del 20. El diario se había convertido en parte integrante de la cultura popular porteña merced, en gran proporción, a la modernidad que llevaba implícito: además del estilo de escritura, “Crítica revolucionó el periodismo argentino. No sólo por su presentación gráfica y la diagramación de sus páginas, sino por su estilo combativo, su espíritu satírico y su tono valiente”.¹⁵ Por si fuera poco, fue precursor en muchos géneros: fue el primero en incorporar grandes fotos y dibujos, el primero en colocarles epígrafes e incluir un suplemento deportivo, imprimir en color, enviar un periodista de gira y denunciar un hecho de corrupción.

Desde su nacimiento el diario Crítica se manifestó públicamente opositor a Hipólito Yrigoyen (es más que un secreto a voces que el periódico recibió un financiamiento inicial del dos veces gobernador bonaerense y político conservador Marcelino Ugarte). Por ejemplo, el 12 de octubre de 1916, día de la asunción de su primer mandato presidencial, tituló “Dios salve a la República”. Sin embargo, Crítica apoyó en 1928 su reelección y Salvadora reconocerá en sus memorias que en más de una ocasión fue a pedirle puestos para sus protegidos conforme a las costumbres de la época. Pero encontró siempre una negativa como respuesta.

La situación cambió para 1930 ya que el país era un hervidero e Yrigoyen tambaleaba en su sillón presidencial. Crítica (como casi todos los diarios) se convirtió en opositor del gobierno.

Salvadora se apersonó ante Yrigoyen y con voz firme le dijo: “Don Hipólito, le cambio el escándalo de Rosario por la libertad de Radowitzky, pero usted no me lo deja en Buenos Aires porque la Liga Patriótica le puede hacer algo. Lo indulta y me lo manda a Montevideo”.¹⁶

Yrigoyen, urgido de paz social, aceptó la propuesta y Salvadora viajó a Rosario para apaciguar los alterados ánimos de los compañeros de lucha. De hecho, le

venía como anillo al dedo que el vengador de Falcón fuese deportado a Uruguay para, de paso, no alterar los ánimos de los sectores más conservadores. El decreto de indulto fue firmado el 14 de abril de 1930. Lo concreto es que al “Peludo” la jugada de liberar a 110 presos con el objetivo que el nombre de Radowitzky se encuentre camuflado entre todos ellos le sale pésima. La amnistía causó gran revuelo entre las fuerzas policiales y militares.

Un Radowitzky de apenas 39 años y sombrero Orión, indocumentado, escuálido y enfermo de tuberculosis cruzaba el charco en el remolcador Mediador. Ironías de la vida, a partir de ese momento Simón Radowitzky vivirá por un tiempo en la calle Justicia de la vecina Montevideo.

Y Salvadora, que mientras tanto siguió estrenando obras teatrales de modo activo y profuso (como, por ejemplo, “La Solución”, “Lo que estaba escrito”, Un hombre y su vida”, la exitosa comedia “Las descentradas”, entre otras) tuvo clara incidencia en su libertad.

Paralelamente a escribir y estrenar, participaba de la vida política, se desplazaba junto a Botana como una presencia infatigable. Se habían convertido en una pareja electrizante y muchos sostenían (tal es el caso del Edmundo Guibourg, periodista y confidente de la pareja) que Salvadora era el motor de Botana. El dueto hacia mediados de 1927 se encontraba en su apogeo y funcionaba como una exitosa sociedad.

Un giro inesperado

Pero un suceso lamentable cambió la vida de la familia Botana: Pitón murió de un disparo al corazón. Al respecto hay varias versiones: que Pitón se suicidó luego de que Salvadora en medio de una discusión acalorada le confesase que no era hijo natural de Natalio es una de ellas; que fue Helvio quien le dio muerte celoso de la relación con Natalio. La versión oficial del hecho puede leerse en el ejemplar de Crítica del 18 de enero de 1928: “Carlos Natalio Botana, de 17 años, murió en un desgraciado accidente, al disparársele un arma que tenía en sus manos”.

Posteriormente a ello, Salvadora enfermó gravemente. En un intento de olvidar

la tragedia, la familia entera se embarcó en el vapor Sierra de la Ventana con destino a Europa. Salvadora —de drástico luto durante todo el viaje— se arrastraba a base de sedantes, y cuando éstos ya no bastaban, acudía a la morfina. En su afán por aliviar el dolor de su mujer, Natalio (a pesar de su agnosticismo) admitía las relaciones que Salvadora mantenía con teósofos y líderes espirituales y secundaba a su mujer en largas peregrinaciones que buscaban consuelo al dolor en videntes, magos y curanderos. “Mientras el resto de la familia se quedaba en París, Botana y Salvadora fueron a Londres para que ella visitara al pontífice del espiritismo, Sir Oliver Lodge. Todo ello fue inútil, y Salvadora regresó a Buenos Aires con la muerte en el alma.”¹⁷ Instalada en Buenos Aires y a sugerencia de un psiquiatra, reemplazó la dependencia de la morfina por el éter por el resto de su vida.

El apoyo al golpe y el después

En octubre de 1930 Natalio Botana fue agasajado por su relevante participación en el golpe de Estado que depositó a José Félix Uriburu en el poder. Botana era amigo personal de Agustín P. Justo. Para sorpresa, en mayo de 1931, Uriburu decretó la clausura y la detención de 30 periodistas de *Crítica* (entre los que se encontraban Natalio y Salvadora). Mientras que a Botana lo trasladaron a la vivienda personal del director de la cárcel, Salvadora convivió 100 días con prostitutas y ladronas en las celdas colectivas del Asilo del Buen Pastor.

Una veintena de reconocidos escritores (entre los que se encontraban Alfonsina Storni, Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, Eduardo Mallea, Alberto Gerchunoff, Álvaro Melián Lafinur) publicaron un escrito en pos de la liberación de Salvadora “por su triple condición de mujer, madre y poeta”; la cual no surtió efectos. Lo que sí va a alcanzar popularidad es una carta que Salvadora le da en mano a su hermana Carmen cuando la visitó en la cárcel. Ésta estaba dirigida al presidente Uriburu y fue inmediatamente impresa y publicada, y cuyo texto decía:

General Uriburu: Acabo de enterarme del petitorio presentado al Gobierno Provisional pidiendo “magnanimidad” para mí.

Agradezco a mis compañeros de letras su leal y humanitario gesto; reconozco el valor moral que han demostrado —en este momento de cobardía colectiva—, al atreverse —por mi piedad—, a desafiar sus tronantes iras de Júpiter doméstico. Pero no autorizo el piadoso pedido.

“Magnanimidad” implica perdón a una “falta”. Y yo, ni recuerdo faltas ni necesito magnanimidades.

Señor General Uriburu: Yo sé sufrir. Sé sufrir con serenidad y con inteligencia. Y desde ya lo autorizo que se ensañe conmigo si eso le hace sentirse más general y más presidente.

Entre todas esas cosas defectuosas y subversivas en que yo creo, hay una que se llama Karma (No es un explosivo, es una ley cíclica). Esta creencia me hace ver el momento por el que pasa mi país como una cosa inevitable, fatal pero necesaria para despertar a los argentinos un sentido de moral cívica dormido en ellos.

Y en cuanto a mi encierro: es una prueba espiritual más y no es la más dura de las que mi destino es una larga cadena. Soporto con todo mi valor la mayor injuria y la mayor vergüenza con que puede azotarse a una mujer pura, y me siento por ello como ennoblecida y dignificada. Soy en este momento como un símbolo de mi patria. Soy en mi carne la Argentina misma, y los pueblos no piden magnanimidades.

En este innoble rincón donde su fantasía conspiradora me ha encerrado me siento más grande y más fuerte que usted, que desde la silla donde los grandes hombres gestaron la Nación, dedica sus heroicas energías de militar argentino a asolar hogares respetables y a denigrar e infamar una mujer ante los ojos de sus hijos... y eso que tengo la vaga sospecha de que usted debió salir de algún hogar y debió también tener una madre.

Pero yo sé bien que ante los verdaderos hombres y ante todos los seres dignos de mi país y del mundo —en este inverosímil asunto de los dos— el degradado y el envilecido es usted, y que usted, por enceguecido que esté, debe saber eso tan bien como yo.

General Uriburu: guárdese sus magnanimidades junto a sus iras y sienta cómo, desde este rincón de miseria, le cruzo la cara con todo mi desprecio.

Salvadora Medina Onrubia, Cárcel del Buen Pastor,

julio 5 de 1931.

La pareja será liberada y decidirán exiliarse en Europa hasta 1932, momento en que regresarán a Buenos Aires para relanzar Crítica. La relación matrimonial estaba deteriorada y llegó a ser puramente formal. El año 1928 fue sin duda el momento de quiebre a raíz de la muerte de Pitón. Ese suceso influenció tanto en Salvadora que fue perdiendo progresivamente el cariz intelectual que la había caracterizado.

El principio del fin. La vida sin Natalio

El 7 de agosto de 1941 Natalio Botana murió en un dudoso accidente automovilístico en Jujuy, cuando conducía uno de los tres Rolls-Royce de su propiedad. Tenía 52 años.

La familia tomo las riendas de Crítica, pero el diario fue perdiendo consistencia de modo paulatino. Para colmo de males, la Segunda Guerra Mundial estaba en su punto culminante y el diario se había jugado por los Aliados (mientras las garras del nazismo se posaban sobre gran parte de Europa). Pese a los llamados intimidantes del embajador alemán Edmund Von Thermann prosiguieron en su cruzada antifascista. No sólo ello sino que además en enero de 1943 fallecía Agustín P. Justo (amigo personal de la familia). Con la muerte del general Justo se rompió el dique de contención que resguardaba a los Botana de los simpatizantes del Eje.

Por otra parte, debieron afrontar litigios contra acreedores varios. Muchos redactores se fueron y la familia Botana siguió haciéndose cargo del pago de sueldos. Con la llegada del GOU al poder, los Botana se refugiaron una y otra vez en Montevideo.

Durante aquellos primeros años del peronismo en los que Salvadora estuvo a cargo del diario, el gobierno no dejó de hostilizar a los Botana. Se sucedieron los conflictos con la comisión interna sindical, el control de la cuota del papel de diario, el cual escaseaba, y para cuya provisión debían pedirle la escupidera al gobierno.

Sin embargo, en 1947 Juan Domingo Perón recurrió a Salvadora para que publicara una editorial favorable a Evita por un viaje innecesario que había realizado esta última por Europa y que había generado gran malestar en la opinión pública. Se trató de la famosa “Gira del arco iris”, que daría inicio al mito Evita. Salvadora aceptó el pedido pero publicó una carta cuya defensa de Eva resultó ser muy endeble y de poco agrado para el Presidente y la primera dama.

Días más tarde el secretario de Prensa del gobierno Emilio Cipolletti fue hasta la redacción del diario con un material que Crítica “debía” publicar. Se trataba de retratos y ataques contra señoras de la sociedad y mujeres de la familia Bemberg, que poseían un imperio cervecero y que estaban enemistados con el gobierno. Pero Salvadora se negó y, de ese modo, cavó su tumba y la de Crítica. La prensa peronista (entre ellos el diario La Época) se encargó de defenestrar al clan Botana. “El gobierno le quitó las cuotas de papel y, para seguir saliendo en magras ediciones, Crítica debió acudir al mercado negro”.¹⁸

Las deudas impositivas y la ejecución de créditos hirieron de muerte al diario. Los bienes de la sucesión de Natalio fueron liquidados y algunas propiedades se malvendieron ante el apremio económico. En 1951, Salvadora refrendó con su puño y letra la transferencia de Crítica a la sociedad privada que explotaba los diarios oficialistas CADEPSA; de este modo Crítica pasó a integrar el equipo de los medios condescendientes al gobierno.

El dinero que Salvadora recibió por la cesión del diario se esfumó en pago de intereses, honorarios y deudas. Salvadora iba a caer en la pobreza y en la sede de Crítica todos los retratos de Natalio Botana crucificado en las paredes serán descolgados. El mayor Carlos Aloé ordenó quemar en la azotea del edificio de Avenida de Mayo bolsas repletas de papeles ante la apesadumbrada mirada de los empleados del diario.

Una luz de esperanza

El derrocamiento de Perón en septiembre del 55 ilusionó a la familia (sobre todo por su simpatía con Lonardi). Pero prontamente cayó en desgracia y asumió Aramburu, quien tomó la determinación de devolver a sus antiguos dueños los diarios de los que se había adueñado el gobierno: fue así como “la familia Paz recuperó La Prensa, los Michel Torino El Intransigente de Salta, los Noriega El Día de La Plata y los Noriega Mackenzie La Mañana de Mar del Plata. Pero Crítica nunca fue devuelto a los Botana”.¹⁹

Salvadora cobró la pensión solamente el primer mes y debió reconvertir su departamento de Rodríguez Peña 1882 en casa de pensión alquilando cuartos. La China terminó trabajando de costurera.

Los últimos días

“Mi karma es vivir a medias entre dos vidas.”

Palabras de Salvadora Medina Onrubia

a David Alfaro Siqueiros.

Salvadora transcurrió los últimos años de su vida confinada en su departamento de Recoleta y casi no salía. Cuenta Helvio en sus memorias que su madre solía vestir un batón sucio y lucir un pelo entrecano y desprolijo; y que ya invadida por una regresión senil, Salvadora creía que Pitón aún vivía. En el anhelo de aliviar esos tormentos, un íntimo amigo de Helvio llamado Fernando Otaduy (y que había ocupado el cargo de subsecretario de Comercio Exterior durante el Onganiato) —a pedido de “Poroto”— se hacía pasar por Pitón, aprovechando su llamativa similitud física.

Las últimas palabras de Salvadora, según Helvio fueron: “¡Odio! ¡Odio! ¡Odio!”.

Salvadora murió el 21 de julio de 1971.

Una nota necrológica carente de firma pero atribuida al periodista uruguayo, y ex redactor de El Telégrafo y Crítica, Juan Carlos Petrone, la evoca como “La Venus Roja”, en clara alusión a Louise Michel, la “virgen roja”, heroína de la Comuna de París.

Legado y obra

Debe decirse que la vida de Salvadora Medina Onrubia estuvo colmada de claroscuros y contradicciones.

Por un lado no puede negarse su veta anarquista y feminista. A decir de uno de sus nietos “fue la primera argentina que se atrevió a poner como personajes a mujeres capaces de pecar doblemente: como lesbianas y como adúlteras”.²⁰ No solamente fue la primera autora anarquista, sino que además se convirtió en la primera presa política de nuestro país y también en la primera directora de un diario. Fue pionera en visitar a compañeros detenidos y ayudar a conseguir trabajo a obreros despedidos. La que llevó de la mano al pequeño Pitón para que se empape en cuestiones referentes a la lucha social, la que colaboró en periódicos anarquistas y no solamente soñó sino que planificó los escapes de Radowitzky, quien participó como oradora en revueltas y manifestaciones populares, la que desafió a Uriburu usando su pluma como una daga; la misma que luchó denodadamente contra las injusticias de un mundo “que es así”.

Por otro lado, tampoco puede hacerse la vista gorda y omitir que Salvadora se convirtió en la “mujer de”, que aceptó (a regañadientes pero aceptó al fin) contraer nupcias con un personaje (que entre otras cuestiones colaboró con el derrocamiento de Yrigoyen y el consecuente advenimiento del gobierno de facto).

Lo que no cabe dudas es que Salvadora fue una verdadera descentrada que se dio el lujo de tener ideas y practicarlas, salirse del rebaño, ser diferente, ser una elegida.

Bibliografía

Abad de Santillán, D., “Simón Radowitzky, el vengador y mártir”, FORA, Buenos Aires, 1927.

Abos, A., “La Venus Roja”, en Todo es Historia, N° 408, Buenos Aires, 2001.

Barrandeguy, E., Salvadora - Una mujer de Crítica, Vinciguerra, Buenos Aires, 1997.

Bayer, O., Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos, Galerna, Buenos Aires, 1975.

Botana, H. I., Memorias. Tras los dientes del perro, Peña Lillo, Buenos Aires, 1977.

Copi, R. D., Obras - Tomo I, Anagrama, Barcelona, 2010.

Delgado, J., Salvadora - La dueña del Diario Crítica, De bolsillo, Buenos Aires, 2009.

Medina Onrubia, S., La casa de enfrente, Mate, Buenos Aires, 1997.

Medina Onrubia, S., Las descentradas y otras piezas teatrales, Colihue, Buenos Aires, 2007.

Saítta, S., “Anarquismo, teosofía y sexualidad: Salvadora Medina Onrubia”, en Mora, N° 1, Buenos Aires, 1990.

Sosa de Newton, L., Diccionario biográfico de mujeres argentinas, Plus Ultra, Buenos Aires, 1995.

Tállice, R., 100.000 ejemplares por hora - Memorias de un redactor de Crítica, el diario de Botana, Corregidor, Buenos Aires, 1977.

[1 Delgado, J., Salvadora - La dueña del Diario Crítica, De bolsillo, Buenos Aires, 2009, p. 11.](#)

2 Ibid., p. 30.

3 Diario Crítica, 5 de febrero de 1914.

4 La Protesta, 7 de febrero de 1914.

5 Villoldo Botana, A., “En el centro, la descentrada”, en Página/12, 20 de enero de 2012.

6 Delgado, J., op. cit., p. 29.

7 Ibid., p. 36.

8 Conferencia leída por su autora en el mitin de la Casa Suiza, en La Protesta, 29 de enero de 1914.

9 Barrandeguy, E., Salvadora - Una mujer de Crítica, Vinciguerra, Buenos Aires, 1997, p. 123.

10 Bayer, O., Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos, Galerna, Buenos Aires, 1975, p. 101.

11 Delgado, J., op. cit., pp. 43-44.

12 Abos, A., “La Venus Roja”, en Todo es Historia, N° 408, Buenos Aires, julio de 2001, p. 8.

13 Crítica, 15 de septiembre de 1923.

14 Tálice, R., 100.000 ejemplares por hora - Memorias de un redactor de Crítica, el diario de Botana, Corregidor, Buenos Aires, 1977, p. 37.

15 Ibid., p. 83.

16 Barrandeguy, E., op. cit., p. 125.

17 Abos, A., op. cit., p. 29.

18 Abos, A., op. cit., p. 26.

19 Ibid., p. 27.

20 Copi, R. D., Obras - Tomo I, Anagrama, Barcelona, 2010, p. 9.

CAPÍTULO VI

MARÍA ROSA OLIVER, OTRA “DESCENTRADA”¹

Cecilia Gascó

Durante los años treinta se produjo un alto grado de politización e internacionalización del compromiso público de los intelectuales. Los cambios derivados del nuevo contexto, marcado a nivel mundial por el avance del fascismo y por el recrudecimiento del autoritarismo estatal en el ámbito nacional, empujaban a definiciones ideológicas y posicionamientos políticos más precisos.² El período se caracterizó por la activa participación de mujeres y hombres de la cultura, que abrazaron distintas causas y les brindaron su apoyo a través de intervenciones públicas, lo que llevó en muchos casos a disputas y al quiebre de anteriores espacios compartidos.

Hacia mediados de la década, la defensa de los valores de la república española y el apoyo al campo leal durante la Guerra Civil se transformaron en emblemas de lucha contra el fascismo para el campo de las izquierdas argentinas. Escritores, artistas y periodistas fueron impulsores de manifiestos y agrupaciones, como el “Comité de Ayuda Antifascista Sección Argentina”, que se conformó en diciembre de 1935 y adhirió al comité central, con sede en París y dirigido por el escritor francés Romain Rolland, quien desde la Gran Guerra promovía acciones pacifistas internacionales. A estas intervenciones culturales se sumaba la creación de asociaciones de ayuda a los exiliados españoles y de envío de dinero y otros recursos para colaborar con el gobierno republicano.

Se fue conformando así en Buenos Aires una “cultura antifascista”, en la que jugarían un rol articulador los tópicos que, más allá de divergencias y enfrentamientos entre reformistas y revolucionarios, habían estado presentes en las prácticas culturales de las izquierdas desde la década anterior: el antiimperialismo, el antibelicismo y el antifascismo. “A mediados de la década de 1930, mediante un compuesto de ideas que articuló novedad europea con tradición liberal local y marxismo, la experiencia de la cultura antifascista generó un clima de opinión que se convirtió en una potente y perdurable mirada sobre el proceso histórico y político argentino.” De acuerdo al investigador

Ricardo Pasolini, se afianzó una “sensibilidad antifascista” que promovió una nueva cultura política entre los intelectuales: “fue también una red de relaciones sociales y una red institucional que se organizó a partir de un tejido de centros culturales, ateneos y bibliotecas [...], esto es, una compleja sociabilidad mediante la cual se vehiculizaron los mensajes que contenía su práctica ideológica-cultural”.³

Si bien esta trama de emprendimientos y nuevas asociaciones nucleaba a figuras de diferentes procedencias, el Partido Comunista (PC) ocupó un rol central dentro del espacio cultural antifascista. A partir de 1935 la línea partidaria abandonó la concepción de clase contra clase con la que había inaugurado la década e impulsó la formación de Frentes Populares para enfrentar al nazismo. De acuerdo al cambio de estrategia implementado por la Tercera Internacional, el objetivo era unir a las fuerzas de izquierda con sectores liberales y progresistas para la defensa de las libertades y la democracia.

En este proceso comenzaron a tener una significativa influencia intelectuales como Raúl González Tuñón, con sus poesías dedicadas a Madrid, y Aníbal Ponce y Cayetano Córdoba Iturburu, que en 1935 lideraron la creación de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). En este movimiento, inspirado en un comité antifascista francés fundado el año anterior, también participaron Deodoro Roca, Álvaro Yunque, César Tiempo y Rodolfo Puiggrós, nucleados bajo la consigna: “Por la defensa de la cultura”, demostrando el rol preponderante que la izquierda otorgaba a la dimensión cultural en la lucha política. A través de editoriales, seminarios y filiales en todo el país, el trabajo de la AIAPE se inscribía en una amplia red de relaciones sociales e instituciones culturales que generó una rica sociabilidad, propia del período de entreguerras marcado por la polarización mundial entre fascismo y comunismo.

María Rosa Oliver aparece como una personalidad singular en esta trama cultural. Había nacido en 1898 en Buenos Aires, en una familia de la alta burguesía porteña muy vinculada a los círculos intelectuales de las primeras décadas del siglo XX. A los diez años sufrió una poliomielitis que le impidió volver a caminar. Desde muy joven comenzó a escribir y a interesarse por cuestiones políticas y culturales, participó en tertulias literarias y artísticas y emprendió distintos viajes a lo largo de su vida en los cuales fue delineando su propia visión sobre la cultura argentina y latinoamericana.⁴

Oliver se convirtió en una activista cultural y referente de la intelectualidad de los años treinta. Participó de la creación de Sur en 1931, la revista dirigida por su amiga Victoria Ocampo, en la que escribió durante varios años. Con el comienzo de la Guerra Civil Española vio interpeladas sus propias convicciones, tal como lo plasmó en sus Memorias: “en ella se jugaban con mayor evidencia y de manera más directa las convicciones que me identificaban ante mí misma [...]. Me sentí como nunca defensora de una causa que, debido a la finalidad manifiesta por sus contrarios, colocaba [...] de un lado a los buenos y del otro a los malos”. Participó en eventos de apoyo y solidaridad hacia los republicanos y años después recordaría vívidamente escenas de aquella época: “Nunca he oído cantar tanto, nunca he cantado tanto ni con tanto entusiasmo como en aquellos días”.⁵

Su participación en los grupos de ayuda a la causa republicana le valió la acusación de “comunista y anticlerical”, esgrimida por otras figuras del espacio intelectual porteño en el que ella ya era una figura muy reconocida. Delfina Bunge, esposa de Manuel Gálvez y tan católica como él, le escribió por entonces una carta en la que defendía los valores clericales que se estaban poniendo en juego en España y lamentaba los crímenes de sacerdotes. Hacia el final le relataba el temor que había sentido al presenciar un desfile del Frente Popular que pasó por su casa, en el que algunos con brazaletes rojos iban cantando “La Internacional”.⁶

El impacto que le produjeron los sucesos de España y el compromiso que asumió con la república, sus combatientes y luego sus exiliados, fueron el comienzo de un camino que llevó a Oliver a propiciar diversas actividades y participar en la creación de distintas asociaciones en Argentina y en otros países, siempre vinculadas a la defensa de la paz, la cultura y los derechos de las mujeres. Estos posicionamientos públicos la fueron acercando a la izquierda y la llevaron a mantener un estrecho vínculo con el Partido Comunista, para cuyos integrantes Oliver era una excelente gestora cultural y una intelectual burguesa que había desertado de sus compromisos de clase. Estas intervenciones generaron en algún momento un distanciamiento de Victoria Ocampo y de otros integrantes de Sur, y le valieron también que en el mundo comunista de la segunda posguerra la conocieran como “Rosita, la roja”, tal como ella misma firmaba las tarjetas navideñas que enviaba a su familia cuando estaba de viaje.⁷

Si bien no estuvo afiliada al PC ni fue su intelectual orgánica, estuvo siempre muy vinculada a sus empresas culturales, especialmente a aquellas dedicadas a

fomentar la participación política de las mujeres. Desempeñó un rol central en la organización de la Unión Argentina de Mujeres (UAM), creada en 1936 junto a Victoria Ocampo y bajo el impulso de otras feministas liberales, pero en donde también se sumaron integrantes del Partido Socialista (PS) y del PC. Las comunistas, lideradas por Fanny Edelman, apuntaban a la proletarización de la organización y comprometían su participación en el marco de la política de alianzas de los Frentes Populares.⁸

En estas iniciativas no faltaron las tensiones internas y las disputas ideológicas. Junto a la defensa de los derechos políticos y civiles de la mujer, promovidos por Ocampo y Oliver desde sus funciones como presidenta y vicepresidenta de la UAM, las comunistas bregaban por los derechos sociales y económicos. Cuando Victoria Ocampo renunció a la presidencia de la organización, Oliver asumió sus funciones y amplió los vínculos con los sectores de izquierda, habilitando más espacio para sus planteos y reivindicaciones.

Sus contactos, sus amigos, su capital cultural y el dominio de varios idiomas fueron factores fundamentales que le permitieron generar redes nacionales e internacionales y definieron una particular trayectoria intelectual basada en el activismo y en el rol de mediadora en diferentes coaliciones.⁹ En sus cartas y memorias dejó testimonios sobre los intercambios de ideas y de análisis políticos que mantuvo con hombres y mujeres de distintas partes del mundo. El escritor norteamericano Waldo Frank, que visitó nuestro país en 1929, influyó significativamente en la visión de Oliver sobre América Latina y la llevó a pensar en la necesidad de construir lazos con los demás países del continente para consolidar la identidad latinoamericana.

Los temas y las causas que generaban su interés la llevaban a gestionar empresas culturales y políticas que contradecían los principios y conductas esperables para miembros de su clase, ubicándola como una figura “descentrada”.¹⁰ El apoyo a la república española, la activa participación en las redes comunistas y la defensa de los derechos civiles y económicos de las mujeres fueron los principales ejes de su activismo público durante la década del 30. Si bien sus grandes amigos se encontraban en esos años en el círculo que giraba alrededor de la revista *Sur*, sus acciones se desplegaron más allá de restricciones clasistas y sociales. “Se trata de un uso estratégico y político de un capital social que Oliver emplea al servicio de una agenda, en principio, antagónica a los intereses de la elite de la que ella misma provenía”.¹¹

En la década siguiente continuó trabajando. Así como antes María Rosa Oliver se había sentido interpelada por la Guerra Civil Española y había apoyado la causa republicana, el desarrollo de la Segunda Guerra mundial la impulsó a promover nuevas empresas en favor de los Aliados y siempre en el marco de la lucha antifascista. A partir de experiencias previas en organizaciones de defensa de derechos y en asociaciones de ayuda a exiliados, mujeres provenientes de diferentes espacios ideológicos y políticos crearon en 1941 la Junta de la Victoria, en donde Oliver también tuvo una activa participación. Este nuevo espacio tuvo una composición plural e interclasista, albergó a mujeres liberales, radicales, comunistas y socialistas, de diferentes religiones, etnias y estratos sociales, unidas con el objetivo común de combatir al nazismo. Se conformó una potente institución, con filiales en todo el país y conexiones con el exterior que representó un importante momento en el movimiento político de las mujeres, especialmente por el nivel de interacción social y la pluralidad ideológica sobre el que se sostuvo. “Las acciones de la Junta de la Victoria llevaron el mensaje antifascista a gran parte del país, movilizaron a las mujeres donde estaban, en sus casas, granjas y barrios; reduciendo así su aislamiento y preparándolas para desempeñar papeles cívicos”.¹²

En 1942, Oliver emprendió un viaje a los Estados Unidos e inició una nueva etapa en su vida personal y pública, que incluiría tareas diplomáticas y asesorías en temas latinoamericanos para organismos del gobierno demócrata de Franklin D. Roosevelt.

En los años treinta Oliver ingresó al mundo cultural porteño y desarrolló un importante rol de animadora y promotora de redes e instituciones que formaron parte vital de la cultura antifascista forjada en el período de entreguerras. Escribió artículos y libros, hizo traducciones, produjo obras de teatro, participó en la creación de asociaciones y mantuvo una prolífica correspondencia con escritores, artistas y periodistas. Dejó plasmadas sus vivencias en tres libros de Memorias, en páginas donde detalló escenas de la vida cotidiana de una familia de clase alta en la Buenos Aires de principios del siglo XX y donde se permitió también observaciones agudas e impugnaciones a muchas de las ideas y concepciones de ese mundo que ella misma había habitado: “el privilegio no se atreve a nombrarse a sí mismo”, escribió en Mundo, mi casa, publicado en 1965, cuestionando los principios que sostenían el orden social en el que había crecido y al que siempre siguió vinculada.¹³

Bibliografía

Bertúa, P., “María Rosa Oliver: apuntes de viaje y crítica cultural”, en Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, núm. 17, 2013.

Campione, D., La guerra civil española, Argentina y los argentinos, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2018.

Clementi, H., María Rosa Oliver, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Fernández Bravo, A., “María Rosa Oliver en las redes comunistas del siglo”, en Mora, vol. 23, nro. 2, Buenos Aires, 2017.

McGee Deutsch, S., “La Junta de la Victoria”, en Jewish History, nro. 18, 2004.

Oliver, M. R., Mundo, mi casa, Falbo Librero Editor, Buenos Aires, 1965.

Oliver, M. R., Mi fe es el hombre, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2008.

Pasolini, R., “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en Desarrollo Económico, vol. 45, núm. 179, Buenos Aires, 2005.

Pasolini, R., “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, disponible online en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Pasolini%201.pdf>

Pasolini, R., “Scribere in eos qui possunt proscribere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, en Prismas, nro. 12, 2008.

Petra, A., “Cultura comunista y guerra fría: los intelectuales y el movimiento por la paz en la Argentina”, en Cuadernos de Historia, N° 38, Santiago de Chile, junio de 2013. Versión online: <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-12432013000100004>

Pierini, M., “María Rosa Oliver: Mundo (de letras), su casa”, en Mora, vol. 23, nro. 2, Buenos Aires, 2017.

Sáitta, S., “Política, masividad y vanguardia en Contra, La revista de los francotiradores de Raúl González Tuñón”, en Sosnowski, S. (ed.), La cultura de un siglo - América Latina en sus revistas, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1999.

Valobra, A., “Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951”, Revista Izquierdas, nro. 23, Santiago de Chile, abril 2015.

1 “Los temas y las causas que generaban su interés la llevaban a gestionar empresas culturales y políticas que contradecían los principios y conductas esperables para miembros de su clase, ubicándola como una figura descentrada”. La investigadora Margarita Pierini utiliza ese término para describir la trayectoria de María Rosa Oliver, en su trabajo “María Rosa Oliver: Mundo (de letras), su casa”, en Mora, vol. 23, nro. 2, Buenos Aires, 2017, pp. 5-18.

2 Sáitta, S., “Política, masividad y vanguardia en Contra, La revista de los francotiradores de Raúl González Tuñón”, en Sosnowski, S. (ed.), La cultura de un siglo - América Latina en sus revistas, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1999.

3 Pasolini, R., “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en Desarrollo Económico, vol. 45, núm. 179, Buenos Aires, 2005, pp. 403-433.

4 Campione, D., La guerra civil española, Argentina y los argentinos, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2018.

5 Clementi, H., María Rosa Oliver, Planeta, Buenos Aires, 1992.

6 Ibid., p. 107.

7 Petra, A., “Cultura comunista y guerra fría: los intelectuales y el movimiento por la paz en la Argentina”, en Cuadernos de Historia, N° 38, Santiago de Chile, junio de 2013. Versión online: <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-12432013000100004>

8 Valobra, A., “Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951”, Revista Izquierdas, N° 23, Santiago de Chile, abril 2015, pp. 127-156.

9 Fernández Bravo, A., “María Rosa Oliver en las redes comunistas del siglo”, en Mora, vol. 23, nro. 2, Buenos Aires, 2017, pp. 27-41.

10 Pierini, M., op. cit., pp. 5-18.

11 Fernández Bravo, A., op. cit.

12 McGee Deutsch, S., “La Junta de la Victoria”, en Jewish History, nro. 18, 2004, pp. 49-73.

13 Oliver, M. R., Mundo, mi casa, Falbo Librero Editor, Buenos Aires, 1965.

CAPÍTULO VII

LAS ASOCIACIONES ÉTNICAS DE SOCORROS MUTUOS DESPUÉS DE LA MIGRACIÓN HISTÓRICA

Celeste Castiglione

Los estudios sobre los procesos asociacionistas son considerados un subgénero dentro de los estudios migratorios,¹ teniendo en Argentina una atención a partir de la renovación de este campo en las últimas tres décadas. Se analizan allí, en principio, cuestiones vinculadas a volúmenes y causas, para profundizar con los años en cuestiones más profundas tanto macro como microhistóricas, pero abriendo “una ventana temática y metodológica” que nos brinda aspectos específicos de los intereses de ese grupo, inserción, conflictos y preocupaciones.² En este capítulo haremos un recorrido acerca de las causas de la conformación mutualista y el momento crítico que atraviesan a partir del Crisis del 30, cuando las tensiones económicas y políticas adquieren otra dimensión.

Desde 1810 las migraciones habían estado presentes en el discurso de los gobernantes, con intentos de establecimientos de colonias y arribo de grupos de algunas nacionalidades, pero es recién a partir de 1852 que concluye una etapa de conflictos políticos y se sanciona la Constitución Nacional de 1853 que declara en su Preámbulo la necesidad de poblar el suelo argentino.

Durante este período se instalaron con variada suerte las que denominamos “migraciones tempranas”, constituidas por grupos de comerciantes ingleses, franceses, irlandeses, escoceses y alemanes, no muy numerosas, pero influyentes en variados nichos económicos.

Las presidencias “fundacionales” de Mitre (1862-1868), Sarmiento (1868-1872) y Avellaneda (1872-1880), continuaron con la promoción del aumento de la

población como parte de la necesidad de ingresar al paradigma del progreso. Es precisamente durante la presidencia de este último que se sanciona la Ley N° 817/76 de Inmigración y Colonización, en la que se despliegan por parte del Estado facilidades para el arribo de trabajadores a través de agentes de inmigración.

A partir de 1880 y hasta 1930, la elite gobernante ingresa al mercado mundial a través del modelo agroexportador como proveedor de materias primas. En ese circuito comercial, el rol de los migrantes fue fundamental, aunque se encontraba sustentado ideológicamente en un positivismo con rasgos xenófobos y racistas que estudiaban a la “masa” que seguía arribando con extrañamiento y distancia, al mismo tiempo que los necesitaban para la reproducción del sistema económico.³

Este paradigma económico tuvo, además, un régimen de concentración de la tierra que impedía el acceso a ésta de los migrantes, sólo pudiendo acceder a ella como arrendatarios y asalariados rurales. Como expresa Gori, la cuestión territorial era tan importante que formó parte de la misma Carta Magna, pero esa enunciación da escasas soluciones en cuanto a su distribución.⁴

De 1880 a 1914 la Argentina tuvo un impacto poblacional que se denomina “migración masiva”, en donde 3 de cada 10 personas habían nacido en otro país. A diferencia del Censo de 1869 con predominancia rural, en 1914, el 57% se asienta en ámbitos urbanos haciendo que la vieja aldea del Río de la Plata se transformara en una metrópoli que requería de un análisis propio de una sociedad compleja.⁵

La elite dirigente que gobierna la Argentina entre 1880 y el Centenario conformaron una “cultura científica”,⁶ que subsume una forma de ver la vida social pasible de ser gobernada por leyes de las ciencias naturales y por un ordenamiento que se imponga desde la dirigencia a la “masa” que seguía arribando. El positivismo era conceptualizado como una cosmovisión que superaba el romanticismo y los aspectos religiosos, abriendo un lugar a teorías fundadas en la biología, la psicología y las nuevas disciplinas científicas que se conforman.

La cantidad de migrantes era una preocupación para la elite dirigente, sobre la que se opera represivamente a través de la Ley de Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910). Como explica Devoto, la mirada positivista de Ramos

Mejía, uno de los más importantes exponentes del gobierno, se alejaba ya de un sueño idílico y optimista de la migración como el remedio a todos los males latinoamericanos, para diagnosticar y evaluar qué se hacía con la “cuestión social”.⁷

Y la verdad es que, cuando en esta ciudad multicolor y cosmopolita en demasía, uno se traslada a la tranquila ciudad del Interior, siente al alma que levanta sus alas suavemente acariciada por el recuerdo de la vieja cepa; percibe algo que semeja la fresca brisa de la infancia cantando en la memoria multitud de recuerdos amables. Sí: aquella casa vieja, aquella familia sencilla y distinguidísima, en medio de su patriarcal bonhomía, es la nuestra [...].⁸

El Estado Nación buscó formas de encausar la heterogeneidad, como explica Devoto, una parte de la solución fue abordada a través de nacionalizar y civilizar a los migrantes y sus hijos, para ello sancionaron la Ley de Educación Común Gratuita y Obligatoria N° 1420 de 1884 y la del Servicio Militar Obligatorio N° 4301.⁹

Este tipo de inmigración fue masiva, con la atención fluctuante e intermitente de un Estado Nación que tuvo la necesidad de crear asociaciones que pudieran contribuir a la reducción del impacto de los que seguían arribando. “Desde abajo”, espontáneamente, entre los migrantes que ya tenían trabajo o sabían dónde se alquilaban habitaciones, se comienza a conformar las Asociaciones de Socorros Mutuos (en lo sucesivo, ASM), que Di Stéfano considera como “modernas”, ya que deben cumplir con ciertos requerimientos formales que vamos a detallar.¹⁰

Se establecía una reunión de connacionales en un domicilio o en lugares simbólicos, como fue la “cancha de pelota” en las actuales Cabildo y Juramento de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Belgrano.¹¹ A partir de ese momento, las reuniones regulares, cada quince o treinta días, se congregaban después del horario de trabajo, llevándose a cabo un registro exhaustivo en los libros de actas que se compraban numerados. Allí concurría la Comisión Directiva (en lo sucesivo CD) compuesta por el presidente y vice, secretario, tesorero, vocales, que se renovaban regularmente, imprimiendo en cada período

una impronta específica.

Por temas puntuales se establecían reuniones extraordinarias, pidiendo la asistencia de todos los socios, mediante boletines, que eran su principal órgano de comunicación.

Es muy difícil contabilizar de manera general el número exacto de las asociaciones y su número de socios, pero si dar cuenta de que se constituyó como un fenómeno sumamente importante. A fin de dar un ejemplo de la expansión asociacionista y de las rutas de inserción las primeras fueron:

■

1854	L'Union et Secours Mutuels	Cap. Fed.
1857	Catalana	Cap. Fed.
1857	Asociación Española de Socorros Mutuos	Cap. Fed.
1857	Asociación Española de Socorros Mutuos	Rosario
1858	Unione e Benevolenza	Cap. Fed.
1858	Asociación Española de Socorros Mutuos de Pergamino	Bs. As.
1859	La Française	Cap. Fed.
1859	Asociación Española de Socorros Mutuos	Entre Ríos
1860	5ª. Asociación Española de Socorros Mutuos	Bs. As.

■
Fuente: Elaboración propia en base a la tabla de Di Stéfano y Sábato.¹²

Como se puede observar, la primera es francesa siendo parte de las migraciones “tempranas” y a menudo respondiendo a diferentes intereses; así como también la inserción en la provincia y el Litoral, siendo más numerosas en ese momento las españolas y asumiendo la nacionalidad mientras que la italiana tomaba otro nombre en virtud de que aún no estaba unificada la península.

De acuerdo a la categorización que realiza Otero, para las francesas pero que adaptaremos aquí, las asociaciones se pueden dividir en cinco grupos, en los que no podemos profundizar en este trabajo, de acuerdo a su función más específica, pero es importante señalar:¹³

A) Protección al inmigrante: beneficencia, repatriación.

B) Socorros Mutuos: con el pago de una pequeña cuota se podía acceder a un consultorio médico, descuentos en boticarias, ópticas, pensiones para los huérfanos, viudas, desempleo, pago del servicio funerario o panteón.

C) Recreativos y culturales: Círculos, Clubes

D) Militares: oficiales de reserva y ex combatientes

E) Regionales:

1. Micro territorial: comarca, pueblo o aldea

2. Meso territoriales: provincias (Pontevedrés, Lucense, etc.)

3. Macro territoriales: región

Esta rápida clasificación nos permite acercarnos al complejo entramado que comienza a conformarse, en donde según nuestros estudios de asociaciones españolas, la de Belgrano y la de Rosario, la función a) y b) se fundían en una sola, en los primeros tiempos.¹⁴ Luego serán los consulados y embajadas los que

asumirán tareas de la primera formalizando cuestiones de documentación y trámites. Por otro lado, la c) se puede organizar una vez que la cantidad de socios permitieran ampliar los servicios y ofrecer posibilidades de recrear y sostener la identidad.

A fin de dar un ejemplo que referencie, tomamos de Devoto algunos números.¹⁵ De acuerdo al censo de 1914, se registran 250 asociaciones españolas, 453 italianas y 92 francesas. Las primeras tenían una relación importante con la sede central de Buenos Aires (que en ese momento tenía 22.000 socios y un elevado capital en propiedades, panteón, etc.).

No todo inmigrante se asociaba, y es razonable que varíe en función a las primeras décadas de asociacionismo, a una organización que se profundiza en lazos y contactos. Existían socios que formaban parte de la asociación española, y también en la regional y barrial, al mismo tiempo que eran masones, o formaban parte de círculos de oficios, asumiendo distintos roles y funciones, de acuerdo a las relaciones que van estableciendo en el escenario local. Ser parte de la Comisión Directiva le brindaba una situación de jerarquía con respecto a su grupo de pertenencia, al mismo tiempo de una gran responsabilidad por cuidar el capital social. Por otra parte, ser parte de una asociación también implicaba un determinado comportamiento por parte de los socios, ya que representaban al país y habitualmente los nuevos eran presentados por otros antiguos que empeñaban su buen nombre y honor.

En este sentido, debemos agregar y profundizar en una variable que complejiza aun más este rápido mapeo de asociaciones étnicas y que se cruza con los diferentes momentos históricos y el contexto que estuviera atravesando la sociedad de origen. Las ASM podían ser conservadoras de la identidad, el idioma y las costumbres no sólo por una necesidad sino también para que los hijos aprendieran o no perdieran la lengua al momento del retorno. Otras asociaciones se transformaron en traductoras de la sociedad de destino, mediadoras entre mundos, proveyendo conocimientos y aprendizajes a fin de que los socios pudieran adaptarse más rápidamente e ingresar al mercado laboral y social; y las mixtas que por momentos mediaban y por otro se cerraban sobre sí mismas, resguardando aspectos, de acuerdo a las necesidades.

Sobre este punto hay tantos ejemplos como asociaciones se estudien, pero a fin de ilustrar podemos dar el de los japoneses arribados a principios del siglo, que huían del hambre y la guerra, y que fundaron escuelas para que sus hijos

aprendieran el idioma en virtud de un eventual retorno que la Segunda Guerra y sus profundas consecuencias retardarían o imposibilitarían.

Hubo un período de apogeo asociacionista en las primeras décadas del siglo XX, en donde la Gran Guerra (1914-1918) —momento en donde comienza a declinar la inmigración hacia la Argentina y cierto movimiento de retorno—, la Crisis del 30, la Guerra Civil Española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), formaron parte del permanente diálogo de los asociados y su país de origen. Los sucesos mundiales moldearon, enemistaron, dividieron y unieron asociaciones en función de las ideas políticas.

Asimismo, en 1923 se reglamentó la ley 817 de 1876, que incorporó muchas ambigüedades y controles, y suspicacias especialmente intensificadas con centroeuropeos de religión judía, calificada de “no recomendable”.¹⁶

A partir de la Crisis del 30, las disposiciones se incrementaron, así como las exigencias burocráticas para ingresar (Decreto 8972/38).

María Inés Tato analiza el rol que poseen también los intelectuales, la prensa étnica, a lo que podemos sumar una importante circulación (retornos, visitas, etc.) que suministran gran información a ambos lados del Atlántico. La Primera Guerra dividió a la comunidad española entre aliadófilos y germanófilos, en su mayoría.¹⁷

A partir de los años 30, una corriente ideológico-política atraviesa a las comunidades españolas y también dentro de la opinión pública del momento: el hispanismo. Ésta supone la existencia de una comunidad hispánica basada en una unidad histórica, lingüística, religiosa y racial, que se manifiesta en múltiples aspectos y órganos de comunicación.

Esta corriente nutrió al bando insurgente español formado por intelectuales (como Manuel Gálvez), políticos y eclesiásticos y se sumó el nacionalismo católico, que se retroalimentaban a las dos márgenes del Atlántico.¹⁸

Extraoficialmente los presidentes argentinos Ramón Castillo y Agustín P. Justo expresaron sus simpatías por el franquismo: los bandos empezaban a tener su repercusión en América.

La Guerra Civil la transforma en una vertiente más beligerante (antidemocrática, antiliberal, anticomunista y antiindigenista), y permeada por el falangismo.

En el ámbito local, las asociaciones también se posicionan en uno otro bando, siendo el colectivo gallego el más numeroso el que presenta una contrapartida de ayuda a la 2ª República enviando ropa, víveres y medicamentos, “Bonos de racionamiento” que equivalían a la alimentación diaria de un combatiente que lograban juntar a partir de bailes, picnics y cenas.¹⁹ También en este grupo había intelectuales sumamente influyentes como Alfonso Castelao, que crearon un campo de discusión en donde el fusilamiento de Federico García Lorca fue de gran impacto y crearon las condiciones para el exilio posterior.

El fascismo italiano, por otro lado, también consideró a las asociaciones de italianos en el exterior como una proyección de sus políticas. De acuerdo a Cimatti, el planteo del imperio italiano consistía en un diseño de círculos concéntricos, con un núcleo conformado por Italia y sus anexiones (territorios irredenti y colonias africanas) y se ampliaban a espacios más alejados donde hubiera colectividades italianas, a fin de construir simpatías con el régimen en donde también se contemplara la creación de nuevas asociaciones ligadas directamente con el fascismo.²⁰ Sin embargo, en la Argentina (al igual que en Brasil y Uruguay), el éxito de esta política fue muy reducido, aunque no inexistente. En el caso de Bahía Blanca, se funda la Casa del Italiano, se recibe a los altos representantes del gobierno italiano (delegado general de los fasci en América del Sur), banquetes en el Hotel D’Italia y festival en el Teatro Colón, con la bendición del gallardete (uno de los símbolos fascistas), en 1926. Asimismo, este mismo autor da cuenta que las asociaciones mutuales, dentro de su heterogeneidad muchas de las cuales nacidas bajo ideales mazzinianos y republicanos, llevan en su honor nombres como Il leone de Caprera (como se le decía a Garibaldi), Roma Unida o XX de septiembre fecha en la que entra a Roma, fueron la contrapartida que constituyó un obstáculo para la penetración del fascismo y su política all’estero: una identificación articulada en torno a una ideología liberal-radical de sectores llegados previamente al ascenso de fascismo, sirvió de contención.²¹

Las comunidades sirio-libanesas, que arribaron después de la Primera Guerra Mundial fueron numerosas y fragmentarias, atravesadas por diversidades religiosas o de base local. Otra corriente que nutrió algunas de las corrientes previas fueron los judíos que se unieron en 1894 para resolver el tema de los fallecidos, especialmente de los asquenazíes, en una organización Jevra Kadisha, que luego derivaría en la AMIA, por el decreto del presidente Ortiz, de 1941 que reglamenta la vida de las asociaciones. El mismo presidente un año antes por sugerencia del Comité Pro Inmigración Vasca, formado por personalidades

destacadas de la cultura y la economía, sancionó dos decretos que promovieron y facilitaron la llegada de nuevos flujos (sin distinción de origen, español o francés), dentro de un contexto de políticas restrictivas.²² Esta política habilitó una nueva corriente, que en ese momento era asediada por el régimen de Franco.

En este período, como describe Devoto, existía una cierta discrecionalidad por parte de las autoridades, emite un decreto en 1938, que “constituyó el mayor esfuerzo por reducir al mínimo la inmigración a través de organismos administrativos”, seleccionando los más “asimilables” y evitar a la nueva figura que se estaba discutiendo en foros internacionales: el “refugiado”.²³

Como se observa, todo está preparado para ingresar a momentos aun más complejos y confusos, en donde los líderes y sus asociaciones, muchas de ellas ya asentadas, con contactos y cierta cantidad de poder, jugarán un papel central sobre los nuevos flujos de posguerra y el rol de los locales.

Bibliografía

Aguirre, J. U., “Dos decretos argentinos pro-inmigración vasca”, en VIIème Congrès d’Etudes Basques, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 2003.

Castiglione, M. C., “Morir en comunidad. La historia del panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Belgrano”, en Revista de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Año 30, N° 80, Enero-Junio, 2016.

Castiglione, M. C., “Representaciones de la ausencia: la historia del Panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Rosario, 1857-1885”, en Revista Estudios de Historia de España del Instituto de Historia de España, nro. XIX, 2017.

Cimatti, B., “Asociacionismo italiano y fascismo fuera de Italia: repensando su relación desde el caso de Bahía”, en Estudios del ISHiR, nro. 16, 2016.

Devoto, F., “La experiencia mutualista italiana en la Argentina: un debate”, en Devoto, F. y Míguez, E. (comps.), Asociacionismo e identidad étnica, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992.

Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

Di Stéfano, C. y Sábato, H., De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil - Historia de la iniciativa asociativa en Argentina (1776-1990), Edilab, Buenos Aires, 2002.

Fasano, L., “Los contactos transatlánticos entre la prensa hispánica de Buenos Aires y los gallegos refugiados en las zonas republicanas durante la Guerra Civil española”, en De Cristóforis, N. y Tato, M. I. (comps.), Las grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2014.

Ferreyra, A. “Contribución material y apoyo ideológico a la Segunda República española desde asociaciones microterritoriales gallegas en Buenos Aires (1936-1940)”, en Signos Históricos, nro. 18, 2016.

Gori, G., Inmigración y colonización en la Argentina, Eudeba, Buenos Aires, 1988.

Iannini, N., “Soy y Luna, una definición hispanista de la nacionalidad argentina”, en De Cristóforis, N. y Tato, M. I. (comps.), Las grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2014.

Novick, S., Política y población: de los conservadores al peronismo, UBA, Buenos Aires, 2018.

Núñez Seixas, X., “El asociacionismo emigrante español: algunas consideraciones teóricas”, en Blanco Rodríguez, J. A y Dacosta, A. (eds.), El asociacionismo de la emigración española en el exterior: significación y vinculaciones, Sílex, Madrid, 2014.

Otero, H., “El asociacionismo francés en la Argentina. Una perspectiva secular”, en EIAL, vol. 21, n° 2, 2010.

Ramos Mejía, J. M., Las multitudes argentinas, Tor, Buenos Aires [1899], 1956.

Tato, M. I., “Germanófilos versus aliadófilos. La colonia española de Buenos Aires frente a las polarizaciones de la Gran Guerra”, en De Cristóforis, N. y

Tato, M. I. (comps.), Las grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2014.

Terán, O., Positivismo y nación en la Argentina, Ed. Puntosur, Buenos Aires, 1987.

Terán, O., Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910), FCE, Buenos Aires, 2000.

Zimmermann, E., Los liberales reformistas - La cuestión social en la Argentina 1890-1916, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

1 Núñez Seixas, X., “El asociacionismo emigrante español: algunas consideraciones teóricas”, en Blanco Rodríguez, J. A y Dacosta, A. (eds.), El asociacionismo de la emigración española en el exterior: significación y vinculaciones, Sílex, Madrid, 2014.

2 Devoto, F., “La experiencia mutualista italiana en la Argentina: un debate”, en Devoto, F. y Míguez, E. (comps.), Asociacionismo e identidad étnica, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992.

3 Véase: Terán, O., Positivismo y nación en la Argentina, Ed. Puntosur, Buenos Aires, 1987; Terán, O., Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910), FCE, Buenos Aires, 2000; Zimmermann, E., Los liberales reformistas - La cuestión social en la Argentina 1890-1916, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

4 Gori, G., Inmigración y colonización en la Argentina, Eudeba, Buenos Aires, 1988.

5 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

6 Terán, O., Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910), op. cit.

7 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, op. cit., p. 273.

8 Ramos Mejía, J. M., Las multitudes argentinas, Tor, Buenos Aires [1899], 1956.

9 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, op. cit.

10 Di Stéfano, C. y Sábato, H., De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil - Historia de la iniciativa asociativa en Argentina (1776-1990), Edilab, Buenos Aires, 2002.

11 Castiglione, M. C., “Morir en comunidad. La historia del panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Belgrano”, en Revista de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Año 30, N° 80, Enero-Junio, 2016.

12 Di Stéfano, C. y Sábato, H., op. cit., p. 82.

13 Otero, H., “El asociacionismo francés en la Argentina. Una perspectiva secular”, en EIAL, vol. 21, n° 2, 2010.

14 Véase: Castiglione, M. C., “Morir en comunidad. La historia del panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Belgrano”, op. cit.; y Castiglione, M. C., “Representaciones de la ausencia: la historia del Panteón de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Rosario, 1857-1885”, en Revista Estudios de Historia de España del Instituto de Historia de España, nro. XIX, 2017.

15 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, op. cit., p. 310.

16 Ibid., p. 310.

17 Tato, M. I., “Germanófilos versus aliadófilos. La colonia española de Buenos Aires frente a las polarizaciones de la Gran Guerra”, en De Cristóforis, N. y Tato, M. I. (comps.), Las grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2014.

18 Iannini, N., “Soy y Luna, una definición hispanista de la nacionalidad argentina”, en De Cristóforis, N. y Tato, M. I. (comps.), Las Grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, op. cit.

19 Véase: Fasano, L., “Los contactos transatlánticos entre la prensa hispánica de

Buenos Aires y los gallegos refugiados en las zonas republicanas durante la Guerra Civil española”, en De Cristóforis, N. y Tato, M. I. (comps.), Las Grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires, op. cit.; y Ferreyra, A. “Contribución material y apoyo ideológico a la Segunda República española desde asociaciones microterritoriales gallegas en Buenos Aires (1936-1940)”, en Signos Históricos, nro. 18, 2016.

20 Cimatti, B., “Asociacionismo italiano y fascismo fuera de Italia: repensando su relación desde el caso de Bahía”, en Estudios del ISHiR, nro. 16, 2016.

21 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, op. cit., p. 381.

22 Véase: Aguirre, J. U., “Dos decretos argentinos pro-inmigración vasca”, en VIIème Congrès d’Etudes Basques, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 2003, pp. 361-364; y Novick, S., Política y población: de los conservadores al peronismo, UBA, Buenos Aires, 2018.

23 Devoto, F., Historia de la inmigración en Argentina, op. cit., p. 390.

CAPÍTULO VIII

“HOMBRES EN SOLEDAD”.

EL GOLPE DE ESTADO DE 1930 EN LA LITERATURA DE MANUEL GÁLVEZ

Cecilia Gascó

Durante los años treinta las y los intelectuales jugaron un rol fundamental en la construcción de nuevos sentidos, interpretaciones e imaginarios sobre la historia y la cultura argentinas. En medio de la profunda crisis del liberalismo y los cuestionamientos a los ideales decimonónicos de progreso indefinido, libertad individual y prosperidad material se consolidaron en esa década las impugnaciones al sistema democrático liberal que ya se venían gestando desde los años previos, provenientes tanto desde sectores de la derecha nacionalista como desde los partidos y movimientos de izquierda.¹

El fin del modelo agroexportador y el golpe de Estado que derivó en el gobierno de facto del general Félix Uriburu produjeron cambios y reposicionamientos entre las fuerzas políticas que, entre otras consecuencias, propiciaron la consolidación de la Iglesia y las Fuerzas Armadas como actores centrales en la escena pública nacional y en las disputas de poder. A nivel mundial, el ascenso y fortalecimiento de los regímenes fascistas en Europa y la Guerra Civil Española repercutieron no sólo en la arena política sino también, y muy significativamente, entre las mujeres y los hombres de la cultura. Como afirma la investigadora Sylvia Saítta, se produjo en los años de entreguerras una creciente radicalización política en el campo cultural que se manifestó a través de la polarización entre antifascismo y anticomunismo.²

Entre los protagonistas de aquel período, Manuel Gálvez aparece como una de las figuras centrales que apoyó el derrocamiento de Yrigoyen en 1930. Maestro, abogado, promotor cultural y prolífico escritor cuyos libros alcanzaron a un importante número de lectores, había sido designado miembro de la Academia Real Española en 1928 y obtuvo nominaciones para el Premio Nobel de Literatura en 1933 y 1934. Ejerció además cargos públicos que le permitieron

viajar por todo el país y entablar contactos con personalidades vinculadas al poder.

En sus textos literarios, artículos periodísticos e intervenciones públicas se pueden identificar los tópicos del nacionalismo argentino que se consolidó en la década del 30. En su novela *Hombres en soledad*, publicada en 1938, es posible reconocer a los actores y los grupos en los cuales los intelectuales nacionalistas construyeron su identidad en oposición a la democracia liberal representada por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen. El cruce entre literatura y los abordajes historiográficos sobre el período permite un acercamiento a la sensibilidad y a los conflictos ideológicos del período, reconociendo el clima de convulsión política en el ámbito local y ubicándolo también en un contexto internacional de profundas revisiones y fusiones de ideas que iban marcando el declive del liberalismo y el avance de los regímenes autoritarios.

Un nuevo mundo cultural y político

Junto a algunos integrantes de la oligarquía argentina que sostenían posiciones reformistas, en 1912 el entonces presidente Roque Sáenz Peña promovió la sanción de la ley electoral que habilitó el sufragio universal masculino, secreto y obligatorio y que hizo posible el ascenso de Yrigoyen a la presidencia en 1916. La pérdida de poder político que implicó el cambio de gobierno generó en algunos sectores de la oligarquía una “mentalidad defensiva” que hacia el fin de la Primera Guerra mundial se transformó en un auténtico pesimismo cultural.³ Los conservadores comenzaron a cuestionar al sufragio universal y a un sistema político que les negaba la posibilidad de ejercer su antiguo poder y los volvía impotentes ante el advenimiento de la sociedad de masas y de los irreversibles cambios sociales y económicos que se hicieron evidentes a principios del siglo XX.

Durante la década del 20 se profundizó ese pesimismo político-cultural y en algunos círculos intelectuales se emprendió una abierta crítica a la democracia liberal y a los principios decimonónicos de progreso indefinido y felicidad material que habían caracterizado a la ideología dominante del siglo XIX, liderada por la burguesía y confirmada por el triunfo del capitalismo. En estos

grupos se encontraban Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Ernesto Palacio, Carlos Ibarguren y los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, unidos por el común sentimiento antiliberal. Desde el semanario nacionalista La Nueva República, fundado en 1927, algunos de ellos manifestaban abiertamente la necesidad impulsar otro orden socio-político y con estas ideas alimentaron el clima pre-revolucionario que culminó en 1930 con el derrocamiento de Yrigoyen. El investigador Christian Buchrucker los identifica como jóvenes nacionalistas que se destacaron por sus formulaciones intelectuales elitistas y cita la interpretación del propio Palacio sobre el movimiento en 1930: “somos una minoría que representa la voluntad de vivir de la república. En nosotros se debate la patria misma contra las potencias de la muerte”.⁴

Al año siguiente, se fundó la revista católica Criterio, en la que escribieron los mismos autores junto a Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea. Además, aquí se destacaban los sacerdotes Gustavo Franceschi y Julio Meinville, que desde la publicación postulaban a la Iglesia como la salvadora del orden social ante la amenaza de la anarquía y las “ideologías disolventes” como el comunismo.

Este nacionalismo antiliberal se inscribía en la tradición contrarrevolucionaria europea. Sus seguidores, inspirados en lecturas del francés, conservador y xenófobo, Charles Maurras y también de Edmund Burke y Santo Tomás de Aquino, reivindicaban los principios hispanófilos de derecho natural, armonía de clases y jerarquía social propios de un orden anterior a 1789, en abierta oposición al sistema político de la democracia liberal y a los principios de igualitarismo heredados de la Revolución Francesa.

Las consecuencias de la posguerra mundial, la difusión internacional del comunismo a partir de la revolución bolchevique de 1917 y la “plebeya” democracia radical aparecían como hitos que habían iniciado una serie de peligros cada vez más amenazantes. En 1929, cuando la crisis financiera mundial terminó de destruir el modelo económico agroexportador dominante y rompió con la vinculación mercantil atlántica que había generado el rápido crecimiento de la economía nacional desde 1860, los temores de los sectores conservadores acentuaron el pesimismo y el rechazo a la institucionalidad liberal.

En este sentido, Tulio Halperín Donghi indica que la crisis de 1930 marca el inicio de una mirada perpleja y crítica hacia el pasado, en medio de una época que estaba perdiendo la confianza en un futuro de prosperidad indefinidamente

creciente y que asistía al ascenso y consolidación de los fascismos en Italia y en Alemania. Entre 1930 y 1945 se produjo una profunda crisis de las instituciones representativas en el Occidente europeo y en Argentina se desarrollaba un conflicto larvado y un temor ante la pérdida de las anteriores certezas que daba marco al fortalecimiento del nacionalismo político y de la corriente historiográfica del revisionismo muy asociada a él. “Ese temor cada vez más justificado comenzaba a corroer las seguridades que habían hecho posible construir una sólida conciencia nacional apoyándose en una promesa de futuro antes aún que en la memoria de un pasado compartido. Inspiró una exploración sin complacencias que terminó por abarcar a la entera experiencia histórica argentina, en la que tampoco participó ni la clase política ni los voceros de los grupos dominantes dentro del sistema socioeconómico argentino.”⁵

El grupo de intelectuales que había promovido la caída de Yrigoyen creyó encontrar en el general Uriburu al líder que llevaría sus ideas al poder, pero al año siguiente se sintieron desilusionados ante la conformación de una alianza gubernamental liderada por los conservadores que iniciaría la etapa del fraude electoral sistemático vigente hasta 1943. Entre esos años, que incluyeron los gobiernos del general Justo y de los civiles Roberto Ortiz y Ramón Castillo, el nacionalismo vivió una etapa de gran expansión y radicalizó su crítica a la democracia, al liberalismo y a los que consideraba sus legados: el socialismo y el comunismo.⁶ Gálvez, Ibarguren y Martínez Zuviría (conocido como Hugo Wast) se posicionaron como figuras clave del nacionalismo argentino. A través de sus textos y de sus intervenciones públicas en diferentes iniciativas de la sociedad civil, desempeñando roles gremiales u ocupando cargos en el Estado que daban una gran exposición y alcance a sus ideas, propiciaron la difusión de los conceptos propios de su cosmovisión: el estatismo, el corporativismo, la idea de la “nación católica”, la reivindicación de la herencia hispánica y el antisemitismo, tópicos centrales y compartidos por las diferentes expresiones del arco nacionalista.

¿Cuáles eran las promesas que los nacionalistas creyeron que iba a cumplir la revolución de septiembre de 1930? ¿Por qué se desilusionaron en 1932 ante la nueva alianza gubernamental conservadora liderada por el general Justo? Éstos son algunos de los interrogantes centrales que guían la lectura y la interpretación de *Hombres en soledad*, la ficción literaria a través de la cual Manuel Gálvez expresa sus propias ideas y las de quienes comparten su mundo cultural, ilustrando la densidad de los conflictos ideológicos que marcaron la década. La crítica literaria María Teresa Gramuglio plantea que “Es así como *Hombres en*

soledad ficcionaliza puntualmente la decepción con el golpe militar anticipada en Este pueblo necesita... Con esto resultó ser, a su manera, uno de los textos pioneros en la construcción de la imagen tradicional de la “década infame” que prosperó más allá de los balances críticos que prodigaron los nacionalistas”.⁷

Manuel Gálvez y los hombres en soledad

Gálvez nació en la provincia de Entre Ríos en 1882 y a principios del XX comenzó a escribir y a participar activamente de la vida cultural argentina. Autodefinido como católico practicante, fue un firme defensor de la doctrina social de la Iglesia y profuso divulgador de los ideales nacionalistas a través de libros, artículos periodísticos y manifestaciones públicas.

En 1903 creó la revista Ideas, una de las publicaciones que inauguró los planteos sobre la nueva sensibilidad de los jóvenes que querían romper con la tradición. Su primera ficción literaria fue El diario de Gabriel Quiroga publicado en 1910, en donde introdujo los principales lineamientos del nacionalismo y expresó el “espíritu del 900”, marcado por el rechazo del materialismo imperante, la apelación a valores espirituales y religiosos e incluso la necesidad del recurso a la violencia como fuerza salvadora y heroica para reformar los cimientos morales de las sociedades corrompidas.

Poco después, un viaje por España le inspiró unas reflexiones que plasmó en El solar de la raza, en 1913. Desde entonces continuó escribiendo en torno a esos principios y fue en los años treinta cuando encontró un público más amplio que comulgaba con muchas de las ideas que venía predicando.

Gálvez ha sido identificado como uno de los principales exponentes del nacionalismo cultural, la corriente de pensamiento vinculada al surgimiento del revisionismo histórico y a los planteos políticos de corte corporativista y dictatorial que adquirieron difusión en aquel período. Sin embargo, sus intervenciones públicas y su obra pueden ser interpretados como claros exponentes de los vaivenes ideológicos y las contradicciones que caracterizaron la vida político-cultural argentina en los años de entreguerras. En una entrevista que le realizaron en 1930, después del golpe, expresaba:

No he actuado nunca en política, aunque la política me apasiona... Tuve unos años de vago socialismo y liberalismo, entre los veintiuno y los veinticinco. Pero, salvo esto, he sido siempre católico practicante. He escrito libros católicos, como El diario de Gabriel Quiroga y El solar de la raza, cuando no era moda ser católico, cuando nadie se atrevía a nombrar a Dios en un artículo... Durante la guerra, indignado por muchas cosas, un gran sentido de justicia me inclinó hacia la revolución. Creí, como mucha gente, error que no tardé en reprobar, que la revolución era compatible con la Iglesia. Pero nunca fui bolchevique, como imaginan algunos enemigos que tengo. Creí en la importancia de la revolución rusa, en que ella influiría en todo el mundo para mejorar la situación de los pobres, pero después que empezaron a llegar las primeras noticias sobre los grandes crímenes de Lenin, Trotsky y sus secuaces, detesté a esos enemigos del género humano.⁸

Con su apoyo al golpe de Estado, Gálvez apostó a la revolución de septiembre viendo en ella la solución a lo que consideraba el mal de la época: la degradación moral y social causada por un sistema político basado en la democracia de sufragio universal y por el materialismo propio del ideario burgués. Sin embargo, luego del fallido intento de Uriburu de establecer un sistema corporativo lo embargó nuevamente la decepción y el escepticismo cuando en 1932 Justo llegó al gobierno y, en alianza con partidos políticos y con sectores conservadores, restituyó el sistema electoral sobre la base de los principios de la democracia formal y haciendo uso sistemático del fraude para asegurar la continuidad en el poder.

En 1934 Gálvez se pronunció abierta y públicamente a favor del fascismo a través de una compilación de artículos periodísticos que fue publicada con el título Este pueblo necesita..., reivindicándolo como un movimiento social de defensa de los trabajadores frente a la influencia comunista. Allí, Gálvez argumentaba sobre los beneficios de la implantación de una dictadura personal que pudiera imponer una reforma moral y una justicia social que también fuera acorde a los principios de la Iglesia, a la que quería devolver su lugar tradicional en la vida pública.⁹

Poco tiempo después, la Guerra Civil Española iniciada en 1936 y la

polarización ideológica que generó entre antifascismo y anticomunismo permitió a los nacionalistas aglutinar los núcleos de ideas que venían sosteniendo y vislumbrar en el régimen franquista un modelo de sociedad sustentada en la alianza de la cruz y la espada y en los mismos valores que ellos proclamaban y deseaban para la Argentina. Gálvez fue, junto a Carlos Ibarguren, uno de los más activos protagonistas en la producción de manifiestos, cartas y pronunciamientos públicos a favor del bando nacional que se había levantado contra la república española legalmente constituida. En un texto publicado en el diario El Mundo en agosto de 1936 se refirieron a los rebeldes como “los que reivindican heroicamente la nacionalidad, la religión y las gloriosas tradiciones de su patria”, en respuesta a un manifiesto anterior de apoyo a los republicanos que llevaba las firmas de Leónidas Barletta, Jorge L. Borges, Alberto Gerchunoff, Eduardo Mallea, Aníbal Ponce, María Rosa Oliver y Victoria Ocampo, entre otros.

En este contexto de polarización ideológica mundial que alcanzó también al espacio cultural local, Gálvez publicó en 1938 Hombres en soledad. Gramuglio sostiene que esta novela condensó la parábola de entusiasmo y decepción con el golpe que experimentaron los intelectuales que habían promovido la caída de Yrigoyen. A través de las acciones e ideas de sus personajes y de los hilos de la trama argumental, Gálvez construyó una imagen sobre la Argentina y sobre los males que la aquejaban. La articulación literaria le permitía poner en boca de los protagonistas sus propios ideales y su análisis sobre el estado moral de la sociedad argentina en las vísperas del golpe. El personaje central, Gervasio Claraval, personifica las creencias y disquisiciones filosóficas del mismo Gálvez. Claraval es un escritor de ensayos con cierto prestigio, pero sin fama ni fortuna, que intenta sostenerse económicamente a través de su profesión de abogado, que tampoco le aporta fama ni fortuna y para la cual no siente ninguna inclinación. A través de su matrimonio está unido a los Toledo, una familia conservadora tradicional que vive de las riquezas que les aportan sus campos y cultiva una intensa vida social marcada por la importancia de mantener las apariencias.

Claraval y los Toledo representan los dos mundos que Gálvez quiere diferenciar y que él ve como los que están en pugna a fines de los años veinte. Ya no hay posibilidad de convivencia entre esos dos universos, el triunfo de uno implicará necesariamente la disolución del otro. Tal como el título de la novela lo indica, Gálvez pinta la soledad interior de Claraval, es decir de los que tienen un espíritu sensible, ajeno al materialismo y sensualismo de la época. Es una línea de pensamiento que hereda el espíritu crítico de los jóvenes del novecientos pero

que en los años treinta adquiere una consistencia ideológica más definida. Son los ideales de orden, jerarquía, patriotismo, sentido heroico de la vida, valores que implican una oposición total a la democracia de las masas y al igualitarismo social que sólo ha producido decadencia moral y espiritual.

Así, la literatura de Gálvez estaba en consonancia con los postulados del revisionismo histórico, que también adquirió relevancia en esta década, principalmente con los trabajos historiográficos de los hermanos Irazusta y su reivindicación del gobierno de Juan Manuel de Rosas. Claraval, que veía el país en manos de incapaces y mediocres, sostiene en una conversación una clara defensa de Rosas, identificando, al igual que los revisionistas, en el período rosista el paraíso perdido de la patria:

Así como los argentinos no tenemos carácter ni personalidad, así tampoco los tiene la Argentina, que es casi una factoría. Hemos tenido una personalidad, ya lo creo. Fue hace un siglo, durante los veinte años que gobernó dictatorialmente, y según métodos propios, don Juan Manuel de Rosas. Pero los unitarios, sus vencedores, nos europeizaron, y lo hicieron de un modo tan perfecto que nos entregaron, para toda la vida, al capitalismo extranjero.¹⁰

Gálvez se esmeró en plantear las divergencias ideológicas de esos dos mundos en pugna en cada detalle de la novela. Hay tópicos que se repiten y permiten identificar las posturas ante la vida de los protagonistas. Uno de esos tópicos es la visión que tienen de Europa y el significado del viaje al Viejo Mundo. “Si Claraval amaba a Europa por sí misma, aún más la amaba por el contraste con nuestro país... En Europa veía el solo refugio contra un sinfín de males nuestros a los que él juzgaba irremediables: el aislamiento y la soledad, el materialismo y el “guaranguerismo”, la uniformidad de las cosas y de los espíritus”.¹¹ Claraval había estado allí antes de casarse y, desde entonces, no hacía más que desear volver para disfrutar de los placeres del arte y la vida espiritual y, principalmente, de la comunión con otros espíritus sensibles como el suyo.

Los Toledo también deseaban el viaje a Europa, pero por puro placer sensual y material. La novela comienza con la reunión familiar por el regreso de uno de los hijos más jóvenes de su viaje de “bautismo europeo”. Para este joven, Europa

también era el paraíso, pero por motivos muy diferentes de los de Claraval. Allí había disfrutado de todo lo que brindaba la vida social parisina, la que cualquier argentino con plata podía aprovechar en grande: las boîtes, las mujeres hermosas y fáciles, los buenos restaurantes. También había conocido los museos, pero como él mismo se encargó de aclarar “en una tarde los despachamos a todos”.

Otro de los tópicos que atraviesa toda la novela es la personificación de la ciudad como lugar de lo siniestro, lo vulgar y templo que ha creado el culto al dinero. La ciudad es el ambiente asfixiante que desprecia a los escritores porque los considera inservibles y condena a la soledad y al aislamiento interior a los espíritus inteligentes y sensibles. Su mejor expresión es el tango, representante de una cultura sensual y melancólica, triste y perezosa.

La familia Toledo disfrutaba de su fortuna, pero desde el ascenso del gobierno radical ya no tenía acceso directo al poder político. En todos los diálogos que mantienen sus integrantes, Gálvez deja entrever la crisis social y económica que se estaba viviendo desde la crisis de 1929 y la inminencia de algún cambio importante.

Si bien Claraval se dedicaba con pasión a reflexionar sobre la decadencia moral de la sociedad, no sentía especial inclinación por la idea de revolución política que flotaba en el ambiente. Le simpatizaban un poco algunos radicales, pero estaba preocupado por la devaluación del peso y pensaba que un regreso de los conservadores al gobierno le permitiría recurrir a las influencias de la familia de su mujer para conseguir algún puesto público bien remunerado y, así, concretar su ansiado viaje a Europa. Pero, en definitiva, para él los conservadores eran tan malos como los radicales.

La defensa a ultranza de los ideales de la revolución setembrina que movían a los jóvenes nacionalistas son expresados por uno de los amigos de Claraval, Martín Block, quien en una exaltada conversación, uno de los días previos a la revolución le expresó:

Este país es un pudridero. No hay aquí carácter, ni energía, ni juventud, ni patriotismo, ni disciplina, ni pasión. Es el nuestro un pueblo escéptico, de gozadores de la vida ...Yo me he metido de cabeza en la acción revolucionaria ...Yo no busco cargos en el gobierno. Tampoco me propongo un fin político. Mi

*finalidad es puramente moral. Quiero transformarme a mí mismo y transformar a los otros. Quiero el peligro, la lucha, la violencia. ¿Se acuerda de mi maestro Nietzsche? Ha llegado el momento de poner en práctica sus ideas. Vivamos peligrosamente. ¡Basta de molicie, de escepticismo, de desorden!*¹²

Block proponía como programa social para el país uno sostenido en la “política del garrote”, único sistema capaz de liquidar al demoliberalismo. Era necesario establecer una dictadura que aboliera las elecciones, los comités y la mediocridad para imponer el despotismo de la decencia, la inteligencia, la austeridad y el “baño diario”.

Gálvez deja para Claraval la indefinición política y la pasión por los finos debates ideológicos, pero representa claramente en el personaje de Block la alternativa política del fascismo y ubica al suegro y al cuñado de Claraval como típicos exponentes del conservadorismo que había gobernado al país hasta 1916. Ellos pertenecían a una oligarquía que desconocía el derecho a la igualdad y a la justicia y que no podían concebir que hombres surgidos del pueblo y de la clase media gobernarán el país. Don Ezequiel Toledo y el abogado arribista Loira conocían la simpatía del general Uriburu por el fascismo, pero estaban seguros de que no implantaría una dictadura porque no se lo permitirían los conservadores que habían apoyado la revolución. Esta seguridad se basaba en un juicio que les era propio y que determinaba sus vidas públicas: “Este país es conservador por idiosincrasia. No gusta de la violencia. Nos falta juventud y virilidad para ser violentos. Estamos envenenados por la democracia”.¹³

En *Hombres en soledad* se plasman varios de los motivos y disquisiciones ideológicas de los años treinta. Por un lado, los conservadores despreciaban al gobierno radical personalista, por ser el gobierno de la “chusma” emergido de la clase media y del pueblo. Pero en la novela se plasman también las divergencias políticas y las diferentes expectativas que existían entre los mismos grupos que habían participado de la revolución setembrina con el objetivo común de derrocar a Yrigoyen. Los personajes del fanático y violento Block y del abogado Loira, amante de las apariencias y el prestigio social, representan a la alternativa fascista y a la restauración conservadora, respectivamente, las dos líneas políticas que se debatían y competían por imponerse en los meses siguientes a la toma del poder por Uriburu.

Los nacionalistas como Block querían realmente una revolución política y social que terminara con la democracia liberal de sufragio universal, revolución que sería liderada por jóvenes que se decían apolíticos empujados por el deseo de una reforma moral estructural. Los “conservadores por idiosincrasia”, en cambio, buscaban restituir los privilegios políticos anteriores a 1916 que les aseguraran beneficios económicos a través de una limitada democracia que se correspondiese en las formas con el liberalismo del siglo XIX.

Gálvez ilustra en su novela cómo a los pocos meses de la revolución ya se empezaban a ver los signos de la desilusión. A través de Claraval expresa esa desilusión ante la evidencia de que los argentinos volvían a sus vicios de antes y que habían pasado el entusiasmo y la energía de los primeros días. Era, de acuerdo a este personaje, el renacimiento de la politiquería: ahora en vez de adular a Yrigoyen se adulaba a Uriburu.

Esta gran decepción encuentra su representación literaria en la muerte de Martín Block, empujado al suicidio por el fracaso de sus ideales revolucionarios. “Desengañado del gobierno de Uriburu, que transigía con los conservadores, que no aplicaba los procedimientos que él juzgaba necesarios, sentíase disconforme con todos, sentíase de nuevo en la soledad”.¹⁴

Gálvez logró construir una sólida trama literaria con personajes bien definidos que es al mismo tiempo una fuerte crítica a los valores de la sociedad burguesa y al sistema de la democracia liberal. Introdujo concepciones políticas y su visión crítica de la democracia, del carácter oligárquico de la clase política que gobernó al país hasta 1916, identifica al radicalismo como el partido de la clase media y el pueblo y ubica esa etapa de Argentina como la de un país que funcionaba como una colonia y factoría del capitalismo internacional.

Hombres en soledad condensa la filosofía, los conflictos ideológicos, los enfrentamientos políticos y las decepciones de quienes conformaban el mundo cultural porteño de la década del 30. Gálvez expresa a través de los personajes sus concepciones sobre las relaciones e intereses que vinculaban a las familias tradicionales, la forma en que se construían los nexos políticos y los códigos morales que determinaban los comportamientos sociales. El texto recrea un mundo de apariencias, en el cual todos criticaban la decadencia moral al mismo tiempo que escondían historias personales que traicionaban aquellos principios morales que declamaban.

Gramuglio considera a la novela “todavía hoy un testimonio valioso sobre el ‘momento de los treinta’: no porque las cosas hayan ocurrido efectivamente así como son narradas, sino porque la transparencia ideológica de la construcción ficcional permite captar cómo percibía Gálvez la vida política y cultural de esos años... El golpe ha sido incapaz de cumplir con las promesas de recuperación que había suscitado”.¹⁵

Bibliografía

Altamirano, C. (ed.), La Argentina en el siglo XX, Ariel y Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1999.

Buchrucker, C., Nacionalismo y Peronismo - La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

Cataruzza, A. (dir.), Nueva Historia Argentina - Tomo VII: crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943), Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Gascó, C., “Argentina, los argentinos y la Guerra Civil Española”, en Campione, D., La guerra civil española, Argentina y los argentinos, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2018.

Devoto, F., Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna - Una historia, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

Gálvez, M., Hombres en soledad, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, p. 28.

Gramuglio, M. T., “Imaginaciones de un nacionalista: Manuel Gálvez en el Centenario y en los años treinta”, en Altamirano, C. (ed.), La Argentina en el siglo XX, Ariel y Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1999.

Gramuglio, M. T., Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina, Municipal de Rosario, Rosario, 2013.

Halperín Donghi, T., La Argentina y la tormenta del mundo - Ideas e ideologías

entre 1930 y 1945, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2004.

Lvovich, D., Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2003.

Lvovich, D., El Nacionalismo de derecha - Desde sus orígenes a Tacuara, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006.

Rock, D., La Argentina autoritaria - Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública, Ariel, Buenos Aires, 1993.

Saítta, S., “Política, masividad y vanguardia en Contra, la revista de los francotiradores de Raúl González Tuñón”, en Sosnowski, S. (ed.), La cultura de un siglo - América Latina en sus revistas, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1999.

Saítta, S., y Romero, L. A., Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988), Punto de Lectura, Buenos Aires, 2002.

Warley, J., Vida cultural e intelectuales en la década de 1930, CEAL, Buenos Aires, 1985.

[1 Algunas de las ideas que se desarrollan en este capítulo fueron planteadas en la colaboración aportada por la autora en Campione, D., La guerra civil española, Argentina y los argentinos, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2018, capítulo: “Argentina, los argentinos y la Guerra Civil Española”.](#)

[2 Saítta, S., “Política, masividad y vanguardia en Contra, la revista de los francotiradores de Raúl González Tuñón”, en Sosnowski, S. \(ed.\), La cultura de un siglo - América Latina en sus revistas, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1999.](#)

[3 Buchrucker, C., Nacionalismo y Peronismo - La Argentina en la crisis ideológica mundial \(1927-1955\), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.](#)

[4 Ibid., p. 67.](#)

[5 Halperín Donghi, T., La Argentina y la tormenta del mundo - Ideas e ideologías entre 1930 y 1945, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2004, p. 17.](#)

6 Fernando Devoto plantea que “El nacionalismo político no culmina, ciertamente, en 1932. Alguien podría afirmar que es ahí cuando comienza”. Devoto, F., Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna - Una historia, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

7 Gramuglio, M. T., “Imaginaciones de un nacionalista: Manuel Gálvez en el Centenario y en los años treinta”, en Altamirano, C. (ed.), La Argentina en el siglo XX, Ariel y Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1999, p. 43.

8 Saítta, S., y Romero, L. A., Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988), Punto de Lectura, Buenos Aires, 2002.

9 Halperín Donghi, T., La Argentina y la tormenta del mundo - Ideas e ideologías entre 1930 y 1945, op. cit., p. 47.

10 Gálvez, M., Hombres en soledad, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, p. 28.

11 Ibid., p. 10.

12 Ibid., p. 109.

13 Ibid., p. 195.

14 Ibid., p. 374.

15 Gramuglio, M. T., op. cit., p. 42.

CAPÍTULO IX

ALMANAQUE 1930-1943

Silvina Pessolano

1930

6 de septiembre. Golpe de Estado.

Presidente: José Félix Uriburu, salteño de 62 años (1868-1932). Militar: teniente general de infantería. Participó en la organización de la Revolución del Parque en 1890 y en la represión de la Revolución Radical de 1905. Director de la Escuela Superior de Guerra y agregado militar en Alemania y Gran Bretaña.

Vicepresidente: Enrique Santamarina, tandilense de 57 años de edad (1873-1937). Hacendado, fue presidente del Banco Nación y gran impulsor de la creación de la localidad de Monte Grande y el partido de Esteban Echeverría. Renunció a la vicepresidencia por enfermedad, el 23 de octubre de 1930.

Ministro del Interior: Matías Guillermo Sánchez Sorondo, porteño de 51 años de edad (1880-1959). Político, posteriormente fue senador nacional por la provincia de Buenos Aires entre 1932 y 1941, y presidió el Senado entre 1939 y 1941. Luego fue senador provincial, y también presidió el senado bonaerense entre 1941 y 1943.

Ministro de Relaciones Exteriores: Ernesto Bosch (1863-1951) porteño, de 67 años de edad. Abogado, interventor federal de la provincia de San Luis en 1897. Embajador en Francia y ministro de Relaciones Exteriores de Roque Sáenz Peña, vicepresidente de la Sociedad Rural Argentina y presidente del Banco Central desde su fundación en 1935 hasta 1945, entre otros cargos.

Ministro de Hacienda: Enrique Simón Pérez (1863-1946) abogado de 66 años de edad. Fue ministro de Hacienda de Roque Sáenz Peña, diputado nacional, fundador del pueblo González Catán en homenaje a su suegro, presidente del

banco Hipotecario y miembro de la comisión directiva de la Sociedad Rural.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública: Ernesto E. Padilla Nougués (1873-1951). Tucumano de 57 años de edad. Abogado. Gobernador de su provincia en 1913, varias veces diputado nacional. Muy conocido por su discurso de oposición a la ley de divorcio finalmente no sancionada de 1902. También por la creación de monumentos y rescate histórico en todo el NOA. Una de sus características durante su ministerio fue no haber despedido a ningún funcionario yrigoyenista.

Ministro de Guerra: General Francisco Medina. Sin datos biográficos.

Ministro de Marina: Contraalmirante Abel Renard (1875-1944), 54 años. Fue comandante de varios buques de la marina y reconocido simpatizante del nazismo.

Ministro de Agricultura: Horacio Beccar Varela (1875-1944) porteño de 54 años de edad. Abogado y político ultra católico, presidente de la Unión Popular Católica. Tuvo destacada actuación política en el partido de San Isidro donde vivió hasta su muerte en la Quinta de los Ombúes.

Ministro de Obras Públicas: Octavio S. Pico (1867-1943) porteño de 63 años de edad. Ingeniero.

8 de septiembre. Jura Uriburu y ordena la detención de Yrigoyen.

9 de septiembre. Yrigoyen queda detenido y a los pocos días es trasladado a la isla Martín García.

10 de septiembre. La Corte Suprema de Justicia acordó reconocer al gobierno de facto, convalidando el golpe de Estado. Eran sus integrantes José Figueroa Alcorta de 70 años de edad, (1860 - 1931) abogado y político cordobés, que logró ser la única persona en ejercer la titularidad de los tres poderes del Estado: Vicepresidente de la Nación (Presidente del Senado), 1904-1906, Presidente de la Nación 1906-1910; y presidente de la Corte Suprema de Justicia, 1929-1931.

Roberto Repetto, 49 años (1881-1950). Abogado porteño, profesor universitario ministro de Justicia durante la presidencia de Figueroa Alcorta.

Ricardo Guido Lavalle (1871-1933). Abogado porteño de 59 años de edad.

Antonio Sagarna, 56 años (1874-1949). Jurista y político entrerriano que ejerció como ministro de Justicia e Instrucción Pública, diputado provincial en Entre Ríos y embajador en Perú entre otros cargos. En 1947, durante la presidencia de Juan Domingo Perón, el Congreso Nacional lo destituyó por medio de un juicio político junto a otros dos miembros de la Corte imputándole diversos cargos, entre los cuales estaba haber dictado la acordada del 10 de septiembre de 1930. De los autores originales de la doctrina de los gobiernos de facto sólo el ministro Sagarna fue enjuiciado: Roberto Repetto renunció al conocer que iba a ser enjuiciado, y los otros dos autores de la misma, José Figueroa Alcorta y Ricardo Guido Lavalle habían fallecido.

Procurador general: Horacio Rodríguez Larreta (1871-1935), 59 años. Antes de integrar la Corte fue abogado, juez y Procurador General de la Nación.

27 de septiembre. Se forma la Confederación General del Trabajo (CGT).

30 de septiembre. Muere Salvador Debenedetti (1884-1930). Destacado arqueólogo, fue el director de la restauración del pucará de Tilcara, en Jujuy junto a Juan B. Ambrosetti.

28 de diciembre. Gran cena para la fundación de la revista SUR, creada y financiada por Victoria Ocampo de 40 años de edad (1890-1979). Revista literaria que apareció en 1931, y también el de una editorial del mismo nombre que surgió dos años después. El primer número aparece en el verano de 1931. Desde sus inicios la revista tuvo entre sus colaboradores a figuras, como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Federico García Lorca, Gabriel García Márquez, Gabriela Mistral, Silvina Ocampo, Pablo Neruda, entre otros. La revista fue un espacio en donde el discurso daba paso a la polémica y el debate de ideas de los problemas de la sociedad argentina y mundial.

El mundo: El contexto internacional está signado por la crisis que llegó para instalarse y hacerse sentir durante toda la década. No sólo en el ámbito económico financiero, socialmente la enorme desocupación es la principal preocupación de todos los países afectados. En lo político, la crisis ideológica (liberalismo) dará paso al crecimiento del fascismo ya instalado en Italia y creciendo en el resto del mundo pero en especial en España y Alemania.

Gandhi inicia su campaña de desobediencia a las autoridades coloniales.

1931

1 de febrero. Fusilamiento de Severino Di Giovanni (1901-1931). Tipógrafo, maestro y autodidacta. A los 19 comenzó la militancia anarquista, al mismo tiempo que en Italia se producía el ascenso del fascismo de Benito Mussolini. Di Giovanni se alineó con los grupos más radicales del anarquismo en el país y participó en una serie de acciones violentas y atentados. El 31 de enero de 1931 fue capturado y condenado a muerte, luego de denunciar con dureza la represión y torturas producidas por el gobierno de facto de Uriburu. Fue ejecutado en el patio de la Penitenciaría Nacional ante varios testigos, entre los que se encontraba el escritor Roberto Arlt.

2 de febrero. Es fusilado en la Penitenciaría Nacional, actual parque Las Heras, el militante anarquista italiano Paulino Scarfó (1908-1931), camarada de Severino y hermano de su novia.

5 de abril. Elecciones en la provincia de Buenos Aires para gobernador. El resultado de estas elecciones, convocadas en un intento de animar al pueblo a “corregir” los excesos del radicalismo por medios democráticos, fue una victoria para Honorio Pueyrredón, candidato por la Unión Cívica Radical, quien obtuvo casi el 49% de los votos. Tras el fracaso del régimen de facto de desalojar a la UCR del poder por medio de las urnas, Uriburu anuló las elecciones antes de que el Colegio Electoral se pronunciara. Esto provoca una crisis en el gobierno reflejada en el recambio de ministros.

Renuncia el ministro de Hacienda Enrique Pérez y es reemplazado por Enrique Uriburu: (1876-1936). Abogado y escritor argentino de 55 años. Además de ser ministro de Hacienda durante el gobierno de facto de su primo, José Félix Uriburu, fue presidente del Banco de la Nación Argentina. Se limitó a llevar adelante una gestión orientada a disminuir los gastos, en un contexto de crisis. Presentó el primer proyecto para la creación del Banco Central de la República Argentina, de carácter privado y que adquiriría parte de los activos del Banco de la Nación Argentina. Luego de su paso por la función pública fue profesor de economía en la Universidad de Buenos Aires. Colaboró con Raúl Prebisch en la

formulación de un “Plan de Acción Económica Nacional”, el primer plan económico intentado en la Argentina que buscaba la expansión del mercado interno como impulsor del crecimiento económico.

Renuncia el ministro de Marina Abel Renard y es reemplazado por Carlos G. Daireaux (1871-1957). Vicealmirante de la Armada Argentina de 62 años. Inició sus servicios en la Marina francesa, en la Escuadra del Mediterráneo, participando posteriormente en la campaña y desembarco en Dahomey (1891) y más tarde durante el año 1895, formó parte en la campaña de Madagascar, siendo condecorado por su desempeño por el Ministerio de Marina de Francia. En 1896 solicitó su baja de la Marina francesa y se incorporó a la Armada Argentina.

15 de abril renuncia el ministro de Justicia e Instrucción Pública: Ernesto E. Padilla. Asume Guillermo Rothe (1879-1959), cordobés de 51 años de edad, político conservador, docente universitario y abogado. Integrante del Partido Demócrata Nacional. Socio fundador y presidente del Jockey Club Córdoba, Concejal de la ciudad de Córdoba, Juez en lo Civil, Fiscal de Estado de la provincia de Córdoba, diputado de la Nación Argentina durante dos períodos, vicerrector de la Universidad Nacional de Córdoba, vocal y presidente del Tribunal Superior de Justicia de Córdoba, interventor Federal en Santa Fe, dos veces ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación Argentina, senador de la Nación Argentina por Córdoba y ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación Argentina.

16 de abril renuncia el ministro del Interior Sánchez Sorondo. Es reemplazado por Octavio S. Pico, de 54 años (1867-1943). Ingeniero y político. Se desempeñó como director de Tierras y Colonias y como ministro de Obras Públicas y del Interior durante el gobierno de facto de José Félix Uriburu.

Es clausurado el diario Crítica y son detenidos los propietarios y los periodistas.

25 de abril. Marcelo T. de Alvear regresa de Europa, para ponerse al frente del radicalismo y luchar contra la dictadura.

10 de junio. Aparece en Buenos Aires el diario Noticias, luego denominado Noticias Gráficas.

20 de julio. Rebelión radical en Corrientes: tras la anulación del general Uriburu de las elecciones del 5 de abril, el teniente coronel Gregorio Pomar, ex edecán de Yrigoyen, junto a otros militares constitucionalistas deciden actuar en procura del restablecimiento de las instituciones republicanas, en lo que se llamó la “Revolución de 1931”. Pomar subleva el Regimiento N° 9 de Infantería de Corrientes, depone al interventor federal Atilio Dell’ Oro Maini, así como a las autoridades del territorio del Chaco. Esta revolución fracasó porque algunos declinaron a último momento y por inconvenientes en las comunicaciones entre los regimientos que debían sublevarse. Como consecuencia en Corrientes se recrudeció la represión y la persecución a los políticos radicales. Pomar y un grupo de militares se asilaron en Paraguay.

13 de agosto. Se crea la Academia Argentina de Letras.

10 de octubre renunció el ministro de Relaciones Exteriores; Ernesto Bosch y es reemplazado por Adolfo Bioy Domecq (1882-1962). Abogado y político de 49 años.

3 de octubre. Se inaugura el Palacio del Concejo Deliberante, donde funciona actualmente la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

8 de noviembre. Elecciones Nacionales. Ante el fracaso del proyecto corporativista, Uriburu decidió adelantar las elecciones. La UCR eligió a Marcelo Torcuato de Alvear para liderar el partido. El establecimiento de la llamada Junta Renovadora por parte de Alvear impulsó a Uriburu a proscribir al partido radical y deportar a Alvear. Por otro lado, el apoyo del Senador de la UCR Leopoldo Melo y de Uriburu a Agustín P. Justo como candidato dio lugar a la Concordancia. Esta nueva alianza conservadora se presentó con la fórmula Agustín P. Justo-Julio Argentino Roca Hijo. Por su parte, el Partido Demócrata Progresista nombró al senador Lisandro de la Torre. Las intimidaciones a los votantes y las irregularidades generalizadas durante las elecciones permitieron la victoria de la Concordancia llevando a la presidencia a Agustín P. Justo.

27 de diciembre. Muere el doctor Figueroa Alcorta a los 71 años (1860-1931) mientras se desempeñaba como presidente de la Corte Suprema de Justicia. Nacido en Córdoba, fue diputado nacional y gobernador de su provincia. En 1898 fue elegido senador nacional y en 1904 vicepresidente del país, en la fórmula que integraba con el presidente doctor Manuel Quintana. Al morir

éste, en 1906, ocupó la presidencia de la Nación.

El mundo: Nace la República española tras siglos de monarquía, con Alcalá Zamora y Azaña en el gobierno. Parten hacia el exilio los Borbones. En Alemania en elecciones sigue creciendo el movimiento Nacional-socialista de Hitler, lo que provoca alerta en Francia y acelera el rearme. Japón ocupa la Manchuria.

1932

3 de enero. Rebelión radical en La Paz, Entre Ríos. Un grupo de ciudadanos comandados por Eduardo, Roberto y Mario Kennedy tomaron la ciudad de La Paz, Entre Ríos, en defensa de la democracia pero pronto debieron ponerse a la fuga hacia Uruguay. Varios policías muertos fue el saldo del levantamiento.

20 de febrero. Asume Agustín Pedro Justo (1876-1943) la presidencia de la Nación apoyado por la dictadura militar gobernante y los sectores políticos que integrarían poco después la Concordancia. Militar de 55 años. Durante su gobierno tuvo la persistente oposición de los sectores yrigoyenistas de la UCR. Su gobierno se caracterizó por el fraude electoral, las constantes acusaciones de corrupción y por haber firmado el Pacto Roca-Runciman. Su nombre sonó como candidato a un nuevo período durante el gobierno de Ramón Castillo, hecho que no sucedió debido a su muerte.

Vicepresidente Julio Argentino Roca hijo (1873-1942), abogado de 58 años. Hijo del ex presidente Julio Argentino Roca. Integrante del Partido Demócrata de Córdoba. Fue diputado y senador nacional. Gobernador de Córdoba. Durante sus funciones como vicepresidente fue como embajador extraordinario a Gran Bretaña para firmar el Pacto Roca-Runciman.

Ministro del Interior: Leopoldo Melo (1869-1951). Abogado, político y diplomático. Fue un importante dirigente de la Unión Cívica Radical y lideró la oposición a Hipólito Yrigoyen, llamada antipersonalista. Diputado y senador nacional por Entre Ríos. Fue Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Formó parte de la Liga Patriótica Argentina,

grupo de ultraderecha creado a partir de las huelgas de fines de 1918 y principio de 1919. En 1924 formó la Unión Cívica Radical Antipersonalista y fue candidato a presidente de la Nación por dicho partido en 1928, siendo derrotado por el propio Yrigoyen. En 1931 apoyó la candidatura de Agustín P. Justo y se sumó a la Concordancia con la Unión Cívica Radical Antipersonalista siendo designado ministro del Interior. Bajo su mando se instaló la Sección Especial de la Policía Federal. En 1939 y 1940 tuvo una participación destacada y en sintonía con la posición de los Estados Unidos cuando representó a la Argentina en las reuniones panamericanas para elaborar una respuesta conjunta de las Américas ante la Segunda Guerra Mundial.

Ministro de Relaciones Exteriores: Carlos Saavedra Lamas (1878-1959). Bisnieto del coronel Cornelio Saavedra. Político, diplomático y jurista de 54 años. Como ministro de Relaciones Exteriores presidió la Conferencia de Paz del Chaco en la que participaron Brasil, Chile, Perú, Uruguay y Estados Unidos, logrando un acuerdo de armisticio el 12 de junio de 1935 que puso fin a la Guerra del Chaco en la cual se enfrentaron Paraguay y Bolivia. En 1936, cuando tenía 58 años, obtuvo el Premio Nobel de la Paz por su labor en pro de la paz en general, pero en particular por haber inspirado el Pacto antibélico Saavedra Lamas, que fue firmado por 21 naciones y que se convirtió en un instrumento jurídico internacional. Fue presidente de la XI Conferencia Internacional del Trabajo, celebrada en Ginebra en 1928. Fue rector de la Universidad de Buenos Aires.

Ministro de Hacienda: Carlos Hueyo (1878-1962). Abogado y político de 54 años. Ejerció cargos en numerosas empresas privadas, incluyendo la presidencia de la Compañía de Gas La Plata, de la Compañía Argentina de Electricidad y de la Sociedad de Inversiones Sud Americana.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública: Manuel M. de Iriondo (1873-1958). Abogado y político de 59 años. Gobernador de la provincia de Santa Fe. Perteneció a la Unión Cívica Radical Antipersonalista. Diputado nacional. Interventor federal en la provincia de San Luis. Ministro de Hacienda de la Nación. Presidente del Banco de la Nación Argentina. Fue uno de los fundadores de la Liga Patriótica.

Ministro de Agricultura: Antonio de Tomaso (1889-1933). Político de 43 años de edad. Su apellido de nacimiento era Di Tomasso pero lo castellanizó cuando accedió al empleo público como taquígrafo del Congreso. Afiliado al Partido

Socialista. En 1927, y frente a la división del partido radical entre “personalistas” y “antipersonalistas”, lideró una escisión en el Partido Socialista, dando lugar al Partido Socialista Independiente. Durante la presidencia de Uriburu el Partido Socialista Independiente fue perseguido, y formó parte de la coalición del presidente Agustín P. Justo. Como ministro de Agricultura, De Tomaso, demostró tener una gran capacidad innovadora, en relación con los socialismos europeos que debatían el papel del Estado y la planificación en la economía.

Ministro de Obras Públicas: Manuel Alvarado (1882-1953). Político. Ejerció numerosos cargos en la administración pública. Fundador de la Dirección Nacional de Vialidad.

Ministro de Guerra: General Manuel Antonio Rodríguez (1880 -1936). Militar de 52 años de edad.

Ministro de Marina: Contraalmirante Pedro S. Casal (1879-1957). Marino de 53 años. Ingresó a la Escuela Naval Militar y formó parte de la dotación de la Fragata Presidente Sarmiento en su primer viaje. Docente de la Escuela Superior de Guerra. Director de la Escuela Naval y de la Escuela de Mecánica de la Armada. Participó en la ayuda argentina al Paraguay en la Guerra del Chaco. Fue presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano.

25 de febrero. Muere Julieta Lanteri. Médica de 58 años. Destacada feminista, fue una de las primeras mujeres en obtener la ciudadanía del país. Había nacido en Italia en 1873.

29 de abril. El ex presidente Uriburu muere en París a la edad de 64 años.

29 de mayo. Muere en Buenos Aires el autor y cantor Pascual Contursi a los 43 años. Fue el autor tangos como “La comparsita”, “Mi noche triste”, y de obras de teatro junto con Manuel Romero. Había nacido en Chivilcoy en 1888.

7 de agosto. Juan Carlos Zabala (1911-1983) ganó en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles la primera medalla de oro de la historia del atletismo argentino. Registró un récord olímpico de 2h 31m 36s en 42,195 km.

5 de octubre. Se crea la Dirección Nacional de Vialidad.

El mundo: Año de guerras: China contra Japón y Bolivia contra Paraguay por el Chaco Boreal. Nace Irak como Estado independiente. En los EE.UU. triunfan los republicanos y llega a la presidencia Franklin D. Roosevelt. Se desarrollan los juegos olímpicos de Los Ángeles.

1933

5 de abril. Se inaugura el Instituto Nacional Sanmartiniano por iniciativa del historiador José Pacífico Otero (1874-1937).

1 de mayo. Firma del Tratado Roca-Runciman.

3 de julio. Muere Hipólito Yrigoyen a los 80 años. Marcelo T. de Alvear, Elpidio González y José Tamborini estaban junto al caudillo radical. El velatorio se realiza durante tres días. El cuerpo de Yrigoyen fue envuelto en una mortaja de la orden de los dominicos. El 6 de julio, el ataúd fue trasladado a la Recoleta. Una crónica dice: “A las dos de la tarde, el coche fúnebre y los carros ceremoniales estacionaron frente a la casa de la calle Sarmiento. Un escuadrón del Regimiento de Granaderos se hizo presente, pero la animosidad del público contra todo lo que provenga del gobierno era muy alta. Finalmente se retiraron”. El público impide que se suba el féretro a una carroza y pide a los gritos “A pulso, a pulso”. El cortejo tardó cuatro horas en llegar al panteón de los caídos en la Revolución del ‘90.

19 de julio. renuncia el ministro de Hacienda Carlos Hueyo. Asume Federico Pinedo (1895-1971). Abogado, político y economista. Se afilió de joven al Partido Socialista, pero fue separado por su casamiento religioso y su ideología que vinculaba ideas del liberalismo en lo económico. Colaboró en la organización de los socialistas disidentes para formar el Partido Socialista Independiente, vinculado estrechamente con conservadores y radicales antipersonalistas en la alianza política denominada la “Concordancia”. Como senador del Partido Socialista Independiente criticó el Pacto Roca-Runciman, postura que abandonó al ser designado ministro en el gabinete del presidente Justo. Como ministro de Hacienda apoyó al ministro de Agricultura y Ganadería Luis Duhau en la defensa de las relaciones económicas del gobierno con Gran Bretaña y defendió el

comercio de las carnes con dicho país. Estuvo involucrado en el intento de asesinato del senador Lisandro de la Torre en el Congreso de la Nación, que terminó con el asesinato de quien quiso protegerlo, su secretario, Enzo Bordabehere. Frente a este acontecimiento, el ministro del Interior, Leopoldo Melo, insistió en que Pinedo debía renunciar, siendo reemplazado por Roberto M. Ortiz (véase el 30 de diciembre de 1935).

3 de agosto. Muere el ministro de Agricultura: Antonio de Tomaso. Asume Luis Duhau (1884-1963). Ingeniero agrónomo, estanciero y político. Fue miembro del directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires y presidente de la Sociedad Rural Argentina. Durante su gestión tuvo lugar el Pacto Roca-Runciman. Tras ser acusado de corrupción por el senador Lisandro de la Torre y luego de los incidentes en el Senado de la Nación que terminó con el asesinato de Enzo Bordahabere, Duhau presentó su renuncia (véase el 30 de diciembre de 1935).

1 de octubre. El Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Santiago Luis Copello (1880-1967), es designado primer cardenal de la Argentina.

12 de octubre. Llega al país Federico García Lorca para dar algunas conferencias y acompañar el éxito que están teniendo sus obras de teatro. Su estada se extiende hasta los últimos días de marzo de 1934.

25 de octubre. Entierro de Juan Ruggiero conocido como Ruggierito, pistolero, manejaba el juego clandestino, la prostitución y la violencia política en Avellaneda. Había sido acribillado en la vereda de la casa de su amante, desde un auto.

8 de noviembre. Renuncia el ministro de Marina: Pedro S. Casal. Asume Eleazar Videla (1881-1960). Marino. Ministro de Marina y de Obras Públicas de la Nación. Interventor federal de la provincia de Buenos Aires. Fortaleció la acción de los astilleros nacionales. En 1934 fundó la Escuela de Guerra Naval, en las instalaciones de la Escuela de Mecánica de la Armada. También construyó el edificio de la Escuela Naval Militar frente a los Astilleros de Río Santiago. En los primeros meses de su mandato fue también ministro de Guerra durante algunas semanas, en carácter de interino. Durante la última parte del mandato de Justo, tras la renuncia de Manuel Ramón Alvarado, el presidente Justo encargó a Videla el cargo de ministro de Obras Públicas de la Nación, también en carácter de interino.

29 de diciembre. Se produce un intento de revolución en Santa Fe contra el gobierno de Justo. El movimiento fue sofocado pero el intento terminó con la prisión en la isla Martín García de muchos miembros del radicalismo, entre los que se encontraban el ex presidente Marcelo T. de Alvear.

El mundo: Se incendia el edificio del Reichstag (parlamento alemán) y Hitler toma el poder, abandona la Liga de las Naciones y se retira de la Conferencia del Desarme. China y Japón intentan avanzar a la pacificación y Bolivia y Paraguay, por el contrario, recrudecen los enfrentamientos.

1934

11 de enero. Inundaciones en la provincia de Mendoza. Luego de varios días de intensos calores y como consecuencia del deshielo y fuertes tormentas, se desencadenó en la cordillera un aluvión. La causa principal fue el desprendimiento de una porción del glaciar llamado “El Plomo” que se precipitó sobre los ríos Tupungato y Mendoza. Las inundaciones generaron más de 60 muertos.

10 de abril. Muere en Buenos Aires Cecilia Grierson. Médica y educadora, fue la primera doctora en medicina graduada del país. Creó la primera escuela de enfermeras. Había nacido en 1859.

5 de mayo. Por primera vez llega el tren a San Carlos de Bariloche. Para los habitantes de ese pueblo la llegada del tren significó un punto de inflexión ya que la región se incorporaba definitivamente a la Argentina.

13 de mayo. Muere en Buenos Aires el naturalista y político Ángel Gallardo. Fue director del Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, presidente del Consejo Nacional de Educación, rector de la Universidad de Buenos Aires y ministro de Relaciones Exteriores de Marcelo T. de Alvear. Había nacido en 1867.

30 de junio. El Graf Zeppelin llega a Buenos Aires. Después de un largo viaje transatlántico y procedente de Brasil, el dirigible de origen alemán aterrizó en El Palomar, cerca de Campo de Mayo. El Graf Zeppelin era una

gran aeronave rígida que medía casi 240 metros de largo su velocidad máxima llegaba a los 128 kilómetros por hora y su autonomía de vuelo era de 10.000 kilómetros. Tenía comedor para pasajeros, diez camarotes, cada uno para dos personas, un salón de estar; cocina eléctrica; servicios sanitarios; alojamiento para los 40 tripulantes; pasillos con grandes ventanas laterales y hasta un salón aislado para fumadores. Con su nombre, aquel gigante homenajeaba al teniente general Ferdinand von Zeppelin, un pionero de la aeronavegación.

10 de octubre. El XXXII Congreso Eucarístico Internacional se realizó en Buenos Aires entre el 9 y el 14 de octubre con la presencia de Eugenio Pacelli, futuro Papa Pío XII. Fue el primero en celebrarse en América Latina.

9 de noviembre. Se inaugura la Línea C de subterráneos de Buenos Aires, que une Constitución y Retiro.

17 de diciembre. Queda constituida la Sociedad General de Autores de la Argentina (ARGENTORES).

El mundo: Hitler firma la alianza con Italia. Filipinas se independiza de los EE.UU. y la URSS ingresa en la Sociedad de las Naciones. Continúa la guerra por el Chaco Boreal entre Bolivia y Paraguay. Asume Lázaro Cárdenas como presidente de México.

Mundial de Fútbol en Italia: véase el anexo al final de este capítulo.

1935

1 de enero. Muere el pintor e historiador Eduardo Schiaffino, fundador y primer director del Museo Nacional de Bellas Artes. Había nacido en 1858.

28 de febrero. Muere el pintor Fernando Fader (1882-1935). Nació en Francia y fue seguidor del impresionismo alemán en su país. En 1906 realizó su primera muestra en Argentina, la cual no tuvo éxito. En 1917 tras encontrarse en quiebra y enfermo se instala Córdoba. Entre sus múltiples

retratos, óleos y acuarelas se destacan La mantilla, La madre, La liga azul, entre otras.

20 de marzo. Muere el doctor Martiniano Leguizamón. Poeta e historiador. Es considerado uno de los primeros cultores del nacionalismo literario. Había nacido en Entre Ríos en 1858.

22 de mayo. El presidente de Brasil, Gertulio Vargas visita la Argentina. Entre los acuerdos firmados se encuentra la construcción del puente de Paso de los Libres.

31 de mayo. Comienza a funcionar el Banco Central de la República Argentina.

24 de junio. Muere Carlos Gardel en Colombia. Cantante, compositor y actor de cine. Representante del tango, fue uno de los intérpretes más importantes de la música popular mundial, por la calidad de su voz, por la cantidad de discos vendidos, por sus numerosas películas relacionadas con el tango. El accidente se produjo cuando el avión en que viajaba Gardel se desvió en pleno carreteo de despegue y embistió a otro avión que esperaba su turno para despegar, incendiándose ambos. Las causas del accidente nunca fueron establecidas con claridad. Gardel fue enterrado primero en Medellín, pero luego se logró la repatriación del cuerpo. Sus restos se hallan enterrados en el Cementerio de la Chacarita. Había nacido en 1883.

29 de junio. Se realizó una asamblea para constituir la llamada Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA). Sostuvo una premisa que pasó a marcar un antes y un después “Somos una Argentina colonial... queremos ser una Argentina libre”. Entre los fundadores se encontraban Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo, Homero Manzi, Raúl Scalabrini Ortiz, entre otros. FORJA desarrolló propuestas fuertemente nacionalistas, preconizando el retorno a principios federalistas y denunció el colonialismo. Fueron hispanoamericanitas y antiimperialistas.

23 de julio. El legislador electo Enzo Bordabehere es asesinado a los 45 años de edad en el Congreso de la Nación en medio del debate de las carnes sobre negociados entre empresas inglesas y el gobierno. Había nacido en 1889.

8 de octubre. Se funda en Buenos Aires la Academia Nacional de Ciencias.

9 de diciembre. Se inauguró el hipódromo de San Isidro propiedad del Jockey Club. Es uno de los más amplios e importantes de América.

30 de diciembre. Renuncian los ministros de Hacienda Federico Pinedo, de Justicia e Instrucción Pública Manuel de Iriondo y el de Agricultura Luis Duhau. Los reemplazan Roberto Marcelino Ortiz, Ramón S. Castillo y Miguel Ángel Cárcano, respectivamente.

Ministro de Hacienda: Roberto Marcelino Ortiz (1886-1942). Abogado y político de 46 años. Durante la primera presidencia de Yrigoyen fue diputado nacional. Durante el gobierno de Alvear fue nombrado ministro de Obras Públicas. Formó parte del sector de la Unión Cívica Radical antipersonalistas que cuestionaban a Yrigoyen, por lo que apoyó al golpe militar de 1930. Sin embargo, cuestionó el intento de Uriburu de querer llevar a cabo un régimen inspirado en el modelo fascista de Mussolini en Italia. Formó parte de la Concordancia que impulsó la llegada al poder de Justo.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública: Ramón S. Castillo (1873-1944). Abogado, juez y político conservador perteneciente al Partido Demócrata Nacional. Docente y decano en la Universidad de Buenos Aires. Gobernador interventor de la provincia de Tucumán, senador Nacional de Catamarca y ministro del Interior durante el gobierno de Uriburu.

Ministro de Agricultura: Miguel Ángel Cárcano (1889-1978). Abogado, periodista y diplomático de 46 años. En 1933, siendo diputado nacional integró la misión diplomática presidida por el vicepresidente Julio A. Roca hijo, que concluyó con la firma del Pacto Roca-Runciman. Embajador argentino en Francia e Inglaterra. Fundador del diario El País de Córdoba. Integró el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. También fue miembro de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, de la Academia Nacional de Letras y de Historia.

El mundo: Se firma la paz entre Bolivia Y Paraguay con participación del canciller argentino Carlos Saavedra Lamas. Italia invade Etiopía en África y Hitler denuncia el Tratado de Versalles e instala el servicio militar obligatorio en Alemania. En los EE.UU. Roosevelt se enfrenta a la Corte Suprema por la aplicación del “New Deal”.

1936

24 de febrero. Muere el ministro de Guerra general Manuel Antonio Rodríguez y es reemplazado por el general Basilio Pertiné (1879-1963). Militar y político de 56 años.

1 de abril. Primera Fiesta de la Vendimia en Mendoza que se convirtió en el atractivo turístico-cultural insignia de la provincia, principal productora de vino de Argentina.

29 de abril. Renuncia el ministro del Interior Leopoldo Melo.

24 de mayo. Inauguran el Obelisco. En la década de 1930, Buenos Aires sufrió una gran transformación. Se abrieron las diagonales Norte y Sur, cuyas obras terminaron recién en 1943 y, además, se ensanchó la calle Corrientes. También se comenzó a construir la avenida 9 de Julio. El Obelisco fue planeado para convertirse en el centro de este núcleo de avenidas. El monumento fue diseñado por el arquitecto tucumano Alberto Prebisch. Los diarios de la época lo llamaron “armatoste sin sentido” y “bodrio en perspectiva”.

6 de junio. Muere el general Pablo Ricchieri. Fue director de la Escuela Militar; presidente del Consejo de Guerra y ministro de Guerra durante la segunda presidencia de Julio A. Roca, desde donde promovió el establecimiento del servicio militar obligatorio. Había nacido en 1859.

7 de junio. Muere la escultora Lola Mora. Nació en Tucumán en 1866. Ganó varios concursos internacionales gracias a lo cual pudo instalar su propio taller en Roma y convertirse en la escultora favorita de los europeos, pero aquí su obra no era valorada. La más conocida, construida en mármol de Carrara y granito rosado es la Fuente de las Nereidas. La desnudez de las nereidas que sostenían a una Venus también desnuda provocaron muchas críticas y se la ubicó en un lugar que entonces era un paraje marginal: la Costanera Sur, lugar donde aún hoy se puede observar. Los últimos años de su vida los transcurrió en extrema pobreza y con una magra pensión que le fue otorgada poco antes de su muerte.

1 de julio. Se funda la Academia Nacional de Bellas Artes.

7 de agosto. Se inaugura el Teatro Ópera de Buenos Aires.

18 de agosto. Asume Ramón S. Castillo en el Ministerio del Interior que provenía del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el cual es ocupado por Jorge de la Torre de 61 años de edad.

Ministerio de Justicia e Instrucción Pública: Jorge de la Torre (1875-1953).
Abogado y político.

9 de octubre. Muere en La Plata el doctor Alejandro Korn. Médico. Fue catedrático, director del hospicio Melchor Romero. Actuó en las revoluciones de 1890 y de 1893. Había nacido en 1860.

25 de noviembre. El doctor Carlos Saavedra Lamas obtiene el Premio Nobel de la Paz por su participación en el tratado de paz entre Paraguay y Bolivia.

El mundo: Francisco Franco se subleva contra la República española e inicia desde Marruecos la Guerra Civil que será el campo de pruebas de armamentos para la Segunda Guerra Mundial. Madrid luego de los primeros enfrentamientos se convierte en el bastión de la República mientras que Toledo es la trinchera franquista a pesar que Burgos es la ciudad es elegida por los subversivos. Francia y Gran Bretaña se pronuncian por la “no intervención” mientras que Alemania e Italia apoyan decididamente a Franco. Muere fusilado Federico García Lorca.

1937

19 de febrero. Se suicida Horacio Quiroga. Entre sus obras se encuentran, Cuentos de la selva y Cuentos de amor, de locura y de muerte. Había nacido en Uruguay en 1878.

14 de mayo. Muere el historiador José Pacífico Otero. Fue fundador del Instituto Sanmartiniano. Había nacido en 1874.

3 de junio. Se inaugura la Línea D de subterráneos, entre Tribunales y Florida.

22 de junio. Renunció el ministro del Interior Castillo y el de Hacienda Ortiz. Asumen Manuel R. Alvarado que provenía del de Obras Públicas y Carlos Alberto Acevedo, respectivamente.

Ministerio del Interior: Manuel R. Alvarado (véase 20 de febrero de 1932 / Ministerio de Obras Públicas).

Ministerio de Hacienda: Carlos Alberto Acevedo (1889-1965). Abogado y político. Concejal de la ciudad de Buenos Aires. Secretario de Hacienda de la Municipalidad de Buenos Aires, subsecretario de Hacienda de la Nación y miembro del Directorio y presidente interino del Banco de la Nación Argentina. Miembro del Directorio del Banco Central de la República Argentina.

12 de octubre. Inauguración del primer tramo de la Avenida 9 de Julio. Es conocida por ser una de las avenidas más anchas del mundo (140 metros).

4 de noviembre. Muere Eduardo Ladislao Holmberg. Naturalista y escritor, fue director del Zoológico de Buenos Aires. Había nacido en 1852.

El mundo. La Guerra Civil Española entra en su fase más dramática, la aviación alemana bombardea Guernica y la marina nazi Almería. Mientras Francia e Inglaterra se reúnen en búsqueda de una paz que a pesar de asumir como primer ministro británico el pacifista Chamberlain, nunca llegará. China y Japón en guerra. En Brasil asume como presidente Getulio Vargas.

1938

4 de enero. Se inaugura la Casa del Teatro.

19 de febrero. Muere Leopoldo Lugones (1874-1938). Se suicidó a los 59 años de edad. Escritor, periodista, historiador y político. Fue, junto con Rubén Darío el principal exponente del modernismo hispanoamericano. Escribió el manifiesto La hora de la espada utilizado por los golpistas de 1930.

20 de febrero. Asume el presidente Roberto Marcelino Ortiz a los 51 años de edad (1886-1942). Abogado (véase 30 de diciembre de 1935).

Vicepresidente Ramón S. Castillo (1873-1944) de 64 años de edad (véase 30 de diciembre de 1935).

Ministro del Interior: Diógenes Taboada (1887-1978). Abogado y político de 50 años perteneciente a la Unión Cívica Radical. Fue ministro de Hacienda de San Luis y diputado nacional. Cuando se produjo la división del radicalismo tomó partido por los “antipersonalistas”. Como ministro del Interior quería poner fin al fraude electoral que reinaba desde 1932 en el país, tomando para ello como primeras medidas la intervención federal de Catamarca y de Buenos Aires.

Ministro de Relaciones Exteriores y Culto: José María Cantilo (1877-1953). Abogado y diplomático de 60 años de edad. Una de las primeras medidas que tomó como ministro fue dictar la Circular 11 que impedía la entrada al país de judíos que escapaban del régimen nazi, circular que fue redactada debido a las quejas del gobierno alemán porque nuestro país recibía no sólo a judíos sino también a dirigentes opositores al régimen en cuestión. En 1938 inauguró una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores americanos en Perú y al año siguiente firmó un tratado de límites con Paraguay, estableciendo con precisión las fronteras entre ambos países. Ese mismo año el país declaró la “neutralidad” frente a la Segunda Guerra Mundial.

Ministro de Hacienda: Pedro Groppo (1886-1969). Médico y político de 52 años perteneciente a la Unión Cívica Radical. Fue director del Hospital Fiorito de Avellaneda y diputado provincial. Cuando se produjo la división del radicalismo se unió a los “antipersonalistas”. Fue senador provincial, diputado nacional, senador nacional y ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública: Jorge Eduardo Coll (1882-1967). Abogado criminalista, jurista y profesor de derecho de 55 años. Durante su gestión como ministro de Justicia e Instrucción Pública se creó la Universidad Nacional de Cuyo, se elaboró un Proyecto de Ley de educación común e instrucción primaria, media y especial, se construyó el nuevo edificio para la Facultad de Derecho, donde funciona actualmente y el Archivo Gráfico de la Nación.

Ministerio de Agricultura: José Padilla (1881-1948). Ingeniero, empresario y

político. Fue uno de los impulsores de la fundación de la Universidad Nacional de Tucumán siendo decano de ésta durante varios años. Durante su gestión como ministro de Agricultura extendió el sistema de control de mercados agropecuarios, siendo éste exitoso en la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carnes. Fue uno de los impulsores de la Marina Mercante argentina, con la intención de desvincular el tráfico de las exportaciones agropecuarias de la amenaza que significaba la Segunda Guerra Mundial. Organizó el Servicio Nacional de Suelos y elaboró un plan integral de inmigración, intentando redirigirla hacia la producción agropecuaria.

Ministerio de Obras Públicas: Manuel R. Alvarado (véase 20 de febrero de 1932 / Ministerio de Obras Públicas).

Ministerio de Guerra: Carlos Márquez (1885-1950). Militar de 49 años que llegó al grado de general de división. Durante su gestión como ministro de Guerra aumentó el presupuesto militar y se inició una renovación de la estructura de mandos del Ejército, mejorando el sistema educativo del mismo. Fue uno de los responsables del escándalo de las tierras del Palomar.

Ministerio de Marina: León Scasso (1882-1954). Marino de 56 años que llegó al grado de almirante. Fue comandante en jefe de la escuadra de mar y jefe de la división de acorazados.

25 de mayo. Se inaugura el estadio monumental de River Plate con un partido en que el local vence 3 a 1 a Peñarol de Montevideo.

25 de octubre. Se suicida en Mar del Plata a los 46 años de edad, arrojándose al mar, la poetisa Alfonsina Storni. Entre sus obras se encuentran Languidez, Ocre y Poemas de amor. Había nacido en Suiza en 1892. Al día siguiente de su muerte La Nación publica “Voy a dormir”, el último poema de Alfonsina Storni, soneto enviado unos días antes de quitarse la vida.

El mundo: Continúa la Guerra civil en España y el nazismo sigue probando armamentos y tácticas como “la guerra relámpago” (Blitzkrieg). Mientras tanto Alemania ocupa Austria y Japón invade Cantón. En México, el presidente Lazaro Cárdenas inicia la expropiación petrolera.

1939

5 de enero. Se suicida Lisandro de la Torre. Había nacido en Rosario en 1868. Era senador nacional por el Partido Demócrata Progresista y fue el principal protagonista en la investigación por los negociados de las carnes.

21 de marzo. Se funda la Universidad Nacional de Cuyo. Creada en respuesta a los requerimientos de Mendoza y de las provincias de San Juan y San Luis, que conforman la región de Cuyo.

4 de septiembre. Argentina declara la neutralidad en la Segunda Guerra Mundial.

17 de noviembre. Se publica el último número de la revista Caras y Caretas.

El acorazado alemán Admiral Graf Spee es hundido por su capitán frente a la costa de Montevideo, para evitar ser capturado por la escuadra británica, que lo tenía acorralado. Su capitán se suicida días más tarde en Buenos Aires y muchos de los tripulantes se radican en Argentina.

El mundo: Barcelona cae en manos de Franco y Gran Bretaña y Francia reconocen su gobierno. En marzo caen Madrid y Valencia finalizando la guerra e iniciándose la dictadura franquista. Muere el papa Pío XI y lo sucede el cardenal Pacelli como Pío XII. El 1 de septiembre Alemania invade Polonia y se inicia la Segunda Guerra Mundial. En noviembre Hitler se salva de un atentado en Múnich donde una bomba estalla a los pocos minutos de salir. En Chile un terremoto provoca 30.000 muertos y otros 100.000 en Turquía.

1940

8 de marzo. Renuncia el ministro de Agricultura: José Padilla. Asume Cosme Massini Ezcurra y el de Obras Públicas Manuel Alvarado y es reemplazado por Luis A. Barberis.

Ministro de Agricultura: Cosme Massini Ezcurra (1877-1951). Abogado y hacendado. Presidente de la Sociedad Rural. Durante su actuación como ministro de Agricultura disolvió el Mercado de Haciendas y Carnes, que había sido creado para regularizar y fiscalizar el comercio interno.

Ministro de Obras Públicas: Luis A. Barberis (1894-1979). Abogado y político de 45 años. Secretario de Obras Públicas de la Nación cuando ese ministerio fue ocupado por Roberto M. Ortiz. Asesor letrado de los Ferrocarriles del Estado entre 1927 y 1928. En 1938 acompañó al presidente Roberto M. Ortiz como secretario general de la Presidencia. Renunció en septiembre de 1940, debido al escándalo de las tierras del Palomar.

20 de marzo. Muere en Buenos Aires Pablo A. Pizzurno. Destacado educador. Había nacido en 1865.

16 de mayo. El Senador Benjamín Villafañe (1877-1952) denuncia en sesión en el Congreso el negociado de las tierras del Palomar. Dicho escándalo comenzó a raíz de una denuncia, en relación a una venta de tierras destinadas a la ampliación del Colegio Militar de El Palomar por un intermediario, a precio sobrevaluado a fin de que los beneficios, una vez pagados los verdaderos propietarios, fueran repartidos entre diputados y empleados de la Cámara de Diputados y funcionarios del Ministerio de Guerra de la Nación Argentina. La suma había sido aprobada en el presupuesto del Ministerio de Guerra por el Congreso de la Nación Argentina, previo pago de sumas de dinero a diputados radicales y al presidente de la Cámara de Diputados y de la Comisión de Presupuesto. La denuncia ponía en tela de juicio la política moralizadora de Ortiz, pues éste había firmado el decreto autorizando concretar la operación de compra de las tierras a petición del ministro de Guerra, el general Carlos D. Márquez.

25 de mayo. Inauguración del nuevo estadio de Boca Juniors. Boca derrotó por 2 a 0 a San Lorenzo de Almagro, en un partido amistoso.

4 de junio. Muere general Enrique Mosconi, primer presidente de YPF. Había nacido en 1877.

4 de julio. El presidente Ortiz delega el mando por enfermedad (diabetes) en el vicepresidente Castillo.

8 de agosto. La Comisión presidida por Alfredo Palacios (1878-1965)

abogado, legislador, político y profesor perteneciente al Partido Socialista publicó las conclusiones del escándalo de las tierras de El Palomar. Palacios publicó sus conclusiones en las cuales acusaba de mal desempeño de sus funciones al ministro Carlos D. Márquez, para quien solicitaban un proceso de juicio político, y al titular de la Contaduría General de la Nación, Mario Argentino de Tezanos Pinto; haciendo responsables por cohecho a los diputados involucrados, para quienes solicitaba la exclusión del cuerpo, y solicitando el sometimiento del resto de los intervinientes ante la justicia ordinaria. El informe fue aprobado y pasó a diputados para que se promoviese el juicio político al ministro y la exclusión de los legisladores implicados.

22 de agosto. Renuncia el ministro de Guerra Carlos Márquez.

Ministro de Guerra: Juan N. Tonazzi (1888-1967). Político y militar. Durante su ministerio impulsó la producción nacional de materiales bélicos.

2 de septiembre. Renuncian los ministros del Interior, Taboada; de Relaciones Exteriores y Culto, Cantilo; de Hacienda, Groppo; de Obras Públicas, Barberis; de Agricultura, Massini Ezcurra; de Justicia e Instrucción Pública, Coll y el de Marina, Scasso. El nuevo gabinete se forma así:

Ministro del Interior: Miguel J. Culacciatti (1878-1970). Abogado y político. Diputado provincial de la provincia de Santa Fe. Intendente de Rosario. Diputado nacional por el partido radical. Formó parte de la Unión Cívica Radical “antipersonalista” cuando se produjo la división de la UCR.

Ministro de Relaciones Exteriores y Culto: Julio Argentino Roca (véase 20 de febrero de 1932).

Ministro de Hacienda: Federico Pinedo (véase el 19 de julio de 1933).

Ministro de Agricultura: Daniel Amadeo y Videla (1899-1967). Abogado, estanciero y político. Vicepresidente de la Sociedad Rural. Diputado nacional por el Partido Conservador. Durante su mandato como ministro de Agricultura buscó promover las exportaciones agropecuarias a destinos no afectados por la Segunda Guerra Mundial. Autor de una ley especial para promover la producción de tabaco en las provincias de Corrientes y Salta.

Ministro de Obras Públicas: Salvador Oría (1883-1952). Abogado de 55 años, fue subsecretario de Estado de Hacienda, director del Banco Hipotecario Nacional, director del Banco Central de la República Argentina y director de la Dirección Nacional de Vialidad desde donde inició la realización de la Avenida General Paz y el Puente Avellaneda. Se construyó la Ruta Nacional N° 3 hasta Carmen de Patagones y el camino a Chile por el paso fronterizo del Cristo Redentor.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública: Guillermo Rothe (véase 15 de abril de 1931).

Ministro de Marina: Mario Fincati (1865-1962). Marino que llegó al rango de vicealmirante. Como ministro de Marina impulsó una campaña de exploración a la Antártida. El 3 de junio de 1943 separó de su cargo de ministro de Guerra al general Pedro Pablo Ramírez, que sería reemplazado interinamente por el propio Fincati; ese decreto fue el detonante final del golpe de Estado que estalló al día siguiente, y terminó con la deposición del presidente Ramón S. Castillo.

El mundo: Alemania no perdona. Invade Dinamarca, Noruega, Bélgica, Francia, Holanda, Luxemburgo y Rumania. Se consolida el Eje Alemania-Italia-Japón. En Inglaterra Churchill reemplaza a Chamberlain y comienzan los ataques aéreos a Londres. Allí su célebre frase: “sólo puedo prometeros sangre, sudor y lágrimas”. Cae París y De Gaulle crea el Comité Francia Libre en la resistencia. 500.000 soldados ingleses y franceses intentan la retirada por Dunkerque. Inglaterra acude con todas las naves de todo tipo al rescate y logran sobrevivir del fuego alemán 350.000. En México asesinan a León Trotsky.

1941

16 de enero. Renuncia el ministro de Hacienda Pinedo, asume Carlos Alberto Acevedo (véase el 22 de Junio de 1937).

28 de enero. Renuncia el ministro de Relaciones Exteriores y Culto Julio Roca. Asume Enrique Ruiz Guiñazú (1884-1967). Jurista, escritor y político de 56 años. Fue embajador argentino en España y en la Ciudad del

Vaticano. Mantuvo siempre una postura de “neutralidad” frente a la Segunda Guerra Mundial.

25 de marzo. Se suicida Florencio Parravicini. Actor de cine y teatro. Había nacido en 1876.

7 de agosto. Muere en San Salvador de Jujuy el empresario periodístico Natalio Botana, fundador del diario Crítica en 1913. Había nacido en Uruguay, en 1888.

16 de octubre. Se crea la Flota Mercante del Estado.

17 de noviembre. Se crea en Buenos Aires la Academia de Arte y Ciencias Cinematográficas.

El mundo: El avance del Eje sobre los Aliados, Francia, Inglaterra y la URSS parece no detenerse. Es el turno de Rusia y Stalin ordena dejar tierra arrasada. Se inicia la masacre contra el pueblo soviético. Morirán 12.000.000 de civiles. En diciembre la aviación japonesa bombardea Pearl Harbor y es la excusa para la esperada entrada en guerra de los EE.UU.

1942

23 de marzo. Muere Marcelo T. de Alvear. Abogado y político, fue miembro destacado de la Unión Cívica Radical. Ocupó la presidencia del país entre 1922 y 1928. Había nacido en 1868.

27 de junio: Renuncia el presidente Ortiz. Asume Ramón S. Castillo (1873-1944). Abogado de 68 años de edad.

15 de julio: Muere el ex presidente Ortiz.

26 de julio. Muere Roberto Arlt. Escritor y periodista, fue autor de libros como Los siete locos, Los lanzallamas y El juguete rabioso. Había nacido en 1900.

16 de noviembre. Renuncia el ministro de Guerra Tonazzi y asume Pedro Pablo Ramírez (1884-1962). Militar. Pertenecía al Grupo de Oficiales Unidos (GOU), de tendencia nacionalista y “neutralista” ante la Segunda Guerra Mundial, que se opuso a la candidatura del conservador Robustiano Patrón Costas a la presidencia, partidario de que Argentina entrara en la Segunda Guerra Mundial.

El mundo: Japón domina el Pacífico. Francia es ocupada totalmente y autodestruye su flota para que no caiga en manos enemigas. La guerra en Rusia parecería cambiar el rumbo en Stalingrado. En Río de Janeiro se reúnen los cancilleres de la región y con la influencia de los EE.UU., recomiendan romper relaciones con el Eje. Argentina mantiene la neutralidad.

1943

11 de enero: Muere Agustín P. Justo.

9 de abril. Muere en Buenos Aires el clown anglo-argentino Frank Brown. Había nacido en Inglaterra en 1858.

4 de junio: Un golpe de Estado derroca al presidente Ramón S. Castillo.

El mundo: La resistencia del pueblo ruso es la que empieza a cambiar la historia. Stalingrado es recuperada luego de la batalla más cruenta de la guerra. Japón retrocede al igual que Italia en África. Se prepara la gran ofensiva contra el Eje nazi fascista.

ANEXO

MUNDIAL Y DICTADURA: ITALIA 1934

Juan Martín Tupilojon Fernández

Los Mundiales de Fútbol recién cumplirán su centenario en el año 2030, en conmemoración de aquella contienda realizada en el Uruguay en 1930 varios países de Latinoamérica pidieron a la FIFA que la máxima competición de naciones de fútbol masculino a nivel profesional vuelva al continente.

Dicha competición, como siempre, se encuentra acompañada de momentos políticos e históricos relevantes, no es sólo importante lo que sucede dentro del campo de juego para cualquiera de los países que participen, sino también lo que sucede fuera de éste. En este sentido tenemos el Mundial 78 en Argentina con el terrorismo de Estado como bandera de ésta, o los goles de Diego Maradona a Inglaterra en el Mundial del 86 con la herida abierta de la Guerra de Malvinas.

Después de la disputa del año 1930, año clave para la política nacional que se dirimía entre el Crack del 29 y el advenimiento de grupos fascistas, la República Argentina sufre su primera dictadura militar. Con el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen en su segundo mandato se produce el ascenso del fascismo al poder a manos del general Uriburu. Año en el cual la Selección Uruguay se consagrará campeón del certamen venciendo en la final a la Selección Argentina por 4 a 2. Para la próxima contienda futbolística el país que se alzaba con la candidatura para organizar la copa del mundo fue la Italia de Mussolini.

La toma del poder por parte del Duce comienza mucho antes que el mundial jugado en su país. Ya desde el año 1922 Mussolini inicia la llamada “Revolución Fascista” remarcando los actos de violencia contra todo aquel que sea su adversario político, en el contexto de una Italia golpeada por los efectos de la Primera Guerra Mundial y el Tratado de Versalles. Con una marcada tendencia al antiliberalismo y al anticomunismo, la frase del propio Mussolini “Todo en el Estado, nada fuera del Estado”, delimitando la omnipotencia del mismo, el fascismo termina contraponiendo los estandartes de la democracia y pone al individuo al servicio del Estado y de la violencia que se ejerce desde allí,

agregando la confusión de éste con la figura del líder carismático.

Ganar como sea

Como veníamos diciendo el Mundial se iba para la Europa fascista, e Italia alzó su voz para la candidatura, sirviéndole esto a Mussolini para expandir su idea y propaganda fascista a lo largo y ancho del mundo, en este contexto todo valía, desde llevar a cabo la organización mundialista, poner a su mano derecha al control de todos los partidos que se jugaran en ese momento, hasta nacionalizar italianos a varios de los que en ese momento eran los grandes jugadores del momento, muchos de ellos titulares del subcampeón en la final del Mundial anterior.

Luis Monti, Raimundo Orsi, Enrique Guaita y Atilio Demaria fueron los reclutados por el máximo líder del fascismo italiano para defender los colores de “Gli Azzurri”.

Monti, jugador de San Lorenzo de Almagro en Argentina, fue vendido en 1931 a la Juventus de Turín, fue allí donde el entrenador de la selección italiana Vittorio Pozzo lo convoca para jugar el Mundial que organizaba dicha nación, años más tarde el mismo Monti se encargaría de inmortalizar la frase: “En 1930, en Uruguay, me querían matar si ganaba, y en Italia, cuatro años más tarde, si perdía”, reflejo de la violencia con la que se vivía en Italia durante los años de Benito Mussolini.

Por su parte Raimundo Orsi resultó ser el mejor jugador del certamen quien tuvo una actuación magnífica nada más ni nada menos que en el partido final contra Checoslovaquia. Aquel jugador que había brillado en Independiente de Avellaneda, hizo una pareja letal con Giuseppe Meazza quedándose con el primer título de Italia en la historia mundialista.

Bibliografía

Fernández García, A., y Rodríguez Jiménez, J. L., Fascismo y Neofascismo, Ed. Arco/libros, Buenos Aires, 1996.

Grabbia, G., Asalto al Mundial - Barras, política y negocios. La historia negra de las hinchadas argentinas en la copa, Sudamericana, Buenos Aires, 2018.

Filchenstein, F., Del Fascismo al Populismo en la Historia, Ed. Taurus, Buenos Aires, 2017.

OTROS INTEGRANTES DE 100 HISTORIAS

MARCELA MARTA ALONSO

Profesora de Historia, egresada del Profesorado del Sagrado Corazón. Diplomatura en Gestión Educativa, Flacso. En curso Diplomatura de Género y Movimientos Feministas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Trabajó en diferentes escuelas del Nivel Medio. Actualmente se desempeña en el Instituto Industrial Luis A. Huergo como Profesora de Historia, Formación Ética y Ciudadana. Además, es rectora en el Instituto Vocacional Argentino. Es, también, Profesora de Historia en el Curso de Ingreso Carlos Pellegrini.

WALTER DIEGO BALLESTEROS OVIEDO

Profesor de Historia, egresado del IES Alicia M. de Justo. Es docente de Historia Económica y Social Mundial en la UDEMM, Facultad de Ciencias Jurídicas y de la Comunicación. Y profesor de Historia en el Curso de Ingreso a las Escuelas Medias de la Universidad de Buenos Aires. Co-autor de Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media, Historia, Eudeba.

ANDRÉS GURBANOV

Profesor de Historia egresado de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como profesor de Historia en el Curso de Ingreso Carlos Pellegrini y en otros colegios de Nivel Medio. Ayudante de 1ra. en Historia de América III (cát. B) de la carrera de Historia de la UBA. Coautor de Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media, Historia, Eudeba.

CARLOS OROZ

Profesor de Historia en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini-UBA, y en el Hipólito Vieytes-CABA. Profesor a nivel terciario en Avellaneda.

ANDREA PEREYRA

Andrea Pereyra estudió el profesorado de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como docente en escuelas medias de la Capital Federal. Coautora de la publicación de Historia para el curso de ingreso a las escuelas CNBA y Pellegrini, de la UBA. En el año 2018 cursó en FLACSO la Diplomatura en Gestión. Actualmente se encuentra cursando la Diplomatura Género y Movimiento feminista, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

ANA TRENTI

Profesora de Historia, egresada del Joaquín V. González. Trabajó en distintas escuelas de la CABA como profesora. En la actualidad es rectora del Liceo N° 3. Es coautora de Curso de Ingreso a las Escuelas de Educación Media, Historia, Eudeba.

